

NUEVO
TALENTO
CROSSBOOKS

NEREA LLANES

MAGIA
DE NIEVE
Y HIELO

CROSS
BOOKS

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Mapa

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47

Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

- Primeros capítulos
- Fragmentos de próximas publicaciones
- Clubs de lectura con los autores
- Concursos, sorteos y promociones
- Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

Wynd ha crecido odiando a los sidh: le arrebataron a todas sus personas queridas. Por eso, está dispuesta a todo con tal de vengarse, incluso infiltrarse en palacio para llegar al Deirnas, su gobernador. Para ello, se presenta a las pruebas para entrar en su guardia. Sin embargo, y aunque consigue superarlas, nada ha salido como esperaba: se ha enamorado de uno de sus compañeros, nada más y nada menos que Aren, el hijo del Deirnas.

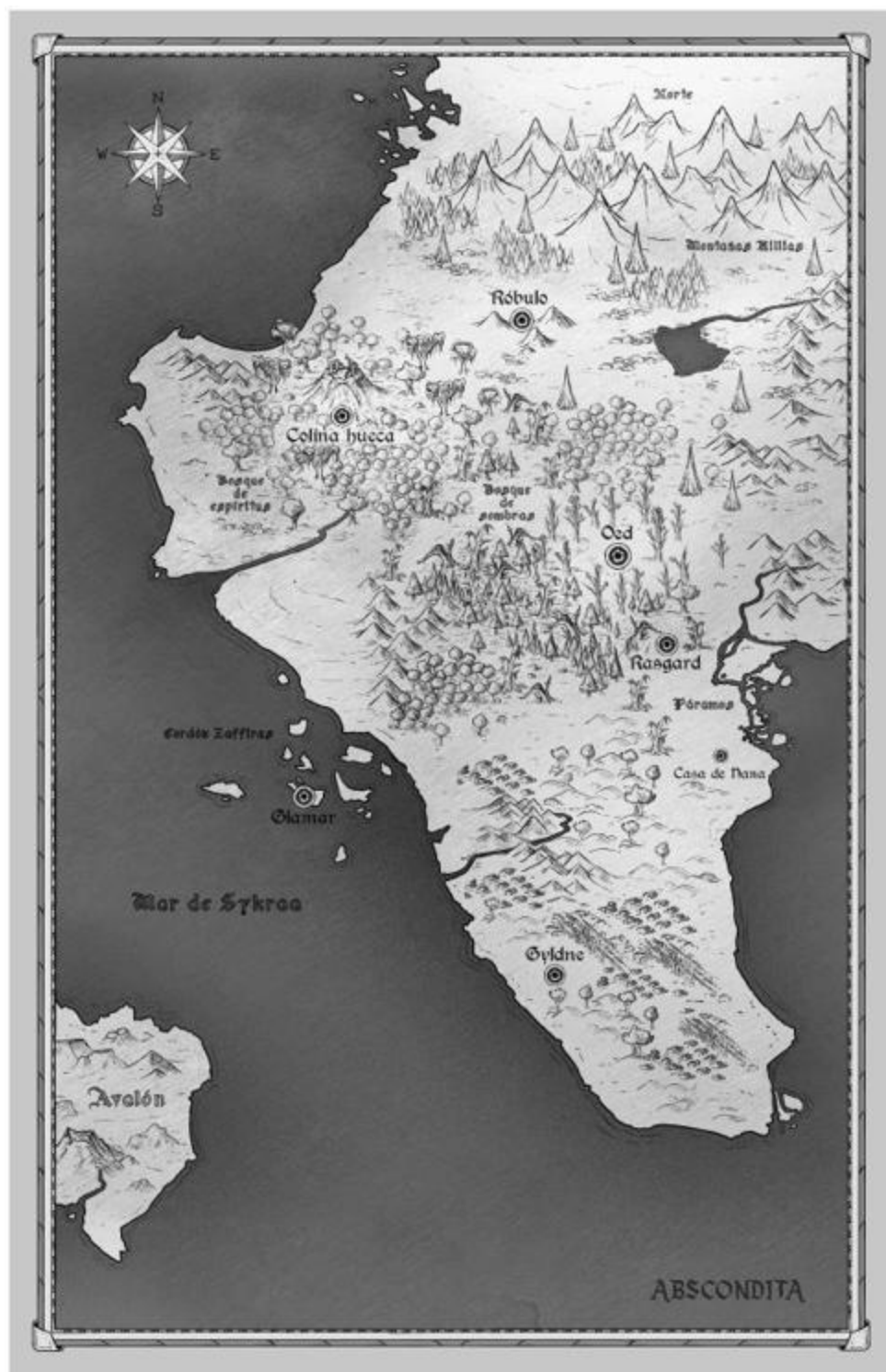
Wynd deberá decidir si deja el pasado atrás y apuesta por un nuevo futuro o... da muerte a aquello que ahora más ama.

MAGIA DE NIEVE Y HIELO

Nerea Llanes



*A la niña que se escapaba a otros mundos,
lo conseguiste*



Prólogo

La niña corría tan rápido que era como un cuchillo afilado cortando el viento. Esquivó una de las ramas puntiagudas de los altos árboles que bordeaban la fortaleza del Palacio de Cristal. Saltó con todas sus fuerzas y comenzó a escalar sin hacer una pausa en la carrera. Su diminuto cuerpo se balanceó con fuerza para impulsarse a la siguiente rama, como un gato, como un depredador que busca la altura para cazar un pájaro.

Cuando estuvo lo suficientemente alto, miró más allá del enorme muro de piedra y espinas que cortaban el paso. El Palacio de Cristal brillaba como un diamante, devolviendo los reflejos del sol, y detrás de él, la ciudad de Oed se extendía más allá de lo que alcanzaba la vista.

Se oyeron las risas de unos niños y se pegó más al tronco del árbol, fundiéndose con la maleza. Un niño de cabello negro corría como una flecha seguido de otro de cabello rubio. Los ojos de ambos brillaron con una franja de luz que cruzaba sus iris en vertical, aquella que distinguía a los sidh, descendientes de las criaturas ancestrales.

El de pelo rubio chasqueó los dedos y una manzana cayó en su mano. Era enorme, roja y brillante, de una perfección absoluta. El estómago de la niña rugió al verla. No recordaba la última vez que había comido. El niño la lanzó al

aire con rapidez y el otro, el de pelo oscuro, hizo un movimiento amplio lanzando una ráfaga de viento que cortó la manzana en dos partes perfectas. Entre los dos, las atraparon antes de que cayesen al suelo.

Desde su escondite entre las ramas, ella pudo oír el crujido de la fruta cuando se la llevaron a la boca. Casi podía imaginarse su sabor: dulce y con un toque ácido. Tragó. Tenía la garganta seca. Le temblaron las piernas.

Si pudiera saltar el muro, si pudiera entrar en aquella ciudad llena de comida, de gente, en aquel refugio lejos de las sombras, lejos del bosque de espinas. Pero no podía, los humanos no tenían permitido entrar allí. Había visto cómo algunos morían en el intento. También había escuchado decir que, a los que pillaban intentando colarse o engañar la seguridad, los desterraban en el corazón de los Páramos para que los devoradores de almas se alimentaran de ellos. Así conseguían que se mantuvieran lejos de la ciudad.

Pero ella estaba desesperada; en la aldea no quedaba nada más que polvo y huesos. Llevaba días sin comer nada y, si no encontraba algo pronto, moriría de todas formas. El estómago le volvió a rugir con fuerza y se dobló por la mitad con un jadeo de dolor. Aquello hizo que las ramas a su alrededor se sacudiesen.

La mirada del niño de pelo oscuro captó el movimiento y la vio. Ella se quedó petrificada, conteniendo la respiración. Los ojos del chico eran del azul de la noche y parecieron encontrar los suyos con suma facilidad, a pesar de la espesura de las ramas.

Algo impactó unos metros por encima de su cabeza y el árbol se sacudió con fuerza. Uno de ellos había lanzado una

cuchilla redonda y pronto le siguió otra. Comenzó a moverse con rapidez: se agarró a la rama que la sostenía y se balanceó hacia abajo, saltando de una a otra y procurando no perder el equilibrio. Si caía, sería fatal. Otra cuchilla impactó en una de las ramas más altas, sesgándola, de modo que se precipitó hacia la niña como una lanza con la punta brillante.

Pegó la espalda al tronco y la esquivó por apenas unos segundos. No tuvo tiempo ni para recuperar el aliento; tenía que salir de ese árbol y de ese bosque cuanto antes.

Siguió saltando entre las afiladas espinas del árbol y casi sollozó cuando vio la oscura hierba del suelo. Salió disparada zigzagueando por el bosque, y cada pocos minutos escuchaba el impacto de una cuchilla en los árboles. Apretó los dientes y aceleró el paso con las pocas energías que le quedaban.

Perdió la noción de cuánto tiempo había estado corriendo. Hacía rato que no la perseguían las cuchillas redondas, pero aun así necesitaba estar bien lejos de ese lugar, asegurarse de que no la habían seguido.

Las piernas le fallaron finalmente y sucumbió a la fatiga. Se sintió mareada y quiso vomitar, pero tenía el estómago tan vacío que solo se retorció agonizante. Aquel bosque estaba yermo y encantado, era una trampa mortal para los que no tenían dones sidh. Para los humanos de cáscara vacía, indefensos en mitad de la guerra entre las bestias del caos y los sidh. Simple alimento para unos, una molestia para otros.

Y de pronto, fue consciente de que se moría. Lo había visto demasiadas veces como para no reconocerlo. El modo

en el que el alma se escapaba del cuerpo para volver a los remolinos de magia, donde con esa energía se podría crear algo nuevo. Aunque la suya era tan insignificante que apenas supondría una diferencia.

Se decía que, alguna vez, el equilibrio había sido perfecto. Las criaturas ancestrales habían sido una mezcla perfecta de orden y caos, unas más inclinadas hacia un lado y otras más hacia el otro, de modo que la balanza siempre se compensaba. Pero hubo quienes quisieron acaparar más poder, y lo que se acumulaba por un lado comenzó a desaparecer por el otro.

Así nacieron los sidh, una evolución mucho más poderosa de las *faeries*. Y así, también nacieron las sombras. Como respuesta a ese desequilibrio, el exceso de orden llamó al caos de donde habían nacido los devoradores de almas. Era una lucha por recuperar el equilibrio perdido.

La pequeña se negó a cerrar los ojos. No quería morir. Deseaba tener otra oportunidad. Ojalá ese no fuese el final.

Pensó en los dos niños sidh del palacio.

Sí, ojalá tuviese otra oportunidad para poder encontrarlos y matarlos. Pero no solo a ellos, sino a todos los sidh que habían permitido que su aldea muriese de hambre, de enfermedades y de ataques de sombras.

Ojalá pudiese vengarse. Acabar con esos seres egoístas.

Los ojos comenzaron a cerrársele. Quería mantenerlos abiertos, pero le pesaban demasiado. Su cerebro poco a poco fue sumiéndose en la oscuridad y fue perdiendo el hilo de sus pensamientos.

—¿Qué es lo que deseas? —susurró una voz vieja, que era como un canto melodioso y desafinado a la vez.

—Vivir —articuló ella mientras veía como los remolinos de su alma comenzaban a escapar de su cuerpo.

—¿Qué darías por ello, niña?

Ella cerró los ojos... ¿O ya los tenía cerrados?

—No tengo nada para dar.

—Sí que lo tienes.

—Lo que fuera. Daría lo que fuera.

Recordó los ojos huecos y sin vida de la mujer que la había acogido como una madre, Meridia, su estómago hundido, las manos huesudas que aun así habían empujado el último trozo de pan, la última miga, para ella. Meridia, que sabía que se estaba muriendo, había preferido luchar por que ella viviese.

Vengaría su muerte.

—¿Estás segura, niña? —susurró la voz como una brisa junto a ella.

—Sí.

—Entonces tenemos un trato.

Capítulo 1

La casa retumbó con el sonido de los pasos apresurados que salían de las habitaciones hacia el jardín. La noche brillaba implacable en el cielo y la luna lejana y fría colaba su luz por la ventana.

Dio un último vistazo a su habitación. Cogió las dos hojas de metal brillante, Muerte y Sombra. Así las había bautizado la primera vez. Se las colocó a los dos costados de las caderas. Y un cuchillo en el tobillo derecho.

Se metió sus largas trenzas dentro de la capucha que se bajó hasta la punta de la nariz.

Una hoja más en el muslo.

Y miró una última vez el pequeño espacio abuhardillado. La cama diminuta y destartada, los libros desgastados, los cortes en la madera... Pasó los dedos llenos de anillos plateados por dos nombres que había tallados en la pared. Una silenciosa despedida.

Bajó las escaleras a toda prisa y se agarró al pasamanos para saltar hacia abajo aterrizando con la destreza de un felino.

—Siempre presumiendo —siseó Conrad.

Ella le dedicó una reverencia sarcástica y le enseñó unos dientes brillantes. Podría haber pasado por una sonrisa si no fuese por la letalidad que prometían.

—¡Wynd! —bramó la voz de Nana desde el jardín.

—Buena suerte —le deseó Conrad.

—Deséasela a ellos —contestó ella dándose la vuelta hacia el jardín.

Se puso en la fila junto con Rendry y Alyn. Los dos la miraron de reojo y le sonrieron escuetamente. Habían repetido el mismo proceso decenas de veces. Nana solía juntarlos por experiencia y habilidades de modo que conformaba pequeños escuadrones.

A veces los miembros cambiaban, dependía de si había habido alguna baja en una misión o si esa persona había sido asignada a algo más grande. Como estaba a punto de pasarles a ellos tres.

Wynd nunca había estado más de una semana fuera de los Páramos. Siempre le habían tocado trabajos en ciudades cercanas, y casi siempre habían consistido en robos y espionaje. Era la más escurridiza y silenciosa de la casa. Algún que otro asesinato de sidh y alguna que otra caza de sombras. Pero esta era la primera vez que le asignaban algo grande e importante.

—Hoy los tres partís sin una fecha. Los tres tenéis una misión realmente importante que cumplir —comenzó a decir Nana desde la penumbra—. Lleváis años entrenando para este momento, espero que no me decepcionéis.

Se acercó a ellos saliendo de su escondite. Su pelo oscuro, las cuencas vacías de donde le habían arrancado los ojos, sus dedos largos y huesudos, y esa piel tensa sobre los huesos afilados. Esa era Nana, curtida en mil batallas. Nana implacable, letal, casi inmortal.

—No olvidéis nunca a quién le debéis vuestra lealtad. Quiénes sois. Adónde pertenecéis.

—Somos nikt —respondieron ellos tres al unísono.

—Descubríos —ordenó Nana.

Los tres se levantaron la manga para mostrar las muñecas izquierdas, donde unas cicatrices plateadas brillaban mostrando una constelación nebulosa.

—No dudéis. No temáis. Incluso vuestra muerte algún día servirá al propósito. La muerte no es más que el renacer de algo nuevo.

Sus ojos huecos miraron a Wynd. Estiró su largo brazo y le echó hacia atrás la capucha para descubrirle el rostro. Los ojos plateados de la chica brillaron en la noche, el izquierdo con un zarcillo de ónice en el centro.

Los dedos de Nana recorrieron su piel suave, y Wynd hizo todo lo posible por no estremecerse. Después de Meridia, Nana era lo más parecido a una madre que había tenido. La que la había salvado de morir de hambre o devorada en aquel bosque a las afueras de Oed.

No había nada en ese mundo que Wynd no haría por la anciana. Nada. Todo lo que era se lo debía a ella, porque antes no había sido nada más que una niña indefensa, muerta de hambre, de miedo, de dolor. Nana le había dado un lugar y un propósito; la había convertido en alguien y ahora sentía que pertenecía a algo, que no estaba sola.

Nana le había dado esa oportunidad por la que suplicó en sus últimos momentos. Le había concedido la posibilidad de vengarse.

—¿Estás preparada? —le preguntó.

—Sí.

—Ten cuidado, los sidh son engañosos. Cuanto más tiempo pases entre ellos más difícil te será distinguir la verdad y la realidad del engaño, recordar dónde está tu lealtad. No olvides nunca, Wynd, que eres mi flecha. Una flecha envenenada directa a su corazón.

Los dedos de Nana tocaron la cicatriz de su muñeca izquierda, no la que la marcaba como una nikt, sino la que tenía unos centímetros más abajo. La que tenía forma de medialuna. Algo frío tiró del corazón de Wynd.

Ella asintió y sonrió de forma lenta. «Una depredadora». Así la había descrito Conrad una vez. No tenía miedo. Hacía tiempo, años, que había olvidado lo que era el miedo; porque ahora sabía luchar, pelear, defenderse y atacar.

—¿Los tienes? —preguntó Nana.

Wynd levantó los dedos llenos de anillos plateados forjados con piedra de luna y bendecidos por los sidh. Ni siquiera podía imaginarse lo mucho que le habría costado a Nana conseguirlos para ella. Eran un potenciador de energía, y sacarían la suficiente magia de su cuerpo como para que pudiese engañar a los propios sidh y entrar en aquella ciudad prohibida. Oed, su capital.

Wynd miró a sus hermanos nikt. Los olvidados, los que no eran nadie; esos eran ellos. Rendry, que tenía un poco de magia en sus venas, lo suficiente para ser considerado un sidh menor, entraría en la ciudad con ella y sería su contacto con el exterior, con Nana.

Alyn tenía otra misión de la que ellos no tenían por qué saber.

—No me falléis —fueron las últimas palabras de Nana antes de girarse y entrar en la casa.

Rendry y Wynd salieron disparados por el páramo hacia la laguna de luna. No había tiempo que perder. Llevaban meses preparando aquello y lo tenían todo cronometrado al milímetro. No podían permitirse fallar.

Ella era más rápida que él y guiaba la marcha entre las rocas que salpicaban la ciénaga. De repente, una cabeza cubierta de un pelo largo y oscuro emergió del agua burbujeante. Wynd reprimió un escalofrío.

—Banshee —murmuró.

Rendry viró a la derecha para esquivarla. Normalmente, esas criaturas se mantenían alejadas de ellos porque Nana las mantenía a raya. Pero no se podía confiar demasiado en su hambre voraz. Wynd se agachó y se impulsó volando varios metros para aterrizar en la orilla de la ciénaga. La luz de la luna se reflejó en su pelo rubio plateado cuando se le cayó la capucha. Rendry movió las ramas frente a él con una ráfaga de aire y alcanzó a Wynd con rapidez. Pasaron a través del espeso y húmedo bosque del páramo donde hasta las sombras parecían tener vida.

Wynd tenía el vello de la nuca erizado; se sentía observada por mil ojos. Cerró los puños con fuerza y sintió el poder de los anillos palpar en su interior, como si una pequeña bola de calidez creciera en su pecho. Suspiró y trató de relajarse.

El brillante reflejo de la laguna apareció como un oasis en medio de la oscuridad. Se frenó en seco, con las botas raspando contra el musgo, y a los pocos segundos también lo hizo Rendry. Una fina capa de sudor le caía por el cuello.

—¿Lista? —le preguntó mirándola.

Wynd le tendió la mano. La cicatriz de su muñeca izquierda brilló reflejando la luz de la laguna. Cogió aire para llenar los pulmones y asintió con decisión. Ambos dieron un paso hacia delante dejándose caer en la laguna de luna. El agua los acogió como sábanas de seda y los envolvió lanzándolos hacia abajo. Abajo, abajo, abajo, y el mundo giró hasta que el agua los expulsó totalmente secos.

Siempre la mareaba la experiencia; era como caer desde un precipicio y frenarse en el último momento. Sin duda prefería correr antes que usar las lagunas de luna, pero estas eran mucho más rápidas para distancias largas.

—Cinco minutos —anunció Rendry algo pálido.

Wynd asintió y comenzó a moverse con rapidez cuando volvió a sentir el estómago en su sitio.

—Odio las lagunas de luna —murmuró.

Él soltó una risita al escucharla y sus ojos se estrecharon ligeramente. No tenían las franjas verticales de los sidh, aunque había un tenue toque de luz cerca de sus pupilas. Ella se preguntó si su madre o su padre habrían sido sidh puros.

Llegaron al camino principal y se quedaron en las sombras. A lo lejos, se veían las luces de la imponente ciudad de Oed. A Wynd, el corazón comenzó a martillearle con fuerza en el pecho. Se puso los guantes, unos que escondían pequeños discos cortantes. La adrenalina le rugía en los oídos. Sabía lo que tenía que hacer, sabía que podía hacerlo, pero en esos segundos previos siempre le ocurría lo mismo.

Se oyeron los pasos lejanos de los caballos. Tanto Rendry como ella subieron a los árboles que bordeaban el camino y

se camuflaron con la noche.

—Tú vas a por la chica, yo me ocupo de su acompañante —susurró Rendry.

Todos los jóvenes sidh entre diecisiete y veintiún años habían recibido la carta de convocatoria para entrar a la Orden de los rhydra. Aunque no todos estaban dispuestos a ir. Las pruebas no eran sencillas, solo unos pocos conseguían terminarla con éxito —aunque nunca se decía ni quiénes ni cuántos—, pero era un gran honor formar parte de ellos, pues eran los guardianes del orden y la paz.

Los que decidieran presentarse tenían que estar a la mañana siguiente en la Academia para pasar las pruebas. Por supuesto, Wynd no había recibido la carta, pero ese era un problema del que estaba a punto de ocuparse.

El paso de los caballos se oyó cerca y las figuras se distinguieron recortadas contra la luz de la noche. Sus hermanos nikt habían conseguido información de una sidh que viajaría esa noche desde Rasgard, la ciudad más cercana a los Páramos y una de las que peor fama tenían en toda Abscondita.

—Prepárate, puede ponerse feo —advirtió Wynd.

Se agazapó en la rama del árbol haciendo equilibrio solamente sobre las puntas de los pies. Contó los latidos de su corazón, tratando de calmarse.

Recordó la primera vez. Justo un año después de que Nana la encontrara en el bosque. Había estado entrenando con los demás nikt, aprendiendo a usar el cuchillo y su propio cuerpo para defenderse y atacar. Todavía era inexperta y recibía más palizas de las que podía contar. Era la más pequeña del grupo, aunque algunos de sus

hermanos habían llegado más jóvenes que Wynd y llevaban allí tanto tiempo como podía recordar.

Nunca olvidaba la primera vez. Nunca dejaba de ver esos ojos. Nunca dejaba de escuchar esa súplica. El dolor. El olor. El color. Había olvidado a muchos de los que vinieron después; eran demasiados para contarlos, pero del primero siempre se acordaría. La perseguía en sus sueños.

Entonces lo sintió: el cambio en el aire, el temblor de la tierra. Abrió los ojos y se encontró con los de Rendry, y ambos saltaron hacia abajo. Wynd cayó sobre el caballo de la chica. Era menuda. Le puso una mano en la boca para que no pudiera gritar.

La sidh se retorció asustada y el caballo se sacudió agitado. Wynd apretó los dientes y sacó a Sombra. Las manos de la chica sidh soltaron las riendas y la agarraron, sus dedos le enviaron una descarga eléctrica por la piel.

Wynd reprimió un gemido de dolor. Se le tensaron los músculos de forma involuntaria y soltó la boca de la chica. Wynd gruñó cabreada. La cogió del pelo mientras la sidh trataba de volver a tocarla. Tiró con fuerza echándole la cabeza hacia atrás y movió a Sombra con rapidez para cortarle la garganta con un tajo limpio. La sangre le salpicó las manos.

—Mierda.

Había deseado que fuera rápido y silencioso. Por suerte, estaban lejos de la ciudad y era poco probable que alguien los hubiese oído. Frenó al caballo con una mano mientras sujetaba a la chica con la otra.

Rendry a su lado se había encargado del otro clavándole una hoja en el pecho.

—Yo me ocuparé de ellos —le dijo—. Coge la carta y el caballo y vete. Tienes que estar allí al amanecer. ¿Sabrás encontrar la Academia?

—Sí, Nana me ha enseñado el mapa mil veces.

Bajó a la chica inerte del caballo y la dejó en el suelo. Una nube se movió y descubrió la luna, por lo que pudo ver el brillo rojo en sus guantes. Sintió un tirón en el pecho, y la cara se le encogió en una mueca que consiguió borrar antes de que Rendry pudiese verla. Era una sidh y merecía morir. Un alma más para los remolinos; un alma más para restablecer el equilibrio perdido.

Y aun así, se sacudió las manos deseando que aquella mancha escarlata desapareciese del cuero.

—Ten cuidado.

—Lo tendré.

—Nos vemos tras las pruebas. Si no sabemos nada de ti una vez finalicen, supondremos que has muerto.

Wynd asintió. Se subió al caballo sin decir nada más y cabalgó hacia la Ciudad de los Deseos.

Capítulo 2

Hubo un tiempo en que Wynd deseó tanto ser parte de los que podían vivir en esa ciudad, que se había pasado días admirándola en la lejanía. Y no había dejado de preguntarse qué había hecho mal para no tener el privilegio de estar allí dentro.

¿Por qué las personas de su aldea se morían de hambre? ¿Por qué Meridia había tenido que rascar hasta el más mínimo grano para alimentarla quedándose ella sin nada? ¿Por qué no podían estar tras la seguridad de esos muros? ¿Por qué los dejaban allá fuera en el bosque lleno de sombras, de seres del caos? ¿Por qué los mataban si intentaban entrar en sus ciudades?

Los odiaba. Odiaba a los sidh por eso, por despreciar a los que habían nacido sin magia, fruto de su propio egoísmo. Ellos acaparaban la energía para sí mismos. Y aun así los abandonaban a su suerte.

El rencor le rugió en el pecho cuando vio el enorme arco de entrada. Una sarta de estrellas rodeaba un sol en una perfecta proporción áurea. El escudo de los sidh, el remolino del orden. Vio una pequeña ondulación en el aire y sintió el impacto de la magia en el cuerpo. Era como caminar contra un viento fuerte que trata de arrastrarte. Apretó los puños y sintió la energía que fluía calentándole las venas hasta los

anillos. La garganta se le contrajo en un jadeo dolorido. Aquello era mucho peor que la descarga eléctrica que le había dado la chica del camino.

Soltó un pequeño alarido cuando la magia le quemó la piel y, finalmente, Wynd traspasó el arco de entrada. Se apoyó contra la piedra fresca y recuperó el aliento. Había sentido que algo en su interior estaba a punto de romperse. Como una cuerda demasiado tensa que se deshilacha.

Levantó la mirada y una emoción sobrecogedora la recorrió. Era lo más bello que había visto en su vida. Los edificios tenían tejados puntiagudos con tejas de colores, algunas de ellas se elevaban muy arriba en el cielo como sostenidas por magia.

Enredaderas de flores escalaban por las paredes y frondosas plantas asomaban de los balcones, las chimeneas lanzaban nubes de humo y los postigos eran de bonitos colores ocres. Las farolas estaban forjadas en intrincadas formas ondulantes, y la luz salía de ellas como si la produjesen las mismísimas estrellas. Había escaleras de piedra que se elevaban en el cielo hacia las casas más altas. Allí debían de vivir los que más poseían.

La ciudad estaba dibujada en forma de pentágono: el Palacio de Cristal al norte y los arcos de entrada en las otras cuatro puntas. La Academia y los edificios principales estaban en el centro, donde convergían todas las avenidas. Algunas calles eran estrechas y oscuras, pero era fácil distinguir las arterias principales. El suelo estaba empedrado y había mosaicos en distintas zonas.

Se habría parado más tiempo a admirar la belleza del lugar, pero el cielo estaba tiñéndose de un azul más claro y

las estrellas se estaban apagando. Echó a correr rápida hacia el centro de Oed. A medida que avanzaba veía más personas. Otros que se dirigían a las pruebas. Casi quiso sisear al verlos. Sus perfectos ojos iluminados, su energía intacta, su fuerza, su vitalidad. Sus hermanos nikt tenían que entrenar duro, sangrar, romperse huesos y rabiar de dolor hasta ser lo suficientemente fuertes como para enfrentarse a lo que había ahí fuera. O para enfrentarse a los propios sidh.

Cruzó uno de los puentes hacia la plaza principal. Distintos canales de agua discurrían separando las calles que se unían por unos altísimos y curvados puentes. Wynd se preguntaba de dónde vendría el agua, porque nunca había visto un río cerca de esa zona. Si lo hubiera, habrían tenido agua limpia más a menudo en la aldea, y no el horrible fango que salía a veces de los pozos secos.

Pero cuando comenzó a descender encontró la respuesta a su duda. Una larguísima cascada caía del cielo donde un precioso edificio redondo, coronado por una enorme cúpula, se elevaba solemnemente. Era excepcionalmente alto, aunque solo tenía tres plantas de ventanas. El agua que caía alimentaba los canales de la ciudad.

Estaba admirándolo cuando alguien chocó con ella.

—Lo siento —se disculpó una chica sonriente.

Tenía el pelo anaranjado en distintos tonos, como si hubiesen cogido los colores de una puesta de sol para crearlo. Sus ojos eran del verde de la hierba y tenían aquellas inconfundibles marcas de un sidh puro. Era unos centímetros más alta que Wynd y vestía un traje de combate en verde oscuro.

Wynd la observó. Nunca había estado tan cerca de uno de ellos sin tener intención de asesinarlo, y en esos momentos siempre estaba concentrada en su tarea, así que no podía observarlos tranquilamente. Emitía una fuerza y una energía intensas, por lo que se imaginó que sería poderosa, que provendría de una de esas familias que concentraban más poder.

Dio un paso atrás y tensó los músculos de los hombros por puro instinto, deseando llevarse las manos hacia Muerte y Sombra.

—Vienes a las pruebas, ¿verdad? —preguntó ella.

Wynd luchó contra sus propias cuerdas vocales para que funcionasen y emitiesen algún sonido. En casa nunca había sido la mejor socializando, y había convivido con sus hermanos durante trece años, así que hacerlo con una desconocida sidh era mucho más complicado.

—Sí —se obligó a decir.

—Yo también. Me llamo Cordelia —dijo tendiéndole la mano.

Había matado sombras, había hecho cosas mucho peores que aquello, así que apretó los dientes y extendió la mano para tocar a la chica.

—Yo soy Marise, pero nadie me llama así. No me gusta. Así que puedes llamarme por mi apodo: Wynd —dijo recordando el nombre de la sidh a quien había usurpado la identidad y revelando el suyo propio. Resultaría más fácil responder a este cuando la llamaran.

La piel de la desconocida era cálida y su energía era suave, como una brisa de otoño que mece las hojas de los árboles. Reconfortante incluso. Cordelia la observó un

momento e inclinó la cabeza hacia un lado en un claro gesto de curiosidad.

—¿Qué...? —preguntó Wynd.

—Oh, perdona, quería verte la cara. Lo siento, soy muy curiosa y a veces traspaso los límites. Es la primera vez que salgo de mi ciudad; vivo al norte y allí no hay mucho que ver, así que aquí todo me parece tan nuevo, tan... emocionante.

Wynd se mordió el labio, incómoda. Sabía que en algún momento debería quitarse la capucha y entonces verían sus ojos. No le preocupaban las franjas verticales. Los sidh de menos poder las tenían atenuadas, era un rasgo distintivo de pureza. Pero sí le preocupaba su ojo izquierdo, ese anillo oscuro. A nadie le gustaba verlo; ya en la aldea algunos habían pensado que estaba maldita... Excepto Meridia. A ella le parecía algo especial.

Cogió la enorme capucha con ambas manos, los anillos resplandeciendo, y se la echó hacia atrás descubriéndose. Sus largas trenzas le cayeron por la espalda y sintió el peso de la mirada de Cordelia.

—Pareces un cielo estrellado —comentó.

Wynd frunció el ceño sin comprender qué quería decir.

—Por tus pecas, nunca había visto unas tan... tenues. Casi parecen dibujadas con luz de luna.

Al instante, la chica se quedó callada y se le ruborizó hasta la raíz del cabello.

—Perdona, estoy diciendo tonterías. Pensarás que soy un poco rara. Lo cierto es que mi madre siempre me dice que soy una bocazas incontrolable.

Wynd sintió una especie de calidez en el pecho. Un sentimiento tan nuevo y desconocido que no supo identificarlo. Se preguntó si serían los anillos de nuevo.

Una de las comisuras de su boca se curvó con timidez hacia arriba.

—Ha sido... bonito —dijo—. Nadie había descrito mi cara así.

—No sabría decir si estás siendo sarcástica o si lo dices en serio. La verdad es que no se me da nada bien pillar cuando la gente se ríe de mí.

Cordelia hablaba muy rápido y movía las manos constantemente. Le recordó a una liebre parada en mitad del bosque captando todos los sonidos de forma rápida y automática.

—Lo decía en serio —comentó Wynd con una risita.

Los ojos de Cordelia brillaron con una emoción cálida a la que Wynd no supo ponerle nombre. Era un tipo de emoción que no había visto nunca entre los nikt, pero que de algún modo le recordó a Meridia. Y antes de que pudiese darse cuenta, la chica la abrazó.

Wynd se puso rígida y soltó un jadeo, sorprendida. Se movió por instinto agarrando la muñeca de la chica y saliendo de su agarre.

—Lo siento, lo siento. No quería asustarte, soy muy efusiva a veces.

—No... Yo... Es por las pruebas, estoy tensa. Y no estoy acostumbrada a que la gente me toque.

Cordelia frunció el ceño y puso una expresión triste. ¿Le habría molestado que la rechazase?

—Eso suena muy...

El sonido de unas palmas amplificadas interrumpió a la chica. El agua de la cascada se movió ondulante y reveló una pequeña plataforma sobre la que aparecieron dos generales rhydra.

Wynd se puso alerta al instante. Lo sintió en los huesos: el poder de aquellas dos personas podría haberla quemado hasta convertirla en cenizas. Ambos llevaban la armadura blanca, lo que significaba que no estaban en combate. Sabía que cambiaban de color según su misión y que estaban hechas de metal de luna. Eran amplificadores de poder, como sus anillos. Llevaban el escudo de los sidh en el centro del pecho. Parecían realmente ligeras, como si hubiesen fundido el metal sobre sus cuerpos para que adoptasen la forma correcta, una segunda piel. Mucho más eficaz que el cuero de su traje de combate.

La mujer dio un paso al frente. Tenía el pelo oscuro y las facciones duras. Una enorme cicatriz le cortaba la mejilla derecha, y Wynd se preguntó qué o quién habría podido acercarse tanto como para hacérsela.

—Mi nombre es Herice y mi compañero es Phern. Cuarta y quinto general de los rhydra. Vamos a supervisar las pruebas.

Capítulo 3

Al instante, los soldados rhydra rodearon todas las salidas de la plaza. Wynd miró hacia los tejados buscando rutas de escape. Odiaba sentirse atrapada. Necesitaba saber que había posibilidades de huir.

Pero en cuanto ese pensamiento cruzó su mente, se dio cuenta de que esta vez no iba a ser así. Tenía que quedarse; de hecho, tenía que pelear por llegar hasta el final de esas pruebas. Aquella no era una misión que tuviese un final, y si lo tenía, significaba que había fracasado, y eso no era una opción. Debía infiltrarse como rhydra, ser una agente doble para Nana.

—Entregad las cartas y bajad —indicó Herice señalando una escalera en espiral que se había abierto bajo la cascada.

A Wynd, que se había pasado la vida viviendo entre enormes árboles, recorriendo las alturas, volando entre rama y rama y cazando desde allí, eso de meterse bajo tierra no le gustó especialmente.

—¿Estás nerviosa? Porque yo sí. Para mí sería un gran honor si entrase en los rhydra. Mi mejor amigo entró hace dos años. —Su voz adquirió un cariz de tristeza.

—Eres fuerte, seguro que entras —murmuró Wynd distraída.

—¿Fuerte?

Wynd se giró hacia la chica que avanzaba a su lado apartando la mirada de los jóvenes que se agolpaban a su alrededor.

—Sí, tu aura es fuerte.

—¿Cómo puedes saberlo?

Frunció el ceño y ladeó ligeramente la cabeza sin entender la pregunta de la pelirroja. Era obvio: emanaba de ella.

—¿Porque la veo? —explicó Wynd.

Cordelia abrió los ojos realmente sorprendida.

—¿Cómo puedes verla? Quiero decir, ¿qué es lo que ves exactamente?

—Ondula a tu alrededor. Algunas son más tenues, pero la tuya es firme, por lo tanto, eres fuerte.

—Yo nunca he visto mi aura ni la de nadie —dijo Cordelia.

Wynd se puso rígida y temió haber dicho algo que no debía. La verdad es que nunca le había hablado de ello a Nana ni a ninguno de sus hermanos nikt. Simplemente había dado por hecho que era algo que se podía percibir.

Los humanos no tenían aura y la de los sidh menores estaba prácticamente fundida, como la de una vela a punto de apagarse. Y para ella esa siempre había sido su forma de distinguirlos, incluso antes de verles los ojos.

Apretó el paso y sacó la carta para entregársela a Herice. La mujer levantó la vista y la observó detalladamente. Se detuvo unos segundos a mirar su ojo. Su expresión no se movió ni un milímetro y, sin el más mínimo esfuerzo, lanzó un chorro de su poder contra ella.

Aunque estaban a varios metros de distancia, impactó con fuerza en el pecho de Wynd. Ella clavó los talones en el suelo para impedir que la arrastrase y la tirase al suelo. Le temblaron los huesos del cuerpo y sintió de nuevo esa cuerda dentro de ella, ese poder en ebullición.

Hizo una mueca de dolor. Por un momento, dejó de pensar; dejó de ver a la gente a su alrededor, el sonido de la cascada, los murmullos, la ciudad... Todo desapareció, y un fuerte sentido de la supervivencia la atacó. «Lucha, lucha», decían su cuerpo, su mente y cada una de sus células.

«Mátala». Oh, hacerlo le proporcionaría tanto placer. Más que el de eliminar a la chica del camino, más que el de matar a cualquier otro anteriormente; porque estaba segura de que aquella mujer era un ser despiadado.

Estrechó los ojos en rendijas y preparó una de las cuchillas de sus guantes para lanzarla. Se olvidó de toda lógica, de la misión. Lo único que necesitaba era apagar ese fuego dentro de ella, impedir que esa cuerda se partiese. Porque había hecho una promesa, un trato, y sabía que no podía dejarlo ir.

Sintió el frío metal de las cuchillas en sus dedos y se preparó para levantar la mano y lanzarlas contra el cuello de la mujer, a ese punto donde le latía el pulso. Pero antes de que le diese tiempo a hacerlo, alguien le cogió la muñeca impidiendo que se moviese.

—Yo que tú no haría eso. No si no quieres morir —le susurró una voz profunda y chulesca.

Wynd soltó un gruñido y tiró de su mano con fuerza para liberarse. Se giró hasta encontrarse con unos ojos del azul de la noche partidos por unas líneas brillantes, las más

brillantes que había visto nunca. Era como mirar a la propia luna. El pelo negro le caía desordenado y despeinado sobre la frente. Le sacaba al menos una cabeza y su aura era firme, tersa y tan oscura como el ónice. Le dedicó una sonrisa arrogante.

Tardó unos segundos en reaccionar. Quizás porque el hecho de no haber notado que alguien se acercaba a ella la había cogido por sorpresa. Quizás por el absoluto y salvaje poder que emanaba de él o quizás porque no podía creerse que ese chico estuviese tocándola y dándole una orden.

Si no hubiesen estado en una plaza rodeados de sidh, le habría roto uno a uno los dedos de esa mano estúpidamente elegante.

—Suéltame. Ya —le ordenó.

—Te está probando —murmuró él.

—¿Por qué...?

Él hizo un gesto con la cabeza señalando sus ojos. Wynd relajó los músculos del cuerpo y volvió a introducir el disco de metal en el guante. Herice había visto que no era una sidh pura y había decidido probarla.

El tipo le soltó la muñeca finalmente y dio un paso a un lado dedicándole una sonrisa curiosa. La general dejó de lanzar su magia contra ella y le hizo un gesto dejándola pasar. En sus ojos brilló algo puramente asesino.

—Debes de ser fuerte, si no eso te habría calcinado al instante —murmuró el tipo, pasando a su lado con las manos dentro de los bolsillos y andares despreocupados.

Wynd sentía los anillos quemándole bajo los guantes.

La escalera bajaba hacia una oscuridad imposible iluminada por unas antorchas de fuego azul. Dejó que el

desconocido se adelantase deseando perderlo de vista.

Cordelia correteó para alcanzarla.

—¿Qué ha pasado? —murmuró.

—Nada, solo...

Clavó la mirada en el tipo sin nombre, su aura oscura lo llenaba todo. Era como un muro sólido. Se le erizó el vello de la nuca. Estar tan cerca de alguien con semejante poder hizo saltar todas sus alarmas.

Wynd era lo suficientemente experta e inteligente para saber que alguien con ese poder era realmente peligroso. Su instinto de supervivencia la instó a sacar a Muerte y lanzársela directa al corazón.

—Cuidado con lo que desees —le advirtió el chico hablando por encima de su hombro.

Wynd se encogió y parpadeó confusa.

—No deberías proyectar un instinto asesino tan evidente contra alguien. Cualquiera podría pensar que es una falta de respeto y puede que no se lo tomara especialmente bien.

—A lo mejor no deberías meterte en los asuntos de los demás.

—De nada por haberte salvado la vida. Si hubieses lanzado esas cuchillas, ella te habría fulminado sin parpadear.

—Qué caritativo... —respondió ella con tono sarcástico.

Él soltó una risita.

—Ningún... —hizo una extraña pausa mientras la observaba con atención, parándose en sus ojos— sidh menor ha pasado nunca las pruebas de los rhydra, y ella...

—¿Crees que no puedo hacerlo? —preguntó Wynd con los dientes apretados.

No sabía cuándo, pero sabía que iba a matar a ese tipo arrogante tarde o temprano. Más temprano que tarde, si podía elegir.

—No, solo digo que...

Él la estudió en silencio. El fuego que brillaba en sus ojos, el odio puro y asesino. La energía arremolinándose alrededor de sus manos. Puede que no fuese una sidh, pero había algo en ella... algo realmente letal que le llamó la atención.

Sonrió complacido.

—¿Cómo te llamas?

Wynd arqueó la ceja y lo miró como si fuese un gusano que se había arrastrado debajo de su bota. Comenzó a bajar las escaleras resuelta y lo sobrepasó sin mirarlo siquiera.

—Nadie —contestó.

Él soltó una carcajada grave y ronca.

—Encantado, Nadie. Yo soy Aren.

Wynd giró la cabeza y lo miró por encima de su hombro.

—Me gustaría decir que estoy encantada, pero te estaría mintiendo.

Aren soltó otra carcajada aún más fuerte y el sonido retumbó en las paredes con tanta fuerza que se le metió en el cuerpo a Wynd. La recorrió como si ella estuviese hueca, vacía, y por un momento se le erizó la piel.

—Yo soy Cordelia —saludó alegremente esta, y bajó corriendo para alcanzar a Wynd.

La escalera terminaba en un enorme vestíbulo oscuro en el que había un grupo de unas sesenta o setenta personas. Una gruesa alfombra roja cruzaba el espacio hacia unas puertas dobles que podían perfectamente medir ocho

metros de alto. Ambas tenían el escudo del remolino del orden. Las estrellas estaban tan pulidas que prácticamente brillaban en la oscuridad.

La tensión se podía cortar con un cuchillo. El aire se sentía cargado y asfixiante. Todos tenían auras visibles, algunos más fuertes que otros. Auras asesinas, auras asustadas, dubitativas; era como leer el estado de ánimo de cada uno de ellos.

Vio que Cordelia cogía aire para decir algo, pero hasta ella se quedó sin palabras ante el abrumador silencio.

—Te encanta hacerte de rogar —comentó una voz con un acento suave y un toque de diversión.

—Me he entretenido un poco —respondió Aren detrás de ellas.

—¿Con algo interesante?

Aren se limitó a encogerse de hombros. Todavía tenía que averiguarlo.

Wynd se giró para ver con quién hablaba. Un chico de pelo rubio que le caía en bucles desordenados por la frente y le tapaba las puntas de las orejas llenas de aros plateados. Tenía ojos dorados con el mismo brillo intenso que su amigo, aunque solo en uno de los ojos. Tenía el rostro más hermoso que ella hubiese visto nunca. Su aura era tan potente como el propio sol.

Al mirarlos juntos, fue como ver la noche y el día entrando en colisión.

—¿Quién es? —le preguntó a Cordelia.

—¿No los conoces? —dijo extrañada—. Me acabo de dar cuenta de que ni siquiera te he preguntado de dónde eres.

Wynd cambió el peso de un pie a otro y se aclaró la garganta.

—De una ciudad del este, al borde de los Páramos.

—¿Nunca has estado en Oed?

—No.

—Mmm... Aun así, has debido de vivir en una cueva si no los reconoces. Aren es el hijo del Deirnas, y él es Axel. Su madre...

—¡¿Qué has dicho?! —exclamó ella en voz baja.

—Que es el hijo del Deirnas.

El corazón comenzó a latirle a toda velocidad y sintió que la recorría un temblor de punta a punta. Una sonrisa lenta se extendió por su boca. Nana no se lo iba a creer. Aquello era el mayor golpe de suerte que había tenido en su vida.

Ahora entendía por qué había tenido tantos deseos de matarlo: porque era su destino, porque por fin había encontrado a la persona que llevaba años preparándose para matar. Lo tenía ahí delante a unos metros, servido en bandeja de plata. Tuvo que cerrar los puños con fuerza, porque los dedos le picaban por las ganas de coger sus cuchillos.

Un golpe definitivo al orden de los sidh, un golpe de caos que haría que se desestabilizaran completamente. Necesitaba tomar esa alma llena de poder y devolverla a los remolinos.

—¿Estás bien? —le preguntó Cordelia poniéndole una mano en el hombro.

Wynd había apretado las manos con tanta fuerza que sentía los anillos vibrar. Las relajó rápidamente. Respiró con pesadez. Ojalá encontrase una forma de informar a Rendry.

—¿Y qué hace en estas pruebas el heredero?

—Ya sabes, los rhydra son independientes al Deirnas. Quizás ha querido...

Se oyó el último repiqueteo de pasos sobre las escaleras y, al instante, todas las antorchas de la sala se apagaron dejándolos sumidos en la más intensa oscuridad y acallando la explicación de Cordelia.

Un murmullo recorrió la multitud, y la adrenalina comenzó a fluir por el cuerpo de Wynd, que se tensó agarrando sus cuchillos.

—Bienvenidos a las pruebas para entrar a los rhydra. Solo diez de vosotros seréis los seleccionados —anunció la voz de Herice—. Primera prueba —hizo una pausa, deleitándose—: el miedo.

Capítulo 4

La gente empezó a chillar y Wynd se encogió aún más. Recordaba el camino hacia las puertas, pero estaba segura de que Herice no la iba a dejar subir por la escalera.

Sabía que los sidh tenían mejor visión en la oscuridad y se preguntó qué estarían viendo para chillar de esa manera. Apretó los puños y trató de que la magia fluyera por su cuerpo hasta sus ojos y la dejaran distinguir algo. No ocurrió nada.

La oscuridad era tan densa que la sentía como un manto pesado a su alrededor.

Un líquido viscoso le cayó desde arriba y la mojó. Estaba caliente y espeso. Se quedó paralizada. Conocía perfectamente ese olor, esa textura. Sangre. Era sangre. Y en cuanto lo supo, el color rojo le saltó a la vista. Los guantes manchados, la cara, el pelo.

Soltó un grito ahogado.

Miró hacia arriba buscando la fuente de la que provenía, pero no había nada más que oscuridad. Trató de limpiarse, de quitársela de la cara. El corazón le latía con tanta fuerza que le dolía el pecho y oía un terrible rugido en sus oídos.

Se pasó las manos por la cara desesperada.

—¿Qué libro deseas? —preguntó alguien a su espalda.

Esa voz... Wynd soñaba con esa voz. Se volvió a toda prisa, pero no había nada, nadie.

Respiró aceleradamente.

—¿Qué libro deseas, pequeña? —repitió la voz soplándole en la nuca.

Se llevó la mano derecha a Sombra y la esgrimió cortando el aire.

«No puede ser cierto. Es una ilusión, es producto de mi imaginación».

La envolvió aquella biblioteca con libros hasta el techo y pasillos oscuros y estrechos. Entonces ella no tenía más que ocho años y todo le había parecido enorme y gigante. Con el peso del cuchillo debajo del abrigo verde musgo. La primera prenda que había sido suya y solo suya, la primera que no había heredado remendada mil veces antes. Un regalo de Nana.

Y ese hombre de ojos claros y lechosos, prácticamente ciego. Ese hombre que se apoyaba sobre un bastón y que, con una sonrisa tierna en la boca, la había acompañado amablemente hasta la parte trasera de la tienda.

—Tengo cuentos sobre las primeras hadas, son los favoritos de los niños —le había indicado—. Cuentos de cuando la magia pura fluía por el mundo. Entonces las sombras no existían y las criaturas eran brillantes y destellaban como las estrellas.

Y ella lo había observado con el pulso tan acelerado que había temido que lo oyera y se alertase. El sabor amargo de las lágrimas anudadas en su garganta. La mirada amable de él clavándosele en el pecho, atravesándola como una flecha.

—¿Qué libro deseas, pequeña?

Wynd había levantado un dedo tembloroso hacia un ejemplar con el lomo lleno de letras doradas y unas alas dibujadas en relieve. Él se había girado estirando el brazo para alcanzárselo, y entonces ella había sacado el cuchillo afilado que tenía el mango de obsidiana tallado con una nebulosa de estrellas.

Había cerrado los ojos con fuerza y había deseado no hacerlo, había suplicado que el hombre echase a correr o que desapareciese, que al abrirlos no siguiese allí. Pero no había ocurrido.

Así que, luchando contra cada parte de sí misma, contra todo lo que creía que era bueno y correcto, Wynd levantó el cuchillo y se lo clavó al hombre con fuerza. Lo sacó y lo volvió a hacer. Justo como Nana le había enseñado, justo como sus hermanos mayores le habían dicho que debía hacerlo. Y no paró de hacerlo, no paró de clavarle el cuchillo hasta que un charco de color rojo le empapó los zapatos y le corrió por las manos, el rostro y el pecho. Hasta que su abrigo verde musgo quedó teñido.

Muerte. Así había bautizado a su daga ese día. Muerte porque ese día mató a la niña que había crecido en la aldea junto a Meridia, porque ya no volvería a ser la misma. Muerte por la suya propia.

Ese día se convirtió en alguien con un corazón oscuro.

Lloró tan fuerte esa noche en casa, mientras se frotaba la piel hasta dejársela en carne viva... deseando borrar cada mancha, cada resto de sangre de su piel. Lloró con tanta desesperación que tuvo que morder su almohada para no alertar a Nana, y acabó rompiendo las sábanas.

Y aquel dolor nunca había vuelto a ser el mismo. Con cada muerte que sumaba a su lista, el dolor se iba atenuando hasta desaparecer, hasta ser algo mecánico. Pero nunca conseguía librarse de esa sensación de suciedad, de esa repulsión a la sangre.

El pasillo, las paredes, las estanterías, los libros, el suelo. Todo estaba cubierto por ese líquido escarlata. El cuerpo destrozado del hombre, los ojos abiertos en su dirección. Wynd cerró los ojos tratando de deshacerse de esa imagen.

—¿Qué libro deseas, pequeña? —volvió a susurrarle la voz.

Agarró su chaqueta y tiró de ella con fuerza deseando librarse de ese líquido caliente, pero los dedos le temblaban con tanta fuerza que no acertaba a encontrar las correas.

—¿Qué libro deseas?

Y las palabras fueron como latigazos.

Tenía la respiración desbocada, y por más que lo intentaba, el aire no entraba en sus pulmones, no conseguía capturarlo y dejarlo ahí. Se le escapaba.

La habitación comenzó a estirarse y estirarse hasta deformarse a su alrededor. El cuerpo sin vida del librero se levantó. Wynd sintió arcadas al ver las heridas abiertas.

—Cobarde. Traidora. Sucia —susurró su boca inerte moviéndose de forma antinatural.

Se echó hacia atrás al resbalarse en el charco de sangre, y se vio reflejada en él. El rostro redondeado manchado, los ojos grises muy abiertos, el pelo mucho más corto bañado de rojo, su abrigo verde completamente empapado. El reflejo le devolvió una sonrisa demasiado grande e inhumana para ser suya.

Wynd gritó y se llevó las manos a la cara. Sintió una fuerte punzada de pánico en el pecho. Una mano fría la agarró del hombro y se dio la vuelta chillando. El hombre la empujó contra el suelo, pero en vez de golpearse contra él, se sumergió en la sangre.

Le entró en la boca y en la nariz. Estaba caliente y espesa y tenía un desagradable olor metálico. Una convulsión la hizo retorcerse en espasmos. Movi6 los brazos y las piernas tratando de salir de ah6, de apartar toda esa sangre, desesperada.

Unas manos robustas la agarraron de los hombros con fuerza y la sujetaron.

—No es real. Se ha metido en tu cabeza, eres t6 la que lo est6s creando todo. As6 que sal de ah6 —murmur6 una voz en su oreja.

La cadencia lenta de las palabras le eriz6 el vello de la nuca y consigui6 traspasar las barreras de su inconsciencia, colarse en su pesadilla hasta llegar a ella, a su parte racional. El aroma y el sabor de la sangre se atenuaron levemente.

Wynd parpade6 confusa. Desconcertada. La librer6a perdi6 color y nitidez. El rojo se apag6 hasta que la oscuridad lo sustituy6.

El que hab6a hablado, Aren, comenz6 a subirle las manos de los hombros al cuello. La piel 6spera de sus manos rasp6 contra su piel febril y Wynd sinti6 un escalofr6o. Le puso las manos a ambos lados de la cara y, por un momento, se le aclar6 la visi6n: vio el vest6bulo, las antorchas apagadas y las puertas. Vio a Herice al pie de la escalera y a los dem6s retorci6ndose en sus propias pesadillas.

Cordelia estaba recuperando el aliento, sentada contra la pared de piedra fresca. Otros parecían haber perdido la consciencia o quizás más. Estaban tirados en el suelo como muñecos de trapo.

Pero la oscuridad volvió a ella, cegadora e implacable, en cuanto él separó las manos de su piel, y volvió a sentir el contacto de la sangre cubriéndola. Trató de concentrarse, de apartar de su mente esa magia que estaba sacando sus pesadillas del lugar donde las guardaba.

Manos huesudas en torno a su cuello, discos que volaban a su alrededor intentando matarla. Y hambre. Un agujero oscuro en su estómago, la boca seca y pastosa, el dolor, la fatiga, las náuseas. Y la sensación de ver como su vida se escapaba en zarcillos ondulantes hacia el cielo.

Dejó escapar un grito entrecortado cuando el aliento se le escapó del pecho. Perdió el equilibrio y sintió que se caía hasta que su espalda chocó con algo duro. Se llevó las manos a la cabeza y sintió de nuevo esa cuerda de poder, esa fuerza que tiraba y tiraba. Soltó un grito de dolor mientras convocaba cada pequeño resquicio de poder que había dentro de ella. Los anillos le quemaban en sus dedos.

Enfrentarse al miedo hizo que luchar contra el hechizo fuese mil veces más complicado. Sobre todo, porque aquellos miedos salían de su propia cabeza, de su subconsciente. Estaban hechos por y para ella. Le estaban quebrando la mente desde dentro. Arrancándole cada ápice de cordura hasta convertir sus pensamientos en chillidos silenciosos. Hasta dejarla deseando poder refugiarse en un pequeño ovillo acurrucado y apagar su mente para salir de esa agonía.

El corazón le dolía de la tensión. Su pulso estaba tan acelerado que si seguía así mucho tiempo más acabaría fallándole.

«Concéntrate».

Pero nada de aquello era real, y si había sobrevivido a todos esos momentos cuando habían ocurrido de verdad, podía hacerlo ahora que no eran más que un producto de su imaginación.

Se imaginó agarrando la neblina roja del hechizo de Herice y apartándola de su cabeza como si fuese algo sólido. La oscuridad se disipó lentamente y apretó los dientes, el cuerpo le tembló del esfuerzo y una pequeña hebra de cuerda se partió. Finalmente, dejó de sentir la sangre encharcando el suelo y su cuerpo, y la pesadilla se alejó de su mente.

Su pecho subía y bajaba a toda velocidad como si acabase de cruzar un desierto a la carrera. El sudor le manchaba la frente y el cuello. Se apartó unos mechones que se le habían escapado de las trenzas y se le pegaban a la piel febril. Hizo acopio de toda su fuerza para mantenerse erguida y no dejarse caer al suelo entre sollozos y arcadas.

Sentía la necesidad de frotarse la piel, de quitarse el traje de combate y envolverse en una manta. Wynd no había vuelto a recibir amor o cariño desde que perdió a Meridia, y con los años se había acostumbrado, pero en ese momento echó de menos un abrazo.

—¿Estás cómoda? —murmuró una voz grave y rasposa cerca de su oreja.

Aren.

Wynd levantó la cabeza y se encontró con sus profundos ojos azules y con su boca torcida en una sonrisa arrogante. A esa distancia, se dio cuenta de que también tenía la oreja llena de aros plateados y ligeramente más puntiaguda que la de los demás sidh que había conocido.

Se separó de él envarándose tan rápido que casi pareció haber sufrido una descarga eléctrica.

—De nada por eso, ya me debes dos —contestó él cruzándose de brazos.

Wynd apoyó una mano en la pared para sostenerse.

—¿Qué quieres? —le preguntó con la garganta seca.

—¿Cómo?

—¿Qué quieres para compensarlo? No quiero deberte nada.

Wynd arrugó la nariz en un gesto de desprecio y Aren soltó una carcajada.

La observó un momento mientras lo pensaba. Su larguísimo pelo tan rubio que parecía plateado. Su cuerpo pequeño, delgado y ágil. La sonrisa de colmillos afilados, su boca amplia de labios redondeados y llenos. Las pecas tenues como estrellas en una noche encapotada. Y ese ojo con el anillo de ónice. Un aspecto angelical y a la vez oscuro; era curioso cómo el caos y el orden impactaban en ella.

Había algo en ella.

—Tu nombre —le pidió.

—Marise, pero todos me llaman Wynd —respondió ella.

—¿Wynd? ¿Qué significa?

—Ventisca de nieve blanca —recitó ella, recordando las palabras de Meridia—. ¿Qué más?

Aren negó mientras su comisura izquierda se curvada lentamente.

—No tan rápido. Me lo cobraré más adelante. Así, si me debes algo, quizás dejes de mirarme como si desearas matarme.

Wynd retrocedió un paso y tragó saliva. Le habría siseado como un gato a un perro, pero trató de contenerse.

—Eso no te salvará —dijo dedicándole una sonrisa lenta, suave y venenosa—. Me aseguraré de pagarte... antes.

Se dio la vuelta y se alejó en dirección a Cordelia, que seguía tirada en el suelo con la mirada perdida. Y a su espalda, sintió el peso de los ojos de Aren con tanta intensidad que fue como una caricia física. Se preguntó qué estaría viendo en ella; le preocupaba la facilidad con la que la leía.

Debía andarse con cuidado con él. Era el hijo del Deirnas, y eso lo convertía en alguien muy peligroso y con mucho poder.

Wynd pegó la espalda a la pared y se arrastró hacia abajo. Estaba agotada, había usado cada resquicio de su aura para potenciar los anillos y salir de esa maldita pesadilla. No sabía a qué más pruebas tendrían que enfrentarse o si serían ese día, pero si requerían magia, no estaba segura de tener la energía suficiente para pasarlas.

Algunos seguían chillando y retorciéndose en el suelo como si algo les estuviese causando verdadero dolor. Verlos y escucharlos era otra tortura en sí misma. Si aquel era el nivel de crueldad en la primera prueba, no quería ni imaginar cómo serían las siguientes.

—¿Qué has visto? —le preguntó Cordelia con un hilo de voz.

Wynd la observó ahora con más atención. Estaba pálida, y el brillo de sus ojos se había atenuado. No la conocía lo suficiente, pero le había parecido demasiado alegre como para tener pesadillas en su mente capaz de atormentarla.

—¿Y tú?

—Un devorador de almas. Una vez vi uno en los bosques que rodean mi ciudad. Me alejé de mi madre y... —Sacudió la cabeza y tragó con dificultad—. Creí que se me iban a romper los huesos de las piernas de la fuerza con la que corrí. Todavía lo veo en sueños.

—Pero si quieres entrar a los rhydra...

Aun así, Wynd nunca había tenido que enfrentarse a ninguno y tampoco tenía prisa por hacerlo.

—Lo sé, es absurdo. Sé que tendré que enfrentarme a ellos; pero ahora al menos sé usar mi magia.

—¿Cómo te has... librado de la pesadilla?

—Me estaba muriendo. Estaba ahí tirada viendo cómo me succionaba el... alma y... tengo un oído muy fino; puedo oír murmullos a varios metros de distancia. Algo en mi cabeza ha encajado porque me he dado cuenta de que lo que oía era... Que venía de mi cabeza y no de la realidad. Entonces, me he dado cuenta de que era una ilusión y no... no estaba pasando.

La cara de Cordelia fue recuperando el color conforme hablaba.

—¿Y tú?

Wynd le dirigió una mirada involuntaria a Aren, que estaba apoyado en la pared cerca de Axel. Los dos parecían

casi... aburridos. Y ella deseó matarlos por eso. Su labio de arriba se contrajo mostrando sus dientes.

—Me ha ayudado él.

Cordelia siguió la dirección de su mirada y soltó un gritito efusivo.

—Debes de haberle caído muy bien. Al fin y al cabo, esto es una competición, y somos... —Miró a su alrededor—. Éramos casi setenta.

Wynd estaba segura de que lo había hecho para desestabilizarla emocionalmente y porque en algún momento se cobraría ese favor. Puede que Aren tuviese una pose despreocupada, pero era claramente una persona calculadora. Podía verlo en sus ojos.

Al menos quince personas estaban tiradas en el suelo. El miedo puede hacer que se te pare el corazón, eso lo sabía bien, así que no tuvo que fijarse demasiado para saber que no pasarían a la siguiente prueba. Y, aunque se había pasado la vida entrenando para matarlos, algo se removió dentro de ella cuando se dio cuenta de que Herice ni siquiera había pestañeado ante esas bajas.

Nana tenía razón: eran despiadados, arrogantes y deseaban tanto el poder que los consumía por dentro. No podía permitirse empatizar con ellos.

Capítulo 5

Los pasos de Herice repiquetearon en el suelo. Puso ambos pies sobre la mullida alfombra y echó un vistazo a su alrededor.

La cantidad de participantes que habían perdido la consciencia era una fuerte declaración de intenciones sobre las pruebas, una bienvenida no apta para cobardes.

Wynd habría jurado que Herice parecía satisfecha consigo misma y con su poder. La falta de piedad en sus ojos le sorprendió, quizás porque había esperado que al menos mostrase algo de empatía con los de su misma raza. Había oído muchas veces que cuanto más poder tenía un sidh, menos emociones humanas poseía. Pero nunca lo había experimentado tan claramente como en ese momento.

La añadió a la lista de sidh a los que deseaba matar, justo por detrás de Aren. Aunque no era tan estúpida como para no saber que ni siquiera podría tocarla en ese momento. Esa mujer era una bestia. Pero quizás pudiese dejársela en bandeja a Nana. De todas formas, alguien que sabía que había destrozado las mentes de unos críos de poco más de diecisiete años y se sentía satisfecha con ella misma no merecía mucha compasión.

La general caminó hacia las pesadas puertas de metal. Puso una mano sobre ellas y se abrieron de par en par con

tanta facilidad que parecieron estar hechas de plumas y pesar apenas unos gramos en vez de toneladas.

—Los que aún puedan mantenerse en pie y tengan el valor de hacerlo, que me sigan. El resto quedan eliminados.

Cordelia se levantó de un salto y le tendió la mano a Wynd. Ella la miró un segundo, evaluándola, tratando de adivinar si no estaría usando un truco con ella, si no estaría tratando de engañarla.

—Sé que he dicho que es una competición y que solo quedarán diez, pero le prometí a mi padre que solo llegaría al final si podía seguir siendo yo misma, si podía volver a casa y mirarlo a los ojos. No quiero perderme por el camino —le explicó Cordelia.

Wynd deseó poder decir lo mismo, pero hacía mucho tiempo que se había perdido a sí misma. De hecho, hacía mucho tiempo que sabía que esa niña había muerto, pero... Ella no tenía a nadie a quien mirar a los ojos. Meridia no habría reconocido a la persona que era ahora, pero ella ya no estaba.

Le cogió la mano y dejó que la ayudase a ponerse de pie. Quizás ella no mereciese morir, quizás...

Las puertas daban a una sala semicircular con escaleras que bajaban en distintas direcciones. Arriba había una cúpula de cristal por la que entraba la luz del sol. Y una escalinata de mármol que subía hasta unas puertas gigantescas, en el sentido más literal de la palabra. Debían de abrirse con magia y seguramente eran la entrada principal de la Academia.

Doblaron un pasillo a la izquierda, dejando atrás el opulento vestíbulo, y entraron en el ala de las habitaciones.

Todas discurrían en una segunda altura, tenían simples puertas ocre y unos cuantos peldaños de piedra pulida.

—Arriba están vuestras habitaciones. Por la escalera del vestíbulo podéis bajar a las plantas primera y segunda. Las demás están restringidas para vosotros. La Academia es un edificio invertido —explicó con voz carente de emoción—. Veintiséis habitaciones dobles. Podéis agruparos como queráis. Tenéis prohibido atacar a ninguno de los demás mientras no estemos en una prueba. El que lo haga será descalificado. ¿Entendido? —dijo echándoles una mirada severa.

Se oyó un murmullo de asentimiento.

—En las plantas inferiores están el comedor, la sala de reunión, la de entrenamientos y todo lo que podáis necesitar. Ya se os avisará para la segunda prueba. —Sus ojos brillaron asesinos.

—¿Podemos salir al exterior? —preguntó alguien.

—No. No podéis ver a nadie de fuera ni hablar de las pruebas. El que lo intente será descalificado.

—¿Quieres que compartamos habitación? —le preguntó Cordelia—. Me alegro de que al menos nos hayamos conocido un poco. Algunos parecen realmente incómodos.

—Lo hacen para desestabilizarnos: tener que compartir habitación con alguien que es un enemigo en potencia... Quieren saber si somos capaces de controlar nuestro temperamento —contestó la voz perezosa de Aren.

Wynd salió de sus cavilaciones y le echó una mirada asesina. ¿Quién lo había invitado a participar en su conversación?

—Creo que alguien tendrá ciertos problemas con eso...

—Sí, los habría tenido si me hubiese tocado contigo. Quién podría resistir la tentación de borrarte esa sonrisa estúpida de la cara —le dijo ella con su tono más dulce.

Alguien soltó una risa musical a su espalda. El sonido la recorrió como un rayo.

—Has hecho una amiga —comentó Axel con ese acento musical y cadente.

A Wynd le gustó el modo en que cambiaba la acentuación de la frase.

—Hola, soy Cordelia. Encantada de conocerte —dijo la sidh tendiéndole la mano.

Él se la estrechó evaluándola.

—Axel.

Miró a Wynd esperando que ella también se presentase, pero por muy agradable que le pareciese su voz, no dejaba de ser quien era. Había decidido hacer una excepción con Cordelia, pero no la haría con ellos. Estaba segura de que podrían clavarle un puñal por la espalda en cualquier momento.

Giró sobre sus talones y se alejó hacia una de las habitaciones que todavía no había sido ocupada.

Oyó unos murmullos a su espalda y la risa ronca y profunda de Aren. El sonido le erizó el vello de la nuca. Había algo en él que la... perturbaba.

—¡Que descanses, Wynd! —le gritó.

—¡Ojalá te ahogues en el baño! —le contestó ella con voz cantarina, y oyó otro coro de risas.

Tocó la puerta y dos llaves cayeron en su mano al instante. Le ofreció una a Cordelia, que caminaba detrás de ella con paso saltarín y una enorme sonrisa en la boca.

La estancia era circular. Qué predecibles eran los sidh, pensó Wynd, quien soltó un bufido. Todo siempre tan ordenado, tan pulcro, tan poco... caótico. Había dos camas con doseles y cortinas para más intimidad, y dos armarios empotrados a cada lado de ellas.

Una enorme ventana ocupaba el centro de la habitación, justo en el espacio entre las dos camas. En ella se reflejaba el cielo vespertino, pero no parecía haber manera de abrirla.

Cordelia se lanzó hacia uno de los armarios y lo abrió de par en par. Había pantalones de cuero y de una tela fina y suave que Wynd no conocía. Camisas ajustadas al torso y chaquetas del mismo cuero que los pantalones, todas en distintos tonos de *beige* y ocre. Colores sidh. Tenían protecciones en los hombros, correas para ajustarlas y unas ondulaciones que marcaban la forma del cuerpo.

No era el mismo tipo de piel del que estaban hechas sus prendas. Parecía mucho más fuerte, resistente y a la vez elástica.

—Es un detalle que nos den ropa —comentó Cordelia, dejando su pequeña bolsa de viaje.

—Desentonaríamos demasiado si cada uno llevásemos cosas distintas.

—Es cierto. En Róbulo todo es verde, son nuestros colores oficiales. Por cierto, no me has dicho cómo se llama tu ciudad.

—Rasgard —contestó ella de forma automática.

Era la ciudad de la chica a la que había matado para conseguir la carta. Un sitio oscuro, lluvioso y donde la gente no iba nunca de visita porque estaba en la frontera con los Páramos y los alrededores estaban infestados de sombras.

Demasiado triste para que alguien como Cordelia lo hubiese pisado alguna vez.

Ella frunció los labios en una mueca al escuchar el nombre.

—Negro para nosotros —terminó de explicar Wynd.

Se dio la vuelta y fue hacia la única puerta que había en la habitación. El baño era semicircular, pequeño y acogedor. Miró esa bañera pulida y casi suspiró. La de casa de Nana era de madera, y el agua nunca salía demasiado caliente porque la caldera era vieja.

—Es encantador —dijo Cordelia a su espalda.

Lo era, pero no dejaba de parecerle injusto que ellos tuvieran tanto. En su aldea, Meridia ni siquiera había tenido bañera. Siempre se habían lavado calentando el agua en el fuego y frotándose con una pastilla de jabón duro, y eso si tenían suerte de tener fuego. En los inviernos en los que no paraba de llover, la leña siempre estaba húmeda y no prendía.

Después de que ambas se hubiesen lavado y cambiado a esos pantalones de tela suave —que Cordelia le había explicado que era algodón—, y a esas camisas ajustadas, bajaron al comedor.

A Wynd le parecía práctico el hecho de que la ropa se amoldase a su cuerpo, pero nunca había llevado algo que revelase tanto su... anatomía. Quizás si hubiese tenido un aspecto tan saludable como el de Cordelia, no le habría importado, pero ella era más menuda. En casa de Nana no escaseaba la comida, como había pasado en la aldea, pero no era abundante y ellos eran demasiados. En alguna que otra ocasión, había habido peleas por un poco más.

Se estiró la manga izquierda tratando de tapar su cicatriz y el tatuaje de los nikt. Cordelia era muy curiosa, y estaba segura de que le preguntaría por ello.

Alguien salió despedido de las escaleras y chocó con Wynd, que reaccionó rápido echando un pie hacia atrás para evitar caerse. Un chico de pelo azul ondulado y ojos cristalinos, apenas unos centímetros más alto que ella, le sonrió a modo de disculpa.

—¡Blue, vuelve aquí, amigo! —gritó una voz.

—¿Os importaría esconderme? Puede que haya cambiado el jabón del pelo de mi compañero por agua de azufre, y ahora su pelo está chamuscado.

—¿Por qué has hecho eso? —le preguntó Cordelia.

Él se encogió de hombros.

—¿Y por qué no? Ha sido divertido.

Su tono fue despreocupado, pero Wynd supo ver más allá. Vio sus ojos con las franjas de los sidh atenuadas y su aura ondulante como una marea; no era puro, seguramente sería un cruce con algún otro ser mágico, porque su aspecto no era del todo humano. «Quizás mitad ondina», se dijo.

Lo cogió del cuello de la camisa y tiró de él hasta pegarlo contra la esquina, ocultándolo de la escalera.

—¡Blue, date por muerto en la siguiente prueba!

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Wynd sin mirarlo.

—¿Eh?

—¿Qué te ha dicho ese imbécil para que le hayas hecho eso?

El chico parpadeó y agachó la cabeza, avergonzado. Wynd le puso la mano en la barbilla y lo obligó a mirarla a los ojos.

—¿Qué te ha dicho? —volvió a repetir tratando de no sonar demasiado dura.

Blue se fijó en sus ojos y en la absoluta falta de franjas de luz. Nada. Solo ese anillo de ónice extraño.

—A los sidh no les gustan los que no tienen el aura completa, pero menos aún los que son un cruce con... «alimañas». Así la ha llamado. Mi madre era una ondina.

A Wynd no le pasó desapercibido el uso del pasado en esa frase. Su boca se curvó hacia arriba en una sonrisa triste.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién?

—Tu compañero de habitación.

—Greof.

Ella asintió en silencio guardándose ese nombre para su lista de personas que deseaba matar. Quizás él fuese un objetivo mucho más fácil que Herice y Aren. Sus colmillos brillaron mientras se imaginó sacando a Sombra y cortándole la garganta a ese estúpido sidh.

«Pronto», se prometió.

Al fin y al cabo, matar sidh era su trabajo.

Capítulo 6

Blue subió los pies encima de la mesa y se recostó hacia atrás en la silla. Wynd no se había sentido tan llena... nunca. Era lo mejor que había comido en su vida, pero no lo admitiría en voz alta.

—En Glamar todo es azul —dijo señalándose el pelo—. También hay toques de verde, turquesa y quizás algún naranja. Es una ciudad preciosa, es casi... Es como si fuese parte del mar.

—Róbulo es... verde y musgo y enormes abetos y pinos. La mitad del año es blanco porque está nevado y hace muchísimo frío. Entonces encienden fuegos por todas las calles y flotan en el aire.

Wynd los escuchó tratando de imaginar cómo serían esas ciudades tan maravillosas. Quizás es que nunca había visto nada lo suficientemente bello como para poder imaginarlo.

—Yo vivo en el Cordón de Zaffiras, allí todo es exótico y distinto. La gente convive muy cerca con los seres ancestrales, por lo que los mestizos están muy a la orden del día. Los sidh de esa parte no son tan conservadores como los de la capital —explicó Blue.

Wynd había oído muchas historias sobre esa zona de Abscondita. Algunas se las había contado Meridia en forma de cuento, pero nunca había sabido cuánto había de verdad

en esas fantasías. El Cordón de Zaffiras estaba a varias semanas de distancia de los Páramos, e incluso había que viajar a través del mar. Nana nunca los mandaba fuera del continente.

Y tampoco más allá de las montañas Hillias.

Se levantó dando un saltito grácil y se acarició el estómago lleno.

—Voy a explorar —anunció desperezándose—. Nos vemos luego.

Se fue antes de que Cordelia sugiriese acompañarla o de que le hiciesen preguntas sobre Rasgard. Conocía esa ratonera oscura, pero no lo suficiente como para explicar toda una vida allí. Por ejemplo, no tenía ni idea de qué tipo de educación recibían los sidh, ni tampoco podía dar nombres de otras familias amigas.

Los dejó allí charlando animadamente. Ambos habían encajado a la perfección.

Salió del enorme comedor bordeando las mesas de madera decoradas con manteles blancos de bordes dorados. La luz del día se filtraba por el techo de forma artificial, como si hubiesen hecho la piedra invisible y el cielo se colase dentro de la Academia.

Lámparas de forja con velas del tamaño de su brazo colgaban aquí y allá y le daban al espacio un aspecto más... cálido. No es que allí hiciese frío, pero todo le parecía tan impersonal, distante... Se sentía fuera de lugar.

La casa de los Páramos, con sus tres plantas y el techo abuhardillado, con sus ventanas que nunca cerraban del todo bien y dejaban que el viento se colase en pequeñas ráfagas, con sus escaleras chirriantes y la madera

desgastada de las paredes, era mucho más acogedora. Al menos era el lugar al que había llamado hogar después de no tener nada.

Sus pasos sonaban como susurros sobre el mármol del pasillo. La mayoría de los participantes estaba en el comedor, pero de vez en cuando se cruzaba con alguien. Echaba de menos su capucha; sin ella, su ojo izquierdo atraía demasiado la atención.

Les había preguntado muchas veces a Meridia y a Nana por ese extraño círculo oscuro, pero ninguna había sabido darle una respuesta. Dado que no conocía quiénes habían sido sus padres ni su procedencia, podía ser cualquier cosa.

Una placa de bronce grabada anunciaba que una de esas enormes puertas era la biblioteca. Wynd estiró la mano y agarró el pomo. El frío del metal la hizo estremecerse.

Deseaba deshacerse de los recuerdos de esa mañana. Había cosas que el agua caliente no podía limpiar, y por mucho que la sangre, el sudor y la suciedad se pudiesen borrar, ella seguía sintiendo las manchas más allá de su piel. El miedo era como unas garras que se arrastraban por su cuerpo tratando de colarse dentro.

Las imágenes volvían de vez en cuando a su cabeza como pequeños fogonazos. Deseaba sacarse esa sensación de encima. Esa presencia ajena dentro de su cerebro.

Cogió aire y abrió la puerta finalmente.

Había un enorme ventanal que llegaba hasta el techo y que dejaba que la luz iluminase la estancia en penumbra. Aunque a través del cristal solo podía verse una niebla espesa. El centro de la sala tenía grabado un sistema de órbitas con distintos planetas: arriba reinaba la Luna y en el

lado derecho, una estrella que brillaba más que las demás, el Sol.

Había al menos dos pisos de estanterías y todas eran tan altas que tenían escaleras correderas para poder alcanzar los libros. El aire olía a polvo, a cuero y a ese aroma inconfundible de las páginas. Era algo de lo que nunca había podido deshacerse, los olores que habían marcado su vida: sangre, libros, hierba mojada, putrefacción, pan recién hecho...

Algunos los había olido en muchas ocasiones, otros solo una vez y, aun así, no había podido olvidarlos. Y la transportaban a sus recuerdos.

Se atrevió a dar un paso dentro de la sala. Bajó el primer escalón hacia el centro, hacia la estrella con la Luna.

—Interesante, ¿verdad? Todos tienen distintas órbitas y aun así se encuentran... ¿Buscas algo? —dijo una voz apareciendo desde las sombras de las estanterías, haciendo referencia al grabado.

Wynd dio un respingo, sorprendida.

Una figura cubierta con una túnica azul oscuro se deslizó hacia ella de la forma más silenciosa. Cuando salió a la luz de la ventana, Wynd pudo ver su rostro. No habría sabido decir si era hombre o mujer, ni los años que tenía. Parecía que lo hubiesen tallado en piedra.

—Me gustaría algo de tinta y papel —dijo.

—Hmm... ¿Vienes a prepararte para la siguiente prueba? Su voz era como hojas secas de otoño siendo pisadas.

—No, todavía no sé cuál es.

—¿Tu nombre?

—Marise —dijo, de manera forzada, y repitió como otras veces—: Pero todos me llaman Wynd. ¿Y el vuestro?

—Lebhar, aunque nadie me llama así nunca. Simplemente soy esta biblioteca.

Wynd se preguntó qué querría decir con eso, pero antes de que le diese tiempo a decirlo en voz alta, un rollo de papel, junto a una pluma y un tintero, aparecieron en sus manos, y se los tendió.

Apretó los dientes para evitar chasquear la lengua en señal de disgusto. Quizás aquello no la convertía en nada más que una envidiosa, pero la exasperaba el modo en que la magia estaba tan presente allí.

¿Qué harían si no la tuvieran? ¿Sabrían vivir como el resto de los mortales?

—¿Sabe si hay alguna forma de... enviar una carta desde aquí?

Lebhar, que ya se había girado en dirección a uno de los pasillos, se paró un segundo y miró por encima del hombro a Wynd. Ella habría jurado que curvaba la boca en una sonrisa, pero sus facciones estaban tan difuminadas que le costó distinguirlo.

—¿A quién deseas enviarle una carta?

—A... mi hermano.

—Nada de lo que pasa en las pruebas trasciende más allá de estos muros. Así que, si estás pensando en dar información, te sugiero que abandones la idea. El castigo es mucho peor que ser expulsada de la competición.

—Solo... solo deseaba decirle que estoy bien.

—Lo sabrá si llegas a los diez últimos. Escribirle sería una pérdida de tiempo; los participantes no pueden comunicarse

con nadie ni en persona ni a través de otros medios.

Algo en aquellas palabras no terminó de sonarle bien a Wynd. Había algo más, algo que escondían, pero que no era capaz de identificar.

—¿Qué pasa con los que son eliminados, entonces, no cuentan ellos lo que ocurre?

Los párpados cerrados de Lebhar se abrieron y dos abismos oscuros se lanzaron hacia ella, que retrocedió a toda prisa para alejarse del terror que encerraban dentro de sí. Sintió que la piel se le desprendía de los huesos.

—No pierdas y no tendrás que averiguarlo.

Dicho esto, Lebhar se fundió con las sombras y la dejó allí, sobre la Luna tallada en el suelo, con el rollo de papel y el tintero sacudiéndose en sus manos. Una terrible sensación de inquietud la recorrió erizándole el vello.

Fuera de la forma que fuese, tenía que estar entre esos diez últimos. Nana contaba con ella y sabía que era una pieza importante en un plan que llevaba mucho tiempo trazando. Pequeñas piezas de una partida contra el Deirnas que algún día culminaría en su destrucción.

La mañana en que Nana le comunicó su misión, Wynd había estado observando los nudos de la madera del techo de su habitación. Hacía años que ya se había leído todos los libros que poseía tantas veces que se los sabía de memoria.

Acababa de volver de una misión especialmente exasperante en un pueblo dormitorio, en el camino entre Rasgard y Sephar. Habían dormido allí tres días esperando a que un alto consejero del Deirnas parase. Y por dormir se

refería a que habían tenido que estar en una cabaña mugrienta y casi derruida mientras soportaban un aire gélido y una lluvia persistente. Además, habían tenido que encargarse de varios espectros.

El consejero había llevado más protección de la que les habían informado, y la emboscada se había vuelto una batalla sangrienta y un fracaso. Uno de sus hermanos había muerto a manos de un guardia. Ella y Conrad habían sobrevivido, pero por los pelos. Se había pasado tres días inconsciente y le costó al menos un mes que le sanaran todos los huesos. Conrad había estado a punto de perder la pierna.

En cuanto al consejero, había conseguido escapar, pero tuerto. Nunca olvidaría el grito de rabia cuando Muerte le dejó su firma en el rostro. No se olvidaría jamás de ella.

—Tengo una misión para ti —la había informado Nana sentándose en la cama.

Wynd supo automáticamente que debía de ser algo realmente importante si había ido hasta su habitación para informarla.

—Es muy importante, muy delicada y muy difícil. Pero confío en ti para llevarla a cabo, porque eres mi mejor guerrera. Vas a ser mi flecha, Wynd. Directa al corazón del Deirnas y de esos podridos sidh. —Sus dedos largos y huesudos le habían presionado la cicatriz haciendo que le quemase la piel—. Me has demostrado tu valía y tu lealtad durante años. Ahora vas a marcharte y espero que recuerdes lo que es mío.

—Yo nunca te traicionaría, Nana.

—La vida es muy distinta ahí fuera, y más aún donde vas a ir. Quizás te dejes cegar o engatusar. Eres joven y tu mente es voluble. Muchos intentarán confundirte. Te susurrarán mentiras al oído, te mostrarán ilusiones falsas y tratarán de quebrar tus ideas. Así que cuando eso pase espero que recuerdes... —apretó con más fuerza aún su muñeca, y el aire se quedó congelado en los pulmones de Wynd— lo que me prometiste.

En ese momento solo había deseado servirle, había tenido claro que haría lo que hiciera falta para que la misión triunfara. No solo por Nana, sino por Meridia también. Por su venganza. Por conseguir cambiar ese mundo injusto, aunque fuese un poco.

Pero ahora, en aquella biblioteca oscura y sabiendo lo limitada que era su aura de humana frente a las de los sidh, se preguntó si Nana no habría sabido desde el principio que probablemente la mandaba a una muerte segura.

Capítulo 7

Blue había decidido ocupar su habitación con Cordelia. Ambos se habían pasado la noche hablando sobre sus ciudades y modos de vida, y luego se habían quedado dormidos en zigzag sobre la enorme cama de la chica.

Wynd los había observado con cierta envidia. No porque no la hubiesen hecho partícipe, sino porque sabía que nunca podría ser como ellos. Quizás lo sería si hubiese nacido sidh, o si no hubiese estado a punto de morir de hambre, o si en vez de haber hecho un trato con Nana lo hubiese hecho con otra persona... Si hubiese crecido como una niña normal, si el amor hubiese llenado todos los rincones de su vida y no la soledad y el frío. Si no hubiese tenido que pelear por vivir; si se hubiese sentido dueña de sí misma.

A veces se veía como un animal salvaje y hambriento que, agazapado, trata de defenderse por todos los medios.

Y quizás por eso no era capaz de tumbarse allí con ellos y reír tranquilamente. Quizás por eso no necesitaba sentir la calidez que le provocaba oírlos hacerla partícipe de su felicidad. ¿Para qué cogerles cariño si probablemente iban a morir tarde o temprano, o algo peor? Puede que incluso fuese ella quien tuviese que matarlos, porque, por muy bien que le cayesen, no había nada que no haría por llegar a los

diez últimos. Se lo había prometido a Nana y cumpliría, a costa de sí misma incluso.

Ella, al contrario que Cordelia, tendría que mancharse las manos, porque ya no era dueña de sí misma.

Unas notas suaves tocadas al piano flotan en el ambiente. Todo está oscuro, pero cada pocos segundos, unos fogonazos de luz iluminan el espacio proyectando extrañas sombras. Hay una figura sentada junto al instrumento. Wynd quiere acercarse, hay algo en ella que la llama.

Se oye un suave chapoteo bajo sus pies. Wynd está sobre un charco de sangre tan brillante que se ve reflejada en él...

Se despertó con un sobresalto. El corazón le martilleaba en el pecho, un sudor frío se le pegaba a la espalda, tenía el pelo enmarañado y las sábanas arremolinadas. Se inclinó hacia delante hundiendo la cara entre las rodillas y trató de recuperar la calma.

«Una pesadilla», se dijo, solo había sido una pesadilla. Era algo recurrente, imágenes brillantes que giraban, pedazos arrancados de su subconsciente que nunca llegaba a ver del todo. Siempre la dejaban enferma.

Se levantó de un salto. Cogió unos pantalones de cuero y una de esas camisetas ajustadas y se los puso. Muerte y Sombra a cada lado de sus caderas, y los guantes con discos en sus manos.

Se hizo una trenza rápida y salió a toda prisa. No debía de haber amanecido todavía, al menos si la luz artificial de la Academia era un reflejo del cielo de verdad.

La sala de entrenamiento estaba en el extremo más alejado de la segunda planta y, como todas, estaba identificada por una plaquita de bronce. La luz de los candelabros se encendió cuando ella abrió la puerta, como si la hubiesen sentido.

Las paredes estaban cubiertas de cuchillos, dagas, espadas, hachas de todos los tamaños y formas. El techo era muy alto, al menos diez o quince metros por encima de su cabeza. Tenía pasarelas de cuerda, vigas y rocas para escalar. Había armarios con material para trampas, arcos, arpones, flechas y ballestas. Casi cualquier arma que se le hubiese ocurrido imaginar estaba allí.

Cogió un cinturón que tenía dentro un conjunto de pequeñas dagas hechas para lanzar. Eran el tipo perfecto de armas para ponerles veneno en la punta y que fuesen más letales y eficaces. Se ajustó el cinturón y caminó hacia una zona en la que había distintos objetivos a los que lanzar.

Los observó un momento, se colocó de espaldas a ellos y se giró sobre sí misma a toda velocidad lanzando tres de las dagas, que acertaron en el centro de la cabeza, el corazón y en un ojo a los maniquís.

Volvió a repetir el proceso, pero esta vez lo hizo corriendo mientras lanzaba. Sonrió satisfecha.

—Demasiado simple, ¿no crees? —dijo una voz grave a su espalda.

Wynd se dio la vuelta llevándose las manos a los cuchillos. Un tipo enorme con ojos anaranjados y una fina cicatriz que le cruzaba todo el rostro le dedicó una sonrisa salvaje. Su pelo era rojo oscuro y tenía una barba frondosa.

—Soy Thorn y esta es mi sala de entrenamiento. Tú debes de ser una candidata.

—Puedes llamarme Wynd —susurró ella.

—Eres buena, pero acertarle a objetivos quietos es demasiado sencillo.

Chasqueó los dedos y los maniquís desaparecieron. La luz de la sala se atenuó y una especie de sombras comenzaron a moverse alrededor de ella.

Wynd curvó el labio superior hacia arriba mostrando sus dientes en un siseo. No soportaba la magia. Sus anillos resplandecieron mientras sus ojos reconocían que las sombras eran pequeñas figuras zoomórficas inertes que se movían a causa de la magia de Thorn.

—Veamos qué sabes hacer, Wynd.

Una de las sombras se lanzó hacia ella, que sacó a Muerte y se lo clavó. Apoyó el pie izquierdo en el cuerpo y tiró para sacar el cuchillo al mismo tiempo que lanzaba una de las pequeñas dagas a otra de las sombras.

Sus hermanos nikt le habían enseñado a pelear y se habían asegurado de que quisiera hacerlo rápido. Por cada golpe que no había sabido esquivar o bloquear, se había llevado un moratón de regalo. Ni la sangre ni el cansancio los había parado.

—¡Esquiva! ¡Bloquea! ¡Esquiva! —le había gritado uno de los mayores.

Sus reflejos mucho más lentos no le habían permitido seguir las indicaciones, y los puños habían impactado en su nariz, en su estómago y en su mejilla.

Días, semanas y meses pasaron hasta que consiguió esquivar los primeros golpes. Hasta que consiguió bloquear

los ataques tan fuertes que habían hecho que los huesos del brazo le temblaran.

—Más rápida. Sé más rápida.

Después de eso llegaron las lecciones con patadas y sin avisos sobre lo que debía hacer. Había mordido el polvo una cantidad incontable de veces. Se había tenido que arrastrar escaleras arriba dejando un rastro de sangre hasta llegar al baño y se había vuelto experta en curarse a sí misma.

Pero comparado con lo que había fuera de la casa de los Páramos, las lecciones de sus hermanos le habían parecido suaves. La magia era mucho más difícil de esquivar y combatir que las patadas o los puñetazos convencionales. Y las sombras se alimentaban del dolor y el sufrimiento, así que les gustaba exprimirlos gota a gota.

Con el paso de los años, Wynd había aprendido a confiar en su puntería y velocidad, a no tener piedad, a ser letal y a soportar una gran cantidad de dolor.

Apretó los dientes y lanzó un gruñido. Las sombras se lanzaron hacia ella todas a la vez. Sacó a Muerte y, con ambos cuchillos, comenzó a cortarlas mientras giraba sobre sí misma y las golpeaba tan rápido que costaba seguir la estela de sus movimientos.

Cuando las últimas cayeron, la luz volvió a brillar con normalidad. Su pecho subía y bajaba a toda velocidad a causa del esfuerzo. Se guardó los cuchillos en las fundas.

El sonido de unos aplausos retumbó en el silencio de la sala. Wynd levantó la cabeza y se encontró con los ojos color noche de Aren, que estaba apoyado en la pared del fondo. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y una pierna

flexionada contra la pared. La imagen de la despreocupación.

Deseó con todas sus fuerzas lanzarle a Muerte directa al pecho. En cambio, apretó los labios en una curva despreciativa.

—Impresionante —dijo él.

Wynd se apartó el pelo de la frente con el dorso de la mano mientras estudiaba al heredero del Deirnas. Una sensación de punzante familiaridad le rascó en la nuca. Era absolutamente imposible, jamás había visto a Aren antes, aunque quizás se tratase de esa aura omnipotente que desprendía. Ya la había percibido en otros sidh. Algunos de los cuales habían acabado muertos a manos de los nikt.

—Tienes habilidades —le concedió Thorn.

Ella le dedicó una inclinación de cabeza a modo de agradecimiento. Se quitó el cinturón con las pequeñas dagas, lo colgó donde estaba y se dirigió hacia la puerta sin mirar siquiera en dirección a Aren.

Él no era nada para ella. No hasta que pudiese matarlo, entonces sería una preciosa presa.

Antes de que Wynd pudiese abrir la puerta, Aren se movió a toda velocidad colocándose delante de ella e impidiéndole el paso.

Ella le sostuvo la mirada unos segundos. Habría preferido apartarlo de un puñetazo, pero en ocasiones valía la pena contenerse para ser sutil.

—¿Qué?

—¿Dónde has aprendido a moverte así?

Wynd le dedicó una sonrisa.

—Si quieres, el día que uno de mis cuchillos te atravesase, te lo susurro para que te lo lleves a la muerte.

Él se mordió el labio mientras su boca se curvaba en una sonrisa.

—Ten cuidado con todo ese odio. A lo mejor te muerdes la lengua y te ahogas con tu propio veneno.

—Qué original. ¿Has leído esa frase en algún libro sobre cómo resultar ingenioso?

—Gracias, pero no. Me he pasado toda la noche despierto pensando en ti y me ha venido a la cabeza.

Wynd frunció el ceño y se cruzó de brazos.

—¿Estás intentando ponerme nerviosa?

—No. Más bien creía que estaba siendo ingenioso y encantador. ¿Por qué, lo estoy consiguiendo?

Wynd dio un paso hacia atrás y las comisuras de Aren se estiraron levemente. Ella se maldijo en silencio por esa muestra de debilidad, pero estar tan cerca de alguien con un aura tan letal le ponía los pelos de punta.

—Sea lo que sea que tramas, déjame en paz.

—Te recuerdo que todavía me debes una.

Wynd apretó la mandíbula. Cogió aire despacio y lo soltó en un suspiro.

—¿Qué quieres? —dijo en un tono neutro que trataba de sonar amable.

Los ojos de Aren la recorrieron con una mirada lenta, pausada, concienzuda. Estudiando cada palmo de ella. El peso de su mirada era tal, que Wynd lo sintió como una caricia sobre la piel. Se agitó, el vello se le erizó allí donde sus ojos se posaban; pero se obligó a mantenerse firme, a no dejarse intimidar.

Cuando terminó de recorrerle el cuerpo, su mirada se perdió en los ojos de ella. En ese zarcillo negro. Wynd desvió la vista.

—Todavía no lo he decidido —dijo él finalmente con la voz áspera.

Wynd se giró para responderle, pero Aren ya se estaba marchando a toda velocidad. Y ella se quedó allí con la respiración agitada y preguntándose a qué tipo de juego estaba jugando el heredero. Fuera lo que fuese, no pensaba dejarse atrapar en él.

Capítulo 8

Wynd trató de evitar encontrarse con Aren de nuevo en la sala de entrenamiento. No deseaba que el príncipe heredero viese sus técnicas de ataque. Revelárselas al enemigo era ser una estúpida. El efecto sorpresa siempre era el mejor aliado, o al menos el favorito de Wynd.

Aun así, una parte de ella sentía una terrible curiosidad por verlo en acción. Su aura era tan poderosa que la abrumaba y la fascinaba al mismo tiempo. Para alguien que llevaba toda la vida peleando y matando, había algo increíblemente bello en la letalidad.

El ambiente se fue enrareciendo con el paso de los días. Los participantes estaban cada vez más tensos mientras esperaban el anuncio de la segunda prueba. La incertidumbre de que pudiese ocurrir en cualquier momento no era más que otra clase de tortura para la mente y una forma de medir sus capacidades de reacción.

Blue, por su parte, había acabado por mudarse definitivamente a la habitación de Wynd y Cordelia, dado que Greof seguía intentando vengarse por lo de su pelo. Habían tenido un encontronazo especialmente desagradable un par de días atrás, cuando el sidh le había tirado unas raspas de pescado a Blue.

—¿Sabes que los norteños encuentran la carne de ondina una delicia? Dicen que son bestias con grandes propiedades. Pagan mucho por ellas porque es difícil capturarlas.

La cara de Cordelia había enrojecido de rabia.

—¡Eso está prohibido! —exclamó horrorizada.

—A nadie le importa una mierda lo que les pase. Los sureños son demasiado blandos.

Otros sidh alrededor de Greof se habían reído o habían asentido de acuerdo.

—Me pregunto si vosotros los mestizos tendréis el mismo valor en el mercado.

Cordelia se había abalanzado hacia él enfurecida, pero Blue la había parado negando con la cabeza. Lo que no pudieron parar fue el tenedor que Wynd le lanzó a Greof y que le rozó el pómulo, dejándole cuatro cortes apenas unos centímetros debajo de su ojo izquierdo.

—Por lo menos las ondinas tienen un valor. Tú ni muerto ni vivo sirves para nada —había murmurado mientras se llevaba un trozo de pescado a la boca.

—Repite eso, bastarda.

Greof había estado a punto de levantarse e ir hacia ellos cuando la risa burlona de Aren cortó el silencio que se había establecido en la sala.

—Nunca he visto a nadie tener esa puntería con un tenedor —comentó entre carcajadas mientras los ojos leonados de Axel se fijaban en Wynd.

Había sido muy estúpido por su parte llamar tanto la atención de todos esos sidh sobre sí, pero la voz chillona y empalagosa de Greof le había dado ganas de vomitar.

—Ese chico está como un pan calentito, recién hecho y crujiente. Aunque no sé a cuál de los dos prefiero —comentaba Blue.

—¿Al príncipe oscuro o al brillante? —preguntó Cordelia.

Blue se estiró como un gato y sus tatuajes dorados se movieron con su piel. Wynd no había conseguido adivinar qué representaban exactamente.

—Si tuviera que escoger... creo que al oscuro. No le haría ascos a Axel, pero si Aren me guiñase ese ojo con la ceja partida... Ay —contestó suspirando su amigo con voz soñadora y seductora.

Cordelia asintió levemente, aunque no parecía demasiado convencida.

—¿Y tú? —preguntó el chico.

Wynd estaba peleándose con su pelo mientras se lo recogía en distintas trenzas. Seguía la conversación a medias.

—Lo digo por ti, chica dura.

Ella se volvió frunciendo el ceño para dejar claro que esa conversación no iba con ella.

—¿Yo? —soltó una risa sarcástica—. Pff...

En momentos como esos, se daba cuenta de lo poco que tenía en común con ellos. Blue y Cordelia le caían bien y, aunque pensaba que ella a ellos también, nunca la conocerían de verdad. Si respondiese con sinceridad a esa pregunta, solo podría decir que el mundo sería un lugar mejor con ambos muertos.

—¿Qué?

—No me interesa ninguno de los dos. Además, son rivales, ¿por qué os molestáis en...? Quiero decir que

deberíais estar alerta y no fantasear con ellos. Son fuertes.

—Oh, tranquila, de eso me he dado cuenta. Los he mirado muy bien.

Wynd puso los ojos en blanco.

—¿Por qué te cae tan mal? Ha sido simpático y en el comedor se puso de nuestra parte. De la tuya. Te ha ayudado un par de veces —preguntó Cordelia.

Wynd no se tragaba nada de eso. Aren le parecía un mentiroso de primera, un embaucador. Solo los sidh más fuertes podían engañar las mentes con magia, pero solo los más astutos y poderosos podían hacerlo sin magia. Aren era tan sobrado que estaba usando simples tretas para conseguirlo, pero ese era un campo que ella también dominaba.

—Venga, chica dura —insistió Blue—, ¿de verdad quieres que crea que no le has echado el ojo a ninguno? No quiero decir que tengas que amarlos; de hecho, puedes odiarlos y al mismo tiempo tener ojos en la cara y darte cuenta de que son dos perlas perfectas y brillantes.

A pesar de que trató de evitarlo, el recuerdo de los dedos de Aren en su cuello la hizo estremecerse ligeramente.

—Pensar en eso es una pérdida de tiempo. Prefiero enfocarme en pasar las pruebas.

—Eres demasiado seria —dijo él.

—Bueno, está bien. Me gustaría que al menos uno de nosotros tres llegue al final, si no podemos hacerlo todos quiero decir —dijo Cordelia.

Wynd se levantó. Jugueteeó con sus anillos nerviosa.

—¿Te gustan siquiera los chicos? Porque si no es así lo puedes decir, no pasa nada —siguió comentando Blue.

—Vaya, y yo que pensaba que era una bocazas — murmuró Cordelia.

—No lo sé. Nunca me he... sentido atraída por nadie, ni chicos ni chicas.

—¿Nunca has salido con nadie? —dijo Blue contrariado.

—No...

—¿Qué cojones hacéis en Rasgard para divertirlos?

Wynd tragó y se giró para darle la espalda.

—No sé lo que hacen los demás, pero siempre he tenido cosas más importantes de las que preocuparme y ocuparme. Y lo que deberíais hacer es enfocaros en estar entre los diez últimos. —Se giró hacia Cordelia—. Ni siquiera te plantees la opción de que no ocurra. Tienes que llegar, ¿entendido?

Cordelia parpadeó como volviendo a la realidad y asintió sin decir nada.

¿Cuántas veces le habría dicho Nana que amar era una tontería, que solo era una forma de abrirte en canal para tus enemigos? Wynd tenía más valor como asesina si no tenía nada que perder. Su única lealtad siempre había sido para Nana y así debía seguir siendo. Ni siquiera para sus hermanos nikt, incluso de ellos debía estar preparada para despedirse.

Nana los había entrenado para que no les temblase el pulso al tener que matar a un amigo. Lo había visto muchas veces. Había sido testigo de cómo el cariño por alguien puede quebrarte el alma, destruirte como persona. Y, aun así, sabiendo que el dolor iba a ser devastador, nadie jamás se había atrevido a desafiar a Nana. Porque si ella daba una orden, no importaba quién estuviese delante, no importaba

lo mucho que lo amases: esa orden había que cumplirla o morir.

Se llevó la mano a Sombra. La primera fue Muerte porque ese día murió la niña que había sido. Y Sombra... El día que la bautizó había elegido ese nombre porque sabía que aquello la acompañaría para siempre, porque sabía que jamás podría librarse de aquello; un recordatorio de la vida que vivía.

Un estruendo la sacó de sus pensamientos de forma abrupta.

—A todos los participantes: la segunda prueba comienza en diez minutos. Todo aquel que no esté en el vestíbulo preparado será descalificado —comunicó una voz impersonal colándose a través de las paredes.

Wynd abrió el armario y cogió su propio equipo de combate. Pasara lo que pasase, prefería llevar los colores de los nikt que aquellas prendas ocres de los sidh. Cordelia se movió a toda velocidad para vestirse, y Blue se puso de pie de forma perezosa para ponerse la camiseta y su chaqueta.

Wynd hizo un repaso. Cuchillos, dagas, guantes, cinturón... Todo estaba en su sitio. Se cerró las correas de la chaqueta, las protecciones en su sitio. Captó una breve imagen de sí misma en el espejo. Sus ojos ahumados en contraste con sus pecas de estrella, su pelo en múltiples trenzas. Tenía el aspecto de una guerrera.

Y se sentía como tal, solo esperaba regresar siéndolo.

El vestíbulo estaba teñido con los colores de la puesta de sol. Las auras de los nerviosos e inquietos sidh oscilaban como flamas mecidas por el viento, lo que le daba al espacio un aterrador aspecto infernal.

Wynd se colocó cerca de las puertas que daban al enorme pasillo por el que habían llegado allí; necesitaba tener controladas las rutas de huida.

Esta vez, Herice no estaba por allí. Phern se alzaba por encima de los demás subido a uno de los peldaños de la enorme escalera de entrada. Miró las manecillas de oro de un reloj gigantesco que había aparecido en la pared del vestíbulo.

—¿Qué creéis que será? —preguntó Cordelia.

—No lo sé, cambian todos los años.

—Va a ser en el exterior —murmuró Wynd.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Blue.

—Porque se está haciendo de noche. La oscuridad solo supone una diferencia en el exterior.

—Chica lista —murmuró alguien a su espalda.

La espalda de Wynd se tensó como una cuerda de piano cuando la recorrió el sonido de esa voz profunda, áspera y ligeramente ronca. El modo en que la voz de Aren se quebraba ligeramente le producía cierto placer auditivo.

Él también iba vestido de negro. Los aros de su oreja resplandecieron y Wynd se dio cuenta de que llevaba más que el primer día, cinco concretamente. Axel, a su derecha, llevaba dos. Y entonces cayó en que eran potenciadores de su magia, igual que sus anillos. Seguramente su armadura también estuviese reforzada con acero de luna.

La comisura izquierda de Aren se curvó hacia arriba cuando la vio taladrándolo con los ojos. Axel le echó una mirada a su amigo y frunció el ceño con interés.

—Yo creo que le caes bien —le susurró Blue a Wynd.

—Pues él a mí no —contestó ella con un gruñido.

Escuchó la risita de Aren a su espalda. Estaba segura de que los había oído.

—Bienvenidos a la segunda prueba —anunció Phern acallando los pequeños murmullos—. Supervivencia —sentenció, e hizo una pequeña pausa.

Las emociones eran tan vívidas que podían palparse. Wynd se llevó las manos a las dagas mientras observaba el espacio a su alrededor. Notó el brazo de Cordelia presionarse contra el suyo, su aura vibrando presa del miedo. Captó la mirada vengativa de Greof en Blue y en ella. Los hombros relajados, casi despreocupados de Aren y la postura ligeramente aburrida de Axel.

—Todo aquel que siga en pie al terminar la noche, la habrá superado —continuó Phern.

La inquietud recorrió el vestíbulo como una ola. Los corazones se aceleraron, los músculos se tensaron.

Phern colocó unas piedras sobre el suelo y luego golpeó el espacio entre ellas con la mano. Un estallido de luz salió disparado hasta que el aire se tiñó de azul y formó un óvalo que nacía entre las piedras.

Wynd nunca había visto un portal, no uno que fuera artificial al menos. Ella siempre había viajado a través de las lagunas de luna. No estaba segura de qué clase de poder había que tener para ser capaz de invocar uno.

Trató de esconder su asombro.

—Id pasando.

Los participantes comenzaron a sumergirse en ese brillo grisáceo de destellos turquesa que se los tragó con una enorme fuerza succionadora. Se preguntó a qué lugar terrible los estarían mandando.

Cerró las manos en puños mientras se acercaba su turno.

Cordelia y Blue estaban detrás de ella. Deseaba poder ayudarlos, pero sabía que su objetivo estaba más allá. Debía ganar a toda costa, no por ella misma, sino por Nana. No podía permitirse distraerse... Sabía el precio que pagaría por ello.

«Mi viento. Mi flecha de hielo. Tú jamás me fallarás».

Cerró los ojos y cogió aire. Había llegado allí sola y así debía seguir.

Había unas cinco personas delante de ella cuando Aren se colocó a su lado y le agarró la mano. Wynd dio un tirón para soltarse.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Ya sé lo que quiero de ti, Wynd —le contestó él caminando a su lado tranquilamente.

Ella se tensó.

—Quiero que me ayudes a llegar al final de esta prueba —dijo con la más brillante de las sonrisas.

«No». ¿Cómo había sido tan estúpida? En ningún momento se le había pasado por la cabeza que él quisiese utilizarla para llegar más lejos. Aren había sido más inteligente que ella. Sabía que Wynd podría intentar matarlo en una de las pruebas y ahora se había asegurado de que ella no tuviese oportunidad. Se había adelantado a sus pasos.

Wynd se preguntó si ese no había sido su plan desde el principio, ayudarla para luego cobrarse el favor. Fuese de lo que fuese la prueba, ella tendría que protegerlo y cooperar con él. Eso le daba una ventaja extra.

—Me lo debes, ¿recuerdas?

—Eres un...

Aren tiró de ella hacia el portal, que se los tragó a ambos cogidos de la mano y acalló el insulto que ella le iba a dirigir.

Capítulo 9

La fuerza de la gravedad tiró de ella con violencia separándola de Aren como si deseara llevarlos en direcciones opuestas, pero él la agarró fuerte pegándola a su cuerpo.

Durante un instante, Wynd trató de luchar, pero cuando el estómago se le subió hasta la garganta dejó de moverse. Sus pies al momento estuvieron donde había estado su cabeza, y el mundo giró hasta lanzarlos sobre un suelo húmedo y mullido.

Cayó de espaldas golpeándose la cabeza ligeramente, y Aren aterrizó sobre ella. La fuerza del impacto hizo que su cuerpo la aplastase momentáneamente. Si el viaje no la hubiese dejado tan aturdida, lo habría apartado de un rodillazo, pero tuvo que concentrarse en dejar de sentir náuseas.

Si las lagunas de luna la mareaban, los portales eran mucho, muchísimo peor.

—Estás pálida —comentó Aren levantándose sobre las manos que tenía apoyadas a ambos lados de la cabeza de ella.

Wynd cerró los ojos y trató de olvidarse del cuerpo de él sobre el suyo, del molesto sonido de su voz y del aroma de

su aliento. Todas esas pequeñas cosas la irritaban y no la dejaban recuperar la calma.

Nunca había estado tan cerca de un sidh sin intentar matarlo. E incluso en esos casos siempre trataba de mantener la distancia.

—Siempre estoy pálida —murmuró ella distraída.

—Más que de costumbre. Estás tan pálida que apenas pueden verse tus pecas.

La proximidad de su voz y el hecho de que la estuviese mirando tan de cerca la hicieron sentirse extrañamente avergonzada. Como si de pronto fuese plenamente consciente de su cuerpo, de las partes en las que el de él la tocaba y de su aspecto. La belleza nunca había formado parte de sus preocupaciones. Si Nana necesitaba a alguien hermoso para una misión, solía recurrir a Alyn; si necesitaba a alguien silencioso y eficaz, entonces a ella.

Quizás porque su ojo era demasiado llamativo, porque sus pecas le daban un aspecto sucio a su tez, porque sus huesos se marcaban demasiado o porque su rostro no era demasiado armónico. Nadie, ni siquiera siendo niña, había admirado su aspecto. Sabía que otros obtenían mejor trato por ello. Wynd no. Puede que incluso provocase lo contrario.

La belleza no era un arma con la que contase, así que había decidido explotar las que sí que tenía.

Se sintió ridícula porque le importase que alguien la mirara tan cerca y tan descaradamente. Se sintió ridícula porque una parte de ella deseara apartar el rostro y esconderlo. Sí, puede que Aren pudiese ver que no era hermosa, pero ¿y qué? No necesitaba serlo para matarlo.

—Quítate de encima —le ordenó.

—¿Te intimidó?

Wynd tenía las mejillas ligeramente sonrojadas.

—Me aplastas.

—¿Dices que peso mucho?

—Sí, sobre todo tu ego.

Wynd le dio un codazo en una de las manos de apoyo y le empujó el hombro haciéndolo rodar hacia un lado y liberándose de él.

La luna se colaba entre los altos árboles iluminando una de las escenas de sus pesadillas. El bosque de sombras, situado al norte de Oed y delimitado por el bosque de espinas que protegía las afueras de la capital. Wynd sintió un golpe en el pecho, un puñetazo fuerte que le robó el aire.

Ahí estaban esos árboles llenos de espinas puntiagudas y letales, el verde oscuro casi negro, las laderas escarpadas y los kilómetros y kilómetros de espesura. Allí donde se escondían las sombras más terribles, los hijos del caos. Solo los Páramos y lo que se encontraba al este de ellos eran más terribles que aquel bosque laberíntico.

Wynd se puso de pie a toda velocidad mientras sus ojos barrían las sombras.

Unos pergaminos plegados cayeron directos a las manos de ambos. Aren abrió el suyo, pero ella no quería apartar los ojos de lo que fuese que estuviese acechando ahí fuera.

—Es un mapa del bosque. Nos indica que debemos estar a la salida del sol en la laguna de luna de aquí —apuntó con su dedo.

Wynd echó un vistazo rápido y volvió su atención al bosque y a las sombras que parecían tener vida.

—Quienes no estén allí entonces serán descalificados.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Wynd con los hombros tensos y las manos en los cuchillos.

—Nos han enviado a distintos puntos del bosque, por eso el portal ha intentado separarnos. Así es más complicado.

El cuerpo de Wynd dio una sacudida al pensar en Cordelia y Blue solos en ese bosque. Era tan extenso que se podían tardar semanas en recorrerlo a pie. Días, si se usaba otro tipo de transporte. Debían de haberlos esparcido en un radio de pocos kilómetros.

—Tengo que... —comenzó a decir.

—¿Encontrar a tus amigos? —terminó Aren por ella arqueando una ceja.

Wynd se mordió el labio. No quería que él viera que le importaban lo suficiente como para poder hacerle daño.

—Es imposible que los encuentres, no tienes forma de localizarlos. Tienes que confiar en que lo logren por su cuenta.

Wynd se volvió hacia Aren con los ojos en llamas. Habría deseado apuñalarlo ahí mismo y librarse de él de una maldita vez. Pero había hecho una promesa, le debía ayuda en esa prueba e iba a pagar su deuda. Cuando lo matase quería tener la conciencia limpia.

—Por lo que se ve, eres un cabrón egoísta y te da igual lo que le pase a tu amigo —le dijo ella con una sonrisa llena de veneno.

Aren soltó una risita.

—¿Axel? Es entrañable que pienses que debería preocuparme por él. Sería más inteligente que te preocupases por las criaturas de este bosque que se le vayan a acercar.

Hubo algo afilado en la voz de Aren. Un toque de desdén amargo que Wynd no comprendió del todo.

—No es tan fuerte, no tanto como... —Se quedó a mitad de la frase cuando se dio cuenta de lo que había estado a punto de decir.

Él frunció el ceño y dio un par de pasos para acercarse a ella.

—¿Qué ibas a decir?

—Deberíamos ponernos en marcha, buscar esa laguna —cambió ella de tema dándose la vuelta y mirando a su alrededor—. Creo que está por...

Aren estiró la mano para cogerla del brazo obligándola a girarse hacia él.

—¿Cómo puedes saber lo fuerte que es?

Los ojos de Aren se estrecharon en pequeñas rendijas.

Wynd permaneció en silencio, su garganta tensa. Si Cordelia no la hubiese avisado de que eso de ver las auras no era algo normal, seguramente lo habría dicho sin más. Pero ahora que era consciente de la rareza de ese don, temía que alguien lo descubriese y se diese cuenta de su tapadera.

Lo observó bien: el poder oscuro, sólido, salvaje que emanaba de él.

—Simple intuición.

Por supuesto, él no se tragó esa excusa, pero no insistió más cuando ella volvió a iniciar la marcha. Caminaba a la izquierda de ella con total tranquilidad, ni siquiera había sacado sus cuchillos. Aunque Wynd suponía que podía ser muy letal con el simple uso de la magia.

—Tampoco me vas a decir por qué te conoces este bosque, ¿verdad? —preguntó él al cabo de unos minutos.

Lo conocía. Al menos la parte cercana a esa laguna de luna, porque había tenido que conseguir ciertas cosas para Nana allí. Ninguna de sus visitas había sido agradable.

Quizás no debería haber hecho tan obvio el hecho de que sabía cómo orientarse allí, pero estaba segura de que Aren también conocía ese lugar. Sus motivos bien podrían ser de la misma índole.

—No. No veo por qué debería contarte mi vida. Yo no te pregunto por qué lo conoces tú.

—Porque a mí tú me interesas —dijo Aren con simpleza y aparente sinceridad.

Wynd quiso echarse a reír en voz alta. Jamás nadie le había dicho algo así. Al fin y al cabo, ella no era nadie. Una sombra nada más. Pero él no sabía eso, él pensaba que era una sidh.

Quizás el día que lo matase mientras le hundía el cuchillo en el corazón le dijese la verdad, le confesase que era una humana vacía y sin ningún poder, que no era más que un despojo de lo que el egoísmo de los suyos había causado.

Estaba a punto de contestarle cuando algo la golpeó en la espalda clavándole unas garras como garfios. El aire se le escapó de los pulmones y un dolor ácido e intenso le quemó la piel del hombro izquierdo.

Un cuerpo de largas y delgadas extremidades acabadas en garfios colgaba de largos hilos correosos. La criatura era tan oscura que resultaba antinatural, como si hubiese absorbido la luz a su alrededor. Su boca, varios metros por encima de sus múltiples patas, era un agujero donde

brillaban unas babas venenosas, múltiples dientes del color del óxido, sangre vieja seguramente. Un nayk.

Wynd sacó a Sombra mientras soltaba un gruñido de dolor y se volvía hacia la criatura. Lanzó un tajo para clavárselo en la pata.

—Mierda —susurró Aren.

—Rápido, si hay uno habrá más; suelen vivir en nidos —dijo ella con la voz entrecortada.

Él movió la mano izquierda a una velocidad que a ella le costó seguir, y una ráfaga de viento cortó la pata con la que la tenía agarrada. La criatura emitió un sonido agudo de lamento y, al instante, una oleada de babas venenosas salpicó al lado de donde Wynd había estado hasta hacía un segundo. Si eso hubiese tocado su piel, la habría consumido como ácido.

—Vamos, tenemos que salir de aquí —urgió ella.

El nayk descendió a toda velocidad. Le goteaba oscuridad líquida de su miembro mutilado.

A Wynd le ardía el hombro herido, pero no era nada grave, había sufrido golpes peores. Saltó por encima de unas raíces y giró un momento la cabeza para ubicar a Aren, que corría dos pasos por detrás de ella.

Se agachó para evitar una espina y se impulsó para saltar. Apoyó el pie en otra de las espinas y fue moviéndose de una a otra. Prefería ir por las alturas: le daban ventaja en la lucha y además era donde se sentía más cómoda. Estaba acostumbrada a moverse entre los árboles.

Aren siguió el camino normal, corría tan deprisa que se difuminaban sus gestos. Esquivaba las espinas y los

obstáculos del camino como si lo hubiese hecho mil veces antes.

Los árboles crujieron a sus espaldas y una marea oscura brotó de las copas altas. Se le erizó el vello de la nuca y sintió un escalofrío de asco al ver los movimientos antinaturales de los nayk. Algo en esas criaturas le hacía sentir arcadas.

—¡A la derecha hay un río, tenemos que cruzarlo! —le gritó a Aren.

Él asintió y viró de forma brusca lanzándose por el suelo y esquivando una trampa mortal de espinas. Tenía la agilidad de un felino. Ella no pudo evitar sentir una pizca de admiración e incluso deleite al ver sus movimientos.

Wynd siguió impulsándose de una rama a otra, colgándose de las manos y saltando hacia delante. Sus pies eran apenas dos plumas que tocaban solo con la punta de la bota unos segundos cada espina, no lo suficiente como para que su peso pudiese partirlas.

—Se nos están echando encima —le advirtió él.

Wynd giró la cabeza y los vio. Habría cientos de ellos a su espalda, y ni siquiera quería mirar hacia arriba y ver los que se movían por encima de su cabeza. Apretó con fuerza la empuñadura de Sombra, los anillos quemaban en sus dedos. Volvió a sentir esa cuerda de poder en su interior, esas pequeñas hebras tensas, deshilachándose y quebrándose lentamente.

Oyó el murmullo del viento y se volvió a toda velocidad para lanzar un tajo. El nayk estaba a un par de metros y su hoja era demasiado corta, pero deseó alcanzarlo, deseó impulsar el viento hacia él y partirlo por la mitad.

Soltó un jadeo cuando unos pequeños agujones calientes se le clavarón en los músculos a causa de la fuerza que usó al mover el brazo. El corte de Sombra fue tan potente que partió el aire por la mitad y la ráfaga llegó hasta el nayk, que explotó en una oscuridad líquida y viscosa.

El corazón le latía con fuerza y al instante se sintió agotada. No se dio ni un segundo para procesar lo que había hecho, simplemente se impulsó hacia delante. Ya veía el pequeño brillo del agua del río reflejando la luna.

Evitó mirar a Aren. No sabía si había visto lo que acababa de hacer, pero necesitaba disimular su sorpresa. Seguramente había sido cosa de los anillos de poder, pero no sabía por qué le había resultado tan doloroso el uso de la magia. Quizás aquella cuerda no era más que un reflejo de su propia humanidad intentando no quebrarse por el poder de la magia. Un cuerpo débil que no estaba diseñado para soportar aquella cantidad de energía.

—¡Wynd, salta! ¡Están encima de ti! —le gritó Aren.

Una gota de baba venenosa cayó a su lado y la espina del árbol refulgió al contacto. Ella se movió con la rapidez de un rayo y cayó en el suelo justo unos pasos por delante de Aren. Se tambaleó por el impacto. Había perdido algo de sangre y su energía estaba debilitada, necesitaba reservar fuerzas porque aquello no había hecho más que empezar. Todavía quedaban horas y horas de oscuridad.

Aren la cogió del codo para ayudarla a estabilizarse y tiró de ella hacia delante. Un último esprint y estarían en el río. Los nayk no lo cruzarían, estaba segura; no les gustaban los espacios abiertos.

Si no hubiese estado tan cansada y si no hubiese una horda de criaturas asesinas detrás de ella, le habría apartado la mano, pero permitió que tirase de ella. De algún modo, era como si la hiciese correr más rápido y con menos esfuerzo.

Oyó un silbido y tiró de Aren hacia la derecha para esquivar la garra de uno de los nayk. Él la miró impresionado y abrió la boca para decir algo.

—Cállate y corre —jadeó Wynd.

Aren notó que estaba muy pálida y tiró de ella con más fuerza. Los árboles se abrieron y un río rocoso y plateado apareció ante ellos. No había árboles en varios metros y la luna iluminaba el claro, despejando las sombras. «Un descanso», pensó Wynd.

Saltó a la primera roca. Aren se quedó detrás de ella, su pecho subía y bajaba con rapidez a causa del esfuerzo. Apretó los puños y los pinos que delimitaban el comienzo de la espesura se sacudieron con fuerza, cerrándose. Se oyeron varios aullidos de dolor.

Wynd se estremeció. Aren había comprimido unos árboles contra otros para clavarles las espinas a los nayk. Sabía que era poderoso, pero le seguía sorprendiendo lo letal que podía ser.

Aunque supuso que aquello no había sido gratis. Sus manos temblaron ligeramente cuando dejó de apretarlas. Al igual que ella, había tenido que gastar energía, y necesitaba reservarla.

Wynd terminó de cruzar el río y se dejó caer en una roca grande y plana en la orilla a recuperar el aliento y a evaluar su herida. Aquella iba a ser una noche muy muy larga.

Capítulo 10

Aren se dejó caer al lado de Wynd. Se pasó las manos por el pelo echándoselo hacia atrás. Tenía algunos mechones húmedos de sudor. Su aura seguía refulgiendo fuerte, aunque no con tanta intensidad como al principio de la noche.

—Quítate la chaqueta.

Ella arqueó las cejas y le dedicó una mirada escéptica. Sus pecas parecían haberse emborronado, como estrellas cubiertas por la niebla nocturna, y del mismo modo, el anillo oscuro de su ojo izquierdo parecía más apagado.

—Estás sangrando, Wynd. Quítatela.

No dejaba de aturdirle e irritarla que él le hablase con tanta familiaridad.

—No necesito tu ayuda.

—No, pero aun así te viene bien. Si no llegas viva al final de la prueba, ¿cómo vas a cumplir tu parte del trato?

—¿Eres siempre tan persistente con todo? —suspiró ella comenzando a desabrocharse las correas de la chaqueta.

Aren le dedicó una sonrisa torcida que vino a decir «Sí».

Las pestañas plateadas de ella se sacudieron cuando se movió para quitarse la prenda. Sintió la viscosidad de la sangre que le pegaba la ropa al cuerpo. Se estremeció con asco.

Aren cogió las solapas y tiró de la chaqueta para bajársela por los hombros con cuidado. Sus manos estaban frías al contraste con su piel febril, y ella se encogió levemente.

Le subió la camiseta hasta el cuello y estudió la espalda desnuda de Wynd. Su piel era pálida, suave e invitaba a acariciarla, pero aunque estuvo tentado, no lo hizo porque estaba seguro de que ella le arrancaría la mano de cuajo. Lo pensó un segundo hasta que lo distrajo la delgadez: los huesos de sus omóplatos se marcaban más de lo normal. Y luego vio las cicatrices, pequeñas y grandes marcas blanquecinas de cortes, arañazos, puñaladas... Era una guerrera. Aquella era la piel de alguien que llevaba años peleando.

Frunció el ceño mientras la estudiaba. Tenía un desgarró justo debajo del hombro izquierdo. La sangre le había manchado la camiseta y le goteaba por la espalda, aunque ya estaba casi seca, lo que quería decir que la hemorragia había parado.

—No es un corte muy profundo —la informó—. Deberías lavarte la herida para evitar que se te infecte.

Wynd suspiró y terminó de quitarse la chaqueta.

—Date la vuelta, voy a lavar la camiseta.

—No te preocupes por mí, no me molesta que te desnudes —contestó él llevándose los brazos detrás de la cabeza.

—¿Sabes qué? Que no has especificado el estado en que tienes que llegar al final de la prueba. Vivo sí, pero quizás podría arrancarte los ojos —le sugirió ella con la voz dulce como la miel.

Aren soltó una carcajada que se le quedó atascada en la garganta cuando vio cómo ella se sacaba la camiseta por la cabeza. El movimiento le dejó la boca seca.

Wynd apenas llevaba un sujetador delgado que no cubría demasiado. En casa, las chicas usaban cintas de piel para protegerse y sujetarse el pecho, pero Cordelia le había dicho que aquello era mucho más cómodo y útil. Tenía razón, aunque se sentía muy... desnuda.

Aren se apresuró a darse la vuelta antes de que ella pudiese cumplir su promesa. Nunca nadie le había amenazado tan en serio y a él le había resultado tan divertido.

Wynd se acercó al agua de color azul plateado y sumergió la prenda frotándola con fuerza para que la mancha desapareciese. El líquido se tiñó de rojo un segundo llevándose la porquería con él.

Quiso usar la tela para lavarse, pero no alcanzaba el punto exacto. Soltó un gemido de frustración. Estaban perdiendo un tiempo valioso. Necesitaban volver a ponerse en marcha para llegar a la laguna de luna, y la noche avanzaba implacable.

Deseaba ver los signos del amanecer en el cielo tanto como lo temía. Por un lado, las criaturas se replegarían, y por otro, querría decir que el tiempo se les acababa.

Cuando volvió a gemir, esta vez de dolor por haber hecho un movimiento brusco, Aren habló a unos pasos de ella.

—¿Necesitas ayuda? —Aun sin mirarlo, intuyó la sonrisa en su cara.

«Pretencioso», pensó.

Wynd apretó los dientes. Casi preferiría ahogarse en el río que pedirle ayuda, pero no le quedó más remedio que tragarse su orgullo y su odio.

—Sí —masculló.

Aren le quitó la camiseta de las manos y le pasó la tela húmeda por la herida con pequeños toques. Los músculos de Wynd se contrajeron doloridos.

—Estás tardando demasiado en sanar —comentó él.

Wynd se tensó. Los sidh se curaban más rápido de lo normal debido a su poder. Se preguntó si habría algún modo de hacer que los anillos potenciases su sanación, pero estaba demasiado cansada y necesitaba guardar la energía que le quedaba para el resto de la noche.

—Ya sabes que tengo poco poder —contestó evasiva.

—¿Lo sé?

—Has visto mis ojos.

—Sí, y también he visto cómo has pulverizado a ese nayk a metros de ti con un tajo de cuchillo —murmuró él.

Lo dijo en un tono de voz queda, grave y rasgada que le erizó la piel del cuello y los hombros. Estaba demasiado cerca. Lo sabía porque su piel se había enfriado debido al aire helado de la noche, y ahora sentía el calor del cuerpo de Aren y la tibieza de su aliento.

—He gastado demasiada energía...

—Jamás he visto a... alguien como tú hacer algo parecido.

—¿Alguien como yo?

La expresión de él cambió, y Wynd fue incapaz de descifrar la mirada en sus ojos.

—Un sidh menor, quiero decir —se apresuró a corregirse—. Los sidh mestizos sí pueden, pero en teoría...

—¿Conoces a muchos mestizos?

Era el hijo del Deirnas, así que estaba segura de que toda su corte serían perfectos e increíbles sidh de alma completa y pura.

—Axel.

Wynd giró la cabeza hacia él. Estaba a unos centímetros de su cara. Sus ojos eran más brillantes que la luna y al mismo tiempo tan oscuros como el cielo.

—Ya has visto que uno de sus ojos no tiene la marca. —Se señaló las pupilas partidas por las líneas de luz.

—Pero su otro ojo brilla con la misma intensidad que los tuyos.

La boca de Aren se torció en una sonrisa complacida.

—Te has fijado...

Wynd no le contestó.

—Axel no sabe quién es su padre, pero su madre es muy poderosa, tanto como debía de ser su padre, porque ninguna de las sangres ha conseguido imponerse; simplemente ha quedado dividido en dos.

—Los ojos de Blue...

—En él se impone la sangre de sidh, solo que está atenuada por la de ondina.

Ella meditó esa nueva pieza de información. Así que por eso Rendry todavía tenía ese poquito de magia: porque la magia de los sidh era fuerte y de algún modo se imponía a las demás. Sintió curiosidad por saber qué criatura sería tan fuerte como para disputarle el poder a la hegemonía sidh. La humana no, desde luego.

—Ya está —anunció Aren poniéndose de pie.

Wynd también lo hizo, pero permaneció de espaldas a él. No se sentía cómoda mostrándole tanta piel. A veces veía su cuerpo como un mapa que contaba historias de su vida, y no deseaba que Aren pudiese leerla, que pudiese ver lo que había dibujado. Además, tenía la muñeca izquierda al descubierto.

—Dame la camiseta —le pidió.

—Está empapada.

—Ya se secará. Dámela —dijo extendiendo la mano a su espalda.

—Eres siempre tan encantadora —le contestó Aren con una sonrisa torcida.

—Y tú siempre tan exasperante. —Le devolvió una sonrisa de colmillos brillantes.

Aren soltó una risita. Levantó la camiseta con la mano derecha, cerró la otra en un puño y luego la abrió lanzándole una ráfaga de viento lo suficientemente potente como para secar la tela.

Wynd trató de no mostrarse sorprendida, sino indiferente, aunque no lo consiguió demasiado, porque la sonrisa de él se ensanchó y algo bailó dentro del pecho de ella.

—De nada —dijo guiñándole el ojo y devolviéndole la prenda.

Wynd se la acercó al pecho para cubrirse y notó la tela levemente cálida. Se la puso en silencio y, a pesar de que sabía que algún día, tarde o temprano, lo mataría, que hundiría a Muerte en su pecho, dijo en un susurro:

—Gracias. —La palabra se le atragantó en la garganta y añadió—: Siempre puedes montar una lavandería si te quedas sin trabajo.

Los ojos de Aren brillaron con diversión genuina y algo más... cálido.

Capítulo 11

Él no pudo ocultar la posición de orgullo en sus hombros al escuchar las palabras de ella. Wynd se odió a sí misma por haberlo dicho. Aunque, por otro lado, quizás aquello fuese una ventaja: si él bajaba la guardia con ella, sería más sencillo matarlo.

La siguiente zona del bosque era menos espesa que la anterior; los árboles, tan altos que se perdían a la vista, las espinas de estos, más cortas, y el suelo, de tierra, probablemente porque los rayos del sol casi no traspasaban la barrera de ramas.

A Wynd aquello no le gustó. Si había poca luz, quería decir que había más sombras... y probablemente peores criaturas que los nayk.

Ella lideraba la marcha mirando su propio mapa. Aren la seguía solo un paso por detrás, vigilando la retaguardia.

El silencio era absoluto y perturbador, una clase de silencio antinatural, pesado. No les habían dejado llevar comida ni bebida para que tuviesen que enfrentarse al agotamiento. El agua de las lagunas de luna y los ríos de allí no podía beberse, porque causaba alucinaciones y te ponía enfermo.

En su antigua aldea todos lo sabían. Y ella lo había experimentado una vez siendo pequeña, después de que

todos muriesen y de que el hambre y la sed comenzasen a secarla como el otoño a las hojas. Cuando la desesperación se había apoderado de su pequeña y débil voluntad, tomó un sorbo de uno de los ríos.

Había sentido que la piel se le derretía en los huesos, que se quemaba de dentro hacia afuera. Se estremeció.

Un gruñido desgarrador rompió el silencio y ambos se pararon. Wynd se llevó las manos a los cuchillos, pero contuvo el aliento. Como perfectas estatuas, escucharon para identificar la dirección del sonido. No había nada que pudiese revelarlos, excepto su olor.

El sonido de unas fauces y de algo quebrándose volvió a romper la calma del bosque. Un gemido agónico, esta vez humano, lo acompañó.

Wynd y Aren compartieron una mirada comprensiva. Debía de ser alguno de los participantes.

Ella se debatió: si eran Cordelia o Blue debería correr a ayudarlos. Sin embargo, su parte racional le decía que, por lo que habían oído, ya era muy tarde y que lo único que haría sería ponerse en peligro a sí misma.

«*Nunca abandones tu misión*», dijo la voz de Nana en su cabeza.

Otro lamento desconsolado sacudió el bosque. Los sonidos eran terribles, dolorosos. Fuera lo que fuese esa criatura se estaba tomando su tiempo, estaba haciendo sufrir a su presa.

Aren le puso una mano en el codo y Wynd se movió apartándose de él.

—Tenemos que irnos —la apremió.

Echó una última mirada en la dirección de la que venían los lamentos, que poco a poco se estaban acallando, y se puso en marcha siguiendo a Aren. Evitó todas las ramas y hojas secas que pudo para ser lo más silenciosa posible.

En los Páramos, Nana los había entrenado para que fuesen prácticamente invisibles. Practicaban con los ojos vendados y se guiaban por los sonidos de los demás. Peleaban a ciegas, y la más mínima respiración era un indicativo para el contrincante. Muchos de sus hermanos mayores le habían dejado moratones en el cuerpo como recuerdo de que no era lo suficientemente silenciosa. Ella siguió practicando hasta que consiguió ser la mejor de los nikt. Y, por supuesto, se cobró venganzas en los demás cuando los superó.

Siguieron descendiendo por el bosque intentando captar el más leve sonido que pudiese alertarlos de que aquella bestia se acercaba. Aren se frenó detrás de ella, y Wynd lo miró confundida porque no había captado nada.

—Delante de ti —le explicó en un susurro.

Pero ella casi no veía nada; oscuridad y troncos desnudos. Entonces, se dio cuenta de que los ojos de él probablemente tenían un rango de visión mayor. Dio unos pasos en la dirección hacia la que miraba Aren y por fin encontró lo que lo había hecho parar.

Sangre.

Mucha, muchísima sangre.

Wynd apartó la mirada conteniendo una arcada. Cogió aire para calmarse, pero el olor se le metió dentro. Ese olor a metálico, a óxido y a muerte...

Se tambaleó levemente sobre los pies. Era una jodida masacre, nunca había visto nada igual. Giró sobre sí misma y se alejó a toda velocidad zarandeándose a causa de las náuseas. No quería... No podía pensar en que eso... esa persona fuesen Cordelia o Blue.

Tuvo que apoyarse en la corteza de un árbol cuando una arcada la dobló por la mitad, pero consiguió no vomitar.

Las manos de Aren estuvieron ahí al momento, le acariciaron la espalda y la nuca y agradeció la frialdad de su piel. Durante un momento de debilidad, permitió que él la tocara, dejó que la calmara. Pero luego recordó quién era ella y quién era él, y se apartó.

Los ojos de él brillaron con un chispazo de una emoción que ella no supo reconocer y que duró demasiado poco como para que le diese tiempo a ponerle nombre.

—Para tener unos instintos tan asesinos, tienes una tolerancia realmente mala a la muerte —comentó Aren.

Wynd se puso rígida y se irguió. Le dedicó una mirada más venenosa que los propios nayk. La rabia bullía en su interior.

—Ya veo que tú sí que la tienes. Gracias por confirmarme que no queda ni un ápice de humanidad dentro de ti.

Aren se movió un paso hacia atrás como si ella le hubiese clavado una de sus cuchillas en el hombro. A Wynd le reconfortó ver que le había hecho daño con sus palabras.

—¿Crees que soy un monstruo? —Resopló con desdén—. Creo que los dos somos los suficientemente inteligentes como para saber que eso es algo que a veces no se puede evitar. No te hagas la inocente conmigo, Wynd.

—No me compares contigo —respondió con los dientes apretados.

Ellos podían hacer cosas similares, pero los motivos nunca serían los mismos.

—Oh, vamos. Llevas planeando cómo matarme desde que me viste. De hecho, podrías hacerlo ahora, no entiendo que te importe el honor...

—No hables como si supieras algo de mí o de cómo soy —dijo Wynd.

—¿No es lo que tú haces conmigo? ¿Sabes por qué no me ha afectado tanto ver esa masacre? Porque ya he visto demasiadas, porque he visto tantas que he perdido la cuenta. Y sí, las primeras que vi me pusieron enfermo, me hicieron partirme por la mitad, me aterrorizaron y me asquearon, pero si me siguiesen afectando del mismo modo no estaría aquí. Se llama supervivencia, Wynd, y estoy seguro de que sabes de lo que hablo.

Aren volvió a acercarse a ella, que retrocedió hasta que su espalda dio contra el tronco del árbol. Había algo en él, en la sinceridad de su expresión o en el dolor no disimulado que reflejaban sus ojos, que hizo que el aire se le quedase atascado en la garganta.

—He visto las cicatrices de tu espalda antes. Y me alegro de que, a pesar de ser una guerrera, todavía sigas teniendo la capacidad de horrorizarte por... lo que hemos visto. Supongo que sí, que eso te hace más empática que a mí.

—Me hace más débil —murmuró Wynd.

Las palabras se escaparon de su boca antes de que pudiese darse cuenta de que las estaba pensando.

Aren frunció el ceño. ¿Débil? Ella no era débil, se había dado cuenta de ello al verla en la plaza de la Academia. Había percibido algo en ella...

Hacía años que Aren no sentía latir la humanidad dentro de él. Puede que esa capacidad de sentir se le hubiese ido apagando. Desde luego su padre se había esforzado en ello. Conforme su poder crecía, la capacidad de sentir se había ido diluyendo. Cada vez menos humano y más... más cercano a eso que se suponía que debían erradicar.

Nunca lo había dicho en voz alta, pero a veces se preguntaba qué era lo que realmente los diferenciaba a ellos de los devoradores. ¿Se sentirían ellos igual de vacíos que él?

—Envidio tu... —comenzó a decir él.

Wynd captó un susurro de hojas y un brillo extraño entre los árboles detrás de Aren. Lo cogió del brazo y lo arrastró detrás del enorme tronco del pino en el que estaban apoyados.

Aren fue a decir algo, pero ella le puso la mano en la boca para que no hiciese ruido. Pegó la espalda de él contra el árbol. Fuera lo que fuese, estaba demasiado cerca; correr no les serviría porque harían demasiado ruido. Ser invisibles, fundirse con el bosque hasta que pasase de largo: eso es lo que debían hacer.

Los labios de Wynd se movieron sin emitir sonido pronunciando el nombre de la bestia: fenrir. Un monstruo de al menos dos metros, patas fuertes y peludas, garras como cuchillas y una boca de dientes afilados preparados para desgarrar. Le gustaban los huesos, chupar el tuétano y jugar con su comida. Era mucho más inteligente que los nayk, y

estaba lleno de maldad, de odio. Sus rasgos humanoides le daban un aspecto más temible.

Los ojos de Aren se abrieron sorprendidos al leer en la boca de Wynd el nombre de la bestia. Le pasó un brazo por la cintura y la pegó a él con fuerza. Una ráfaga de viento envió el olor de ambos lejos, en la dirección contraria en la que estaban.

Wynd sintió el corazón de Aren latiendo con fuerza junto al suyo. Tenía la mano libre en Sombra. Nunca se había enfrentado a un fenrir. Había oído historias y sabía que alguno de sus hermanos y de los habitantes de la aldea habían sido víctimas de ellos.

No podía imaginar una muerte peor y más agónica.

Se oyeron los pasos de la bestia, estaba a unos metros de ellos. Wynd contuvo el aliento y se apretó más contra Aren intentando que ambos se fundieran con la corteza del árbol.

Nunca en su vida había estado tan cerca de otra persona. Sus cuerpos se tocaban en todas las partes posibles. No la sorprendió la dureza del pecho del chico. Todo él era fuerza. Wynd se sintió muy pequeña a su lado. Estaba segura de que podría quebrarle los huesos con facilidad y, sin embargo, por algún motivo que no alcanzaba a entender, él no había intentado matarla.

El fenrir emitió un gruñido de placer cuando captó su olor y se alejó varios pasos siguiendo la estela que había dejado Aren para él. Conforme la criatura se alejaba, la tensión en los cuerpos de ambos disminuía.

Wynd dejó caer la mano con la que todavía le estaba tapando la boca a él. Sus dedos fríos rozaron levemente la tibieza de los labios entreabiertos de Aren. Soltaron el aire

que habían estado reteniendo, y sus alientos se mezclaron, agitados, al mismo tiempo que sus pechos chocaban subiendo y bajando rápidamente.

—Hacemos un buen equipo —le susurró Aren tan pegado a su oído que su boca le acarició la oreja.

Wynd sintió un escalofrío que le erizó el vello, y se apartó de él. Algo cálido y ardiente le quemó las venas a medida que bajaba de su oreja hasta su vientre, donde se anudó. Algo nuevo y desconocido.

La sonrisa de Aren fue como un relámpago en la oscuridad, y se ensanchó más aún cuando vio el leve tono rojo que encendía las mejillas de Wynd.

—Tontos humanos, ¿creíais que podíais engañarme con ese truco? —murmuró una voz que era como un siseo y un gruñido grave a la vez, justo detrás del árbol.

Los ojos brillantes del fenrir se asomaron por el borde, y la aridez de su aliento los sacudió. Los había encontrado.

Capítulo 12

El árbol voló en mil astillas que explotaron en todas direcciones como agujones. El tiempo pareció congelarse, como si todo se moviese a cámara lenta a su alrededor: el aire denso, espeso y opresor y sus corazones, que se pararon un momento para lanzarse en latidos atropellados al siguiente. Las hojas parecían quietas, asustadas; nada se movía excepto las astillas del árbol que iban hacia ella, implacables.

Wynd echó el cuerpo hacia atrás dando una voltereta para apoyarse en sus manos e impulsarse lejos. Aun así, una de las esquirlas de madera se le clavó en el muslo arrancándole un pequeño gemido de dolor. Se la sacó con cuidado de no partirla. Otra le rozó la mejilla y se la cortó, pero la pudo esquivar con la suficiente rapidez como para que no se le clavase en un ojo.

Por un momento, Aren se quedó paralizado. Su cerebro estaba demasiado ocupado procesando todas las posibilidades del combate. Correr era imposible: los alcanzaría en segundos y los cogería por la espalda y desprevenidos. Solo tenían posibilidades de sobrevivir si peleaban, pero sabía que los fenrir eran difíciles de matar. Si daban todo lo que tenían, quizás pudiesen con él, pero eso

los dejaría completamente vulnerables a los demás peligros del bosque.

—¡Apártate! —le chilló ella cuando el fenrir le lanzó un zarpazo.

Aren lo esquivó por milímetros. Estuvo tan cerca que las garras de la criatura le dejaron arañazos en la pechera. Le dedicó una sonrisa divertida a la bestia.

—No lo suficientemente rápido —le dijo con chulería.

El fenrir emitió un gruñido de pura ira, y unas babas oscuras manchadas de sangre gotearon en el suelo. Probablemente los restos de su anterior víctima.

—Mmm... Muy elocuente por tu parte —lo provocó.

La bestia se lanzó hacia él con la boca abierta. Esos dientes afilados como agujas habrían alcanzado a cualquier humano y probablemente a muchos otros sidh, pero Aren se movió tan rápido que se volvió un borrón a los ojos de Wynd. Apareció unos metros atrás con una amplia sonrisa llena de arrogancia. Se miró las uñas y curvó la ceja partida en una mueca burlona.

El fenrir se lanzaba contra él con todo, y cada vez, Aren lo esquivaba sin el menor esfuerzo.

—Empiezo a pensar que lo que dicen de vosotros no son más que cuentos para asustar a los niños —dijo en un tono perezoso y lleno de desdén.

—Digno de tu raza —siseó el fenrir después de olfatearlo.

Aren hizo una mueca y sus ojos azules brillaron como fuegos fatuos. La criatura aprovechó el chispazo de rabia para volver a atacar y, esta vez, lo alcanzó con las garras lanzándolo varios metros en el aire contra un árbol.

Se habría estrellado con la fuerza suficiente como para partirse la columna, pero Aren viró en el aire y amortiguó el golpe con los pies. Aun así, hizo una mueca de dolor, se había torcido uno de los tobillos.

Wynd echó las manos hacia atrás y sacó una de las dagas que llevaba en la parte trasera del cinturón. Se la lanzó con una rapidez y precisión tal, que al fenrir no le dio tiempo a percibirla y se le clavó en el hombro.

Emitió un sonido lastimero y se giró hacia ella. Sus ojos amarillo brillante se estrecharon en rendijas al encontrarse con Wynd. Bufó y su boca se abrió en una especie de sonrisa extremadamente grande y deforme. Tenía una boca anormalmente ancha y demasiados dientes.

—Me gustará oírte gritar —le siseó.

Wynd quiso estremecerse, pero se mantuvo firme. No pensaba darle el placer de verla asustada.

Y antes de que hubiese terminado un parpadeo, el animal ya estaba delante de ella. A pesar de su enorme tamaño, era veloz.

—¡No! —gritó Aren—. ¡No!

Wynd parecía diminuta. Una muñeca al lado de aquella bestia. Pero ella no se amedrentó. Sacó a Sombra y a Muerte. Las hojas plateadas brillaron en la oscuridad del bosque, su pelo se volvió una mancha blanquecina contra el negro de su armadura... Como una guerrera, una que estaba preparada para morir. Así la vio Aren, y aquella imagen no se le olvidaría nunca, ni tampoco el temor que le provocó la seguridad con la que ella aceptaba su final si le llegaba.

Aren cerró los puños y una ráfaga de viento ondeó a su alrededor. El fenrir abrió la boca hasta que su cabeza se deformó, y se lanzó a por Wynd. Ella sintió arder los anillos tan fuerte, que tiraron de todo lo que había dentro de ella. Durante un segundo, pensó que se partiría por la mitad, que no aguantaría todo aquel poder. Y otra hebra de la cuerda en su interior se partió.

Cogió aire con fuerza y lo visualizó todo en aquel último segundo: al fenrir gigantesco, imponente, bestial y sanguinario a apenas un metro de ella; a Aren a varios árboles de distancia, con el rostro pálido y expresión de terror, un miedo genuino que ella no le había visto antes al enfrentarse a la criatura de sombras; el bosque oscuro, silencioso, hermético, una tumba de pesadillas; y, por último, a sí misma frente a la mismísima Muerte.

Quiso saludarla, porque ya era una vieja conocida; porque la había saboreado, sentido y acariciado demasiadas veces como para tenerle miedo; porque era su amiga, su compañera y porque, como bien sabía, no tenía nada que perder. Al fin y al cabo, ella no era nadie.

Así que reunió cada pedazo diminuto de su poder y cruzó el cuchillo Sombra sobre Muerte formando una equis. Las hojas entrechocaron lanzando chispas, y luego los separó en un movimiento amplio, rápido e impecablemente limpio. Los brazos le temblaron cuando los agujonazos de la magia la recorrieron. Los cortes de ambas espadas se proyectaron hacia delante, y Wynd chilló del esfuerzo, sintiendo que cada gota de su ser la abandonaba. El viento se partió en dos diagonales perfectas que alcanzaron el pecho del fenrir.

Sus ojos se abrieron llenos de sorpresa y miedo, o eso le pareció ver a Wynd mientras se tambaleaba hacia atrás y caía al suelo. El fenrir gruñó, gritó y aulló de dolor cuando los cortes le arrancaron ambos brazos por los hombros. Se retorció lanzando sangre oscura y espesa. Su espalda se curvó, su pelaje se erizó, y se deformó a causa del dolor.

La criatura siseó una maldición.

Las rodillas de Wynd se doblaron y luchó por mantenerse en pie a pesar de la poca energía que le quedaba. El fenrir se revolvió loco de dolor e ira y le lanzó una patada tratando de clavarle las zarpas.

Wynd sabía que tenía que correr, apartarse de su trayectoria, porque, si la alcanzaba, el impacto le rompería los huesos. Lo sabía y, sin embargo, no pudo hacer nada más que cerrar los ojos. El cuerpo le pesaba una tonelada. No sentía la cuerda de poder, no sentía los anillos. Su cuerpo era líquido.

Inspiró esperando sentir el golpe.

Más rápido que una sombra, Aren se movió hasta donde estaba ella e interceptó la patada del fenrir, que seguía retorciéndose en su agonía. Sus músculos se tensaron y clavó los talones en la tierra para soportar la fuerza del fenrir. Se oyó un clic cuando el hueso del brazo derecho de Aren se partió. Soltó un gruñido de dolor y rabia. Una bola de aire caliente salió de su aura oscura y lanzó la pierna de la bestia hacia atrás.

—Maldito... —seguía aullando el fenrir—. Voy a partirte todos los huesos del cuerpo, voy a desollarte, voy a desangrarte...

—Cállate de una jodida vez —siseó Aren en un tono bajo y amenazante.

Abrió los puños y el aire a su alrededor se transformó en cuchillas que volaron implacables hacia el animal. Se le clavarón al fenrir en la espalda con tal fuerza que cayó boca abajo contra la hierba manchada de su propia sangre. Y se revolvió agonizante y profiriendo sonidos lastimeros.

Sujetándose el brazo partido, Aren se volvió hacia Wynd, que estaba tumbada boca arriba y que respiraba pesadamente.

—¿Qué has hecho? Lo tenía controlado, podría haberte matado.

—Eso te habría librado de un rival —murmuró ella con un hilo de voz.

Aren la levantó con el brazo izquierdo y soltó una risa cansada y sin verdadera emoción. La llevó hasta un árbol cercano donde Wynd se sentó apoyando la espalda en la corteza dura, apenas sin aliento.

—A veces me da la impresión de que eres increíblemente perspicaz y otras, de que eres una estúpida, Wynd. Espero que después de esto te haya quedado claro que no planeo matarte.

—¿Lo has hecho para que yo no desee matarte a ti?

—¿Eso crees?

Aren le puso su cuchillo en la mano cerrándole los dedos alrededor del mango y se lo llevó hasta el cuello, presionándose su propia garganta.

—Mátame, Wynd.

Los ojos de ella refulgieron, y él se dio cuenta de que el anillo de su iris izquierdo casi no se veía.

Wynd lo observó: los arañazos, la suciedad, el cansancio, las heridas, la sangre, el brazo roto, la ropa destrozada... Tragó saliva intentando deshacer el nudo de emociones que le oprimían la tráquea y no la dejaban respirar.

¿Por qué? Su cabeza no dejaba de preguntarse por qué la había ayudado, por qué se había arriesgado por ella. Él podría haberse ido, podría haber dejado que el fenrir malherido se ocupase de ella y largarse. Ahora tenía un hueso roto por haberla salvado.

Trataba de averiguar qué podía sacar él de bueno en aquello, encontrar una razón por la que hubiese tenido ese gesto, descubrir qué juego podría estar jugando. Pero su cerebro trabajaba despacio. Era como avanzar contra una corriente de agua, y no le quedaba energía suficiente para revolverse contra ella.

Dejó caer la mano y el cuchillo cayó a la tierra. Le había fallado a Nana, le había fallado a los nikt. Había podido matar a un sidh, y no a uno cualquiera: al hijo del mismísimo Deirnas. Y no lo había hecho, lo había dejado vivir.

Pero no podía... En el momento en el que tomó consciencia de que jamás sería capaz de clavarle un cuchillo mirándolo a los ojos, se hundió. Ella era una asesina, y hasta hacía unas horas, habría disfrutado acabando con su vida. Pero ahora sabía que no lo soportaría, que no sería capaz de quitarle la vida de esa forma porque él le había perdonado a ella la suya.

El fenrir emitió un gruñido y se sacudió intentando darse la vuelta. El pelaje se le había vuelto completamente negro a causa de la sangre. Aren soltó un suspiro exasperado.

—¿Todavía te has quedado con ganas de más?

Cogió el cuchillo del suelo y caminó tranquilamente hasta el fenrir como si estuviese dando un apacible paseo a la luz de la luna y no acercándose a una bestia mortífera.

Saltó encima de la criatura de forma ágil. El fenrir se removió lleno de ira. Aren echó el brazo izquierdo hacia atrás, y la hoja de metal brilló y bajó rápida buscando alimentarse de una nueva víctima. Le clavó el cuchillo entre la columna y el omoplato alcanz ndole el corazón y matándolo en el acto. Wynd se quedó impresionada. Hacía falta una fuerza realmente considerable para atravesar la piel y los músculos de un fenrir con tal de llegarle hasta el corazón.

Aren sacó el cuchillo y sacudió la hoja salpicando sangre oscura contra la tierra. Termin  de limpiar la hoja en el pelaje del animal muerto y se lo guardó.

—Si lo pensamos ahora en frío, ha sido divertido,  no crees?

Un monstruo matando a otro. Eso vio Wynd. Pero había algo falso en el tono ligero y burlón de Aren. Había un exceso de tens n en su postura estudiadamente despreocupada. Pequeños detalles que no encajaban con esa máscara macabra que él llevaba puesta.

Wynd se agarró al tronco y se puso de pie con esfuerzo. Le pesaba el cuerpo como si tuviese toneladas atadas a cada extremidad. Apoyó la cabeza en el tronco, cerró los ojos y no pudo evitar que una sonrisita se le dibujase en los labios.

— Eso ha sido una sonrisa? Quién me iba a decir que necesitábamos enfrentarnos a un fenrir para que decidieses

dejar de lanzarme auras asesinas y verte sonreír de verdad.

—No he sonreído —contestó Wynd abriendo los ojos y frunciendo los labios.

—Tranquila, te guardaré el secreto. Si alguien me pregunta, le diré que me gruñiste.

Ella le echó una mirada envenenada.

—No he sonreído —insistió.

Aren se plantó delante de ella. Tenía el pelo revuelto en todas las direcciones y una auténtica expresión de diversión en sus ojos, nada burlona, sino de genuina alegría.

Wynd apartó la mirada cuando un pequeño hormigueo le cosquilleó en los dedos de las manos.

—Deberías hacerte un torniquete en el brazo. Si empiezas a sanar y está mal unido...

La sonrisa de Aren se hizo más grande y sus ojos se iluminaron con una expresión astuta.

—¿Eso que oigo es preocupación?

Sus labios llenos se curvaron complacidos cuando las mejillas de Wynd enrojecieron. La boca de Aren prometía cosas oscuras y tenía una potencia tal, que podría prender aquel bosque en llamas.

El corazón de Wynd se lanzó al galope cuando él se acercó apoyando la mano izquierda en el tronco a unos centímetros de su cara y se inclinó contra ella, invadiendo su espacio.

—Me he consumido en cenizas cuando has lanzado esos cortes. Puede que sea lo más atractivo que he visto en mi vida.

Wynd inclinó la cabeza hacia un lado y curvó la comisura izquierda del labio hacia arriba.

—Me gustaría decir que tú has causado el mismo efecto en mí cuando has lanzado esas cuchillas de aire, pero la verdad es que un trol me habría resultado más atractivo.

Aren soltó una risa ronca. Acercó la nariz al cuello de Wynd, que se tensó, pero no le quedaba espacio para retroceder.

—Mentirosa —susurró observando el pulso acelerado de ella en su garganta.

El pequeño roce de su piel le robó momentáneamente el aliento, la razón y la lógica. Durante un segundo, ambos se quedaron congelados en esa posición, incapaces de pensar, de moverse o de articular palabra. Los efectos de la adrenalina se estaban pasando y los dos estaban agotados y vulnerables.

—Tenemos que irnos —susurró Wynd, que era la que tenía la fuerza de voluntad más férrea y la que necesitaba la distancia entre ambos tanto como el aire en sus pulmones.

Capítulo 13

El avance fue lento y pesado. Ambos estaban agotados, especialmente Wynd, que había usado toda la energía que tenía. Aren le había tendido la mano para que se apoyase en él y poder ayudarla a caminar, pero ella se había negado con rotundidad.

No le gustaba lo que él le hacía sentir. No le gustaba lo confusa que estaba ni el modo en que su pecho se calentaba cuando él se acercaba. Achacó todo aquello al cansancio y al instinto de supervivencia.

La noche estaba llegando a su fin y debían darse prisa en llegar a la laguna. Solo deseaba no encontrarse con un nuevo obstáculo en el camino. De alguna forma, habían sobrevivido al fenrir, pero no creía que pudiesen hacerlo de nuevo.

Aren gruñó cuando se apretó el vendaje alrededor de su hueso roto. Parecía realmente destrozado, aunque sus ojos seguían brillantes y su rostro no había perdido un ápice de belleza. Wynd no quiso ni imaginar el terrible aspecto que debía de tener. Suspiró. De todas formas, ya estaba acostumbrada a la suciedad y la mugre.

—¿Por qué estás en las pruebas? —preguntó. La voz le salió ronca.

Los hombros de Aren se tensaron momentáneamente, pero disimuló el gesto con una de sus sonrisas arrogantes.

—Para entrar en los rhydra, como todos.

—No, me refiero a cuál es tu motivo. Eres el heredero.

Aren frunció el ceño y permaneció en silencio. Demasiado complicado: como casi todo lo que ocurría en su vida, nada era casual. Podría haber respondido que lo hacía porque en el fondo ansiaba la aprobación de su padre y no quería ser su constante decepción. También podría haber dicho que estaba ahí porque era una pieza en una complicada lucha de poder.

—Porque el destino quería que te encontrara.

Wynd le lanzó una patada y él la esquivó grácilmente.

—Haces que me arrepienta de no haberte matado.

—Bueno, supongo que debería estar acostumbrado a que la gente desee hacerlo. Soy una persona que despierta emociones intensas: o me deseas o deseas asesinarme. Emociones apasionadas —dijo él encogiéndose de hombros.

—Por favor... Creo que preferiría que el fenrir me hubiese arrancado un brazo a escuchar semejante estupidez.

Aren se dio la vuelta y comenzó a caminar de espaldas para poder mirarla. Se relajó con el cambio de tema.

—¿Eres siempre tan poco sincera con lo que sientes?

—¿Y tú eres siempre tan presuntuoso?

—Me gusta pensar que soy bastante realista.

—Insoportable.

—Divertido.

—Arrogante.

—Sincero.

—Desesperante.

—Irresistible.

Wynd fue poniéndose más y más roja de rabia mientras la sonrisa de él se iba ensanchando con el intercambio de palabras.

—Al menos tendría que haberte cortado la lengua para ahorrarme esto...

Él la observó en silencio con las manos en los bolsillos. Frunció el ceño y sus ojos adquirieron una profundidad e intensidad de depredador. Wynd apartó la vista y la fijó en el camino. Sentía la mirada de él en cada parte de su cuerpo. Tenía esa manía de observarla como si estuviese buscando algo, como si ella fuese la pieza clave de un rompecabezas muy complicado.

No estaba acostumbrada a que la observasen de ese modo. Era experta en ser invisible: sabía ser silenciosa, sabía fundirse con las sombras y permanecer tan quieta como una estatua. Había perfeccionado la técnica durante sus años nikt; una buena asesina no existe. Y nunca le había gustado llamar la atención demasiado. Al principio, la gente se fijaba en ella por el color tan especial de su pelo, por sus pecas como estrellas o por el anillo oscuro de su ojo; pero una vez que se acostumbraban dejaban de prestarle atención porque no tenía nada más que ofrecer.

Solo era una niña hambrienta y sucia más.

Wynd nunca había sido una chica divertida, simpática y con desparpajo como Cordelia. Tampoco había sido una chica ocurrente y astuta, como eran algunas de sus hermanas nikt. Nunca había tenido una actitud descarada como la de Blue o la de Conrad. Wynd fuera de sus entrenamientos y misiones se sentía vacía, alguien que no

tenía nada que ofrecer, una máquina que cuando no estaba funcionando se apagaba. Quizás porque todo el color y la vida que una vez hubo dentro de ella habían muerto aquel día en la librería. Y porque la única persona de su nuevo mundo que la había llenado un poco por dentro había terminado siendo un recordatorio de que no debía amar a nadie. El día que bautizó a Sombra y ella terminó de morir del todo.

Y, sin embargo, Aren la había visto entre las decenas de personas que se agolpaban en la plaza. Sus ojos la habían localizado la primera entre el caos de pesadillas de la primera prueba. Ella había sido lo contrario a invisible para él.

—¿De dónde has salido, Wynd? —murmuró.

Ella irguió los hombros a pesar del cansancio y de lo mucho que le dolía cada músculo del cuerpo.

—De Rasgard.

—Ya... No me refería a eso.

El bosque se abrió en un pequeñísimo claro circundado por plantas altas. Las rocas estaban cubiertas de musgo y líquen. Justo en el centro, había un pequeño charco de agua fangosa del que salían unos juncos y cuya superficie estaba cubierta de una mancha verdusca.

Wynd estiró la mano hacia Aren rozándole el brazo para pararlo.

—Kelpie —susurró a modo de advertencia.

A él no le pasó desapercibido el gesto protector de ella. Una fuerte emoción le recorrió el cuerpo como una descarga eléctrica, pero se contuvo para no hacer ningún comentario

al respecto: porque no era el momento y porque no quería que ella dejase de protegerlo.

Ambos se quedaron completamente quietos observando la superficie grisácea del agua, pero esta no se movió, ni siquiera una burbuja rompió su calma.

—¿Crees que estará fuera? —preguntó Wynd.

—Creo que podemos largarnos antes de que tengamos que averiguarlo. La laguna de luna está cerca.

Bordearon el pequeño charco de agua por el extremo más alejado. En cuanto la tocaran, no tendrían escapatoria; si un kelpie te sumerge es una muerte segura.

Escucharon un grito de terror seguido de sonidos de huida. Aren cogió a Wynd de la muñeca y tiró de ella para que lo siguiera deprisa, pero ella apenas se movió. Sus ojos estaban abiertos como platos y su pecho dio una sacudida.

—¿Qué pasa? —le preguntó él.

—Blue. Ese grito era de Blue.

Al instante, sus ojos se volvieron hacia el agua en calma. Ya sabía dónde estaba el kelpie y con quién.

Capítulo 14

Antes de que Aren pudiese reaccionar, Wynd echó a correr en dirección al sonido. Se movió con tanta rapidez que las manos de él apenas le rozaron la espalda cuando intentó frenarla, y sintió cómo se le escapaba entre los dedos.

Wynd saltó por encima de las raíces de los árboles y fue apartando las plantas a manotazos. El miedo le bombeaba el corazón.

—Mierda —susurró Aren echando a correr detrás de ella.

Wynd estaba demasiado agotada como para producir una chispa de magia. Estaba tan cansada, que se notaba más lenta de lo normal; definitivamente no iba a poder con un kelpie.

Las plantas pasaban en borrones por el borde de su mirada mientras corría. Las piernas le pesaban y los músculos le dolían. Sentía pequeños agujones clavándosele cada vez que se movía.

Unas pisadas fuertes hicieron que la tierra retumbase. Debía ser un kelpie realmente poderoso si sus pezuñas causaban ese temblor. Un destello de luz azul iluminó el bosque unos metros delante de ella, que apretó el paso.

Soltó un gemido de dolor por el esfuerzo. Aren hizo una mueca al oírla y aceleró para sobrepasarla. No se podía creer que la chica fría y llena de ira asesina se hubiese

lanzado sin pensárselo un segundo para ayudar a un amigo. Quizás no era tan fría como quería aparentar, quizás ni siquiera tenía tanta sed de sangre.

Blue estaba tirado en el suelo. Su pelo azul parecía ondear como el mar y de sus manos salían destellos azules como chorros de agua. Su nariz se había achatado hasta casi fundirse con su cara, y sus ojos se habían rasgado. Entre sus dedos separados había membranas que antes no estaban ahí.

La mitad de su cara estaba cubierta de sangre, su ropa de combate de color cobalto, rasgada y sucia, y su pierna derecha, doblada en un ángulo antinatural y preocupante.

Al kelpie, de casi dos metros de alto, le colgaban las largas crines como hilos raídos chorreando agua maloliente. Sus ojos eran de un color verde grisáceo y daban la impresión de estar podridos. Estaba apoyado sobre las patas traseras y tenía las delanteras levantadas hacia Blue con la intención de aplastarle los huesos.

Debía de haberle pisoteado la pierna a Blue hasta rompérsela. El kelpie tenía un trozo enorme de carne del lomo colgando, y se podían ver sus huesos dentro. Sangre verdusca goteaba de la herida que Blue debía de haberle hecho.

Wynd sacó las cuchillas redondas de sus guantes, se las colocó entre los dedos y se las lanzó a la criatura. Pero no fue lo suficientemente precisa. El kelpie sacudió la cabeza y las crines desviaron los discos.

—¿Wynd? —jadeó Blue.

Aren, cuyo brazo derecho ya sentía más recuperado gracias a su magia sidh, cerró los puños con fuerza, cruzó

las manos y las separó abriéndolas. Unas dagas de aire se formaron en ellas. Le echó una mirada de advertencia a Wynd indicándole que le dejara ocuparse de aquello.

Ella quiso dar un paso adelante y protestar.

—Estás agotada, dioses, le has amputado dos brazos a un fenrir. No tienes nada que demostrar; ya sé que eres fuerte, ya sé que puedes, pero déjame hacerlo. No hace falta que te agotes hasta la muerte —gruñó él.

Se lanzó en carrera directo hacia el kelpie que estaba retrocediendo para galopar hacia ellos. Aren fue un borrón oscuro unos segundos cuando estaba a punto de chocar con el kelpie, que había levantado las patas en posición de defensa. Entonces, se tiró al suelo deslizándose por debajo de la criatura. Elevó ambos brazos con las dagas de aire y rajó el vientre del kelpie desde abajo, de una punta hasta otra. Fue tan rápido que incluso esquivó las vísceras y la sangre que cayeron en cascada.

Wynd lo observó impresionada. Realmente impresionada. La técnica había sido impecable, exquisita incluso. El kelpie cayó de costado, muerto al instante. Aren parecía haberlo hecho sin esfuerzo.

Los kelpies no eran demasiado poderosos fuera del agua, pero Aren había visto su punto débil y había actuado con rapidez y contundencia. Lo había cortado como si se tratase de mantequilla caliente.

Lo observó y fue como si lo viese por primera vez. La fuerza de sus hombros, su cuerpo alto, esbelto y tonificado. Sus ojos azul noche ya no le parecieron lejanos, arrogantes ni despreciables. Una emoción que jamás habría imaginado

sentir por un sidh, y menos por el hijo del Deirnas, se despertó en ella: admiración.

Admiraba más que envidiaba su entrenamiento, su aura, su magia. Admiraba la seguridad de sus movimientos, la gracilidad, la agilidad con la que se movía. Era certero, limpio, implacable, mejor que cualquiera de sus hermanos nikt. Probablemente mejor que ella misma, pero no demasiado; sin la magia estarían muy a la par.

—Puedes venir a salvarme siempre que quieras, y más si traes al príncipe oscuro contigo —gimió Blue incorporándose sobre los codos—. Eso ha sido realmente impresionante, por cierto. Eres un digno heredero.

Aren ya estaba yendo hacia Blue sacudiéndose la tierra del traje de combate. Hizo un pequeño gesto con la boca al oír la palabra «heredero».

—Gracias —murmuró Blue embelesado al mirar a Aren.

—No me las des a mí, ha sido ella la que ha decidido venir a ayudarte.

Blue arqueó las cejas en dirección a Wynd, pero ella estaba demasiado distraída mirando el cadáver del kelpie y trazando en su mente los movimientos de Aren para prestarle atención.

—¿Me has ayudado porque ella te lo ha pedido? —preguntó Blue con suspicacia.

Aren se encogió de hombros.

—Esta noche éramos un equipo. Esto te va a doler —avisó.

A Blue no le dio ni tiempo a protestar cuando cogió su pierna rota y encajó el hueso partido con un movimiento rápido y eficaz. Su aullido de dolor retumbó por el bosque.

Unas lágrimas gruesas le resbalaron de los ojos, pero mantuvo los dientes apretados para no emitir más sonidos.

Aren lo ayudó a ponerse de pie rodeándolo con un brazo y se acercaron con Blue cojeando hasta Wynd.

—La laguna está a menos de un par de kilómetros de distancia en esa dirección —dijo Wynd.

Los tres emprendieron la marcha entre los enormes helechos.

—¿Por qué no me habías dicho que ibas a trabajar en equipo con el príncipe oscuro? —le murmuró Blue a Wynd.

Aunque lo dijo en voz baja e inclinándose hacia ella, estaba tan cerca de Aren que resultó imposible que no lo oyera. Él soltó una risita al ver el ceño fruncido de Wynd, que ponía los ojos en blanco.

—No ha sido algo consensuado, pero si quieres en la siguiente prueba podéis hacer equipo juntos.

—¿Me desechas de esa manera? —dijo Aren llevándose las manos al pecho y poniendo cara de dolor.

—Ya he pagado mi deuda con lo de esta noche —le contestó ella con tranquilidad.

—Pensaba que esto nos había unido.

Blue hizo un sonido de sorpresa.

—Basta, no le hagas caso. Se ha llevado muchos golpes hoy y está claro que es completamente estúpido —argumentó ella.

—El insulto es el recurso de los que no tienen argumentos —recitó Aren arrastrando las palabras, y Wynd deseó darle un puñetazo.

Blue soltó una risita baja al ver la expresión mortificada de ella.

—Alguien debería dejarte mudo para siempre. Le haría un favor al mundo.

—¿Te pongo nerviosa, Wynd? —le preguntó Aren arqueando la ceja partida.

—No —dijo ella desviando la mirada.

—Yo creo que sí. Mírala, tiene las mejillas encendidas —le susurró Blue a Aren.

—Él dice que sí.

Aren le dedicó esa sonrisa ladeada y la chica sintió que el fuego le quemaba las venas.

—¿Sabéis qué? —dijo señalándolos—. Que, si de pronto sale una criatura del caos de ahí, no pienso mover un dedo por ninguno de los dos.

Se adelantó a ellos dándoles la espalda.

—Nadie en la Academia consigue alterarla tanto —murmuró Blue.

Aren suspiró y se tensó mientras la recorría con la mirada.

Él no se habría desviado para ir a salvar de un kelpie a alguien que conocía de apenas unos días. No lo habría hecho si no hubiese sido porque ella había ido. En cuanto la vio salir disparada, tuvo la absoluta certeza de que debía seguirla.

El camino fue ampliándose, las plantas desaparecieron y una hierba fresca y suave fue cubriendo la tierra. El aspecto terrible y despiadado de los árboles dio paso a uno más acogedor y, poco a poco, las sombras fueron dispersándose.

Arriba podía verse el cielo nocturno que iba pasando del azul más intenso a un suave celeste que en los bordes se fundía con el rosa. El amanecer se acercaba y el aspecto temible del bosque de sombras se iba dulcificando. El

cansancio fue haciendo mella en los tres, que caminaron lo que faltaba hasta la laguna en silencio. Sentían los ojos pesados y los cuerpos agarrotados.

Wynd soñaba despierta con la mullida cama de la Academia y con la bañera de agua caliente para deshacerse de la mugre y relajar los músculos rígidos. Casi se le escapó un gemido de placer al pensar en ello.

Y, por fin, unos metros más adelante, el brillo de la laguna de luna les anunció que habían llegado. Casi siete horas más tarde habían conseguido superar la segunda prueba.

Axel estaba sentado en una roca, tenía el pelo rubio algo revuelto y el traje salpicado de sangre. Por lo demás, no había ningún signo de que hubiese pasado la noche en aquel terrible lugar. Giró la cara cuando vio a Aren aparecer cargando con Blue y dejarlo apoyado en un árbol con cuidado.

Frunció los labios momentáneamente y, al instante, sonrió ligeramente y les dedicó un gesto cortés con la cabeza.

Wynd se apoyó contra otro árbol y se dejó resbalar hasta el suelo con un quejido. Apenas había otros cinco participantes junto al lago. Todos parecían igual de cansados y heridos. El silencio era absoluto, roto exclusivamente por sus pesadas respiraciones.

Aren la observó. Al mirarla, reconoció en ella unas palabras que había oído a su padre pronunciar hacía mucho tiempo. No tenía dudas.

Los ojos de Aren y Wynd se encontraron, como si ella hubiese sentido su mirada. Un pequeño hilo de energía invisible los conectó y, durante unos segundos, todo a su

alrededor se volatilizó. El bosque se desintegró en brillantes cenizas que flotaron hacia el cielo, y quedaron ambos quietos en la oscuridad. Solo ellos dos. Los ojos grises de ella y los azules de él, el miedo más puro, el terror absoluto de saber que aquella noche los había cambiado y que no volverían a ser los que entraron cogidos de la mano en el portal.

Wynd sabía que había una parte de ella capaz de amar, de sentir cariño y compasión. Pero no le estaba permitido hacerlo. Wynd, que una vez había tenido que matar por haber incumplido esa regla. Y Aren, que jamás había amado a nadie porque su mundo era despiadado y estaba lleno de traiciones.

Dos pequeños y solitarios icebergs que flotaban en un mar helado y descorazonador y que habían colisionado con la fuerza de dos titanes.

Entonces, Wynd pudo ver aquel hilo plateado, más fino que un cabello, saliendo del aura oscura y sólida de Aren y uniéndose a ella. Un pequeño jadeo de sorpresa se escapó de su garganta, pero al instante desapareció como si nunca hubiese estado ahí. Aren no pareció haberlo visto ni notado. Volvió la cara y se alejó con paso firme.

Capítulo 15

Poco a poco, los participantes de la prueba fueron llegando; incluido, para disgusto de Blue y Wynd, Greof. La única que no había aparecido todavía era Cordelia, y el sol casi había salido por completo.

Phern llegaría de un momento a otro, y quien no estuviese allí estaría eliminado. Se preguntó si se molestarían en ir a buscar a los que no habían llegado o los darían por muertos.

El aura de Cordelia era tan dulce, tan suave... Le costaba imaginarla peleando contra unos nayk o contra un fenrir. No dudaba de su fortaleza, pero Cordelia no tenía alma de asesina o de guerrera.

El miedo y la preocupación comenzaron a hacer mella en Wynd, que no pudo permanecer sentada ni un segundo más a pesar del cansancio. No dejaba de mirar en todas direcciones buscando un destello de cabellos rojos.

—Se está quedando sin tiempo —intervino Blue, que estaba recuperándose de su pierna rota.

Poco a poco, el color había ido volviendo a su cara. Wynd se mordisqueó el labio, nerviosa. La idea de su habitación sola, del silencio, de no volver a oír la voz de Cordelia, de no escuchar su parloteo incesante le dio miedo. Un miedo viejo que llevaba guardado muy dentro de ella, un miedo que ya

había experimentado una vez. No deseaba volver a pasar por lo mismo.

Giró sobre sí misma con las manos en los cuchillos. ¿Qué camino seguir? ¿Cómo saber dónde podía estar?

—¿Estás buscando a la pelirroja? —preguntó una voz insidiosa y llena de maldad.

Wynd miró a Greof. Su pelo marrón grisáceo, sus ojos opacos con el brillo de los sidh puros intacto, su boca torcida en una mueca y cruzada por una cicatriz que la afeaba. Parecía una comadreja, y una bien fea.

—Oí sus gritos hace un rato, un daemon la estaba persiguiendo mientras dejaba un reguero de brasas. Seguramente tu amiga es un montón de cenizas ahora mismo. —Sonrió con la más sibilina y asquerosa de las sonrisas.

Las manos de Wynd temblaron de rabia, sus dedos se cerraron sobre el mango de Muerte y, durante un segundo, un fuego frío le quemó las venas.

—Qué pena que vosotros no hayáis corrido la misma suerte. El mundo estaría agradecido de perder escoria inferior como el pescado y tú. —Soltó una risa jadeante y otros lo acompañaron en ella.

Wynd sintió una rabia oscura subirle por las venas hasta nublarle la mente. Separó los labios y le enseñó los dientes en un gruñido silencioso.

—Todos los sidh que se unen a los inferiores deberían acompañarlos a la muerte por ensuciar nuestra raza.

Dos enormes sidh, que tenían un aspecto más parecido a bestias que a personas, rieron tontamente al oír las

palabras de Greof. Wynd se grabó bien sus caras en la memoria.

Levantó el brazo y lanzó a Sombra con un movimiento veloz y preciso. No tuvo que pensarlo, su cuerpo se movió por puro instinto sin ningún esfuerzo.

El cuchillo voló raudo, hambriento, implacable hacia Greof, que seguía riéndose. El gesto de Wynd había sido tan rápido que él lo procesó demasiado tarde. Solo tuvo tiempo de parar la enorme daga con el brazo para evitar que se le clavase directamente en el ojo.

Sombra cortó piel y músculo y finalmente chocó con el hueso del antebrazo y le arrancó un grito de puro dolor. Todos los ojos se movieron hacia Greof y Wynd.

El sidh dio varios pasos hacia atrás tambaleándose, y finalmente cayó al suelo de culo. Wynd esprintó hacia él a toda velocidad, destilando rabia homicida en cada movimiento. Saltó colocándose encima del sidh con el rostro inexpresivo, los ojos carentes de vida y una fría calma. Parecía un espíritu vengador. La mismísima muerte.

Greof trató de atacarla con la mano buena, que emitió unas chispas de electricidad. Aren se levantó y dio un paso al frente al ver lo que pretendía hacer, pero se frenó. Ella era mucho más fuerte que ese insignificante sidh, así que se cruzó de brazos y contempló la escena con diversión y atención.

Wynd cogió el mango de Sombra y lo sacó del brazo de Greof con rapidez, pero no pudo evitar que él la rozara con su mano. Rodó por el suelo y apretó los dientes para no gritar al sentir el chispazo.

Se incorporó y se colocó en una posición de ataque. La pierna derecha flexionada, la izquierda estirada y los dos cuchillos en las manos.

—Todavía seguimos en la prueba, así que puedo matarte. Y no te haces una idea de cómo lo voy a disfrutar —siseó ella.

Greof escupió al suelo y se incorporó. Trató de parecer confiado y seguro, pero su pulso lo delataba: tenía miedo. Puede que aquella chica menuda no tuviese demasiada magia, pero allí agazapada y preparada para lanzarse sobre él parecía un animal salvaje, una criatura mística.

—¿Vas a perder el tiempo conmigo en vez de ir a por la pelirroja? —preguntó Greof.

Wynd curvó el labio superior enseñándole los colmillos. Sin embargo, aquel comentario la desconcentró. En ella habitaban dos seres: la que era cuando se preparaba para la caza, para matar, y la que era normalmente. La primera no podía pensar en otra cosa que no fuese en hundir a Muerte en la garganta de Greof; no podía dejar de evaluar sus puntos débiles, de buscar la forma más rápida y eficaz de acabar con él. Pero la segunda estaba lejos de ahí. La segunda buscaba por ese bosque dónde estaba Cordelia.

El problema era que Nana le había enseñado que debía ser siempre la primera. Nana la había castigado hacía muchísimos años por ser la segunda, por tomar una decisión que no era propia de una nikt, de una asesina. Y el castigo había sido el peor que jamás hubiese imaginado. Una lección que la Wynd de doce años tuvo que aprender a base de sangre.

Y, desde entonces, jamás había abandonado su posición. Jamás había dejado de cumplir su objetivo o su misión, aunque su otra parte deseara proteger a alguien que le importaba. Porque sabía que aquello tendría consecuencias devastadoras, sabía que Nana sería implacable.

Y por eso mismo había preferido no ser cercana a nadie, no permitirse amar a nadie. Si perdía a alguno de sus hermanos nikt por no haberle ayudado, no se sentía culpable, porque eso era lo que se esperaba de ella: que cumpliera y que siguiera adelante.

El recuerdo del castigo de Nana fue como un hierro incandescente contra su piel, y se encogió momentáneamente. Ella no tenía deseos propios, ella no era nadie. Un recipiente vacío, una máquina, una soldado. No deseaba volver a enfrentarse a un castigo igual. Prefería no amar para no ser herida.

Así que aplacó la intranquilidad de la segunda parte de su ser. Apoyó la mano derecha en el suelo con Sombra bien agarrada y se impulsó hacia delante. Sus huesos crujieron por el esfuerzo, pero a veces el dolor era bienvenido; el dolor físico era más sencillo de manejar.

Greof retrocedió un paso y Wynd le dedicó una sonrisa amplia y hambrienta. El chico levantó el brazo derecho para bloquear su golpe y luego el izquierdo. Ambos se envolvieron en una maraña de brazos y piernas que se enredaban, golpeaban, tiraban y chocaban. Las chispas de él mordían la piel de ella, y los cuchillos de ella desgarraban la piel de él.

Era la ventaja que tenían los humanos frente a los sidh. Ellos dependían demasiado de su magia, y cuando estaban

agotados no sabían defenderse porque nunca se habían molestado en aprender a pelear sin ella.

«A veces creer que eres superior, infravalorar a los demás... puede salirte muy caro».

Wynd se agachó, giró sobre sí misma estirando una pierna y barrió a Greof, que cayó al suelo con un golpe seco. Le puso la rodilla en la garganta y le atravesó la mano izquierda con Muerte.

—¿Qué se siente —comenzó a susurrarle mientras le apretaba la garganta con la rodilla— al saber que alguien te ha derrotado sin magia?

Él se retorció como una cucaracha boca arriba.

—¿Qué se siente al saber que alguien que consideras inferior —hincó la rodilla con más fuerza— tiene tu vida en sus manos?

Los ojos de Greof se llenaron de lágrimas por el esfuerzo de tratar de respirar y por el dolor de su mano apuñalada.

—Deseo que mueras con eso en la mente, sabiendo que tu sangre no te hace mejor, que todo lo que has creído que te hacía especial durante tu vida, lo que te diferenciaba de seres que creías inferiores no era más que una patraña. El que realmente es un insecto, una mísera nada eres tú. —Se inclinó sobre él para susurrarle al oído—. Saluda a la muerte de mi parte.

Sacó a Muerte de la mano izquierda, separó la rodilla de su cuello y hundió la hoja de metal en su pecho hasta la empuñadura.

Greof emitió un sonido borboteante cuando la boca se le llenó de sangre, su pecho dio una sacudida y la vida lo

abandonó. Su aura embarrada y parduzca se elevó saliendo de él hasta disiparse en el cielo.

Un silencio sepulcral se instaló en la laguna. Wynd se sintió complacida un breve segundo sabiendo que había devuelto algo de poder al remolino del orden, sabiendo que había cumplido con su promesa, con su venganza. Pero, a continuación, el peso de lo que acababa de hacer la sacudió.

«Asesina».

Todos sabían ahora de lo que era capaz.

«Asesina».

Sabía que se había ganado numerosos nuevos enemigos.

Levantó la vista del cadáver y se encontró con los ojos azules de Aren. Por algún motivo, su expresión la tranquilizó, quizás porque no había miedo ni desprecio, quizás porque todo lo que veía en ellos era comprensión, una nota de tristeza y algo más. Como si estuviese descubriéndola por primera vez.

—¿Wynd? —susurró una voz a su espalda.

Cordelia, con el equipo verde quemado en amplias aberturas por un hombro y una pierna que dejaban ver trozos de piel rosácea y chamuscada. Con el pelo naranja y rojo revuelto, sucio y desigual en algunas zonas. Con un ojo morado y un cardenal en la barbilla, claramente magullada y agotada, miró a Wynd con los ojos abiertos como platos.

—¿Lo has matado?

Wynd hizo una mueca y movió los hombros incómoda, como si deseara desprenderse de algo invisible. Una enorme bola de soledad y amargura se instaló en su pecho. En casa nadie la habría mirado así, nadie la habría juzgado.

En casa al menos la habrían comprendido y habrían estado de acuerdo con lo que había hecho. Nana se habría mostrado orgullosa.

El tono sorprendido y disgustado de Cordelia la hirió profundamente.

Una ráfaga de viento sacudió el claro y Phern atravesó la superficie del agua hasta colocarse erguido en la orilla.

—La segunda prueba ha concluido —anunció con voz solemne.

En el claro había poco más de treinta participantes, así que unos veinte habían muerto o seguían en el bosque. No hubo alegría entre los que habían sobrevivido, solo silencio, dolor y tristeza. Quizás en la soledad de sus habitaciones pudieran sentirse agradecidos de no estar entre los que se habían quedado atrás. Quizás cuando las pesadillas de lo que habían vivido esa noche los acechasen pudiesen dar gracias, entre lágrimas, de haberlo conseguido. Pero de momento solo hubo un triste desfile hacia la laguna de luna.

Cansancio, dolor, sangre, heridas y miedo. Esos fueron los sentimientos que reinaron ese amanecer de vuelta a la Academia.

Y silencio.

Capítulo 16

El vestíbulo los recibió vacío, silencioso y con la brillante luz del sol que contrastaba con el ánimo oscuro y apagado de los participantes, que rápidamente llenaron de suciedad el pulido mármol del suelo.

Wynd esquivó a los que habían llegado antes que ella a través del portal para dirigirse a su habitación rápidamente. Nadie le había dicho nada. Phern había observado momentáneamente el cadáver de Greof, pero no había hecho ningún comentario. Aun así, sentía las miradas como aguijones en su espalda.

Sin embargo, lo que más le molestaba era el silencio de Cordelia y Blue.

—Wynd —la llamó una voz a su espalda.

Había algo en el sonido rasgado, grave y ligeramente ronco, en la cadencia lenta y sinuosa de las palabras; había algo perturbador en esa voz. Se estremeció un momento y siguió caminando.

Estaba a punto de romperse en pedacitos y no deseaba que él la viese. Estaba segura de que, si se mostraba vulnerable delante de él, sería algo de lo que se arrepentiría. Habían avanzado demasiados pasos esa noche, y desandarlos no iba a ser sencillo.

No. De hecho, ni siquiera estaba segura de querer borrar lo que había pasado entre ellos.

Subió los escalones hasta su habitación y abrió la puerta con rapidez. Sin perder tiempo, se dirigió hasta el baño, cerró con llave, abrió el grifo del agua caliente de la bañera y se dejó caer al suelo.

Quiso llorar. Ojalá hubiera podido hacerlo, quizás eso la habría ayudado a liberar todo lo que sentía dentro: el dolor, la angustia, el miedo, el odio. Pero esa bola solo se hacía más y más grande; se asentaba en su pecho y la oprimía.

A veces, soñaba con ser otra persona. A veces, deseaba salir de su cuerpo, de su vida, olvidarse de sí misma. A veces, odiaba a la persona en la que se había convertido. A veces, no podía soportar el peso sobre sus hombros.

Nunca había deseado ser una persona alimentada por el odio. En ocasiones se veía a sí misma como un animal salvaje acorralado que tratara de defenderse a base de mordiscos desesperados.

¿Qué habría ocurrido si Meridia no hubiese muerto? ¿Qué habría pasado si sus padres biológicos no la hubiesen abandonado en la aldea? ¿Qué habría pasado con ella si aquel día en el bosque de espinas los niños sidh la hubiesen ayudado en vez de atacarla; si no hubiese estado a punto de morir de hambre; si no hubiese tenido que hacer el trato con Nana?

Se quitó la chaqueta y la camiseta y las tiró al suelo. Pasó el dedo índice por la cicatriz de medialuna y sintió el calor del lazo que la unía con Nana. Una deuda de por vida. Terminó de desnudarse y se metió en el agua hundiéndose hasta la cabeza. Ya en casa de los nikt se había sentido sola,

pero allí, entre extraños, entre personas a las que había odiado toda su vida y a las que se había dedicado a asesinar, entre personas a las que planeaba traicionar en un futuro, todo era mucho más solitario.

Cordelia y Blue no habían aparecido todavía cuando salió del cuarto de baño. A Wynd su habitación de pronto le pareció enorme, fría e inhóspita. Se puso unos pantalones suaves de algodón y una de esas camisetas que se amoldaban a la forma del cuerpo. Estaba tan cansada que no se molestó en trenzarse el pelo. Le caía suelto y húmedo hasta la cintura. Tampoco se preocupó en ponerse zapatos, solo unos mullidos calcetines. Salió al vestíbulo y bajó las escaleras hacia la planta inferior.

Como un rastro de miguitas de pan, fue dejando gotas de agua en el suelo. Todo estaba silencioso y vacío. Mejor, no deseaba encontrarse con nadie.

Abrió la puerta de la biblioteca y el olor a polvo, hojas de papel y libros le hizo cosquillas en la nariz. A primera vista no había ni rastro de Lebhar, pero estaba segura de que andaría por allí escondido entre las sombras.

En vez de bajar al semicírculo iluminado por el gran ventanal, se dirigió hacia la parte derecha siguiendo un pequeño camino iluminado por candelabros. Las estanterías eran tan altas como el techo, y las partes superiores se perdían en la penumbra.

Las motas de polvo flotaban en el aire como purpurina. Realmente parecía estar entrando en una realidad distinta, como si aquella biblioteca fuese la puerta a otro mundo.

Quizás fuese la magia que contenían todos aquellos libros, la combinación de todas las realidades alternativas a las que podía transportarla cualquiera de ellos.

Al final del pasillo había un pequeño espacio abierto. Sobre una alfombra mullida y algo raída que tenía motivos rojos y dorados entretejidos, había un sofá de dos plazas de aspecto acogedor y cómodo, y una pequeña mesita de café.

Wynd estaba tan cansada que no se fijó en la pequeña taza humeante que había sobre la superficie lacada. Simplemente se sentó entre los cojines del sofá que la abrazaron tiernamente. Puede que fuese el silencio, la sensación de estar lejos de todo el mundo, la paz que se respiraba allí o el hecho de que parecía anclarse en una realidad distinta —donde las pruebas, Nana, los sidh y las bestias del caos no existían— lo que hicieron que en ese mismo instante decidiese que ese era su lugar favorito.

—¿Te importa si me siento? —preguntó una voz varonil con un acento marcado.

Wynd levantó la vista y vio a Axel con un libro en la mano. Tenía el pelo rubio recogido detrás de las orejas ligeramente puntiagudas, y sonreía de forma sutil. Llevaba una camisa gris y unos pantalones azules.

—Si te molesto, puedo ir a otra parte —le ofreció estirando la mano para tomar su taza.

Ella, por algún motivo, se sintió avergonzada. Ni siquiera había reparado en su presencia. Comenzó a levantarse para marcharse, pero él la frenó.

—No hace falta que te vayas, Wynd.

Le sorprendió la familiaridad con la que pronunció su nombre.

—En realidad, tú estabas aquí primero...

Axel se sentó en el otro extremo del sofá para dejarle su espacio. El libro que sostenía tenía por título *Historias y leyendas*. Estaba encuadernado en piel marrón y las letras brillaban en azul cobalto. Wynd se quedó observándolo con curiosidad, y él se dio cuenta.

—¿Quieres que lea en voz alta?

Ella apartó la vista, azorada por que la hubiese pillado. Normalmente se habría levantado y se habría largado procurando interactuar lo menos posible con él, pero la soledad de su cuarto le había dolido demasiado.

A Wynd le costaba reconocer que no quería estar sola, que no siempre era fuerte y que necesitaba sentirse arropada. Quizás por orgullo, quizás porque la hacía sentir débil.

Y, sin embargo, aquella mañana en la que la grieta de su pecho estaba tan abierta y expuesta, movió la cabeza en un austero asentimiento. Axel tuvo la cortesía de no decir nada. Estaba segura de que Aren habría soltado algún comentario.

Axel se aclaró la garganta y comenzó a leer en un tono suave y pausado. La cadencia de su voz era musical y relajante.

—Hace muchos siglos, antes de que los sidh existieran como tal, antes de que los primeros humanos hubiesen abierto sus ojos, antes de que los devoradores de almas hubiesen aparecido, el mundo solo estaba habitado por las criaturas ancestrales, entre las que había un perfecto equilibrio de orden y caos.

»Cuenta la leyenda que la *faerie* reina de la colina hueca había nacido con un poder excepcional. Una proporción única entre caos y orden. Pero a medida que pasaban los años, aquel poder no le pareció suficiente y deseó tener más, de modo que su futuro heredero fuese el más poderoso nunca conocido entre las criaturas nacidas de los remolinos. Para, de ese modo, hacer frente a los príncipes norteños y ganar poder sobre los reyes de Ávalon.

»Recorrió el mundo entero tratando de averiguar la forma de hacerse más fuerte, más poderosa, buscando el modo de desafiar a la propia fuente de todo el poder. Quiso jugar a ser diosa.

Wynd apoyó la cabeza en uno de los cojines. Sentía los párpados pesados y se le escapó un bostezo involuntario. Aunque no deseaba dormirse; quería seguir escuchando aquella historia. La voz de Axel era demasiado apacible, como un arrullo que la mecía.

—Después de años y años, la reina *faerie* consiguió lo que deseaba. Encontró una forma única de aumentar su poder. Tuvo que tratar con todo tipo de criaturas para ello, incluso con las más peligrosas. Gracias a sus nuevos conocimientos, halló una forma tenebrosa, perversa y malvada que rompía con todo lo que encarnaba y que la transformó para siempre.

»Escribió todos sus avances, cada paso en el camino y el hechizo final para que su corte pudiese llevarlo a cabo. Sin embargo, toda esa información se perdió, y solo nos han llegado retazos, por lo que nunca podremos conocer toda la verdad.

»Dicen que, cuando se quedó embarazada de su hijo, sus prácticas extremas y codiciosas comenzaron a quebrar poco a poco el equilibrio que reinaba en Abscondita. Y que por ello nacieron nuevas criaturas en las que apenas había orden y solo reinaba el caos.

»El nuevo equilibrio desgarró la inestable paz entre algunas razas y cortes. Algunas criaturas comenzaron a ser diezmadas, razas que casi se extinguieron o lo hicieron del todo. Y otras comenzaron a expandirse.

»El hijo de la reina *faerie* estaba destinado a reinar; así lo había dispuesto ella. Pero no solo en la colina hueca, sino más allá de las montañas Hillias y del mar de los Siete Dragones, el Sykraa. Estaba destinado a unir a las demás cortes *faeries* bajo su mando y así extender su control sobre las demás criaturas ancestrales.

»La madre no pudo soportar el enorme poder que el futuro rey contenía y murió incluso antes de parirlo, pero el bebé era tan poderoso que vivió. Las nodrizas lo sacaron del vientre de su madre en perfecto estado.

»Esta es una de las grandes teorías sobre el origen del mayor guerrero, del más poderoso sidh que jamás ha pisado nuestra tierra. Porque dicen que, a ese niño que sería rey de reyes, le pusieron Finvannah...

En los últimos retazos de consciencia que le quedaban antes de caer en el sueño profundo, Wynd recordó que había oído ese nombre antes. Se preguntó si aquella historia sería cierta o si sería un simple invento sidh.

Sintió una leve caricia en el pelo y después cayó en picado en los brazos de la inconsciencia.

Capítulo 17

Cuando se despertó estaba sola. La taza y el libro de Axel habían desaparecido junto con él. Como no había relojes ni ventanas en ese espacio, no sabía qué hora era, pero se sentía descansada y revitalizada, así que debía de haber dormido un buen rato.

El estómago le rugió y se estiró reconfortada. Seguramente sería la hora de la cena.

—Veo que has sobrevivido —la saludó la voz de ceniza de Lebhar.

Wynd se estremeció levemente al ver la figura del hombre, si es que lo era, aparecer de la nada.

—Me dijiste que lo hiciera. Lo tomé como un consejo valioso.

Si era posible que la cara sin expresión ni facciones del bibliotecario sonriera, entonces lo hizo, o esa es la impresión que le dio a ella. Fue algo más perturbador que amigable.

—Te encargaste de que alguien no lo hiciera.

Wynd tragó saliva y se tensó preparada para oír un reproche. Había estado débil, cansada, dolorida y asustada, pero ahora ya no. Así que ya no se sentía vulnerable con el tema, sino preparada para contraatacar.

—Lo hice según las reglas.

—Pero no te hizo feliz.

Una de las comisuras de la boca de Wynd dio un pequeño tirón y cerró los puños hasta que sintió el frío metal de los anillos calentarse.

—A menudo se tiene la creencia de que las personas más fuertes lo son en el exterior. A menudo se entiende la fuerza como algo físico, pero eso no es más que ignorancia. La realidad no es siempre lo que se ve en la superficie. Debes saber eso, Wynd.

Lebhar giró sobre sí mismo y se alejó por uno de los pasillos. Y Wynd se preguntó por qué le habría dado aquel consejo y de qué trataba de advertirla. Fuera lo que fuese, no confiaba en ningún sidh y jamás lo haría.

Se recogió el pelo en una única trenza con rapidez y salió de la biblioteca apresuradamente hacia el comedor. Por la iluminación, ya debía de ser noche cerrada. Algunos participantes caminaban escaleras arriba hacia las habitaciones.

Las mesas estaban prácticamente vacías. Según el enorme reloj de la pared ya era tarde, así que la mayoría habría terminado de cenar.

Se sirvió un enorme cuenco de sopa humeante cuyo olor le hizo la boca agua. Mientras comía, su cabeza volvió a la historia que Axel le había leído. Quizás le preguntase a Lebhar por ese libro y terminase de averiguar qué contaba la leyenda sobre el rey Finvannah.

—Pareces realmente hambrienta. Aunque la porcelana no te sentará muy bien.

Wynd cerró los ojos y apretó la cuchara con fuerza entre los dedos.

Aren se sentó directamente sobre la mesa y apoyó las piernas en el banco. Tenía el pelo revuelto en todas las direcciones posibles. Llevaba un jersey oscuro algo raído y unos pantalones negros. Las heridas del rostro ya se le habían curado casi por completo, apenas quedaba el rastro de algunos moratones aquí y allá. Por lo demás, ofrecía un aspecto sano, luminoso e impecable.

Wynd miró su plato y se dio cuenta de que no quedaba sopa. Había estado tan perdida en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que ya no estaba sacando contenido del plato.

—¿No te pierdes nunca? —suspiró ella—. Se ve que te aburres mucho contigo mismo.

—No. Y suelen decirme que soy una persona excepcionalmente entretenida. Parecías tan ofuscada con tu plato que he decidido venir a echarte una mano.

—Oh, gracias. Ahora que lo has hecho ya te puedes ir por donde has venido —le dijo ella con una sonrisa.

Aren le dedicó una mueca llena de arrogancia pura y se acomodó más en su sitio. Lo hizo despacio y deliberadamente, sabiendo que aquellos gestos la sacarían de quicio.

—Pensaba que ya habíamos superado la fase en la que finges que te caigo mal. Eres una persona muy orgullosa y lamento decirte que esa no es una cualidad muy atractiva.

Wynd ladeó la cabeza y se giró levemente hacia él. Un mechón de pelo escapó de su trenza y le cayó en el ojo izquierdo. Parpadeó un segundo y se lo apartó colocándoselo hacia atrás.

Aren se metió las manos en los bolsillos y apartó la mirada de ella en un gesto rápido.

—¿Crees, en serio, que ser atractiva me importa lo más mínimo? Pensaba que sabías leer mejor a tus oponentes. Me preocupa parecer intimidante, me preocupan otras muchas cosas. Gustar o no gustar, atraer o no... Bah, no es algo que a mí... En fin, ya sé que no tengo esas cualidades, pero en mi mundo eso da igual.

Aren volvió a girarse hacia ella. El movimiento hizo que algunos mechones de pelo le cayeran sobre la frente, y los apartó hacia atrás distraído.

—¿Y qué mundo es ese, Wynd?

—Un mundo en el que la belleza no juega ningún papel. En el que tener una personalidad atractiva y encantadora no sirve de nada.

—No es cierto.

—Claro que lo es. Nada de eso ayuda a la hora de sobrevivir...

—No es cierto que no tengas esas cualidades, quiero decir. Bueno, excepto lo de encantadora.

La enorme sala del comedor se vio reducida a unos cuantos centímetros: los que separaban a Wynd y a Aren, los que sus miradas trazaban hasta chocar en un pequeño chispazo.

Y, por primera vez en su vida, a Wynd le tembló el corazón. Ese órgano que había pensado que solo latía para mantenerla con vida, y que por lo demás era una roca fría e inerte; el que la vida le había arrancado a pedacitos hasta dejarla sin nada.

Y, por primera vez, sintió un vértigo desconocido, un desequilibrio nuevo. Fue una sensación peor que viajar a través de las lagunas de luna: por un segundo, no supo dónde era arriba y dónde abajo, qué día, qué hora o en qué lugar estaba.

Ese pequeño temblor, esa calidez en el pecho, esa sensación abrumadora de... Se levantó de un salto del banco como si acabase de ver a un devorador de almas frente a ella. Retrocedió varios pasos alejándose de Aren, que la observó con el ceño fruncido.

—Ya... ja, ja. Una charla muy entretenida y todo eso, pero me... me voy.

—¿Wynd?

—¿Sabes? ¿Podrías dejar de llamarme así?

—Así... ¿Por tu apodo quieres decir? —preguntó él arqueando las cejas.

—Sí... sí, eso.

—¿Y cómo sugieres que te llame? ¿Ma-ri-se? —Alargó las sílabas con tono burlón y algo sarcástico.

—No lo sé... De hecho, no me llames de ninguna forma y ya está. Ya cumplí con lo que te debía; estamos en paz, así que no tenemos por qué interactuar. No trataré de matarte, ¿vale? Ya tuve oportunidad y no lo hice. Si lo que te preocupa es eso, ya puedes estar tranquilo. No tienes que seguir intentando ganarte mi confianza, que cada uno siga su camino en lo que queda de pruebas y ya está —dijo de golpe y aturullada.

Conforme ella hablaba, la expresión de Aren se iba tensando hasta convertirse en una máscara fría e irritada. Se puso de pie con un movimiento ligero, aunque sus

hombros estaban completamente en tensión. Toda la diversión y la calidez que hasta hacía un segundo habían desprendido sus ojos desapareció. Parecía... decepcionado. Enfadado. Dolido.

—Muy bien. Maldita sea, eres increíblemente perspicaz.

Sin decir nada, con las manos metidas en los bolsillos y a grandes zancadas, se marchó. Wynd se sintió terriblemente mal. Un sabor amargo y triste le inundó la boca. Y una parte de ella quiso ir tras él y decirle que... ¿Qué?

Ni siquiera lo sabía, pero la expresión de sus ojos y el modo en que su buen humor había desaparecido la hacían sentir un opresor nudo en el pecho.

Aren subía los escalones hasta su habitación de dos en dos y con la vista fija en el suelo. La gente se apartaba de su aura asesina cuando pasaba. Emanaba una clara advertencia de «No os acerquéis a mí».

Axel estaba al principio de la escalera y comenzó a bajarla apaciblemente. Reparó en el cabreo de su amigo y se sorprendió. No era fácil que Aren mostrase tan claramente sus emociones. De hecho, no era sencillo que algo lo perturbase hasta ese extremo. Aren siempre se escondía bajo su máscara de indiferencia.

Caminó hacia él con la idea de averiguar qué le pasaba, pero, al levantar la vista, la vio abajo. Entrecerró los ojos levemente al comprenderlo y contuvo una risita. Tan obvio...

Wynd había salido del comedor cabizbaja y confusa. Había pasado todo demasiado rápido. No estaba acostumbrada a procesar tantos sentimientos a la vez, pero él... Aquellas palabras y lo que le habían hecho sentir la habían asustado. Puede que Aren se hubiese ofendido, pero

quizás era lo mejor. Estaban jugando un juego muy peligroso.

Levantó la vista hacia la escalera y se encontró con los ojos leonados de Axel. Fue como si la atrapara en una red de la que no podía escapar.

—¿Has dormido bien? —le preguntó en un tono suave y melodioso.

Wynd se sobresaltó porque lo hubiese dicho en voz alta y delante de todos. Algunos movieron la cabeza hacia ellos, pero luego continuaron su camino. Solo hubo una figura que se quedó congelada, con cada músculo de su espalda emanando tensión.

Aren dirigió la mirada hacia su mejor amigo y luego miró hacia abajo, hacia ella. Wynd, con los labios entreabiertos y las mejillas ligeramente sonrojadas; Wynd, que tenía los ojos clavados en Axel y que parecía tan... perdida en él.

Ella asintió en silencio.

¿Cuándo se habían visto a solas? ¿Y por qué le preguntaba por cómo había dormido?

—El libro que estabas leyendo... —comenzó a decir ella en un tono de voz que Aren no le había oído usar jamás.

—Si quieres puedo seguir con la historia la próxima vez —le ofreció Axel.

Aren no siguió oyendo, ni siquiera quiso esperar a ver qué respondía ella. Continuó subiendo las escaleras y se perdió en el pasillo hacia su habitación.

Axel le dirigió una mirada llena de curiosidad, y Wynd lo miró confusa. Sabía que se había pasado de la raya con lo que le había dicho a Aren en el comedor, pero no entendía

por qué su aura había ondulado oscura y asesina cuando se había girado a mirarla.

Capítulo 18

Aquella noche, Blue y Cordelia tampoco aparecieron por la habitación, y Wynd volvió a bajar a la biblioteca en busca de su pequeño refugio. Dormir entre tantas palabras e historias la hacía sentirse acompañada y menos sola. Además, intuía que Lebhar seguía por allí. Ni siquiera estaba segura de que durmiese.

El que no apareció fue Axel, que después del extraño encuentro en la escalera se había despedido con un pequeño asentimiento y había subido en busca de su malhumorado amigo.

Una pena, porque le apetecía mucho saber cómo seguía la historia de la reina *faerie* y su hijo.

Se levantó temprano con la idea de evitar a la máxima cantidad de personas en el desayuno. Al principio no había pretendido hacer amigos, y Cordelia y Blue se le habían pegado como lapas a pesar de que no se había mostrado especialmente amigable con ellos. Y, sin embargo, ahora que los había aceptado, ahora que incluso les había comenzado a coger cariño, huían de ella.

La ironía de todo aquello le habría hecho gracia si no fuese por la pequeña sensación de abandono que le provocaba. Al fin y al cabo, Wynd estaba acostumbrada a perder a personas, a restarle a su vida. Y, aunque creía que

era algo a lo que se había acostumbrado, algo que ya no le haría daño, se equivocaba.

Estaba entrando en la sala del comedor cuando un grupo de tres participantes salía y chocaron. Eran una chica de pelo corto negro y piel lechosa y los dos hermanos que se habían reído de los comentarios de Greof en la segunda prueba. Wynd tenía sus rostros horrendos bien registrados. Ambos tenían el pelo rapado.

—Ten cuidado, Hallrd, hay una pequeña rata sedienta de sangre por aquí —murmuró la chica.

—Que tenga cuidado la rata.

—Quizás en la próxima prueba debamos enseñarle cuál es su lugar.

Wynd los observó a los tres impasible. La chica tenía un aura sutil, sibilina, escurridiza de tal forma que se movía de un tono a otro haciéndose transparente aquí y allá. La de Hallrd era marrón oscuro y sólida como una roca, firme, ruda. Y la de su hermano era de un color más parduzco, bestial, bruta, animal incluso, como si tuviese la esencia de un oso salvaje.

Wynd soltó una risita despectiva. Por supuesto que eran más fuertes que ella en lo que a poder se refería, pero no se iba a dejar intimidar por esos estúpidos y estirados sidh. Solo se sentían amenazados porque alguien como ella estuviera allí y porque hubiese matado a uno de los suyos. Eso les recordaba que no eran intocables.

A la gente poderosa no le gusta que le muestren su fragilidad, no le gusta que amenacen a sus iguales, porque es una forma de poner en jaque todo su sistema.

Pobres, solo eran unos niños asustados a los que sus papás les habían enseñado que ellos eran más, que eran mejores, que estaban por encima de todo. Y ahora llegaba una donnadie, una pequeña y delgaducha chica que apenas desprendía la más mínima cantidad de aura y se codeaba con ellos. No, no solo eso, sino que no le temblaba el pulso a la hora de matarlos.

—Duerme con un ojo abierto, impostora —la amenazó el chico con aura de oso.

La chica le dedicó una sonrisa y movió los dedos de la mano derecha de forma lenta y precisa, y al mismo tiempo, Wynd sintió una quemazón en el antebrazo que la hizo soltar un jadeo entre la sorpresa y el dolor.

Se llevó la mano a la zona herida mientras la chica soltaba una risita y seguía su camino con los otros dos siguiéndola.

Wynd se levantó la camiseta y descubrió tres marcas alargadas y de un color rojo palpitante. No eran quemaduras, ni tampoco cortes; parecía como si hubiesen erosionado su piel con algo corrosivo. La piel le ardía alrededor de la zona.

Con el corazón latiéndole a toda prisa en el pecho, subió las escaleras hacia su habitación, necesitaba algo frío. ¿Cómo lo había hecho? Ni siquiera estaban tan cerca, no la había tocado... ¿Cómo podía haberla herido...? ¿Qué clase de poder tenía?

Sabía que había formas de proyectar la magia, como hacía Aren con el aire, pero aquella chica había hecho algo que no había podido percibir, ni ver. ¿Cómo podía luchar contra algo que no veía venir, que no sentía? Durante un

segundo, su cerebro se bloqueó presa del pánico, no la habían entrenado contra eso, no sabía cómo bloquear magia. Sabía soportar pequeños ataques, su cuerpo toleraba bien el dolor.

Si la atrapaban en la siguiente prueba y la atacaban, no sabría cómo defenderse. Abrió la puerta de su habitación con la respiración agitada. Eso solo le dejaba una opción: atacar primero. Pero eran tres, no tenía ni la más mínima posibilidad contra ellos, y menos si podían herirla en la distancia.

Estaba tan paralizada tratando de buscar alguna forma de luchar contra aquello, tan frustrada consigo misma por no ser capaz de bloquear ese tipo de ataques, que no se dio cuenta de que Blue y Cordelia estaban justo delante de ella.

—¿Wynd? ¿Estás bien? —le preguntó su amiga.

Wynd por fin salió del trance en el que había entrado y se fijó en que ambos estaban de pie observándola con cara de preocupación. También se fijó en que se habían curado sus heridas.

Y de alguna forma, el verlos tan sanos, el verlos allí en su habitación —de la que habían desaparecido sin ninguna explicación—, el verlos con aquellos rostros estúpidamente preocupados la cabreó. La encendió como la yesca. El día anterior la habían ignorado completamente, la habían mirado horrorizados y ahora se atrevían a mostrarse preocupados.

No, lo que más le dolía, lo que más la frustraba, lo que hacía que le ardiese el cuerpo de rabia era el hecho de que esas dos personas hubiesen conseguido rozarle el corazón,

de que las acciones de ellos dos hubiesen conseguido perturbarla.

Se sentía terriblemente estúpida, ingenua. Sentía que se había defraudado a sí misma y a Nana, que había fallado.

Se bajó la manga de la camiseta de un tirón.

—Humm, perfectamente.

Los ojos de Cordelia se llenaron de remordimientos al ver la frialdad de Wynd.

—Wynd... Ayer...

—No os molestéis. Podéis volver a dormir aquí o donde os plazca.

Abrió la puerta del cuarto de baño con fuerza y fue hacia el lavabo. Le dio una patada a la puerta para cerrarla, pero Blue la atrapó impidiéndolo.

—Podrías dejar que nos expliquemos. No estábamos escondiéndonos de ti.

Wynd apretó los dientes y se guardó el brazo detrás de la espalda. Le dolía a rabiar, pero no pensaba mostrárselo. No quería explicarles qué había pasado. No quería que supieran que era tan fácil herirla, que ella era tan inútil que ni siquiera podía bloquear un ataque mágico. No quería que vieran su debilidad.

—Podéis ahorrároslo. Ya vi cómo me mirabais. Lo comprendo: esto es una competición y yo maté a alguien. Os asustasteis. Tiene algo de gracia viniendo de ti, Blue, porque una hora antes me desvié de mi camino para... En fin, qué importa eso ahora.

La voz de Wynd sonó fría, seca y cortante. Al menos así fue como deseó ella que sonara, de una forma que no

reflejase cómo se sentía en realidad, que no dejase ver lo vulnerable, lo sucia y pequeña que se sentía frente a ellos.

—Solo he venido a usar el baño, que es justo lo que voy a hacer ahora, así que si no te importa...

—Wynd... Yo nunca había visto... nunca había visto que asesinaran a alguien. Todo lo que pasó esa noche fue una pesadilla, y verte así... —La voz de Cordelia se rompió en mil pedacitos.

Wynd sintió asco de sí misma al verse reflejada en los ojos puros de ella.

¿Por qué? ¿Por qué permitía que la opinión de alguien que ni siquiera la conocía le hiciera daño o le importase? Ella era quien mejor se conocía, ella era la única que sabía quién era realmente y, aun así, el terror y la tristeza en los ojos de Cordelia fueron como un disparo directo al pecho.

Sí, era una salvaje. Sí, era una persona despiadada; una asesina. Eso era todo lo que ella era, y como bien le había dicho Nana, no podía esperar que nadie estuviese dispuesto a amarla, porque nadie lo haría.

«El amor es un sentimiento que te hace débil, es una forma de acabar con uno mismo, abrir la puerta a que el veneno más sutil y mortal te devore. Nadie te amará nunca como eres, nadie te querrá cuando vea tus heridas, cuando vea tus partes feas, nadie te querrá cuando te conozca realmente. Así que, si deseas que te amen, deberás mostrar una máscara, un maquillaje. Y entonces un día te darás cuenta de que no te aman a ti: aman a esa persona que has creado, y el esfuerzo de mantener esa máscara te irá matando poco a poco, el dolor de saber que nadie te quiere realmente a ti, sino a esa versión falsa. Pero será tarde,

porque habrás entregado tu corazón, y una vez que lo das, no es fácil recuperarlo... Porque siempre que lo das, alguien se queda con un pedazo. Puede que una flecha no te mate, puede que una daga no te desangre; ambas son heridas que se pueden curar. Pero no hay nada más mortal que un corazón roto. Nadie tiene la cura para eso. Así que asegúrate de no dejar que nadie lo toque jamás. Guárdalo bien, porque es tuyo y es tu bien máspreciado, porque nadie, jamás, te amará cuando te vea tal como eres. Y porque es mío, Wynd. Me pertenece a mí».

—Entonces, hacéis bien en manteneros lejos de mí. Porque eso es lo que soy.

Salió del cuarto de baño sosteniéndose el brazo herido con fuerza. No debería haber esperado otra cosa, no debería haber... Pero, por un momento, le había hecho tan feliz. Por un momento, se había permitido creerlo: que había alguien en ese mundo que la elegía, que deseaba estar a su lado; que había alguien que a lo mejor sí quería quedarse con ella. Que a lo mejor había algo que podía perdurar en su vida. Algo que no destruía.

Sin embargo, Nana tenía razón. Había nacido para estar sola. Así es como era más fuerte, así es como la vida había sido dispuesta para ella. Había personas que nacían para ser amadas, personas que atraían a los demás como la miel a las abejas, y otras que no nacían con ese don, que por mucho que se lo preguntasen nunca sabrían por qué no había nadie a su lado.

Y ella pertenecía a ese segundo grupo.

Capítulo 19

Aren estaba saliendo del comedor cuando vio pasar a Wynd a toda prisa. Tenía las mejillas rojas de enfado y se sostenía el brazo derecho con expresión de dolor. La visión de ella lo paralizó un segundo cuando recordó su último encuentro.

Axel y ese repentino interés en ella... Había veces en las que deseaba borrarle esa expresión calculadora de un puñetazo.

Llevaban toda la vida jugando el mismo juego. Cuando el uno quería una cosa, el otro se la quitaba, y al revés. En realidad, era una batalla en la que se había quedado muy atrás. Axel era un absoluto experto en arrebatarse aquello que más le importaba, y Aren era demasiado orgulloso para tratar de recuperarlo.

—¿Vas a dejar que gane? ¿Eres tan insignificante que vas a dejar que te gane?

—Pero, padre...

—Si explotaras ese poder que tienes, podrías dejarlo absolutamente ciego y arrancarle hasta el último trocito —le había rugido su padre agarrándolo de los brazos con tanta fuerza que más tarde pudo descubrir las marcas de sus dedos en ellos.

—No puedo.

—¿Cómo?

—Cuando uso ese... Mi mente también se vuelve oscura, veo cosas...

Su padre lo tiró al suelo de una bofetada.

—Ese asqueroso niño es mejor que tú. ¿Tengo que soportar que su madre me mire con condescendencia? ¿Quieres que toda la corte se ría de que el heredero no puede ganar a un estúpido bastardo mestizo?

Él había apretado los párpados con fuerza para evitar llorar frente a su padre.

—Cada vez que ese bastardo listillo te gana, su madre me está asestando un golpe. ¿Lo entiendes? No es tu amigo, es una rata traidora igual que su madre, y tú eres demasiado blando, demasiado estúpido como para verlo. Se aprovecha de ti porque tú eres igual que tu madre: demasiado humano, sentimental... Y si sigues por ese camino, acabarás igual que ella.

Su padre lo agarró de la camiseta y lo puso de pie.

—Él sería mejor heredero que tú. Ese niño sí que entiende lo que el poder conlleva.

Se estremeció al sentir la caricia de aquel recuerdo sobre la piel. No, jamás soportaría quedarse con las sobras de Axel.

Wynd entró en la sala de entrenamiento deseando gritar de dolor. Sacó a Muerte de la funda y la lanzó con rabia y fuerza contra una colchoneta. La arrancó y siguió golpeando al desdichado pedazo de espuma, desgarrándolo y maltratándolo hasta que le pareció que había quedado igual de hecho jirones que se sentía ella.

Se dejó caer al suelo sin aliento y observó lo que había hecho. Eso era ella. Exactamente así. Y por mucho que lo deseara nunca iba a ser distinto, nunca tendría otra vida, nunca habría un «¿Y si...?», porque cada acontecimiento la había llevado hasta ahí, hasta lo que era, y plantearse otras posibilidades no tenía ningún sentido.

Se secó el sudor de la frente y se apartó los mechones de pelo que se le habían escapado de las trenzas tratando de recomponerse mínimamente.

—Veo que eres tan amable con las colchonetas como con las personas —comentó una voz ronca y profunda desde la puerta.

Wynd cerró los ojos un segundo al reconocer quién era, y reprimió un escalofrío involuntario. ¿Qué tenía esa voz para hacerla sentir así?

—Pensaba que estabas cabreado conmigo —murmuró ella.

—¿En serio? Me pregunto por qué lo pensabas.

—Porque no soy una persona amistosa.

—Bueno, es una forma de decirlo. Yo habría elegido otro adjetivo.

—Si te hace sentir mejor, puedes decirlo.

—¿De verdad?

—Siempre está bien dejar que de vez en cuando alguien me haga daño. Me ayuda a recordar que no soy invencible.

—Trató de sonar sarcástica e irónica.

Aren la miró. No, no la miró; Aren la vio. La vio tal y como era. Aren vio a la chica de diecinueve años que se escondía detrás de la despiadada asesina, de la chica feroz, de la persona fría que trataba de alejar a todo el mundo. La vio y

fue como mirarse en un espejo. Porque su soledad, ese miedo que veía en ella, era algo que le resultaba demasiado familiar.

—Wynd... —Su voz tembló.

Ella se levantó sobre los codos para poder mirarlo. Esperaba encontrarse con su típica expresión burlona y arrogante, pero lo que vio hizo que se le parara un segundo el corazón.

La mirada sincera, limpia, los ojos desnudos y transparentes de él. La vulnerabilidad que había en su rostro la dejó sin aliento, porque le decía que ella le había hecho daño. No sabía por qué, no sabía cómo, pero eso era lo que veía: que lo había herido de alguna forma.

Y porque ese día no podía soportar que nadie más la odiara, y porque la idea de que él la despreciase le robaba el aire del cuerpo hasta ahogarla, decidió que prefería regalarle un trozo de su corazón y perderlo que sentir esa agonía.

—Siento lo que dije. En realidad no pienso que te acercas a mí para asegurarte de que no te mate.

Lo dijo rápido y en un murmullo atropellado mientras evitaba mirarlo.

—Lo cierto es que me puse nerviosa. No me esperaba que dijese... —Se mordió el labio con fuerza—. No se me dan bien los sen..., las personas.

Aren trató de contener la risa. La cara de Wynd estaba tan roja que parecía que se había encendido un fuego en sus mejillas. Sus pecas brillaban como estrellas y el corazón de Aren dio una pirueta involuntaria en su pecho.

¿Cómo alguien tan fuerte como ella podía parecerle tan delicada?

Inquieta por el silencio de él, Wynd se volvió a mirarlo. Un choque de plata y zafiro. Dos pares de ojos capaces de ver el alma del otro, de nadar en las profundidades de lo que se escondía bajo ellos.

Aren solo tuvo una certeza en ese momento, y estuvo seguro de que probablemente aquella certeza sería su fin. Pero, a veces, hay cosas por las que merece la pena arriesgarse e incluso morir. Así que recorrió con paso firme los metros que los separaban y se agachó al lado de ella.

—¿Qué te pasa en el brazo?

Wynd lo ocultó detrás de su espalda por instinto. No le gustaba reconocer sus puntos débiles. Le daba miedo que la gente supiese dónde estaban los huecos en su defensa.

—Nada, me he hecho daño entrenando.

—Mentirosa. Te he visto en el pasillo.

—¿El qué? —preguntó alarmada, y el pulso le saltó en la base del cuello.

—¿Qué te ha pasado, Wynd?

—Es problema mío.

—¿Puedes dejar de ser tan difícil?

—¿Y tú de ser tan entrometido?

—No —le respondió él con una sonrisa brillante que le llegó a los ojos.

Wynd habría jurado que su mirada lanzaba unas pequeñas chispas, pero por si acaso se estaba volviendo loca, no lo dijo en voz alta. La voz de Aren era firme, grave, ronca. Estaba llena de franqueza y tenía un toque de diversión. Wynd la sintió como una caricia en su columna

vertebral. Le gustaba aquel tono íntimo, vulnerable y al mismo tiempo arrogante.

—Vamos a hacer un trato: por cada vez que seamos capaces de romper la defensa del otro nos deberemos una respuesta. Sincera —agregó Aren.

Wynd se lo pensó un momento. Era una oferta muy tentadora. Se exponía a tener que dar información de ella misma que no deseaba que él conociese, pero a cambio...

Se dijo a sí misma que lo hacía por la misión y por Nana, porque la información que pudiese sacarle a Aren sería muy valiosa. Trató de convencerse de que lo hacía por eso y no porque deseaba conocerlo más.

—Pero sin magia. Lucha cuerpo a cuerpo y nada más —puntualizó ella.

Los ojos de Aren se estrecharon aviesos, hambrientos y emocionados ante la perspectiva de un nuevo reto. En especial, de uno que implicara que ella se tuviese que abrir un poco.

A Wynd el movimiento casi asesino del aura de él no la asustó, ni tampoco la sonrisa torcida que le dedicaron sus labios. Todo en él gritaba peligro y, sin embargo, a ella aquel juego le pareció un suave bálsamo para sus heridas.

—Entonces tenemos un trato —contestó Aren en un susurro bajo, lento. Veneno disfrazado del más dulce néctar.

Le tendió la mano izquierda para que ella no tuviese que usar el brazo herido. Wynd se la estrechó con firmeza y Aren tiró de ella en un gesto tan rápido que ni lo vio venir.

Chocó con su pecho duro y, antes de que le diese tiempo a moverse en respuesta, Aren ya le había puesto el cuchillo enfundado en el cuello.

«Maldito tramposo...».

—Te pillé —le dijo él contra su oreja.

Pudo sentir perfectamente cómo el cuerpo de ella se estremecía a causa de un escalofrío. Wynd olía a flores silvestres, a dama de noche y a jazmín. Aren hundió la nariz en su cuello y aspiró suavemente. La apretó con más fuerza contra su cuerpo tratando de controlar el impulso desenfrenado de acariciarla, de llevar la boca desde su oreja hasta ese lugar donde el pulso le latía desbocado y saborearla.

—Eso no ha sido juego limpio.

—¿Quién ha dicho que haya que jugar limpio? Eso es demasiado aburrido.

Wynd cerró los ojos y se mordió el labio con tanta fuerza que se clavó uno de los colmillos. La voz de Aren en su oído era demasiado... demasiado intensa, provocadora. Era más de lo que podía asimilar. Se sentía fuera de sí misma, se sentía viva de una forma totalmente nueva. Y de pronto, no era dueña de su cuerpo, de sus reacciones, como si cada una de sus terminaciones nerviosas se hubiera descontrolado y hubiera comenzado a actuar por su cuenta.

Necesitaba distancia. Necesitaba dejar de tocarlo, de ahogarse, hundirse, fundirse en él. En su voz, en su proximidad, en su calidez.

—Vale, vale. Has ganado, hazme la pregunta y suéltame.

Trató de darle un codazo para que la dejase ir, pero Aren se separó de ella con una risita. Parecía realmente encantado, feliz; sus ojos brillaban. Tenía el aspecto del puñetero rey del averno.

Y a ella... A ella verlo así la hizo sonreír. Una emoción de plena alegría la inundó calentándole el pecho. Sus labios se curvaron, sus ojos se estrecharon levemente en los bordes, se le formaron dos pequeños hoyuelos en las mejillas ligeramente sonrosadas, y le salieron unas pequeñas y adorables arruguitas en el puente de la nariz.

Una expresión que hacía tantos años que no usaba, que había olvidado la última vez que había sonreído con el alma, con el corazón.

Fue más letal que cualquiera de los ataques que hubiera podido usar contra él. Directo, implacable y certero. Un disparo contra el que no servía ni el mejor de los escudos.

Capítulo 20

—El brazo. Quiero saber qué te ha pasado —dijo él por fin.

Wynd reprimió un suspiro. Abatida, se levantó la manga de la camiseta. Dos verdugones largos y gruesos le rodeaban el antebrazo. La piel estaba roja e hinchada y le ardía.

Las cejas de Aren se unieron cuando frunció el ceño preocupado.

—¿Quién ha sido?

—Eso en teoría es otra pregunta...

—Te he preguntado qué ha pasado y eso lo engloba todo.

Wynd dejó caer los hombros con resignación. Realmente no entendía por qué insistía tanto en saberlo. No es que no se fiase de Aren... Bueno, no lo hacía del todo, pero seguía sin comprender por qué se preocupaba por ella.

—No sé su nombre. Es una chica de pelo oscuro, va con dos tipos enormes. A uno de ellos lo llamó Hallrd. No sé... no sé exactamente cómo lo hizo. Movié los dedos y... —Giró el brazo a modo de respuesta.

—¿Por qué no lo bloqueaste?

Wynd apartó la vista, avergonzada. Cogió aire hasta llenarse el pecho y lo retuvo unos segundos mientras sopesaba si debía contarle toda la verdad. ¿Y si averiguaba

que no era una sidh? ¿Y si comprendía que no tenía nada de magia?

—Eso es otra pregunta y tendrás que ganarte la respuesta —dijo retrocediendo unos pasos lejos de él. Y, antes de que pudiera objetar, añadió—: Me has preguntado qué ha pasado y te lo he dicho... Ah, aparte de esto, también me han amenazado con matarme en la siguiente prueba, pero eso era algo con lo que ya contaba.

Se encogió de hombros con gesto indiferente.

Aren se pasó las manos por el pelo con gesto pensativo. A Wynd le hizo gracia verlo tan concentrado y serio. Sin su gesto arrogante casi no parecía él.

—Ven —le pidió.

—¿Adónde?

—A mi habitación.

Wynd curvó su ceja derecha en un arco perfecto y lo observó sin moverse lo más mínimo.

Aren soltó una carcajada grave que rebotó en la gran sala de entrenamiento.

—¿Qué estás imaginándote, Wynd? —preguntó con voz insinuante—. Solo quiero curarte la herida, nada más.

Levantó las manos hacia arriba mostrando las palmas en un gesto inocente, aunque no había absolutamente ni una pizca de inocencia en su tono de voz, en sus ojos y en la forma en la que sus labios se curvaron.

—No me estaba imaginando nada. Solo estoy siendo cuidadosa porque no juegas limpio. Así que no pienso acercarme.

Aren le dedicó una sonrisa completa: dientes blancos y brillantes, ojos entrecerrados y un pequeño hoyuelo en la

mejilla izquierda. No fue una sonrisa alegre ni feliz. Fue una sonrisa cegadora, una sonrisa cargada de promesas. La sonrisa de un cazador frente a su presa. Oscura y ardiente.

—¿Me tienes miedo?

—Oh, por favor, ya sabes que no. ¿Sabes lo que pienso de ti?

—¿Que soy encantador, fuerte, prodigioso, inteligente, ingenioso y, además, atractivo?

Ella ladeó la cabeza y frunció la nariz fingiendo mostrarse pensativa.

—No, no es eso. Pienso que eres como uno de esos pequeños pug que se dedican a aullar por la noche acechando los caminos y las aldeas para asustar a la gente, pero que cuando los confrontas huyen a toda prisa a esconderse con las orejas gachas.

A Aren se le borró la sonrisa y la miró ofendido, cuadrándose y estirándose. Arqueó la ceja partida y se cruzó de brazos de modo que sus músculos resaltaron.

—Mentirosa...

—¿Qué pasa? ¿Te he molestado? —preguntó ella batiendo las pestañas con un gesto de falsa inocencia.

—No me provoques, Wynd. Porque es un juego que estoy deseando jugar —la advirtió en voz baja.

—Cuando quieras —susurró ella llevándose las manos a los cuchillos, aunque la derecha le tembló ligeramente cuando, al estirar el brazo, la piel le dio un tirón.

—No ahora. Cuando te hayas curado te ganaré la segunda pregunta. De momento, podemos declarar una tregua.

—Si haces trampas no te contestaré a la pregunta —le advirtió ella apuntándole con un dedo.

—Puedes incluso darme un golpe gratis.

—Gracias, siempre es bonito encontrar a gente dispuesta a ser golpeada. Pero no necesito que me lo regales; te lo daré de todas formas —afirmó ella segura de sí misma.

Se encaminó hacia él, que la recibió con una carcajada ronca que hizo que la recorriera una pequeña ráfaga de placer, desde la nuca hasta el vientre.

La habitación de Aren y Axel estaba vacía cuando llegaron. Wynd no pudo evitar echarle un vistazo. Estaba perfectamente ordenada: la ropa doblada sobre las cómodas y los trajes de combate puestos cada uno en una silla, preparados para ser usados a toda prisa. Sobre una de las camas había una funda de dagas abierta, y en ella se podía ver un maravilloso conjunto de cuchillos de varios tamaños y con distintos tipos de hoja. A Wynd le brillaron los ojos. En una de las mesillas de noche había una cajita de metal abierta, y en ella, varios aros de metal plateado y una piedra de luna que brillaba en color púrpura.

Wynd desvió la mirada hacia la oreja derecha de Aren. Esa vez solo llevaba puestos dos de esos aros. Ella movió los dedos, donde los anillos de piedra de luna resplandecieron.

Aren abrió la puerta del cuarto de baño y la hizo pasar. Abrió el agua del grifo y movió las manos hasta que una ráfaga helada la congeló. Envolvió el pequeño bloque de hielo con una toalla y se lo tendió a Wynd.

—Podrías al menos haber fingido que estás impresionada.

—No lo estoy.

—Eres fatal para mi ego —comentó sonriente.

«Mentira...», pensó ella. Estaba claro que su ego no tenía ningún problema. De hecho, parecía absolutamente encantado y feliz. Aun así, sí que la había impresionado, pero no pensaba decírselo.

Wynd se presionó el hielo contra la herida del antebrazo y soltó un suspiro de alivio al sentir el frío contra su ardiente piel.

Aren se apoyó en el lavabo con las manos metidas en los bolsillos y la observó en silencio. La rapidez con la que las pestañas de Wynd aletearon, lo difuminadas que estaban sus pecas, como si alguien les hubiese pasado un dedo por encima para borrarlas, el leve tono oscuro que había en sus párpados, lo grandes que eran sus ojos y ese anillo oscuro en el iris izquierdo...

—Deberías tener cuidado.

—¿Con qué?

Se quedó en silencio un momento. El rojo de los verdugones sobre su piel blanca de porcelana. Una ventisca de nieve, eso era ella.

—Con... con esos tres, y especialmente con la que te ha hecho eso —señaló su brazo con la barbilla.

Wynd bajó la mirada a su herida. Se mordisqueó el labio, debatiéndose. ¿Cuánto estaba dispuesta a entregarle a Aren? ¿Cuánto de ella misma iba a permitirle ver? Aunque, en el fondo, todo se reducía a una única pregunta: ¿confiaba en él?

Estaba allí, delante de un camino que se bifurcaba en dos, y tenía que decidir cuál tomar. La vida la decidían pequeños momentos como ese; acciones insignificantes que lo podían cambiar todo, que decidirían su futuro aunque en ese momento no lo supiese.

—No pude bloquear su magia. No... no la vi, no la sentí.

Y así, con esas pocas palabras, Wynd dio el primer paso hacia un camino nuevo que jamás se habría imaginado tomando. Uno que desataría una tormenta que jamás habría imaginado al decidir que confiaba en él.

Aren vio el gesto que ella había tenido. Comprendió la importancia y el valor de lo que ella había hecho. Había bajado la guardia permitiéndole ver su parte más vulnerable.

Un enorme nudo de euforia y remordimientos anidó en su pecho, porque aquello era algo que sabía que si rompía una vez jamás recuperaría. Y pagaría caro para conservarlo.

—Entonces pídemelo que te entrene y lo haré.

—¿Qué?

Aren cerró los puños y el aire onduló a su alrededor.

—¿Crees que a mí no me enseñaron a bloquear ataques mágicos? Lo aprendí casi al mismo tiempo que a andar.

—Yo no...

Se agachó delante de Wynd, que estaba sentada en el borde de la bañera. Arqueó ligeramente la ceja partida mientras su boca se curvaba en una sonrisita de listillo.

—Quieres terminar las pruebas, ¿verdad?

Ella apretó la mandíbula furiosa.

—Pues pídemelo que te entrene y lo haré.

La sonrisa de él se hizo más grande cuando vio el ceño fruncido de ella. Casi podía ver los engranajes de su cerebro girando a toda prisa buscando otra opción que no fuese pedírselo.

Por los remolinos, esa chica lo volvía loco. Era mejor que cualquier descarga de adrenalina.

—Tic-tac —dijo mirándola a los ojos.

Ambos se inclinaron hacia delante sin notarlo. Atraídos como dos imanes que desean chocar.

Wynd tragó con esfuerzo, llevándose con eso su orgullo. Apartó la mirada de él y sus mejillas se encendieron levemente cuando al fin dijo:

—Aren, entrénate.

—Eso está hecho —le susurró él al oído acercándose más a ella y viendo cómo se estremecía con un escalofrío.

Capítulo 21

Wynd prefería privacidad para sus nuevas lecciones, así que decidieron ocupar la habitación de Aren. La idea de que Axel pudiese aparecer en cualquier momento y pillarlos la ponía nerviosa, pero no había más espacios. Y por lo que le había dicho Aren, Axel no solía pasar mucho tiempo allí.

Bajaron a comer antes de comenzar, de modo que ella tuviese tiempo para ir curándose. Al final no había desayunado por culpa de esos tres y se moría de hambre. En la semana y media que llevaba allí, y gracias a las distintas y abundantes comidas diarias, había ganado un aspecto más saludable y se sentía más fuerte.

—Tus amigos te están mirando con cara de pena —le comentó Aren inclinándose hacia ella.

Wynd se llevó una mano al cuello, donde había sentido el cosquilleo del aliento de él.

—¿Tienes que hacer siempre eso? —murmuró malhumorada.

Él arqueó la ceja sin comprender a qué se refería.

—Eso de hablar tan cerca de las personas, invadir mi espacio personal.

Aren se lo pensó un momento, como si le hubiesen hecho una pregunta realmente complicada.

—Sí.

Wynd resopló y entonces recordó algo. Se mordió el labio para reprimir una sonrisa y se acercó a Aren con cuidado.

—No son mis amigos —susurró muy bajito a posta.

A Aren no le quedó más remedio que volver a inclinarse cerca de ella para oírla.

—¿Qué has dicho?

—Que se ha terminado nuestra tregua.

Le dio un codazo en el estómago que lo dobló por la mitad, mientras sacaba una daga de la espalda con la mano izquierda. La lanzó al aire para darle la vuelta y colocársela a Aren en la espalda, justo en el corazón. Presionó el mango contra su piel y lo torció. Si hubiese puesto la punta, le habría perforado la piel con facilidad.

—Te pillé —le dijo con voz cantarina y alegre.

Aren estaba todavía recuperando el aliento a causa del codazo de Wynd, pero no pudo evitar soltar una carcajada llena de fascinación.

Levantó los brazos en señal de rendición. Al girarse, se encontró con los ojos de ella, iluminados como la Estrella Guía, y con su expresión de suficiencia.

Se mordió el labio con fuerza y se metió las manos en los bolsillos mientras cogía aire y lo retenía en el pecho, tratando de controlarse. Lo soltó en un fuerte suspiro. Esa chica... Dioses con esa chica.

Estaban tan metidos en su burbuja que no le prestaron la más mínima atención al resto del comedor, a los participantes sorprendidos que los observaban. No captaron las miradas curiosas, preocupadas y algo divertidas de Cordelia y Blue. No captaron las miradas llenas de veneno y satisfacción de Hallrd, de su hermano Arth y de Nos, la chica

que iba con ellos, quienes al fondo de la sala los observaban con sed de sangre. Ni tampoco la mirada inexpresiva y cautelosa de Axel, que estaba de pie junto a la puerta.

—Es mi turno de preguntar —sentenció ella—. ¿Por qué llevas los aros de metal de luna? Eres fuerte, no necesitas potenciarte.

Aren se sentó en la mesa vacía y se llevó el tenedor a la boca tranquilamente, haciéndole esperar para ponerla nerviosa. Una de sus actividades favoritas.

—Tú también llevas los anillos —contestó él apuntando sus dedos con la barbilla.

Wynd bajó la mano de la mesa, ocultándola por instinto.

—He preguntado yo.

—Bueno, el mineral de luna potencia y saca el máximo partido de tu aura, es como... —Se tomó un segundo—. Como si fuesen unos imanes muy potentes que sacan toda la magia de tu alma. Debes ser una persona fuerte y con un buen control sobre tu energía para usarlos, y cuantos más usas, más fuerte debes ser, porque podrían agotar toda tu aura hasta consumirte y matarte.

Wynd bajó la mirada a su mano. A los cinco finos anillos que llevaba por duplicado en cada dedo de la mano derecha. Nana no le había dicho nada de eso cuando se los dio, no la había avisado de que podrían matarla, de que podrían consumir toda su energía vital.

Le había resultado doloroso usarlos y había sentido cómo su cuerpo estaba a punto de partirse en dos cada vez que los anillos se calentaban. Se preguntó si esa cuerda que había sentido dentro de su pecho, la que se había ido

deshilachando y partiendo, era una imagen de su propia aura.

—Siempre llevo dos —se tocó los aros de la oreja—, y si voy a un combate, uso cinco. Es lo máximo que he probado. Sé que podría soportar más, pero de momento no lo he necesitado.

—Pensaba que la gente no los usaba porque son difíciles de conseguir.

—Sí, bueno, eso también. Son una distinción de tu estatus como guerrero. Cuantos más llevas, más poderoso eres. Algo así.

Wynd abrió y cerró el puño mirándose los dedos. Diez. Ella llevaba diez, y por muy finos que fuesen... si los unía todos en grosor, eran más que los pendientes de Aren. No sabía si sentirse fascinada u horrorizada.

—Pero yo...

—Casi te matas peleando con el fenrir y fue por eso —aseguró Aren con el ceño fruncido.

—Yo ni siquiera sabía... No lo entiendo. No soy una sidh pura, no debería...

Aren miró a su alrededor y se inclinó sobre la mesa apoyando los codos. Bajó el tono de voz y habló de forma confidente para que nadie a su alrededor oyese lo que iba a decirle.

Su nuez subió y bajó veloz. Fue la primera vez que ella lo vio nervioso de verdad, inquieto. Toda esa confianza y seguridad en sí mismo se habían evaporado. Y a ella se le aceleró el corazón preguntándose qué estaba a punto de decirle.

—Voy a ser sincero contigo. Sé que no eres... Sé que no tienes nada de sidh, Wynd.

La chica se agarró al borde de la mesa con toda su fuerza, porque el mundo se había abierto bajo sus pies e iba a tragársela un agujero negro. Una nota de ansiedad se le ancló en el pecho: la semilla de un grito de angustia en su garganta que se negó a dejar salir. Porque, aunque a su cuerpo la estuviese sacudiendo una ola de pánico, la habían entrenado para que no dejase ver sus emociones.

—Lo percibí en la plaza el primer día. Es... Eres distinta, Wynd. Estaba rodeado de todas esas energías mágicas. Estoy tan acostumbrado a ellas, que imagínate mi sorpresa cuando de pronto ahí estabas tú, una persona nítida, sin nada que te distorsionase a tu alrededor. Incluso los mestizos como Blue y Axel tienen esa neblina. Es más... tenue, pero está. Y tú no tienes nada.

El cerebro de Wynd iba a toda velocidad. ¿Y si los demás también lo sabían? ¿Y si Herice lo había averiguado en el momento en el que la vio, y solo la había dejado pasar como una trampa? Quizás Lebhar había tratado de avisarla de esto, quizás le había dicho que llegase al final porque sabía que la iban a matar.

Pero algo de lo que él le dijo la distrajo de su línea de pensamientos desesperados. Cordelia le había dicho que ella no podía ver las auras y que no conocía a nadie que pudiese hacerlo, pero Aren...

Como si hubiese leído la pregunta sin formular en su mente, este dijo:

—Es algo que he notado yo. Axel no lo ha percibido, él no puede... ver las auras de esa forma. Lo normal es sentirlo:

es lo que nos pasa a todos, sentimos la magia. Pero no conozco a nadie que pueda verlas como algo físico. Así que no te preocupes, nadie lo sabe.

Wynd apoyó la cabeza en las manos y se pasó los dedos por el pelo mientras trataba de recuperar el latido normal de su corazón.

—¿Por qué... por qué no se lo has dicho a nadie? —levantó levemente la vista y lo miró a los ojos—. ¿Por qué?

Aren frunció las cejas. Sus ojos estaban entrecerrados en pequeñas rendijas, lo que le daba un aire duro a su mirada. Tenía la mirada de un depredador. Apretó la mandíbula con tanta fuerza que los músculos le dieron un pequeño tirón.

—Esa respuesta tendrás que ganártela —murmuró. Su tono fue bajo, grave y ronco.

Wynd se echó hacia atrás apoyando las manos en el banco. Sintió que no podía comer más. Su estómago era un nudo feo y complicado de emociones que no era capaz de desentrañar.

—Eso quiere decir que vuelvo a deberte algo —murmuró horrorizada sin mirarlo.

—No. No me debes nada. No me importa lo que seas, no me importa la sangre que tengas; eres fuerte y te has ganado estar aquí. Nunca había visto a un humano usar metal de luna... y menos tanta cantidad.

—No necesito tu compasión.

—No te compadezco. Te admiro. Son dos sentimientos muy distintos —le contestó con los dientes apretados.

—¿Entiendes que esto te da el poder de destruirme cuando quieras?

—No lo voy a hacer. Dioses, Wynd, he podido hacerlo muchas veces... Creía que habías decidido confiar en mí.

Wynd sintió unas manos alrededor de su cuello cerrándole la garganta. El ardor poco conocido de las lágrimas en su pecho y el picor en sus ojos. Pero no derramó ninguna. Era como si su cuerpo se bloquease y no las dejase escapar.

No importaba si confiaba en él o no... Lo importante era que Aren tenía ahora la oportunidad de destruirla cuando quisiera. Podría vengarse de ella si lo hería. La tenía en su mano, en su poder. Y, sí, ahora dejaba la mano abierta, pero... ¿y si decidía cerrarla y atraparla dentro?

—Quiero hacerlo... No, no es que quiera. Lo hago, confi...
—La palabra le quemó en la punta de la lengua—. Trato de hacerlo, pero hay una parte de mí que siempre se preguntará si esto no será un truco. Hay una parte de mí que siempre estará preparada para la puñalada por la espalda, para el momento de traición. No puedes pedirme más que esto. Porque esto es lo que yo soy.

Pronunciar aquellas palabras fue mucho más difícil que aprender a ser sigilosa, más complicado que aprender a manejar el dolor y los golpes. Habría sido más sencillo soportar el dolor del veneno de un nayk que abrirse de esa manera.

—Esto te confiere un poder sobre mí que... No me gusta que mi vida esté en manos de otros.

Le daba miedo lo transparente que Aren la hacía sentir. La hacía tener ganas de esconderse y hacerse un ovillo. Para él, era tan fácil verla, desmontarla, quitarle todas esas capas, defensas y corazas.

Al fin y al cabo, ¿qué era ella? Nada. No era más que una niña pequeña y asustada. Nadie. Alguien que no existía en realidad. Wynd lo sabía bien, ella era una mota de arena del desierto que el viento iría cambiando de lugar, una pequeña parte de un todo mucho más amplio. Algo tan prescindible que, si desaparecía, nadie lo notaría, porque había muchos más como ella.

Aren estiró la mano, le pasó los dedos por la mejilla en un roce suave y la cogió de la barbilla. Ella levantó la mirada, cogida por sorpresa, y soltó un pequeño jadeo al sentir el contacto de la piel de él. La amabilidad y la dulzura de su gesto la envolvieron hasta robarle el aliento.

—Wynd, te juro por la luna madre de todo lo mágico y por las estrellas de las que somos hijos que jamás le diré a nadie que eres humana.

Ella parpadeó. Wynd, que conocía la magia, que la había visto en acción, jamás había sentido que unas palabras pudieran tener la capacidad de deshacer el mundo como lo hicieron aquellas. Jamás había sentido, vivido, experimentado una sensación igual.

—¿No me vas a preguntar cómo he llegado hasta aquí y por qué?

—¿Me lo vas a contar?

Ella negó, y sus trenzas se sacudieron con el gesto.

—Entonces puede que te lo pregunte cuando te gane el siguiente asalto.

Aren notó como ella se tensaba preparada por si decidía atacarla.

—¿Preparada para tu primera lección?

Asintió. Él se echó hacia atrás y comenzó a levantarse del banco cuando ella lo interrumpió:

—Aren.

—¿Humm?

—Sí que confío en ti.

Capítulo 22

Wynd estaba en el centro de la habitación. Pequeñas gotas de sudor le resbalaban por el cuello y la frente. El aliento escapaba de su pecho acelerado, pesado. Debajo del traje de combate, se le empezaban a formar largas marcas púrpura.

Llevaban así horas. Al principio habían sido pequeños toques. Ella no había conseguido percibir ninguno. Se asemejaba mucho a la sensación de pelear a ciegas, algo que había practicado en casa varias veces. El problema era que, con la magia, el resto de sus sentidos tampoco servían.

Después de las dos primeras horas, había conseguido proyectar suficiente poder fuera como para percibir una suave ondulación cada vez que un ataque de Aren se acercaba a ella. Pero nunca conseguía frenarlo antes de que la tocara.

Él estaba de pie en el otro extremo de la habitación con la camiseta oscura remangada. Estaba fresco: ni una gota de sudor, ni una arruga de esfuerzo.

—Otra vez —dijo ella resoplando.

Aren ni siquiera estaba empleándose al completo.

—¿Segura?

—Sí.

Wynd cerró los ojos, notó el ardor de los anillos en sus dedos, la punzada de dolor familiar. Trató de visualizar a su alrededor la pared que estaba tratando de crear contra la magia de Aren. Sólida y flexible pero demasiado desdibujada. No era capaz de verla con la claridad que necesitaba.

Percibió la ondulación y apretó los dientes tratando de proyectar el poco poder que tenía dentro hacia fuera. Defender nunca había sido su fuerte. Los látigos de aire de Aren se enrollaron en sus brazos y tiraron hacia atrás con fuerza. Wynd gritó a causa del dolor y el esfuerzo.

—Ya sabes que están usando magia en ti. Haz lo mismo que hiciste con la pesadilla de Herice —le indicó él.

—Soy demasiado lenta, ya podrías haberme arrancado los brazos —dijo ella entre dientes.

—Defiéndete. No lo des por perdido.

Wynd apretó los puños, visualizó las finas cuerdas de aire alrededor de sus antebrazos y a continuación expandió la bola de poder que había dentro de su estómago hacia ellos. La cuerda se estiró y estiró y tembló, las hebras tensas y a punto de partirse.

Chilló.

Le quemaron los músculos, le ardió el cuerpo entero, pero finalmente los látigos se partieron en cientos de pedazos que se alejaron de ella empujados por la onda expansiva de su poder.

Aren dio un paso hacia atrás arrastrado por el impacto. Wynd cayó hacia delante de rodillas y apoyó los codos sobre la alfombra. Le costaba respirar.

—Seguimos mañana —anunció él antes de que ella insistiese en continuar.

Wynd estaba tan cansada que no se opuso. Los brazos le temblaron con fuerza cuando se apoyó en ellos para levantarse del suelo. Aren le tendió una mano, y aunque le dolió un poco en su orgullo, la aceptó. Los dedos de él se entrelazaron con los suyos con firmeza, y tiró de ella con tanto ímpetu, que Wynd trastabilló hacia delante y acabó chocando con él.

—¿Hemos terminado la práctica?

Wynd estuvo a punto de contestarle que sí, algo contrariada, pero entonces cayó en el porqué de su pregunta y trató de alejarse. Aren la tenía agarrada del brazo derecho, y cuando ella forcejeó, se lo retorció para colocárselo detrás de la espalda.

—Maldito tramposo —gruñó ella intentando zafarse.

Con la mano izquierda buscó a Muerte, pero antes de poder sacarla, Aren ya le había puesto una daga en el cuello.

—Has perdido —le susurró al oído.

Wynd levantó el hombro tratando de apartar su voz y su aliento de su oreja.

—¿Tienes cosquillas? —preguntó él con una risita.

—No... Es que me... me desagradas. Ha sido un movimiento repugnante.

—¿Ah, sí? Vaya, eres una mentirosa terrible.

Aren bajó el cuchillo y usó la mano libre para pasarle un dedo por el lateral del cuello. Wynd se mordió el labio con fuerza y aguantó el aliento tratando de no moverse. Entonces, él le sopló detrás de la oreja, y la piel se le puso

de gallina. Volvió a recorrer su piel sensible con un solo dedo, el toque tan leve como el de la caricia de una pluma.

El cuerpo de ella se sacudió y trató de subir el hombro para cubrirse, pero Aren era implacable y continuó con su tortura. Wynd quería gritarle que parase, pero sabía que si abría la boca se le escaparía la risa.

Ella no dejaba de moverse y de sacudirse contra él intentando zafarse. Estaba demasiado agotada y su cuerpo se movía espasmódicamente por culpa de las cosquillas. No tenía ninguna posibilidad de escapatoria.

—¿Qué pasa si sigo por aquí? —preguntó él con la voz profunda. Tan profunda como un sueño.

Aren acercó la boca a su nuca. Tuvo que tirar de toda su concentración y de toda su fuerza de voluntad para no pasarle la lengua por la piel y saborearla. Él mismo se estaba torturando al hacer aquello, pero era un dolor placentero.

Volvió a soplar y le pasó las yemas de los dedos por la piel del cuello hasta la nuca, y luego bajó por su columna vertebral. La espalda de Wynd se arqueó como si la hubiese atravesado un rayo, y al instante, soltó una carcajada y luego otra. Los ojos se le humedecieron de la risa. Y él por fin se apartó y la liberó de su tortura.

—Gracias por admitirlo. —Trató de sonar casual, pero su tono era ronco y pastoso, teñido de deseo.

Wynd había apoyado las manos en las rodillas y estaba recuperando el aliento del ataque de risa.

—Eres... Te juro que me... voy a vengar... Te lo juro.

—Me he ganado una pregunta.

—Jamás he conocido a nadie más insufrible que tú.

—Gracias.

Wynd gruñó.

—¿Qué hay entre Axel y tú?

—¿A qué te refieres?

—A que te preguntó cómo habías dormido.

Aren se quitó el cinturón de las armas, lo dejó en la cómoda y fue hacia la cama dándole la espalda a ella.

—Ah... eso. —Wynd soltó una risita—. Estaba preparada para una pregunta incómoda de las tuyas.

Comenzó a quitarse la chaqueta con cuidado. Le dolía todo el cuerpo. Se sentía como si un montón de vrakants la hubiesen pisoteado.

—No me apetecía estar en mi habitación después de la prueba y fui a la biblioteca. Ese sitio tiene algo que me da... paz. Y encontré un lugar entre las estanterías. Tiene un sofá mullido y...

Mientras lo decía, se dio cuenta de lo cansada que estaba, de lo agarrotado que tenía el cuerpo y de lo mucho que le pesaban las extremidades. La idea de aquel sofá se presentó como un oasis en su mente.

—Axel estaba allí antes que yo. —Se encogió de hombros—. Me ofreció leer en voz alta y luego me quedé dormida. No hay más historia.

—¿Te quedaste dormida? —preguntó él frunciendo el ceño.

—¿Es tan raro?

—De ti sí; eso quiere decir que bajaste la guardia con él.

Wynd fue a decir algo, pero las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. ¿Cómo y cuándo había comenzado Aren a conocerla tan bien? ¿Y por qué parecía

molestarle tanto? Axel era su amigo, ¿no?, así que debía saber que era de confianza.

Ni siquiera tenía claro por qué había decidido bajar la guardia en ese momento. Quizás porque se había sentido muy sola, quizás porque no era tan fría como le gustaba aparentar. Pero esas no eran respuestas que quisiese darle a él.

—No lo sé. Simplemente pasó así... No tiene importancia —contestó aturullada—. Me voy. Nos vemos.

Prácticamente salió esprintando de allí. No quería oír más preguntas de Aren. No deseaba sentir el peso de su mirada estudiándola con esa expresión que decía «Veo más de lo que me cuentas».

Capítulo 23

Wynd y Aren quedaron los días siguientes para seguir con el entrenamiento. Ella siguió durmiendo en la biblioteca, donde de vez en cuando se encontraba con Lebhar, que le preguntaba por sus progresos. El bibliotecario parecía saber todo lo que pasaba en la Academia. Se estaba habituando a su voz y a su forma de aparecer y desaparecer de las sombras.

Siguió evitando a Cordelia y a Blue. Era mucho mejor no implicarse emocionalmente con ellos. Cuantas menos personas estuvieran cerca de ella, menos daño sufriría. El amor era una emoción venenosa que Wynd no necesitaba.

Llegaba temprano al comedor para desayunar sola, y cuando estaba prácticamente terminando, un ligeramente somnoliento Aren aparecía y ocupaba el asiento frente a ella.

—No me extraña que tengas un carácter tan agrio —le comentó una de las mañanas mientras se preparaba una taza de chocolate caliente.

—Y a mí me extraña que estés en tan buena forma tomando todo ese azúcar —le contestó ella sorbiendo su café negro.

—Oh, bueno, no te preocupes. Me empleo a fondo en quemarlo todo.

Wynd puso los ojos en blanco, pero se le escapó un amago de sonrisa.

—Eres tan presuntuoso.

—No del todo, simplemente soy consciente de las capacidades que tengo. La falsa modestia es mucho peor que la arrogancia. —Le dio un sorbo a su taza de chocolate y se manchó el labio superior. Se pasó la lengua por la boca para limpiarse. Los ojos de Wynd no pudieron resistirse a mirarlo—. Si quieres sobrevivir en la corte y en Oed, debes saber qué imagen muestras y dar la impresión de que tienes mucha confianza en ti mismo.

Wynd asintió levemente. A veces se olvidaba de quién era él.

—Lo entiendo. Si dejas que la gente vea tus puntos débiles, les será mucho más fácil acabar contigo. Gran parte de la batalla es la actitud.

La comisura derecha de Aren se estiró tímidamente y luego lo hizo la izquierda. Un tipo de sonrisa que ella no le había visto usar antes. Parecía más joven, más... real.

Aren vertió chocolate caliente en otra taza, le echó azúcar, canela, una pizca de sal y cardamomo, y se la pasó a Wynd. La expresión de sus ojos era casi traviesa.

—Pruébalo. Eres la primera persona a la que le preparo mi receta secreta especial. Es un gran privilegio. —Su voz sonó ligeramente ronca.

Wynd sintió algo cálido bajarle hasta el corazón. Tomó la taza entre las dos manos y olisqueó. Dulce y especiado. Se lo llevó a los labios y bebió. El sabor del chocolate le estalló en la lengua.

—Vamos, puedes decirlo. Está increíble.

—Aparte de dedicarte a la lavandería, también puedes poner un puestecito de chocolates. Ya sabes, por si no te sale bien eso de ser príncipe.

—Siempre tan dulce y encantadora...

Ambos se miraron con las bocas estiradas en sonrisas amplias y plenas. Finas arruguitas en las sienes y una brillante luz en sus ojos.

Aquella mañana el desayuno se alargó bastante. Ninguno de los dos tuvo prisa por subir a entrenar.

Aren también solía sentarse con ella durante la hora de la comida, y comentaban cómo había ido el entrenamiento o formas de mejorar la percepción de Wynd. Ella trataba de explicarle qué sentía al usar los anillos...

De vez en cuando, percibía el aura asesina del trío oscuro. Así había bautizado Aren a Nos y a los hermanos Arth y Hallrd, porque era mucho más corto que decir sus nombres. Wynd había apretado los labios para no reírse al mirarlos e imaginarlos como una especie de grupo de músicos melancólicos. La postura de los hombros de Aren se reacomodó con orgullo al ver que la había hecho reír.

—Sabes que no eres tan gracioso como crees, ¿verdad?

—Tú y tu costumbre de mentir.

—Lo digo en serio. Creo que es importante que alguien te lo haga saber.

—¿Ah, sí? ¿Es una especie de misión que tienes?

Ella asintió con firmeza y convencimiento.

—Sí, siento que lo hago por todos los que te sufren. El mundo me lo agradecerá.

—Oh, vaya, eres toda una heroína.

—¿Quién es una heroína? —preguntó Blue sentándose a la cabeza de la mesa.

Wynd se echó hacia atrás, tomada por sorpresa. Cordelia se sentó al lado de él y saludó sacudiendo la mano.

—Vuestra querida amiga Wynd.

—No lo soy —contestó ella poniéndose seria y apoyando las manos en la mesa para levantarse.

—¿Estáis liados? —preguntó Blue de pronto.

A Wynd se le aflojaron las piernas de la impresión y volvió a sentarse. Se atragantó entre la risa y la urgencia por negarlo, y las mejillas se le pusieron rojas del esfuerzo por toser. Los tres se la quedaron mirando, divertidos.

Comenzó a mover las manos en aspavientos para decir que no.

—No. No, por supuesto que no —afirmó categórica cuando recuperó el aliento.

—Au, eso tiene que doler —le dijo Blue a Aren guiñándole un ojo.

—Pecas tiene tendencia a mentir —afirmó Aren con total tranquilidad, casi con tono de aburrimiento.

Se hizo un pequeño silencio en el grupo. Como si necesitasen un segundo para procesar las palabras de él.

—¿Cómo...? —empezó Wynd.

—¿Cómo la...?

—¡Oh, Pecas me encanta! —exclamó Cordelia emocionada.

—¿... me has llamado? —siguió Wynd.

—¿... has llamado? —terminó Blue.

Wynd parecía un volcán en erupción, parecía un hierro puesto al fuego. El rojo le subió por su piel blanca como una ola. Hasta los dedos de las manos se le sonrojaron.

—Pecas —contestó Aren encogiéndose de hombros.

—No vuelvas —dijo ella despacio y de forma amenazante — a llamarme así nunca más.

—Mmm... No —contestó él—. Me gusta. Te queda bien.

Wynd se llevó la mano a Sombra y apretó los dientes deseando borrarle esa estúpida sonrisa de la cara.

—Te juro que te mataré —le advirtió— si lo vuelves a decir.

—Correré el riesgo.

Aren se puso de pie con gracilidad y se desperezó como si fuese un gato. Se pasó los dedos por el pelo para apartárselo de la frente.

—Hasta luego, Pecas.

Wynd cogió el tenedor y se lo lanzó como si se tratase de una daga, pero él lo esquivó con rapidez soltando una risita. Le guiñó un ojo y se fue hacia la salida con paso tranquilo.

—¡Te gusta! —exclamó Blue.

—Lo odio —respondió Wynd de manera automática, todavía con la atención en Aren.

—Se gustan —dijo Cordelia con la cara llena de ilusión.

—No.

—Pecas y el príncipe oscuro, una historia de amor apasionante.

—Cállate, basta —pidió Wynd, mirándolos a ambos. ¿De verdad estaba teniendo esta conversación con ellos? Si apenas les saludaba ya—. No es así. Casi ni lo soporto.

—Él se muere por ti, te lo digo.

Wynd gruñó desesperada y enfadada.

—No quiero tener esta conversación —afirmó, algo incómoda.

—Sabes que es verdad.

—No lo es. Estáis imaginando cosas.

—Vale, sigue mintiéndote a ti misma, pero es verdad.

Wynd se giró hacia Blue y Cordelia. A pesar del trato que habían recibido por su parte, ¿seguían considerándola su amiga? Ambos sonreían y parecían absolutamente encantados con la situación. A ella le habría parecido mucho más divertido nadar en las ciénagas con una banshee.

—No lo es, y en el remoto e inexistente caso de que así fuera, es total y absolutamente imposible que pase nada entre nosotros. Así que parad con vuestras fantasías absurdas.

—Eres una aguafiestas —se quejó Blue.

Wynd puso los ojos en blanco y se dio la vuelta para largarse del comedor y huir tanto de esa conversación como de ellos. Los nikt no tenían relaciones ni descendencia. Eran huérfanos que vivían y morían por la causa, y no había nada más. Nana siempre encontraría más huérfanos que recoger y criar, más personas a las que alimentar y cuidar.

Cuando había sentimientos de por medio, cambiaban las prioridades. Los nikt no serían buenos soldados si comenzaran a tener vidas aparte. Tendrían personas a las que proteger, sus lealtades cambiarían, y ya no estarían dispuestos a morir si era necesario.

Así que no, jamás había amado a nadie después de aprender la lección. Y por supuesto, no pensaba ser tan estúpida como para hacerlo ahora, y menos con alguien

como Aren. Ellos eran enemigos. Eran distintos, pertenecían a razas diferentes. Tenían vidas completamente opuestas. No había nada, ni siquiera la más mínima posibilidad de que algo así fuese a ocurrir.

—Wynd. Blue y yo queremos explicarnos —le dijo Cordelia, que la había seguido—. Ha sido un malentendido, no tenemos miedo de ti. Cuando te vi allí de pie sobre el cuerpo de Greof, fue... —Se le cerró la garganta—. Fue como ver lo que me esperaba. Después de todo por lo que pasé esa noche, del miedo, del dolor, de la desesperación... Nunca me había sentido así. Le juré a mi padre que esto no me cambiaría, pero me pregunté si podría mantener esa promesa, si mantenerla me costaría la vida. Y allí estabas tú, traspasando una línea roja para mí.

—No quieres ser como yo —dijo Wynd en voz baja.

—No, al contrario. Admiro tu capacidad para... Me pareces más valiente, más fuerte. Solo me preguntaba si yo podría hacerlo, si yo sería tan fuerte para superarlo y no romperme en el camino.

Wynd la miró sorprendida. ¿Por qué querría una persona tan cándida, alegre y dulce como Cordelia tener su sangre fría? ¿Por qué querría alguien como ella estropearse a sí misma, romperse en mil pedazos hasta desfigurarse por completo? ¿Por qué perder su alma de ese modo?

—No lo hagas. Tú y yo somos distintas, y eso está bien. Tú tienes suerte, Cordelia. Has crecido con amor, has crecido rodeada de todo lo que yo no he tenido. Yo hace mucho tiempo que... me perdí. No tengo nada de mí que proteger o que... —Se aclaró la garganta—. Si yo estuviera en tu posición, no desearía ser más como yo.

—Eso no es justo. Tú salvaste a Blue y sé que fuiste a por Greof porque él nos había insultado. Es cierto que yo no habría podido matarlo, pero deseo ser alguien que pueda protegerse a sí misma y a los que quiere. No quiero que me paralice el miedo.

Las luces de las lámparas titilaron y se reflejaron en las perfectas franjas de luz de los ojos de Cordelia. Su pelo se asemejaba al mismísimo fuego. Al mirarla, Wynd se dio cuenta de que su aura había cambiado ligeramente; ya no era tan suave y mullida como al principio. Ahora tenía algunas partes más duras, como los pequeños brotes de los árboles que se van transformando poco a poco en ramas sólidas.

—Quizás no te ves a ti misma con claridad, Wynd. Quizás no alcanzas a ver la magnitud de quién eres y de quién puedes ser. Pero nosotros lo hemos visto. Blue y yo... y también él. Creo que él fue el primero que lo vio.

Capítulo 24

Lebhar estaba silbando y Wynd no acababa de decidir si aquello le hacía gracia o la asustaba. No era exactamente un sonido armonioso ni dulce, más bien el preludio de que algo malo iba a pasar. Como si le estuviesen poniendo banda sonora al sentimiento del pánico.

Esa noche no había dormido en la biblioteca, sino en su habitación. Cordelia y Blue habían amenazado con seguirla hasta su escondite y dormir en el sofá junto a ella. Así que había decidido ahorrarle a Lebhar el espectáculo y el alboroto.

Blue le había trenzado el pelo. Una disculpa silenciosa y un agradecimiento encubierto por lo que había ocurrido en la segunda prueba. Wynd se lo había permitido porque desde que Meridia había muerto nadie la había peinado jamás, y porque era... agradable. Muy agradable.

—Thorn dice que tengo demasiado miedo de herir a mi oponente. Me cabrea cómo me habla. Hace que parezca que... beso flores y tengo pájaros cantores —comentaba Cordelia malhumorada.

Wynd apretó los labios para no reírse. Su amiga tenía las mejillas encendidas y las aletas de la nariz dilatadas. Era gracioso verla así.

—Le pedí que me entrenara absteniéndose de hacer comentarios o, de lo contrario, usaría lo que me estaba enseñando contra él, en vez de contra los simuladores.

Blue resopló fuerte, tan fuerte que fue una carcajada mal disimulada.

—¿Que le dijiste qué?

—¿Has amenazado al entrenador? —soltó Wynd impresionada.

Cordelia se cruzó de brazos.

—Bueno, antes intenté convencerlo a través de mis palabras, pero eso fue lo que le hizo creer que dedico mi tiempo a corretear descalza entre campos de flores mientras bailo y canto y...

—¿Te dijo eso? —preguntó Wynd.

—No exactamente con esas palabras, pero era la idea que estaba implícita.

—¿Y funcionó? —preguntó Blue.

—¿El qué?

—Tu amenaza de darle una paliza si volvía tomarte a la ligera.

Cordelia frunció los labios, enfurruñada.

—No... Lo hizo reír. Me dijo que podía intentarlo, y que, si lo conseguía, entonces ya no necesitaría que me entrenase nunca más. —Sus ojos se estrecharon amenazantes—. Ya verá... ya. Puede que me lleve un tiempo, pero le ganaré algún día.

Estuvieron hasta muy tarde hablando, tanto que se quedaron los tres dormidos en la cama de Wynd. Se había despertado hacía una hora en medio de ellos, con un brazo de Cordelia por encima de su pecho y una pierna de Blue

sobre las suyas. Había tardado al menos quince minutos en desenredarse de ellos.

El corazón le había pesado mucho menos esa mañana. Ligero como una pluma en su pecho al mirarlos. Algo cálido y tierno le oprimió la garganta y sonrió.

—¿No te pone los pelos de punta? —susurró la voz aterciopelada de Axel mientras entraba en el espacio abierto donde estaba el sofá.

El pelo rubio le caía a ambos lados de la cara; parecía tan suave como la seda. En general, su aspecto era delicado y elegante, de buenas maneras. Todo lo contrario que el de Aren, que era despreocupado, salvaje, afilado. Eran como las dos caras de una moneda, la luz y la oscuridad.

—Me estaba preguntando por qué lo hará. Llevo viniendo aquí una semana y es la primera vez que lo escucho silbar —comentó ella.

Axel frunció el ceño y arrugó levemente la nariz mientras lo pensaba. A Wynd la expresión le pareció graciosa, casi tierna. No habían interactuado demasiado, pero por alguna razón aquel chico le transmitía paz.

Se fijó en aquel ojo dorado. Sin duda no era humano, pero tampoco sidh. La curiosidad le picó en la punta de la lengua deseando preguntarle de qué raza era su padre. Por supuesto, no lo hizo. Ella no era Aren, la persona más indiscreta e insidiosa de Abscondita.

Entonces, reparó en lo que Axel sostenía en su mano izquierda. El libro de cuentos que le había leído. Una agradable sensación de anticipación la recorrió. No había

dejado de pensar en ello. Incluso había soñado con algunos fragmentos de aquella historia, y deseaba más.

—¿Te importa si me siento? —le preguntó él con educación.

Otra diferencia con Aren, quien se habría sentado sin pensárselo dos veces y, además, le habría dedicado una media sonrisa... ¿Desde cuándo conocía tan bien a Aren que podía aventurar cómo y qué iba a hacer? No estaba segura de que pasar tanto tiempo juntos fuera bueno... Ese chico se había metido en su cabeza. Era como un virus que iba conquistando poco a poco cada célula sana de su cuerpo.

Wynd se estremeció. Necesitaba desintoxicarse. Las líneas se estaban difuminando entre ellos y no debía ser así. Estaba jugando un juego peligroso y tenía que recordar el bando en el que estaba.

Negó con la cabeza y se hizo a un lado para dejarle espacio a él.

—He oído que has estado entrenando con Aren.

Wynd levantó la mirada hacia los ojos claros y sinceros de Axel y se sintió algo traicionada. Pensaba que Aren no se lo contaría a nadie, pensaba que él le guardaría el secreto, que había entendido lo vulnerable que la hacía esa información.

Se sintió estúpida porque aquello le doliese. Porque aquel pequeño detalle le hubiese raspado el corazón.

Se encogió de hombros sin querer darle detalles y trató de parecer casual.

—No te preocupes. Aren es un poco bocazas a veces, pero no tengo pensado decírselo a nadie.

Wynd estuvo a punto de preguntarle cómo dos personas tan diferentes como ellos eran amigas. Pero se lo pensó y no

lo hizo. Tampoco conocía tanto a Axel; no sabía cómo era y aquella suposición quizás lo ofendiese. Quería que siguiese leyendo, así que se guardó, de nuevo, su curiosidad para otro momento.

Simplemente asintió y se recostó en el sofá.

—Lo has traído —le dijo señalando con la barbilla el libro que él había dejado sobre la mesita de café.

Axel sonrió. Una sonrisa cándida y pequeña. Estaba realmente satisfecho consigo mismo.

—Por supuesto.

Lo cogió y se acomodó mientras buscaba la página por la que se había quedado. Le echó una ojeada a Wynd, que lo miraba con los ojos ávidos y brillantes. Reprimió las ganas de soltar una risita y comenzó a leer:

—Poco se sabe de la infancia de nuestro gran rey. Seguramente fue criado en la colina hueca, por la corte de su madre, protegido de las guerras y el caos que comenzaban a asediar Abscondita.

»Se cree que conoció a sus tres grandes aliados, amigos y generales en la adolescencia. Cada uno de ellos destacaba por tener unas habilidades mágicas y estratégicas únicas, y una gran destreza para el combate.

»El grupo de cuatro, con Finvannah a la cabeza, salió de la colina hueca un día y no volvió hasta pasados unos años. Nada se sabe con certeza de lo que pasó en ese viaje. Pequeños rumores y cuentos hablan de que cruzaron más allá de las montañas Hillias para probarse; otros cuentan que cruzaron el mar hacia Ávalon para enfrentarse a los antiguos reyes y sus criaturas.

»Hicieran lo que hicieran allí, todos ellos volvieron varios años más tarde y ya no eran los adolescentes que se habían marchado. Eran un grupo unido y sólido de adultos letales.

»Finvannah había vuelto y estaba preparado para tomar lo que su madre había considerado que debía ser suyo: todo el poder de Abscondita. No era una tarea fácil, pues Abscondita era un mundo basto e inexplorado en ciertas partes, una tierra llena de secretos y magia.

Axel pasó la página y la miró. Wynd había apoyado la cabeza en el respaldo del sofá y sostenía un cojín contra su pecho mientras miraba el libro con expresión ausente, como si se hubiese trasladado al mundo que encerraban aquellas palabras.

—Finvannah y sus generales pasaron los siguientes años trazando alianzas, tramando traiciones, infiltrando a su gente muy cuidadosamente.

»Mandaron a numerosos soldados a defender las fronteras de su corte mientras ellos experimentaban con lo que la reina *faerie* había descubierto sobre cómo ganar más y más poder.

»Pronto se dieron cuenta de que no todos podían soportarlo, y que lo que conseguían para sí mismos y su ejército se lo quitaban a otros.

»Cuanto más poderosos se volvían el rey, los tres generales y su corte, más cambiaba el mundo. No fue un proceso rápido, sino sutil y lento. Las sombras fueron apareciendo aquí y allá. En los bosques en los que antes brillaban los colores, donde el verde resplandecía como gemas preciosas, donde los ríos corrían con el agua más clara y transparente jamás vista, pronto comenzó a

imponerse la oscuridad. Los troncos fueron retorciéndose y llenándose de espinas; las aguas se volvieron venenosas, hasta tal punto que las ondinas tuvieron que huir de ellas porque las mataba.

»Monstruos terribles, sedientos de sangre, almas y magia aparecieron para ocupar el lugar de las antiguas criaturas ancestrales.

»Conforme los años pasaban y el poder de Finvannah se iba extendiendo por el continente, más empezaron a notarse las diferencias de poder entre unos y otros. Nacieron los primeros sidh menores, y de ellos, surgieron los primeros humanos: almas sin una gota de magia. Los cyxi.

»Cuanto menos poder tenían, más cortas eran sus vidas. Envejecían mucho más rápido que los antiguos *faeries* y que los sidh.

La voz de Axel se fue volviendo un susurro, un murmullo.

Wynd dibujó en su mente la imagen de Finvannah. Alto y fuerte, con una armadura plateada tallada con símbolos mágicos en un alarde de su posición y poder; algo bello que llevar a la batalla. El pelo largo y rubio ondeándole al viento. Los ojos absolutamente verdes rasgados por las enormes franjas de luz.

Imaginó cómo sería su aura. Seguramente ocuparía metros, kilómetros; un aura que eran enredaderas y espinas. Trató de ver su rostro: la forma de su mandíbula, el arco de su nariz, la mueca de sus labios. Pero solo podía imaginar las facciones de forma individual. Por alguna razón, cuando trataba de juntar las piezas, no era capaz de ver el rostro del rey en su mente.

—Algunos habitantes de la colina hueca advirtieron a Finvannah de que se estaba produciendo un desequilibrio de caos y orden, y de que los cyxi no eran más que la forma que tenían las fuerzas de intentar volver a equilibrarse.

»Muchos integrantes de la corte intentaron huir para no verse sometidos al ritual de transformación, y los que consiguieron atrapar fueron duramente castigados. La era de los *faeries* había terminado con la reina.

»Una nueva raza había nacido con Finvannah y los sidh, y todos debían aceptar el cambio.

—Suenas como una persona terrible —comentó Wynd.

—No es más que una de las versiones sobre cómo llegamos hasta aquí. Existe mucha controversia sobre nuestra creación o procedencia, y también sobre la de los devoradores de almas y demás criaturas del caos. ¿Son una plaga? ¿Un castigo divino por los pecados de una raza demasiado ambiciosa? ¿Son los humanos antiguos sidh venidos a menos? La reina quería proteger la colina, pero se le fue de las manos. Su hijo retomó ese propósito llevándolo más allá. Y ahora nosotros combatimos las consecuencias de todo aquello.

Wynd frunció el ceño mientras le daba vueltas a la historia.

—¿Hace cuánto pasó?

—¿La historia del rey?

Ella asintió.

—Esta parte ocurrió hace mucho tiempo. Dicen que murió con cientos de años. La aparición de las sombras y el nacimiento de los cyxi no fue algo que pasase de la noche a la mañana. Puede que en este punto de la historia ya

tuviese más de cincuenta, aunque imagino que su aspecto seguiría siendo el de un joven.

—¿Y hace cuánto que murió?

La respuesta de Axel se perdió en el sonido de una campana que retumbó a través de las gruesas paredes de piedra. El corazón de Wynd se lanzó al galope al reconocerlo.

—A todos los participantes: reuníos en quince minutos en el vestíbulo completamente equipados para la tercera prueba —anunció una voz.

La espera se había terminado.

Capítulo 25

Herice junto con Thorn, el entrenador, los recibieron en el vestíbulo, bajo un silencio absoluto. Cordelia y Blue se colocaron al lado de Wynd, todos vestidos con sus propios trajes de combate y sus armas. A unos metros, Aren, apoyado en la pared con los brazos cruzados sobre el pecho, intercambió la mirada con ella. Seguro de sí mismo, imperturbable y despreocupado.

A su lado, Axel, erguido y atento, también parecía absolutamente calmado. Los dos en distinta forma parecían fastidiados porque les hubiesen interrumpido en lo que estuvieran haciendo.

Aren la había saludado articulando un «Pecas» silencioso, y ella le había contestado con un gesto de su dedo corazón, cosa que, por supuesto, a él lo había hecho sonreír.

—Bienvenidos a la tercera prueba: destreza —anunció Thorn—. Os vais a enfrentar en duelos. Los ganadores de cada duelo partirán con ventaja en la cuarta prueba.

Wynd se puso tensa. Notó varias miradas en su espalda.

—Os podéis rendir si preferís la vida al honor, pero solo cuando claramente hayáis combatido y perdido —comentó Herice—. También podéis llegar hasta el final, si así lo queréis —añadió sonriendo fríamente.

—Los duelos serán por sorteo. Si alguien se niega a pelear, será descalificado automáticamente. Seguidme — terminó Thorn.

La tensión los partió en pedazos como las grietas sobre un cristal dañado, con ramificaciones y ramificaciones extendiéndose por la multitud. La desconfianza, el miedo, la rabia, el pánico. Cualquiera podría ser un enemigo, verdugo o víctima, alguien piadoso o alguien sediento de sangre.

La gente se miraba sopesando sus posibilidades, valorando a quién podrían vencer y a quién no. Haciendo plegarias para librarse de algunos rivales y deseando pelear contra otros.

El color abandonó las caras de algunos que parecían a punto de desmayarse. Aquello era mucho más sucio que estar en el bosque encantado. Al fin y al cabo, aquello había sido sobrevivir contra criaturas del caos, enemigos; pero esto era luchar entre camaradas, entre iguales. Era un juego mucho más retorcido.

Wynd miró a Cordelia. Tenía la vista perdida al frente y le temblaban ligeramente las manos. Si le tocaban tanto ella como Blue, acabaría con ellos rápido: los inmovilizaría y esperaría a que gritasen que se rendían. Esa era la mejor estrategia.

No quiso dirigir la vista hacia Aren y Axel. Sabía que con ellos no sería tan fácil. Estaban a la par en habilidades de combate, aunque ellos tenían magia, lo que les daba una gran ventaja.

Estaba segura de que, fuera de su círculo, había muchos que deseaban enfrentarse a ella. Muchos que querrían matarla y que lo harían complacidos. También sabía que

había algunos que deseaban librarse de un enfrentamiento con la única que había matado a un sidh; al menos la única que lo había hecho a ojos de todos.

Bajaron varios tramos de escaleras, más allá de las plantas que tenían permitidas visitar. Los pasillos se volvieron más estrechos. Había estandartes rojos colgados de las paredes talladas de estrellas. Las telas ondulaban encantadas. La iluminación era tenue y el cielo nocturno se reflejaba en el techo. Las nubes cubrían los astros y proyectaban sombras en el corredor.

Nadie habló en todo el camino. Solo se oían el repicar de los pasos en el mármol y las respiraciones agitadas y contenidas.

Finalmente llegaron a una puerta. Era de hierro pesado, simple y sin detalles, estrecha, de modo que solo se podía pasar de uno en uno. Herice asió el pomo y la abrió hacia adentro. La luz de la sala contigua se derramó en el pasillo.

Thorn se quedó atrás para comprobar que entraban todos los participantes.

Había un pequeño tramo abovedado justo a continuación de la puerta. Una intensa ráfaga de aire los sacudió al traspasarla. El pequeño pasillo se abría a los laterales para abarcar más espacio.

Delante, una caída al vacío. Una plataforma cuadrada se alzaba en el centro del espacio. Estaba aislada de cualquier pared y no parecía haber forma de llegar hasta ella. La abertura subía y subía hasta donde el edificio terminaba. Y allí estaba el cielo, el verdadero cielo nocturno. Abajo la vista no alcanzaba a ver dónde terminaba la caída.

Enfrente y a los lados, había idénticos pasillos que terminaban en horizontal, como gradas para observar combates en la plataforma central. Una torre hueca en la que una caída sería mortal, un lugar sin escapatoria.

Los corazones acelerados podían escucharse retumbando contra las paredes de piedra.

—Un detalle más —añadió Herice de espaldas a la plataforma y mirando a los participantes—: los duelos serán sin armas, pelearéis con las manos desnudas... y con vuestra magia.

A Wynd se le quedó el aire atascado en la garganta.

«No».

Giró la cabeza y buscó a Aren entre la multitud.

«No».

Él atrapó su mirada con sus ojos azules llenos de preocupación mal disimulada.

No estaba preparada todavía.

Un sudor frío le recorrió la espalda. Y agarró a Sombra y Muerte con fuerza. Nunca jamás se había separado de ellas, no desde que obtuvo a Muerte con ocho años y a Sombra con doce.

Aren trató de ir hacia ella entre la gente.

—El primer combate será...

Capítulo 26

Thorn sacó una bolsita de terciopelo negro y se la tendió a Herice, que metió la mano. Sacó dos trozos de papel que ardieron, revelando los nombres en llamas flotantes.

—Nos contra Cordelia.

Wynd se frenó en seco en mitad de la multitud que estaba atravesando para llegar hasta Aren y miró hacia atrás a su amiga. Una pequeña parte de ella sintió alivio de no tener que enfrentarse a Nos sin magia, sobre todo porque le había prometido que la próxima vez la mataría.

Cordelia cuadró los hombros y se irguió todo lo que pudo. Era más alta que Nos, pero, aun así, no imponía más que ella. Cordelia no conseguiría asustar ni cubierta de sangre, mientras que Nos, incluso llena de lazos habría parecido la muerte disfrazada.

Desde que la había visto por primera vez, se había preguntado qué haría una chica como Cordelia en aquellas pruebas. Ella le había hablado de su mejor amigo, pero se había dado cuenta de que había más: aquella motivación férrea escondía más que seguir a un amigo.

El suelo vibró bajo sus pies y de la pared comenzó a salir un puente hacia la plataforma del medio. Los participantes dieron un paso atrás y dejaron a Cordelia y Nos solas.

—Recordad que solo os podéis rendir cuando hayáis peleado. Antes se considerará abandono y quedaréis eliminados de las pruebas —advirtió Thorn.

Nos le lanzó una sonrisa satisfecha a Cordelia. Se mostraba segura y confiada, mientras que los ojos de la otra estaban llenos de miedo.

Blue se acercó a Wynd.

—¿Cuántas posibilidades crees que tiene? —le susurró mientras las dos chicas recorrían el puente.

—De ganar, ninguna. De vivir... Esperemos que Nos no la considere competencia.

En cuanto llegaron a la plataforma, el puente comenzó a replegarse hacia atrás, dejándolas allí aisladas. Ninguna posibilidad de huir, ningún lugar donde esconderse o protegerse. Un paso en falso y caerían al vacío. Era un escenario de pesadilla.

—¡¿Preparadas?! —gritó Thorn.

Ambas asintieron retrocediendo varios pasos. Sus auras se encendieron y extendieron mientras preparaban sus poderes para atacar.

—¡Que comience el primer duelo!

Nos abrió los puños girando las palmas hacia Cordelia, que erigió una barrera verde esmeralda frente a ella. Ver la magia era como observar un líquido que fluye en el aire.

Cordelia echó un pie hacia atrás para soportar la potencia de la magia de Nos chocando con la suya. De los laterales de la pared, salieron unas ramas que se lanzaron a por ella, pero Nos las esquivó con facilidad. Extendió los brazos y cortó las ramas de aura esmeralda como si fueran mantequilla.

Lanzó de nuevo su magia púrpura y venenosa contra Cordelia. Esta vez impactó en dos partes distintas y empujó a la pelirroja más hacia atrás.

Era angustioso observarlas. La tranquilidad de Nos frente al esfuerzo de Cordelia.

Alguien agarró a Wynd del brazo y tiró de ella hacia atrás para apartarla de la primera fila. Como casi todos estaban pendientes del combate, nadie les prestó atención. Aren la pegó contra la pared y se inclinó sobre ella para que nadie escuchase lo que iba a decirle. Su aroma a flor de noche, a madera quemada y a... algo únicamente suyo, que le hacía cosquillas en la nariz, la envolvió. Wynd presionó la pared con la espalda hasta que le dolieron los huesos, pero necesitaba ese dolor para recordarse dónde estaba y con quién, porque él tenía el poder de aturdirla.

—Eres buena luchando cuerpo a cuerpo —le dijo Aren en un murmullo—. Ataca primero —continuó sin esperar a que ella le contestara—. No dejes que tu oponente te atrape. Tienes que ser más rápida. No le dejes usar las manos: los menos experimentados en magia dependen demasiado de ellas para usarla. Y si hace falta, empújalo por el precipicio.

—Si me hubiese tocado ella no habría tenido ninguna posibilidad —afirmó mirando a Nos, que seguía desgastando la muralla esmeralda de Cordelia.

Aren les echó una mirada de reojo, pero rápidamente volvió su atención a Wynd.

—Probablemente ella es de las más fuertes que hay aquí. No todos tienen...

—Estáis tú y Axel. ¿Algún consejo sobre cómo derrotaros? —preguntó mordaz.

En los ojos de él brilló una emoción que Wynd no supo identificar. Sin embargo, pudo ver como su garganta se apretaba y como sus músculos se movían tensos al tragar. Por alguna extraña razón, la visión de aquello la dejó sin aliento y apartó los ojos de Aren como si se hubiese quemado.

¿Por qué tenía que invadir siempre su espacio personal?

—Haz lo que te he dicho, el consejo es el mismo. Pero sabes que ninguno de nosotros te matará.

Se oyó un grito de dolor y ambos se volvieron hacia la plataforma. Nos había atrapado a Cordelia con una especie de enredadera invisible. Wynd solo podía ver vagamente los bordes si se esforzaba mucho. Era como si el aire estuviese distorsionado en esas partes.

Nos tiró con fuerza y levantó a Cordelia del suelo. Ella pateaba y arañaba la soga alrededor de su cuello con desesperación.

Un sentimiento amargo de angustia le oprimió el pecho a Wynd. No soportaba verlo y saber que no podía hacer nada. Y menos saber que Nos estaba disfrutando con ello, verla tan orgullosa de sí misma.

Las manos de Wynd se movieron por su cuenta hasta Sombra y Muerte, que seguían metidos en el cinturón. Aren pudo ver cómo oscilaba el aura de ella: esa pequeña llamarada de rabia y ese deseo asesino.

Le puso las manos en los hombros, colocándose detrás de ella. Era tan bajita que podía apoyar la barbilla sobre su cabeza sin problema.

—No intervengas —le susurró.

Wynd echó la cabeza hacia atrás y se encontró con sus ojos.

—¿Cómo sabías...?

—¿Que por un momento has pensado en lanzarle uno de tus cuchillos a Nos?

Wynd bajó la cabeza apartando la mirada de él.

—Te echarían de las pruebas, así que ni lo pienses.

De las manos de Cordelia salían pequeños chispazos de magia, pero tenía tan poca fuerza que no parecían hacer daño a la enredadera de Nos.

Y, entonces, Wynd lo vio: su aura se estaba apagando. El verde se estaba marchitando, los colores del bosque en otoño se apagaban como si el invierno hubiese llegado a ellos. La energía de Cordelia estaba desapareciendo, su alma se preparaba para dejarla.

Wynd corrió hasta el borde de la abertura con el corazón golpeándole rápido y lleno de miedo. Los pies de su amiga ya casi no se movían y sus brazos temblaron cayendo hacia los lados.

—¡Ríndete! —gritó con todas sus fuerzas—. ¡Ríndete, Cordelia!

Wynd giró sobre sí misma y miró a Herice y a Thorn, que permanecían impassibles.

—Se rinde. ¡Se rinde! —les chilló.

—Hasta que no lo diga ella, el combate sigue —le explicó Thorn, y una profunda arruga surcó su entrecejo.

—¡No puede hablar!

Cordelia parpadeó luchando para no perder la consciencia.

—¡DÉJALA QUE HABLE! —le rugió a Nos.

Blue fue hacia Wynd y se colocó a su lado mirando cómo la vitalidad alegre y explosiva de Cordelia se apagaba. La desesperación los consumía. Miraban a todas partes tratando de encontrar una forma de ayudarla.

—¡Deja que se rinda! —suplicó Wynd esta vez—. No tienes que matarla.

—Tiene gracia que lo digas tú —le contestó Nos sin apartar los ojos de su presa—. No vi que le dieras muchas opciones a Greof.

Wynd se tambaleó hacia atrás. ¿Se habría sentido alguien así por él? Le había arrebatado a alguien un hijo, un hermano o un amigo. Nunca pensaba en esas cosas y nunca le habían importado. De todas formas, para ella los sidh merecían sufrir, merecían el dolor, el lamento, la pérdida. Merecían enfrentarse a todo eso igual que lo hacían los demás. Pero ahora, allí, frente a la posibilidad de perder a Cordelia, no le parecía justo; ella no merecía morir, probablemente era la que menos lo merecía. Y estaba segura de que su familia estaría destrozada.

No creía que alguien como Nos tuviese derecho a decidir si Cordelia moría o vivía. Probablemente ella tampoco hubiese tenido nunca el derecho de hacerlo. Recordó a la chica a la que le había quitado la carta, a la que su familia jamás encontraría.

Quizás aquello era el castigo que merecía por todo lo que había hecho en su vida. Quizás su propia muerte no era una penitencia adecuada. La muerte es el fin de todo; no hay posibilidad de aprender de ella. Pero sí que podía aprender del dolor, del sufrimiento, del miedo y de la impotencia.

Wynd cayó de rodillas derrotada cuando los ojos de Cordelia se cerraron y dejó de moverse. Agachó la cabeza. No deseaba ver cómo su aura se apagaba definitivamente y cómo su alma la abandonaba. Un trabajo que siempre había considerado suyo: segar las vidas de los sidh. Algo que había hecho con orgullo y con placer.

Debería estar feliz; Nana le había enseñado a estarlo en esas situaciones. Pero ahora no lo soportaba.

Un pequeño murmullo recorrió la multitud de participantes. Nos dio un paso hacia atrás y comenzó a aflojar su lazo sobre el cuerpo de Cordelia. Herice y Thorn se movieron hasta el centro para anunciar a la ganadora del primer duelo.

El mundo se paró un segundo, o quizás solo se ralentizó tanto que las cosas parecieron estáticas. La gente se quedó en silencio, Herice y Thorn dejaron de caminar y Nos miró hacia atrás absolutamente desconcertada y sorprendida.

Unas chispas verdes aparecieron sobre las puntas de los dedos de la mano derecha de Cordelia. Flotaron en el aire como llamas en forma de letras claras: «Me rindo».

Blue cogió a Wynd de los brazos y la levantó a toda prisa para que lo viera. Como si alguien hubiese presionado su pecho para devolverle los latidos a su corazón, el aire volvió a entrarle en los pulmones. Fue como salir de un lago en el que estaba ahogándose y respirar de nuevo.

Nos, sorprendida, retiró su enredadera invisible del cuello de Cordelia, que cayó al suelo con un fuerte golpe.

—La ganadora por retirada es Nos —anunció Thorn a toda prisa, y automáticamente el puente del otro lado comenzó a salir hacia la plataforma.

Cordelia estaba tirada en el suelo y su pecho apenas se movía. Wynd estaba a punto de gritar que la ayudasen cuando otro puente surgió del lateral izquierdo del edificio. Dos figuras cubiertas de blanco lo cruzaron y llegaron hasta la plataforma. Recogieron a Cordelia en una especie de capullo mágico y se la llevaron con ellos.

—Son sanadoras, se ocuparán de ella —le explicó Blue sin mirarla y en voz baja.

Nos cruzó y se quedó sola en la abertura al otro lado de la torre hueca. Sus ojos recorrieron a la multitud como si estuviese buscando a alguien, quizás a los otros dos integrantes del trío oscuro. Pero eso ahora a Wynd no le preocupaba.

Blue la abrazó con fuerza y ella se quedó rígida un momento, pero luego se relajó solo un poco, dejando que el momento de alivio y euforia la impregnase.

—Siguiente duelo —anunció Herice.

Capítulo 27

Algunas batallas duraron apenas unos minutos, otras mucho más, y cuanto más largas eran, más sangrientas se volvían. Wynd trataba de concentrarse y repasar todo lo que había practicado con Aren esa semana. Aunque tampoco le serviría demasiado sin sus cuchillos.

Los nikt habían aprendido a pelear siendo invisibles, a moverse en las sombras, a atacar rápido sin darles oportunidad a sus oponentes de defenderse o de utilizar magia contra ellos. Por eso se denominaban a sí mismos como asesinos. Cazadores de sidh.

Wynd sabía defenderse sin armas, sabía pelear cuerpo a cuerpo, pero era un recurso para ocasiones desesperadas. Jamás se había batido en duelo con un sidh, nunca frente a frente.

Thorn anunció el ganador del combate en juego, que cruzó al lado de los vencedores. En realidad, solo Nos y otros dos chicos estaban presentes, los demás habían tenido que ir a la enfermería.

La noche iba avanzando y el ambiente se iba haciendo más pesado. La tensión se iba acumulando en los huesos. Cada vez quedaban menos y las posibilidades se iban reduciendo.

—Wynd —la llamó Herice.

Ella levantó la vista de sus pies. Tan concentrada como estaba en repasar todas las estrategias posibles de ataque, no había escuchado nada. Todos los ojos estaban puestos en ella.

Se puso de pie a toda prisa.

—Te toca —le explicó Thorn—. Fuera las armas.

Le hizo un gesto hacia la pila de cinturones de armas. No se sentía nada bien desprendiéndose de Sombra y Muerte, y menos dejándolas ahí solas. Jamás se separaba de ellas; era como desprenderse de sus propios brazos.

—Deprisa —la instó Herice.

Se desabrochó la hebilla y dejó la pieza de cuero cargada de metal cerca de Blue. «Vendré a por vosotras», les dijo sin necesidad de usar palabras.

Mientras iba hacia el centro de la abertura para cruzar el puente, captó un guiño de Aren y pudo ver como articulaba la palabra «Pecas». Aquel gesto tonto casi la hizo sonreír, pero el anuncio de su contrincante la interrumpió.

—Lucharás contra... —El papel se prendió revelando el nombre—. Arth.

Apareció de entre las sombras empujando a los demás participantes. Medía casi dos metros y era enormemente corpulento. Tenía unos tatuajes oscuros en la cabeza rapada, y su aura de oso salvaje parecía estar rugiéndole. A su lado, Wynd parecía una niña. Delgaducha y poquita cosa, daba la impresión de que él podría partirla por la mitad con facilidad.

Blue la miró muerto de miedo. Wynd pudo ver como el aura de su amigo se movía con candidez hacia ella, como si deseara protegerla. Se debatió entre si mirar o no en

dirección a Aren y a Axel. Se preguntó si quería llevarse una última imagen de ellos, en el caso de que no saliera bien.

—Estás muerta —susurró Arth con una voz que parecía grava.

Y aunque podía ser cierto, aunque quizás lo consiguiera, no iba a dejar que la posibilidad de aquello la amedrentase. Sí, quizás la matara, pero quizás ni los sanadores podrían curarlo a él después del combate. Se iba a asegurar de ello.

Pasó los ojos sobre los rostros de Blue, Axel y Aren, en quien se detuvo unos segundos. Tal vez porque quería memorizar la forma exacta en la que sonreía, su postura estudiadamente despreocupada, el tono exacto de sus ojos, las curvas de su pelo, la cicatriz de la ceja izquierda, el brillo de sus pendientes. Solo deseó poder llevarse una última nota de su voz, de aquel sonido que era tan complejo y único y que le provocaba paz y escalofríos al mismo tiempo.

Se giró para seguir a Arth, apartando la mirada de Aren tan rápido como la había posado en él. Estaba a punto de entrar en el puente, cuando una mano suave y firme la agarró del codo. Aren ardía de rabia porque había visto como ella se resignaba a una muerte segura. El modo en que lo había mirado como si fuese un adiós.

La cogió de la barbilla mientras los ojos de Wynd se abrían sorprendidos. El anillo de obsidiana alrededor de su ojo izquierdo resplandecía como la misma noche. Y él la sintió estremecerse bajo sus dedos.

No iba a ser la última vez que Aren vería esos ojos, no iba a ser la última vez que iba a tocarla, que iba a sentir aquella electricidad. Tenía una cuenta pendiente con ella.

—Mátalo, ríndete, haz lo que sea que tengas que hacer. Pero no me mires como si fuera la última vez que lo haces.

La soltó y dio un paso atrás. Wynd lo observó aturdida durante un momento. Se llevó una mano al pecho. Había un nombre para aquel sentimiento, un nombre que jamás se atrevería a pronunciar, porque aquella era una sensación que tenía prohibido sentir.

Así que se dio la vuelta y corrió hacia la batalla, porque a veces era más fácil enfrentarse a titanes y monstruos que hacerlo a lo que sentía. Porque había emociones que era tan difícil poner en palabras que prefería tragárselas. Porque esa palabra de cuatro letras asustaba mucho más que la posibilidad de morir; tanto que prefería llevársela sellada en los labios a reconocerla jamás.

En cuanto pisó la plataforma, el puente se replegó dejándolos aislados. El viento era mucho más fuerte allí en medio. Miró hacia arriba, donde metros y metros de edificio los envolvían.

La luna y las estrellas brillaban en la oscuridad de la noche, aunque no tan intensamente como lo habían hecho en el bosque encantado. Y abajo, la más absoluta oscuridad. Una muerte segura.

—¡Preparaos! —bramó Thorn.

El aura de Arth creció envolviéndolo, las fauces del oso sobre su cabeza y las garras detrás de sus brazos. Wynd se echó hacia atrás. Estaba en clara desventaja: no tenía nada a lo que subirse, nada sobre lo que apoyarse para poder saltar. El campo abierto no era su favorito para pelear.

Movió los dedos sintiendo el poder de los anillos. Ojalá pudiese convertirlos en pequeñas cuchillas para atacar con

sus nudillos. Cerró los puños y colocó la pierna derecha hacia atrás mientras se inclinaba ligeramente hacia delante.

—¡Que comience el séptimo duelo!

Capítulo 28

Arth golpeó el suelo con todas sus fuerzas y la plataforma vibró. Wynd salió disparada hacia un lado más rápida que una flecha. Esquivó con eficacia los ataques que él le enviaba, girando, saltando, impidiéndole predecir su trayectoria.

Cuando estuvo lo suficientemente cerca de Arth, saltó hacia delante apoyándose en las manos y se impulsó para girar en el aire y subirse a los hombros de él. Si hubiese tenido sus cuchillos, la pelea habría acabado ahí mismo. Le habría degollado el cuello en dos segundos. Pero tenía que ahogarlo con sus propias fuerzas.

Le envolvió el cuello con las piernas, colocando el gemelo de la pierna izquierda sobre su tráquea y la pierna derecha sobre su propia espinilla para hacer más presión. Luego se dejó caer hacia atrás. Era una técnica que Conrad le había enseñado hacía varios años.

El cuello de Arth crujió ligeramente y emitió un sonido ahogado. Sin embargo, Wynd supo que aquello no serviría. Ella pesaba muy poco y él era demasiado fuerte; necesitaría al menos diez minutos para dejarlo inconsciente.

Arth fue a cogerla de las piernas, pero Wynd deshizo su agarre para terminar de caer detrás de él.

—Buen intento, mestiza —se rio desagradablemente.

Echó el brazo derecho hacia atrás y mandó una onda expansiva de poder que chocó con ella. El contacto fue como el de unas garras afiladas tratando de cortar su traje. Wynd rodó por el suelo varios metros.

Se recuperó justo a tiempo para bloquear un puñetazo de Arth. La fuerza fue tal que sintió vibrar los huesos de sus brazos.

Trató de convocar la pared que había estado entrenando con Aren. Siempre la imaginaba sólida y flexible, capaz de amoldarse a su cuerpo. Y se la colocó alrededor de los antebrazos y de las manos.

Se agachó para esquivar un golpe de Arth y apuntó hacia su estómago. Reunió todas sus fuerzas en su mano derecha y se la hundió ahí. Arth se dobló ligeramente y se echó hacia atrás.

Wynd le dedicó una sonrisa divertida y él escupió. Arth lanzó su magia hacia ella, que echó a correr, pero consiguió atraparla del tobillo izquierdo y tirarla al suelo. Wynd frenó el impacto con las manos, evitando golpearse la cabeza. Se giró deprisa para encararlo, pero no pudo esquivar el golpe.

La enorme mano de Arth impactó contra su pómulo y lanzó la cabeza rubia de la chica contra el suelo. El sonido fue tal, que se oyó un jadeo entrecortado entre los participantes.

Arth la cogió del cuello y la levantó a pulso con una sola mano. Un hilo de sangre salía de la oreja de Wynd tiñéndole el pelo de rojo. Abrió los ojos aturdida. El mundo se movía inestable y veía las cosas por duplicado. Le ardía la cabeza.

Arth la zarandeó y la lanzó con todas sus fuerzas contra el suelo. Wynd impactó con fuerza suficiente como para arañar

la superficie de la plataforma, y rodó varios metros por el suelo hasta quedar al borde del cuadrado.

Se incorporó sobre los codos y tosió mareada. La risa de Arth retumbó en la torre hueca. La fuerza de su magia la aplastó contra el suelo. Wynd luchó como un animal atrapado. Visualizó las garras de él y trató de concentrarse en expulsarlas, en cortarlas en pedazos. Sintió el cosquilleo de la magia en su interior, el tirón de la cuerda dentro de su cuerpo.

Gritó de dolor y quemó los brazos del animal salvaje que la sostenía. Arth retrocedió hacia atrás sacudiéndose cuando el calor del fuego oscuro de ella lo tocó.

—No necesito magia para matarte —le dijo con desdén.

Wynd se incorporó de nuevo sobre los codos. Tenía cortes en el traje de combate y pequeñas heridas en la piel donde se había raspado contra la piedra. Aunque lo peor, sin duda, era la cabeza. Le palpitaba con tanta fuerza que no la dejaba concentrarse.

Dobló una pierna y apoyó una mano tratando de levantarse, pero el suelo se movía y el mundo se sacudía tanto que acabó cayendo sentada de nuevo. Arth avanzaba hacia ella a grandes zancadas.

Rotó el hombro hacia atrás y cerró el puño, envolviendo su brazo de un aura marrón, salvaje y poderosa. Wynd supo que, si la golpeaba, la mandaría fuera de la plataforma.

Ella se dio prisa en ponerse de pie suplicándole a su cuerpo que le respondiera. Se tambaleó ligeramente y dio varios pasos hacia un lado y otro hasta conseguir estabilizarse. Arth comenzó a correr hacia ella. Sus pasos hacían temblar el suelo. Wynd echó a correr hacia él

también, poniendo cada gramo de su atención y su energía en no desestabilizarse.

Arth sonrió y echó el brazo atrás, preparándose para golpearla. Justo cuando estaban a apenas unos centímetros de impactar, Wynd se tiró al suelo deslizándose por debajo de él. No lo miró, pero pudo sentir perfectamente su cara de sorpresa, y luego oyó la risa de Aren al reconocer que le había robado el movimiento que había usado él contra el kelpie.

Esa risa. Ah, le sanó el alma.

Arth no pudo frenar el golpe que ya había lanzado antes de verla desaparecer justo debajo de él. La onda expansiva sacudió el aire, y el eco del sonido retumbó en las paredes. Se volvió hecho una furia.

—Ups —le dijo Wynd encogiéndose de hombros.

Arth golpeó de nuevo el suelo con todas sus fuerzas, y varias piedras salieron volando hacia arriba mientras la plataforma se sacudía, desestabilizando a Wynd en su carrera.

Una de sus garras voló hacia ella, que la bloqueó veloz. Los golpes enfurecidos y rabiosos del sidh la obligaron a retroceder. Cada vez le quedaban menos energías para combatirlo. Recordó el consejo de Aren: solo tenía opciones si atacaba, defendiendo solo conseguiría desgastarse.

Arth estaba a unos metros, si era rápida podría darle en la rodilla. Era más lento que ella, solo tenía que ir sin que descubriese dónde pensaba darle para que no pudiese pararla.

Se movió rápida como el viento, enfocándose en su cara, como si deseara golpearle justo en toda la nariz. No se

había parado mucho a mirarlo, pero era realmente feo, casi monstruoso. Era el ser más parecido a un vrakant que había visto nunca. Con esa cabeza diminuta, en comparación con su enorme cuerpo, y esos pies gigantes que hacían retumbar todo a su paso.

Arth lanzó un golpe hacia el hombro de Wynd, que ella esquivó agachándose hábilmente. Wynd aprovechó la oportunidad para lanzarle una patada directa a su rodilla derecha. El hueso crujió bajo su bota y Arth cayó arrodillado al suelo con un grito de dolor.

Wynd giró sobre sí misma para coger impulso y volvió a darle otra patada, esta vez en la cara. Sintió como le partía la mandíbula. Cerró el puño derecho, concentrando todo el poder de los anillos, y le pegó en el centro de la garganta, dejándolo sin respiración.

«Ahora o nunca». Tenía que rematarlo, hacerle todo el daño posible antes de que la atacase de nuevo. Arth estaba doblado tratando de coger aire y aguantándose la mandíbula con una mano.

Wynd odiaba pelear con las manos, le parecía mucho menos limpio que los cuchillos. Una manera absurda de alargar el sufrimiento y el daño. Cogió a Arth de la nuca y apretó con su brazo derecho, ayudada del izquierdo. Sintió cómo le hundía la nuez. Él se sacudió boqueando como un pez fuera del agua. Movía los hombros tratando de quitársela de encima, pero Wynd apretó aún más fuerte. Las venas de la frente de Arth se marcaron por el esfuerzo y la falta de aire, su rostro estaba blanco y su aura ondulaba en todas direcciones, presa del pánico de su dueño.

Cogió a Wynd de los brazos y le hundió sus garras hechas de magia. Los brazos de ella eran tan finos que los envolvía por completo en sus manos. Wynd soltó un sonido desgarrador de dolor cuando notó como uno de sus huesos se astillaba bajo la fuerza de Arth, y aflojó su agarre, oportunidad que él aprovechó para lanzarla hacia delante por encima de su cabeza.

Wynd cayó de espaldas. Rodó agarrándose el brazo herido. Pudo esquivar el primer golpe de Arth, pero el segundo le impactó directo en la cara y la tiró de nuevo al suelo. El sabor metálico de la sangre le inundó la boca y escupió.

Arth volvió a pegarle en la cara cuando ella trató de ponerse de pie, y luego le pegó una patada en las costillas que la hizo volar varios metros. Estaba segura de que le había partido al menos dos de ellas.

Wynd soltó un quejido. Arth la cogió del pelo y le arrancó un grito. Ella le arañó las manos carnosas, llenándose las uñas de su sangre, y él la tiró hacia un lado.

Wynd vio el borde de la plataforma y trató de alejarse a gatas, pero Arth le pisó la pierna derecha, haciendo crujir sus huesos. Notó las lágrimas de dolor empañarle la visión.

—¿Adónde te crees que vas? —siseó el muchacho.

Wynd trató de moverse para librarse de él, pero este la pisó aún más fuerte, a punto de partirle la pierna.

Se le escapó un gemido dolorido.

—Despídete de tu miserable vida. Los que sois como tú os merecéis morir. No eres nada.

La arrastró al borde de la plataforma hasta dejar sus hombros y cabeza colgando. Wynd trató de agarrarse a

algo, trató de clavar los talones en el suelo para no seguir avanzando.

Vio el miedo de su mirada reflejado en los ojos de él. Trató de sacudírselo de encima, arañó el suelo tratando de sostenerse, pero no le quedaba prácticamente energía; estaba agotada. El solo esfuerzo de mantener la cabeza alzada para mirar hacia arriba ya requería de todas sus fuerzas.

Arth la levantó a pulso, agarrándola de la pechera de la chaqueta, y la dejó colgando fuera de la plataforma.

—Adiós, mestiza —le dijo Arth con una sonrisa mientras un hilillo de sangre se derramaba hacia su barbilla y soltaba uno de sus dedos.

Capítulo 29

Wynd estiró los brazos tratando de agarrarse a algo, pero no había nada. Iba a caer. No tenía ninguna opción de salvarse. Lo sabía. Lo supo con absoluta claridad. Al igual que también supo que, si moría, al menos podía llevárselo con ella. Solo tenía que sacar lo último que le quedaba de energía para envolver con sus piernas el brazo con el que la sostenía y tirar hacia atrás.

Comenzó a doblarse sobre sí misma reprimiendo el dolor de la pierna y de las costillas rotas. Moriría matando como la guerrera que era, como le había enseñado Nana. Y haría que estuviesen orgullosos de ella. Ella jamás se rendiría frente a un sidh; no mancharía su honor, no sería una cobarde. Y quizás así dejaría de no ser nadie. Quizás a partir de ese momento sería la chica que llegó hasta la tercera prueba, la chica que mató a Arth, la que no murió en vano. Quizás así la recordarían.

Arth soltó un par de dedos y Wynd se balanceó en el aire.

—¡No! —gritó una voz desgarrada.

El sonido la paralizó. El dolor, la desesperación y la urgencia que destiló esa única palabra le congeló la sangre. Se le entrecortó la respiración.

Arth giró la cabeza hacia atrás, distraído por el grito.

El mundo se paró para dos personas en aquella torre hueca, como si el peso de sus sentimientos hubiera hecho que todo se moviese a cámara lenta. Como si el deseo de ambos de que aquello durase un segundo más fuese tan fuerte como para ralentizar el mismísimo tiempo. Una magia invisible y que solo dos personas conectadas en lo más íntimo y profundo de sus almas eran capaces de convocar.

Y aquel poder, el de saber que había alguien que le reclamaba que viviese, el de saber que alguien se negaba a darse por vencido... La idea de que quizás no tuviese que aspirar a ser recordada, de que quizás podía aspirar a... más.

De que quizás... quizás alguien la quería. La quería lo suficiente como para que viviese.

Aquella idea hizo que un extraño y poderoso poder la recorriese. Lo sintió en las puntas de los dedos, lo sintió en cada una de sus extremidades, lo sintió en el pecho, en el estómago, en la columna, en la garganta.

Quizás había más cosas por las que merecía la pena luchar más allá del odio, de la rabia y la venganza.

Apretó los dientes con violencia y gruñó mientras se balanceaba adelante y atrás. Reunió cada gramo de fuerza, de energía, cada gota de magia de su alma y de su cuerpo. Tembló a causa del esfuerzo y soltó un grito devastador que acalló cualquier sonido cercano.

El mundo se paró para observar cómo Wynd saltaba hacia atrás y, con la fuerza de su impulso, hacía trastabillar a un desconcertado Arth, que la soltó en el último segundo para tratar de recuperar el equilibrio.

Aren se lanzó hacia el borde de la abertura como si intentase llegar hasta ella. Blue cerró los ojos. Axel maldijo perdiendo la compostura por primera vez.

Porque, durante una fracción de segundo, Wynd quedó suspendida en el aire sin nada a lo que sostenerse y, al siguiente, comenzó a caer.

Arth resbaló y la mitad de su cuerpo quedó colgando de la plataforma. Se agarró con una de sus carnosas manos.

Wynd volvió a desear poder transformar la magia de sus anillos en cuchillas. Y, entonces, recordó que ya lo había hecho. En el bosque encantado había proyectado las hojas de sus cuchillos metros y metros hacia delante y les había imprimido la suficiente fuerza para cortar al fenrir.

Así que echó el brazo derecho hacia atrás y trató de imaginar las cuchillas de metal entre sus dedos. Tiró de ese deseo, de esa emoción que la había llenado al escuchar a Aren gritar y de la necesidad de cumplir con lo que él le había pedido.

«Vive».

«Vive».

Por oír su voz profunda y ronca una vez más.

Por volver a sentirse en casa, feliz, completa... entre los brazos de Cordelia y Blue.

«Vive».

Al mover el brazo hacia delante con todas sus fuerzas, el aire onduló y unas garras de un material oscuro y traslúcido aparecieron en su mano clavándose en la roca.

Los participantes contuvieron el aliento al verla zarandearse en el aire y finalmente agarrarse. En cuanto estuvo segura y supo que no se caería, apoyó la pierna

izquierda contra la pared de piedra y luego la derecha, que le tembló dolorida. Apretó los dientes con fuerza para soportar el dolor de sus huesos rotos trabajando. Se estiró y alcanzó el borde de la plataforma con la otra mano. Retrajo las garras y luego las hizo volver a aparecer para clavarlas arriba y ayudarse a subir.

Sintió tal alivio cuando todo su cuerpo estuvo sobre el suelo que se mareó. Se tomó unos segundos para recuperar el aliento, para poder procesar lo que acababa de hacer, para tomar conciencia de que había estado a punto de caer al vacío.

Se levantó sobre el brazo sano y miró hacia la abertura donde estaban los participantes. Justo en el borde, con el rostro absolutamente descompuesto por la preocupación, por el miedo y por la ansiedad, estaba Aren.

Y aunque estaban a metros el uno del otro, en el instante en que sus ojos se encontraron... él recuperó el latido de su corazón que se había parado cuando la había visto caer. Recuperó la chispa de vida en sus ojos en el momento en que la vio allí arriba. Se fundieron en un abrazo silencioso, en un abrazo distante, sin contacto. Y, sin embargo, no importó, porque ellos se sintieron a centímetros del otro. Para ellos no había participantes, no había torre ni plataforma, no había paredes ni vacío; para ellos no quedó nada. Solo la forma en la que sus ojos se entrelazaron y se gritaron todo lo que estaban sintiendo sin necesidad de palabras.

Wynd terminó de ponerse de pie y le guiñó el ojo izquierdo, donde su anillo de ónice había perdido el color, y él soltó una carcajada suave.

Se dio la vuelta y caminó cojeando hacia el borde de la plataforma, donde Arth seguía luchando por no caerse. Pesaba demasiado para ser capaz de subir por sí mismo.

Miró su mano regordeta. Solo tenía que pisarlo o cortarlo con las garras de su mano y lo lanzaría al vacío para siempre. Tan sencillo.

—Ríndete —le dijo Wynd—. Ríndete y te dejaré vivir.

Arth la miró con los ojos llenos de fuego. Ni ella misma podía creerse que le estuviese ofreciendo la posibilidad de vivir. Ni siquiera sabía por qué lo hacía, pero deseaba ofrecerle esa posibilidad, deseaba que él tuviese la opción de decidir si vivía o moría. No quería hacerle lo que Nos le había hecho a Cordelia. No quería que su hermano sintiese la misma desesperación que había sentido ella.

—Tú decides. Grita que te rindes y se terminó. Si no, lo acabaré yo.

Arth trató de impulsarse hacia arriba, pero al estar sujeto solo con una mano no podía. Parecía realmente destrozado y desesperado. Le sangraba la cara por varias partes y le costaba respirar.

Sus dedos estaban blancos del esfuerzo y poco a poco se iban acercando más y más al bordillo.

Arth cerró los ojos.

—¡Me rindo! —gritó.

Wynd dio un paso hacia atrás. Los puentes comenzaron a aparecer y los sanadores corrieron hacia Arth para levantarlo y ayudarlo.

—¡La ganadora por retirada es Wynd! —gritó Thorn.

—Necesitas ir a la enfermería —le dijo una de las sanadoras.

Estaban envueltas en túnicas y capuchas blancas, de modo que era imposible verles el rostro. Tenían voces dulces y melódicas con un efecto tranquilizador y pacífico. Eran como calmantes sobre sus heridas.

Wynd se debatió. Quería ver los combates de Aren, Axel y Blue. Los primeros para aprender de ellos y el último para apoyarlo. Pero le dolía todo el cuerpo y estaba segura de que de un momento a otro se caería al suelo. No le quedaba ni una gota de energía. Si seguía allí era por los restos de la adrenalina que le recorrían el cuerpo.

La sanadora le puso una mano en el hombro y la hizo caminar por el puente que la llevaría hasta la enfermería. El toque de sus manos era tan suave, tan sutil, que en cuanto lo sintió los músculos de su cuerpo comenzaron a relajarse. Era estar envuelta en una manta mullida, era una cama de plumas.

¿Qué tipo de poder era aquel?

—¡El siguiente duelo será...! —gritó Herice.

El sueño se estaba apoderando de Wynd, que reprimió un bostezo y una mueca de dolor.

—Axel contra...

Se oyó un murmullo generalizado cuando el sonido de las llamas crepitó mostrando el nombre del oponente. Wynd quiso volver la cabeza para ver quién era, pero la sanadora la estaba empujando hacia dentro del pasillo.

—Aren —dijo finalmente Herice.

Capítulo 30

Wynd despertó sobresaltada. El corazón le latía deprisa. Parpadeó tratando de disipar la neblina de su mente. Pequeñas luces titilaban sobre su cabeza dando vueltas. Tuvo que volver a cerrar los ojos para combatir el mareo. No recordaba dónde estaba. Algo arañaba en su subconsciente, una urgencia que la había despertado.

Buscar en sus recuerdos era como moverse entre arenas movedizas.

Olía a velas quemadas y a sábanas limpias, y eso la reconfortó. Le trajo el recuerdo de Meridia en el patio de la pequeña choza tendiendo sábanas grisáceas que el sol calentaba y el viento movía.

Volvió a abrir los ojos. Esta vez pudo distinguir que las luces sobre su cabeza eran de una lámpara circular colgada del techo. En él, había grabadas formas curvas que simulaban plumas, y las plumas formaban nubes esponjosas entre las que se asomaba la luna perfectamente llena y redondeada. Bajo las nubes e iluminada por el rayo lunar, estaba una tierra próspera, colorida y pacífica, y a los lados, en las esquinas que la luz no tocaba, estaban los bosques encantados, las espinas, las sombras.

«Muy descriptivo, sin duda», pensó Wynd con escepticismo. Trató de incorporarse lentamente. Todavía se

sentía dolorida, pero estaba mucho mejor.

Así que aquello era la enfermería.

Estaba en una cama blanca y estrecha. Apartó las sábanas y se encontró con que la habían cambiado de ropa y le habían puesto una especie de bata *beige* cruzada sobre el pecho y atada en la cintura. Le llegaba a mitad de muslo y dejaba al descubierto sus piernas. Tenía moratones por toda la piel, algunos casi negros, otros azulados, y pequeños arañazos que ya habían comenzado a cicatrizar. Tenía vendado uno de los brazos, la pierna y el torso.

Trató de esforzarse en recordar los últimos acontecimientos. Comenzó haciendo una lista mental. Debían de haberle golpeado muy fuerte en la cabeza, ya le había ocurrido una vez y sabía cómo se sentía. La lentitud neblinosa y el esfuerzo por hacer que su cerebro funcionase.

«Estoy en las pruebas de los rhydra. Llevo casi tres semanas aquí dentro. Pasé las dos primeras y estábamos en la tercera. Cordelia estuvo a punto de morir, pero se rindió. Luego me tocó a mí contra Arth. Casi me tiró al vacío...».

Omitió las partes que estaban llenas de Aren: de Aren pidiéndole que no se despidiese de él, de Aren gritándole que no se diese por vencida, de Aren mirándola en la distancia, de sus ojos azules clavándosele en el alma. Estaba demasiado agotada para procesar todo eso.

«Convoqué unas garras mágicas. Arth se rindió. No, un momento; yo le perdoné la vida. Le ofrecí vivir... Y luego...».

Esa era la parte que tenía más confusa. Estaba borrosa. Había dolor, había alivio. Demasiados sentimientos, demasiadas emociones al mismo tiempo.

«Gané. Aparecieron los puentes...».

Su cerebro se movía despacio, luchando contra un torrente que no la dejaba avanzar de recuerdo en recuerdo.

«Los sanadores. Todo era blanco y confortable, y el cuerpo me pesaba... Y entonces...».

Dio un respingo en la cama y sacó los pies de las sábanas a toda prisa. Aren y Axel. El combate que había anunciado Herice era entre ellos.

No estaba segura de cuánto tiempo había pasado inconsciente, no sabía si habría terminado ya o no, pero necesitaba averiguar qué había ocurrido entre ellos. Y, aunque no lo reconocería, estaba preocupada por él. Necesitaba comprobar que estaba bien.

Se tambaleó levemente al ponerse de pie de forma brusca y se agarró al cabecero. Respiró profundamente un par de veces para estabilizarse y salió de su cubículo delimitado por cortinas.

La enfermería era una habitación enorme, tenía el techo altísimo, quizás de varios pisos de alto. El suelo era de piedra tallada y estaba fresco. Wynd no encontró sus botas por ninguna parte, así que simplemente salió descalza. Algunos cubículos estaban cerrados, seguramente los que estaban ocupados por heridos.

No había ni rastro de los sanadores; aquello estaba silencioso y desierto.

—¿Aren? —susurró.

No hubo respuesta. Giró sobre sí misma varias veces intentando encontrar la salida. Correteó a la máxima velocidad que le permitieron su pierna herida y el leve dolor en las costillas. Estaba segura de haberse roto ambas, así que las sanadoras debían de tener un poder increíble.

Abrió las puertas y salió a un corredor iluminado por antorchas. Arriba, el cielo seguía oscuro y las estrellas todavía brillaban. Dudó sobre qué camino seguir. Trató de imaginar el plano del edificio. Había salido por la izquierda de la plataforma, y luego, ¿qué camino habían tomado...?

Dibujó en su cabeza lo que recordaba. Si todo era simétrico, entonces debía ir hacia la derecha del corredor. Fuera, el suelo estaba cubierto por una mullida moqueta azul eléctrico que amortiguó sus pasos.

Las trenzas le golpeaban en la espalda medio deshechas y el corazón se le iba acelerando conforme se acercaba. No entendía de dónde venía esa sensación de ahogo y ese miedo ansioso que la hacía querer correr más rápido.

Llegó, por fin, al final del pasillo donde había una puerta idéntica a la que habían usado para llegar a la plataforma. Empujó la manecilla, pero no se movió. Estaba cerrada.

La golpeó con los puños.

—¡Abrid! —gritó.

Se imaginó que debía parecer algo desquiciada con la bata de enferma y gritándole a una puerta, pero no soportaba no saber qué había ocurrido. No soportaba sentir esa incertidumbre, ese desasosiego. Solo un vistazo, solo comprobar que estaba bien y ya está. No necesitaba nada más.

Volvió a llamar insistentemente. Los sanadores debían de estar allí en alguna parte.

—Maldita sea, ¡abrid la puerta!

No tenía ni idea de cómo llegar a las otras zonas. Estaba en un ala que jamás había pisado y aquello parecía un laberinto. Trató de reunir algo de fuerza en sus anillos para

golpear la puerta de nuevo, cuando se abrió abruptamente haciéndola trastabillar hacia delante.

El sanador la miró contrariado. Su piel era absolutamente blanca y sus ojos parecían tan pálidos como el cristal.

—¿Qué haces aquí?

Wynd no se detuvo a contestarle. Echó a correr hacia la abertura con las últimas fuerzas que le quedaban. Al mirar hacia la plataforma, se le cortó la respiración.

Se tocó la cicatriz de la muñeca para comprobar que estaba despierta y que aquello no era un sueño o una alucinación.

La plataforma estaba rota en pequeños trozos de piedra, había grietas y golpes en las paredes de la torre hueca. Axel estaba de pie sobre uno de los pequeños trozos que todavía flotaban en el aire. Tenía un largo corte en la mejilla y se sostenía el brazo derecho por el que le chorreaba sangre. Su chaqueta de combate había desaparecido y la camiseta de debajo estaba cortada.

Y unas piedras más arriba estaba Aren. Sus ojos brillaban como fuego líquido, su chaqueta había desaparecido también y podía vérselo un enorme corte cruzándole el pecho en diagonal. Toda su camiseta estaba teñida de rojo.

Wynd pensó que nunca había visto nada más parecido a un dios en toda su vida. Y lo entendió. Entendió por qué era el hijo del Deirnas y por qué era el heredero del trono sidh. Parecía absolutamente letal, poderoso y... hermoso al mismo tiempo.

Su aura se extendía a su alrededor como niebla hecha de noche. Oscura y brillante. Trató de reconocer a la persona que estaba allí arriba, pero no parecía el mismo Aren que la

había llamado Pecas. Esa persona parecía muy muy lejos de ella. Una confirmación de que eran dos personas de mundos completamente distintos.

—¿Cuánto tiempo llevan peleando? —preguntó.

—Más de dos horas —le contestó una sanadora.

—¿Qué ha ocurrido con la plataforma?

—El chico rubio la destruyó.

Wynd volvió a girarse cuando oyó un gran estruendo. Axel levantó varias rocas de las que estaban esparcidas flotando y se las lanzó a Aren, que las esquivó con una sonrisa.

—¡Vas a tener que sacar la artillería pesada! —le gritó.

—Oh, vamos, no sé por qué estás poniendo tanto empeño. Ni siquiera te importa tanto la ventaja de la siguiente prueba.

—En realidad, sí —lo corrigió Aren.

Movió el brazo izquierdo y una lluvia de afiladas cuchillas de aire volaron hacia Axel, que comenzó a saltar de una roca a otra. Una de ellas se le clavó en el brazo. Hizo una mueca de dolor y soltó un pequeño gruñido.

—¿Desde cuándo? Odias esforzarte en tareas inútiles.

—Bueno, tengo un propósito.

—Eso es nuevo.

Aren se encogió de hombros.

—Deberías rendirte tú. Sé que te encanta ser el primero, pero odias perder el tiempo, así que termina esto de una vez.

—Yo también tengo mis motivos.

—¿En serio? —preguntó burlón—. No me hago una idea de cuáles pueden ser —dijo irónico.

Axel le dedicó una sonrisa plácida y tranquila. Estaba claro que querían desquiciarse el uno al otro, hacerse perder la concentración.

—Bueno, yo sí me hago una idea de tu propósito —apostilló—. No es que lo estés ocultando demasiado bien. Muy evidente hasta para ti.

Aren soltó una carcajada potente que retumbó en las paredes de la torre. Su risa lo llenó todo durante ese segundo.

A Wynd se le erizó el vello.

—Te encanta tener lo que no puedes conseguir —le dijo Aren—. Has sido así desde niño. Siempre moviéndote en las sombras, siempre conspirando.

—Quizás porque sabía que tú te cansarías rápido y te desharías de ello, quizás porque sé que no sabes valorar las cosas como es debido. Lo has tenido siempre todo y lo has desperdiciado. —Había algo de resentimiento en su tono.

Los ojos de Aren ardieron y su aura oscura se movió rápida y afilada hacia Axel. Wynd pudo ver la rabia bullendo en cada ápice de esa aura, pero había más. Emociones ocultas, viejos rencores, había dolor y rabia. Había celos y traición. Y, sobre todo, soledad.

Axel sonrió de un modo casi imperceptible. Justo cuando la oscuridad nebulosa procedente de su mejor amigo estaba a punto de envolverlo, las rocas a su alrededor se movieron para formar una figura humana que contuvo el ataque. Pequeños trozos de piedra volaron con tal fuerza que, al impactar contra la pared, al fondo, se destruyeron en polvo.

La onda expansiva sacudió a los participantes echándolos hacia atrás de sus posiciones al borde de las aberturas.

Nadie quería perderse ni un segundo de lo que ocurría en la batalla.

Wynd levantó el brazo derecho para protegerse los ojos de la lluvia de polvo y escombros.

—¿Tengo razón? —insistió Axel al ver que su amigo no le contestaba—. Tiendes a decepcionar a los que están a tu alrededor, ambos sabemos que no sabes comprometerte con nada, que huyes. Así que simplemente date por vencido de una vez. Demostrar que quieres algo de verdad también significa renunciar a ello si es la mejor opción.

Mientras hablaba, un torrente de rocas fue subiendo desde el abismo hacia él. Era como si las dominase. Wynd nunca había visto un poder igual. Se adhirieron al coloso de piedra haciéndolo más y más grande, tanto que tapó a Aren de la vista de Wynd. Deseaba ver su expresión. Poder averiguar qué pasaba por su cabeza, cómo se sentía.

Aren gruñó. Una advertencia grave, profunda, casi animal, y su aura oscura se movió expandiéndose. El aire se volvió pesado, opresor, y de un momento a otro la oscuridad lo invadió todo. Se escucharon exclamaciones ahogadas de sorpresa y algún que otro grito.

—Este me lo conozco —comentó Axel.

—Yo el tuyo también. Estoy familiarizado con el pedrusco.

Wynd se llevó una mano a la boca para evitar soltar una carcajada. ¿Por qué siempre se le ocurrían los apodos más absurdos? Jamás se habría referido a ese titán por un nombre tan... poco amenazador.

Se oyeron una serie de estallidos que hicieron vibrar las paredes de la torre y sacudieron el suelo. Algunos

participantes y sanadores contuvieron el aliento, sorprendidos y asustados.

Wynd deseaba poder ver lo que estaba ocurriendo.

—Oh, vamos, ya sabes que soy mejor que tú en los duelos —comentó Axel—. Deberías haber prestado más atención en los entrenamientos.

—Tú siempre tan pelota.

Axel soltó una risa musical y grave. Hasta su risa era elegante.

—No siempre ponía todo mi empeño en ganar —contestó Aren con un filo de cabreo en la voz.

—Deberías madurar.

—Y tú puedes chuparme un pie. Y luego sacarte el palo ese que llevas metido en el culo.

El aire se comprimió y se llevó consigo la oscuridad, que se lanzó como rayos hacia el titán de piedra, reduciéndolo a cenizas. Wynd tuvo que hacerse a un lado a toda prisa para esquivar una de las rocas.

Fue entonces cuando Aren la vio. El viento le sacudió la tela de la bata y el pelo hacia atrás. Y él se quedó congelado un momento, observándola. La belleza que encerraba aquella imagen. Y pensó que era lo más parecido a una diosa que había visto nunca.

Algo dentro de su pecho se rompió. Antes solo había sido una suposición, intuición, pero ahora tenía la certeza de que así era.

Y quizás Axel tuviera razón: quizás él decepcionaba a todos los que se acercaban. Porque estaba seguro de que la decepcionaría a ella.

Capítulo 31

Aren extendió los brazos hacia los lados y golpeó el aire con los puños. Su aura oscura se derramó como una cascada embravecida de noche hacia Axel, al que atrapó del cuello y los brazos como si intentase tragárselo.

—¡Ríndete de una jodida vez! —le gritó Aren cabreado.

—¿No quieres hacerme daño? —contestó Axel con tono estrangulado—. Gánatelo.

Aren apretó los dientes y la magia oprimió con más fuerza a su amigo, que hizo una mueca de dolor. Apartó la vista de él un segundo para mirar hacia Wynd, que seguía la pelea entre el asombro y la consternación. La mirada sorprendida y asustada de ella le provocó un dolor lacerante en el pecho.

Los envolvió en la oscuridad para evitar que pudiese verlos y fue hacia Axel saltando de una roca a otra.

—Deja de hacer lo que estás haciendo —le pidió Aren en voz baja. Volvió a apretar los dientes con fuerza y frunció el ceño profundamente, como si le doliese la cabeza.

—¿Qué estoy haciendo? —inquirió Axel.

—No uses tus truquitos mentales conmigo. Te olvidas de que te conozco mejor que nadie.

Axel le dedicó una sonrisa cortés que se deshizo en una mueca de dolor cuando Aren apretó su agarre.

—No te metas en mi camino —advirtió al rubio.

—Es interesante. Solo te pones así cuando tiene que ver con tu padre.

Los ojos le echaban chispas. Los músculos de su mandíbula se movieron cuando la tensó con rabia.

—Esto no tiene nada que ver con mi padre.

—¿Seguro?

Tiró con más fuerza de sus cadenas de oscuridad y Axel soltó un pequeño gemido de dolor. Solo alguien realmente poderoso podía soportar esa presión. Si hubiese sido cualquier otro, le habría partido el cuello hacía un rato.

—¿Has tenido suficiente o todavía no? —gruñó Aren.

—Ha sido muy clarificador —susurró Axel casi sin voz.

Se miraron en silencio. Dorado contra negro, luz contra oscuridad. Los dos tratando de imponer sus voluntades. Hasta que Axel suspiró y soltó una especie de risa dolorida.

—¡Me rindo! —gritó.

Aren deshizo las cadenas de noche que atrapaban a su amigo, quien se llevó una mano al cuello. Lo tenía rojo y surcado por unas marcas púrpuras. Poco a poco fue disipando la oscuridad a su alrededor.

Axel pasó junto a Aren y le puso una mano en el hombro.

—¿Tú también te has dado cuenta de que es especial? —le susurró al oído.

Siguió su camino hacia el puente que iba a la enfermería dejando a un aturdido Aren parado en mitad de lo que quedaba de plataforma.

—Y el ganador del octavo duelo es Aren, por retirada —anunció Thorn.

Herice se acercó a este último y le dijo algo en voz baja que hizo al entrenador sidh asentir. La cuarta general no parecía muy contenta. Se encaminó hacia el centro de la abertura con la boca apretada en una dura línea. Los murmullos se acallaron automáticamente.

—La tercera prueba se reanudará mañana para los diez duelos que quedan, dado que la plataforma está inservible.

Aren, que seguía allí en medio, no se movió. Ni siquiera soltó una risa burlona de las suyas. Estaba mirando hacia abajo con los brazos tensos. El corte de su pecho seguía sangrando lentamente y él parecía no notarlo. Era la imagen de alguien derrotado, en vez de la de un ganador.

Axel bajó por el puente hacia donde estaba Wynd con la sanadora. Estaba claramente malherido, pero aun así sonreía. Parecían haberse intercambiado los papeles, como si el verdadero vencedor hubiese sido él, a pesar de haberse rendido.

Herice extendió todos los puentes.

—Volved por aquí y coged vuestras armas.

Blue levantó el cinturón de Wynd y se lo pegó al pecho indicándole que se haría cargo de él. Ella asintió a modo de agradecimiento, aunque preferiría ir hasta allí y colocárselo alrededor de la cintura. Se sentía desnuda sin él.

Dos sanadoras fueron hacia Axel y comenzaron a inspeccionarlo con cuidado mientras él hacía muecas de dolor. Le ofrecieron una camilla y la rehusó cortésmente.

—Tienes que volver a la enfermería —le indicó la sanadora a Wynd con su voz dulce y calmante.

—Ya estoy bien —dijo la chica, con poco convencimiento.

Axel llegó a donde estaba ella. De cerca, su aspecto era peor incluso. ¿Cómo podía haberle hecho eso Aren? Eran amigos, ¿no? Si era capaz de hacerle algo así a alguien a quien se suponía que quería, ¿qué les haría a sus enemigos?

Los ojos dorados de Axel la recorrieron de arriba abajo.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Eso debería preguntártelo yo a ti —respondió ella con un hilo de voz.

—Tranquila, en un par de días estaré como nuevo.

A Wynd se le quedaron las palabras atascadas en la garganta. Mil preguntas que volaban por su cabeza y que no dejó salir.

Las sanadoras se llevaron a Axel, que parecía a punto de desplomarse. Wynd no dejaba de imaginar qué habría pasado si hubiese sido ella. La habría pulverizado en un segundo. Sus auras eran fuertes, brillantes, poderosas, tanto que mientras peleaban su magia había rivalizado con la de Herice.

Aren lo sabía. Sabía que ella jamás tendría una oportunidad contra él. Y, aun así, le había dejado creer que sí. Que ella podría matarlo si lo desease. Si él no tuviese magia, quizás... En las sesiones de entrenamiento, no había usado ni un diez por ciento de su poder. No creía ni que lo hubiese usado al máximo en el bosque encantado.

¿Qué esperaba? Era el hijo del Deirnas. Algún día sería el sidh más poderoso de toda Abscondita. Algún día regiría sobre Oed y sobre todas las ciudades independientes, algún día decidiría el destino de los simples humanos. Algún día pelearía contra las sombras.

Nana la había mandado a una misión suicida.

Aren bajó el puente con paso firme hacia la enfermería. Pasó por delante de Wynd sin siquiera mirarla y siguió su camino hacia el pasillo.

La sangre de Wynd se convirtió en hielo, y sintió un pequeño dolor en el pecho. Se llevó una mano al esternón y lo presionó con fuerza instándose a dejar de sentirse de ese modo. Estaba cometiendo un error. Estaba sintiendo algo que no debía sentir.

Entró en el edificio y siguió a Aren cabreada.

—¿Qué ha sido eso? —le preguntó.

—¿Qué ha sido el qué?

Wynd se mordió el labio. No iba a preguntarle que por qué la había ignorado. No. Porque eso no le había dolido. No debía dolerle. No podía.

—¿Por qué habéis peleado así? Es tu amigo.

—¿Desde cuándo te importa tanto Axel?

Aren no la miró ni una vez mientras hablaban. Solo siguió caminando hacia delante. Su rostro estaba serio e inexpresivo.

—Me importa... —Cortó la frase a la mitad, antes de decir algo que no pudiese retirar—. Solo quiero saber por qué ninguno de los dos os habéis querido rendir antes.

—Porque quiero la ventaja.

—No la necesitas.

Aren soltó una risa desagradable. Un sonido despectivo. Echó la cabeza hacia atrás y luego la sacudió con incredulidad y chulería.

—¿Qué? —preguntó ella cabreada.

—¿Qué sabes tú, Wynd, de lo que necesito o no?

El tono duro y frío de él la enfureció. No soportaba esa actitud sarcástica y arrogante.

—Ni siquiera entiendo qué haces en estas pruebas. Eres el hijo del Deirnas, ¿para qué quieres entrar a los rhydra?

Aren soltó una risa condescendiente que le puso los pelos de punta a Wynd.

—No tienes ni idea, ¿eh? Los rhydra son independientes, no están bajo la jurisdicción de mi padre. Y no tengo por qué darte explicaciones de por qué hago o dejo de hacer las cosas. Tú nunca me cuentas nada de ti, así que ¿por qué tendría que hacerlo yo?

Wynd lo miró confusa. Aren jamás le había hablado así. Nunca parecía enfadarse realmente; era demasiado despreocupado para ello. Tampoco entendía qué había dicho o hecho para que actuase así con ella.

—¿Qué te pasa? Solo te he preguntado...

—No tengo ganas de hablar en este momento.

Aceleró el paso y se metió en la enfermería dejándola allí con la palabra en la boca.

Wynd cerró los puños. El corazón le latía despacio como si cada pulso le doliese. Deseó quitarse la pequeña esquirra que sentía clavada en él y que la estaba haciendo sangrar lentamente. Deseó arrancarse a Aren del corazón. Borrar de su memoria aquel «No» desgarrador que él había gritado y todas esas cosas que le había dicho y que ahora daban vueltas en su pecho. Deseó sentirse vacía como lo había estado hacía dos semanas. Ahora estaba tan llena de emociones que le pesaba.

No estaba familiarizada con esa clase de dolor y no sabía cómo combatirlo.

Capítulo 32

Wynd se despertó con los ojos verdes de Cordelia mirándola fijamente. Había decidido dormir cerca de ella. No quería estar sola, y menos en aquella enorme sala en la que percibía la presencia de Aren y Axel aprisionándola. No sabía en qué cubículos estaban, pero los sentía como si sus auras lo impregnaran todo.

Dio un respingo, asustada, y soltó un grito ahogado de sorpresa.

—Dioses...

—¿Qué haces ahí? —le preguntó Cordelia.

—¿Cuánto tiempo llevas mirándome? He sentido tus ojos en mis sueños.

—Un rato. Pareces otra persona cuando duermes.

—Ya...

—¿Por qué estás durmiendo en el suelo?

—Porque... —Wynd enrojeció hasta la raíz del cabello—. Porque sí.

—Ajá... Tiene mucho sentido.

Wynd se puso de pie con cuidado. Le dolía todo el cuerpo. Estaba acostumbrada a dormir en sitios incómodos, pero después de probar la enorme cama de su habitación y el mullido sofá de terciopelo, su cuerpo echaba de menos algo blando.

Se sentó en el borde de la cama de Cordelia, que tenía mucho mejor aspecto. Todavía no le habían desaparecido las marcas moradas del cuello. Un recordatorio de lo cerca que había estado de la muerte.

—¿Cómo estás?

—La verdad: bastante bien, mejor de lo que cabría esperar.

Wynd asintió en silencio.

—Te oí —susurró Cordelia.

—¿Qué?

—Cuando Nos me estaba ahogando, te oí pedirme que me rindiera. Te oí gritarle que parase.

Wynd desvió la mirada sintiéndose tímida.

—¿Ah, sí?

Cordelia se incorporó y envolvió en sus brazos a Wynd, que se quedó rígida como un bloque de piedra. No estaba acostumbrada a que la abrazasen. En realidad, desde Meridia nadie la había abrazado; nadie hasta Cordelia, que por lo visto era muy dada a ello. Para Wynd, el contacto físico era algo invasivo, algo que solo se permitía experimentar cuando estaba peleando. Era una agresión a su intimidad, era una invasión a su cuerpo.

El aire se le quedó atascado en los pulmones. Trató de reprimir las ganas de apartar a Cordelia. No era algo malo, se dijo para calmar su ansiedad. Era curioso, porque Aren la había tocado muchas más veces, dado que no tenía ningún respeto por el espacio personal de los demás. Pero con él no había sido así, con él su cuerpo había reaccionado de otra forma distinta. Intimidante sí, pero de otro modo. De un modo que le había acelerado la sangre de tal forma que...

No, pero eso no importaba ahora.

—Gracias por ser mi amiga —le dijo Cordelia.

¿Amiga? Wynd giró la cara para mirarla. Frunció el ceño confusa. ¿Amiga? Sí, bueno, probablemente lo eran. Dos emociones lucharon dentro de ella: unas ganas tremendas de echarse a reír de la emoción ferviente que sentía, y el terror de descubrir que se estaba saltando todas las normas de Nana.

Le dio una palmadita en el hombro con cuidado y se echó hacia atrás. Ese pequeño gesto era el máximo cariño que se podía permitir expresar.

—¿Por qué no te rendiste antes?

—A ver, no me malinterpretes, pero no quiero que seas la única del grupo que impone. Yo también quiero ganarme el respeto de los demás. Sé que piensas que soy una persona bondadosa, y lo soy, no pretendo cambiar mi forma de ser. Pero sé que la gente me mira y me infravalora, que piensan que por ser una chica alegre y cariñosa soy más suave, menos peligrosa, que no tengo la fuerza suficiente para pasar estas pruebas. No quiero que nadie me subestime.

Wynd parpadeó. Jamás se había planteado nada parecido. Era cierto que a ella jamás le había preocupado su aspecto ni cómo se proyectaba a los demás. Pero no porque fuese una chica, sino porque nunca había tenido el tiempo, la energía o la forma de preocuparse por ello. Wynd había tenido que agarrarse a la vida para sobrevivir, y cuando uno tiene que rascar en lo más bajo para encontrar su sitio, no hay lugar para trivialidades.

Y mientras crecía en casa de Nana, solo se preocupó por eliminar su presencia, por camuflarse con el entorno y por

encontrar el modo de ser invisible. Tan invisible había aprendido a ser que lo era incluso para sí misma.

—Mírate, nadie jamás dudaría de tus capacidades.

—¿Por qué? ¿Qué aspecto tengo? —preguntó Wynd.

Cordelia frunció los labios y los movió a izquierda y derecha. Parecía un roedor pensativo.

—Das un poco de miedo. Quiero decir, eres preciosa. Mientras te miraba durmiendo, me he dado cuenta de que podrías parecer la persona más inocente e inofensiva del mundo, de que incluso tienes el aspecto de un hada. Pero en cuanto abres los ojos...

—Lo dices por esto —dijo Wynd señalándose el anillo oscuro de su ojo izquierdo.

—Sí, pero también por tu forma de mirar. Miras al mundo como si fuese algo hostil, y más cuando te pones esa sombra oscura.

Cordelia se estremeció con una sonrisa.

—Es *sexy* y también parece que viene la muerte en persona a visitarte.

—Me la pongo porque con la capucha me ayuda a camuflarme mejor en la oscuridad —le aclaró Wynd.

—No me extraña que él esté tan obsesionado contigo.

—¿Quién?

—El príncipe oscuro —comentó Cordelia con una media sonrisa que avergonzó a Wynd.

Ella tensó los hombros y negó vehementemente. No. No era verdad. De hecho, fue pensar en él y recordar la conversación que habían tenido la noche anterior. Unos fuertes deseos asesinos la recorrieron. El muy imbécil. Después de que había sido él quien se había pegado a ella,

el que no la había dejado en paz, el que la había obligado a aceptar su presencia, a entender que... que se preocupaba por ella. Le había metido todas esas ideas estúpidas en la cabeza y ahora se comportaba así.

Apretó los dientes.

—No es cierto. Y no quiero hablar del tema. Es un rotundo no. Ni él siente nada por mí ni yo por él. Y no hay más que hablar. Es absolutamente imposible. De principio a fin. Jamás pasará. Jamás. De hecho, es lo más estúpido y descabellado que he oído en mi vida. —Soltó una risita nerviosa—. Yo nunca... Yo no puedo...

Se agarró la tela del vestido con el puño y se mordió la lengua. No debía revelar más de lo necesario. Ya había dicho demasiado.

Cordelia la miró con cierta tristeza y Wynd se sintió incómoda. No era algo por lo que su amiga debiera compadecerse. Antes de que pudiese continuar con ese tema, decidió cambiar de asunto.

—Por cierto, me pareció increíble lo de las chispas, un recurso muy inteligente.

—¿Qué? —preguntó la pelirroja, desconcertada.

—Lo que hiciste para rendirte.

Cordelia frunció el ceño, claramente perdida, pero en ese momento una de las sanadoras entró en el cubículo descorriendo las cortinas.

—Buenos días —susurró con su voz sedante.

Se puso a examinar el cuello de Cordelia y le aplicó un ungüento blanquecino sobre las líneas moradas.

—¿Puedo irme ya? —le preguntó Wynd, que estaba deseando recuperar a Sombra y a Muerte.

La sanadora la observó, le puso las manos en las costillas y le inspeccionó la pierna y el brazo heridos. Lo hizo con sumo cuidado y atención. Sacó un tarrito con un líquido dorado de la túnica.

—Bébetelo cuando desayunes.

—¿Dónde está mi ropa?

—Te la deben de haber dejado en tu habitación.

Wynd asintió.

—Una de mis compañeras te acompañará hasta tu planta.

—Nos vemos arriba —se despidió Wynd de Cordelia.

Estaba deseando salir de aquella sala. No quería hablar más del tema de Aren y sus sentimientos. ¿Por qué les gustaba tanto hablar de emociones a Blue y a Cordelia? Era algo que le ponía los pelos de punta. Además, no sabía si él seguía allí y necesitaba estar lo más lejos de él en ese momento.

Se sentía demasiado confundida por el dolor que le presionaba el pecho, cada vez que pensaba en la conversación que habían tenido la noche anterior y en la forma en la que él se había ido sin mirar atrás, dejándola allí. Su frialdad, lo distante que se había mostrado... Como si no fuese el mismo Aren.

Sacudió la cabeza intentando disipar esos recuerdos.

«Imposible», pensó. Era absolutamente imposible para ella.

Capítulo 33

Antes de ir al comedor, Wynd pasó por su habitación para recuperar sus cuchillos y ponerse algo de ropa. Le habían arreglado y lavado el equipo de combate. Aunque optó por unos pantalones cómodos de algodón y una camiseta. No era su estilo habitual, pero le dolía todo el cuerpo.

Blue no estaba allí. Imaginó que ya estaría desayunando. Le habría gustado bajar a toda prisa, pero todavía se sentía algo dolorida.

En el comedor, podía diferenciarse claramente quiénes habían ganado la prueba y quiénes no: los primeros parecían triunfales y relajados; la rabia y la derrota se reflejaban en los ojos de los otros. Asombrosamente, no había muerto nadie, al menos de momento. Algunos habían acabado en la enfermería gravemente heridos, pero nada más.

Era fácil, también, distinguir a los que estaban nerviosos esperando a sus combates de esa noche. Entre ellos Blue. Su pelo azul normalmente peinado en ondas ascendentes, que imitaban el movimiento de las olas, caía hacia abajo. Tenía unas ojeras enormes y le temblaban ligeramente las manos.

Wynd se sentó a su lado y se sirvió un cuenco enorme de sopa que se puso a devorar ávidamente. Blue la miró

arqueando las cejas.

—¿Qué? —preguntó ella con la boca llena.

—Ya podrías ser más delicada.

—Tengo hambre.

—Ya lo veo.

—Anoche casi me muero —reflexionó ella en voz alta—.

Creo que tengo derecho a comer.

—En eso te doy la razón. Estás en los huesos, chica fría.

Wynd puso los ojos en blanco y siguió comiendo. Blue decidió esperar pacientemente a que terminase, pero cuando ella se rellenó el cuenco por segunda vez, su limitada paciencia se agotó.

—Bueno, ya basta. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

—¿Ah, sí?

—Como tú misma has comentado: anoche casi mueres.

—Yo y otros tantos.

—No tiene gracia.

—Sí que la tiene.

Blue lo consideró un segundo y luego sonrió divertido.

—Un poco sí. Aunque menos si pienso que esta noche me toca a mí.

Wynd dejó la cuchara a mitad de camino entre el plato y su boca. Sintió un pequeño nudo de ansiedad.

—No seas como Cordelia y yo: ríndete en cuanto veas que la cosa se pone complicada.

—¿Me ves cara de querer morir? —Se señaló a sí mismo—. La palabra «cobarde» no significa nada para mí. Y eso del héroe que se sacrifica no va conmigo, yo soy más bien

el que huye a la primera de cambio. Soy joven y guapo, y planeo tener una vida larga.

—¿Y qué haces aquí?

El brillo alegre de los ojos de Blue se apagó un momento, dando paso a algo oscuro. La sonrisa se le quedó colgando en los labios, pero Wynd notó que era algo vacío, que no era más que una máscara.

Tardó unos segundos en recomponerse y se encogió de hombros como si nada.

—Los rhydra tienen una vida cómoda, muchas riquezas, una buena posición social.

—Sí, y también pelean para defender a los demás de las bestias del caos. Son héroes que se sacrifican —apuntó ella.

—¿Y por qué estás tú aquí? —contraatacó él.

Wynd le dedicó una sonrisa lobuna, una de esas en las que se veían sus colmillos.

—Ya sabes que me encanta matar. Es mi trabajo soñado.

Blue no pareció muy convencido con su explicación, pero no presionó más. Estaba claro que ninguno de los dos estaba siendo totalmente sincero.

—¿Has visto a Cordelia?

—Sí. Estaba bien... Detesto a esa tía.

—¿A quién?

—A Nos.

—Espero que no me toque el tercer integrante del trío oscuro.

Wynd apartó el cuenco de sopa. Estaba llena. Sacó el frasquito de líquido dorado que le había dado la sanadora y se lo tomó. El brebaje bajó suavemente por su garganta. No tenía ningún sabor y su textura era ligera, entre la del agua

y el aceite. Al instante, una calidez reconfortante se fue anudando en su cuerpo. Soltó un suspiro de placer.

—¿Dónde está tu sexy y oscuro escudero? —preguntó Blue.

—No, por favor, tú también no. Estáis realmente obsesionados con... él.

Su nombre le raspó en la garganta, le quemó en la lengua y se encontró sintiendo ese estúpido e injustificado dolor otra vez. Tanto que no fue capaz de pronunciarlo. Cada vez que pensaba en él se sentía ansiosa.

—Claro que lo estoy, ¿lo has mirado bien? Porque yo lo haría a todas horas. Lo miraría mientras hace cualquier cosa, puede que sea mi nuevo pasatiempo favorito.

—Estás mal de la cabeza.

—No, tú estás mal de la cabeza.

Wynd se levantó deprisa y se encaminó a la puerta tratando de huir de aquella conversación, pero Blue la siguió raudo. Era demasiado tentador y divertido verla perder la compostura.

—¿Cómo puede no gustarte?

—Porque puede.

—Oh, venga ya. Es que ni tú misma te crees lo que dices. Sí que te gusta, se nota muchísimo.

Wynd se giró hacia él. La mirada de pánico en sus ojos hizo que Blue se callase. Jamás había visto a Wynd con una expresión semejante. Ni siquiera en el bosque de sombras. No era miedo, era terror. Un terror silencioso.

—¿Qué pasa? —le preguntó.

—No es cierto. No se me nota porque no es verdad. No quiero que volvamos a hablar del tema.

—¿Por qué te pones así?

—Porque yo jamás... —Apretó los puños—. Estoy harta de este tema. Quiero que lo entendáis de una vez: yo nunca, jamás, me enamoraré de él. Ni de nadie. Espero haberlo dejado claro.

—¿Por qué?

—Porque no puedo y porque no quiero.

Blue quiso seguir preguntándole por qué no podía, pero Wynd temblaba de rabia y parecía estar a punto de lanzarle un puñetazo si seguía presionándola.

—Voy a la biblioteca —dijo, y se largó por el pasillo sin darle oportunidad de seguirla.

Le habría gustado más ir a apuñalar muñecos a la sala de entrenamiento, pero se sentía cansada, seguramente a causa del brebaje sanador. No era tan estúpida como para desgastarse y hacerse daño, necesitaba estar al cien por cien para la siguiente prueba, fuera cuando fuese.

Le habría encantado que Axel continuase con la historia del rey Finvannah, pero estaba segura de que seguiría en la enfermería recuperándose. Quizás Lebhar tenía uno de esos días charlatanes y aparecía de entre las sombras para intrigarla con alguno de sus comentarios.

Aquel día estaba nublado y tormentoso, por lo que no había mucha luz. En cuanto se alejó lo suficiente de la zona del comedor y las escaleras, se encontró sola y el silencio la envolvió. Casi nunca había nadie por allí. Fue por eso por lo que el sonido de unos murmullos le llamó la atención.

Distinguió una voz femenina. No podía entender lo que decía, pero el tono parecía de enfado. No veía quién era porque estaba al otro lado del pasillo, doblando la esquina.

Se acercó sigilosamente tratando de no alertar de su presencia. Un defecto de profesión.

Justo cuando estaba a punto de asomar la cabeza, escuchó una voz que hizo que se le parase el corazón. Ni siquiera habría sabido responder por qué ese tono, esa cadencia, ese sonido único la hacían reaccionar así. Simplemente le parecía la voz más bonita, atrayente y especial que había escuchado jamás. Y daba igual cómo y dónde, siempre sabría quién era su dueño.

Se quedó quieta. La respiración contenida.

Aren.

—Hice lo que tenía que hacer. Lo tengo todo controlado, ¿vale? Sé lo que me hago.

La chica dijo algo o hizo un sonido de incredulidad. Wynd no estaba segura porque no estaba familiarizada con esa voz lo suficiente como para entenderla mientras murmuraba.

—Tú límitate a hacer lo que te toca.

Ella le dijo algo que sonó parecido a «padre» o «madre».

—Haz lo que quieras. Nadie se dio cuenta.

Wynd se pegó más a la pared. ¿Con quién hablaba? Y más importante: ¿de qué? Quería asomarse e intentar ver a la chica misteriosa. Todo aquello parecía muy extraño. Nunca había visto a Aren relacionarse con nadie más que con ella y Axel. Era cierto que los demás sabían quién era él, pero nadie parecía conocerlo personalmente.

Y si así era, nadie lo había demostrado.

Pero antes de que pudiese siquiera intentar asomarse, oyó los pasos de él acercándose. Durante unos segundos, su cuerpo entró en estado de alarma. Un colapso

momentáneo mientras decidía qué hacer. Si se quedaba allí, la vería. Quizás la sorpresa le diese ventaja para averiguar qué tramaba, quizás la cara de él delataría algo. Sin embargo, prefería guardarse aquello para ella, eso le daría la oportunidad de saber más antes de que él pudiese inventarse cualquier excusa.

Echó a correr hacia atrás por el pasillo a toda velocidad, lo más rápido y sigilosamente que pudo, y cuando ya se había alejado lo suficiente, se detuvo, dio la vuelta y comenzó a caminar lentamente hacia la biblioteca.

Aren giró en ese momento la esquina y se frenó al verla. Sus ojos brillaron con fuego líquido. Giró la cabeza hacia el otro lado del pasillo, avisando a quien quiera que estuviese allí para que se largase por otro lado o para que se escondiese.

Cuando llegaron a la misma altura, ella siguió su camino esperando que quizás él le dijera algo. Pero Aren pasó sin siquiera mirarla.

Y, aunque trató de frenarlo, el dolor de su pecho se sintió como un abismo infinito y sin final.

Capítulo 34

A la puesta de sol, todos los participantes que no estaban en la enfermería se reunieron en el vestíbulo para regresar a la plataforma. Unos preciosos rayos recorrían el cielo reflejado en el techo de la Academia. Los destellos de luz iluminaban intermitentemente sus caras.

Sorprendentemente, Axel estaba allí. No parecía recuperado del todo; todavía podían verse las líneas púrpuras en su cuello y algunos moratones más en su cara. Pilló a Wynd observándolo y le dedicó una sonrisa y un pequeño asentimiento a modo de saludo.

Herice y Thorn miraron la hora en el enorme reloj de la pared y, justo en el momento en el que el sol se puso completamente, echaron a caminar escaleras abajo. Esa noche ninguno de los participantes llevaba armas, conscientes de que no podrían usarlas. Pero Wynd se había negado a separarse de sus cuchillos.

—Veo que has salido antes que yo —le dijo Axel con su tono musical.

A veces le recordaba a un ronroneo.

—Estoy bien. Bastante mejor que tú, si me permites que te lo diga.

—Oh, ya lo sé. He tenido que escaparme prácticamente. No querían que me marchase, pero estar allí es tan aburrido

que estaba comenzando a deprimirme. Prefiero terminar mi convalecencia fuera de la enfermería.

—Hola, soy Blue —se presentó con una sonrisa pícaro este, que se había unido a ellos.

—Encantado, soy Axel.

Wynd pudo ver como su amigo babeaba al ver la perfecta sonrisa de caballerosidad que le dedicó el otro mestizo. Axel era la persona con los mejores modales que había conocido jamás. Lo era sin ser empalagoso o remilgado, simplemente parecía rezumar una elegancia natural inalcanzable.

—Ya me sé tu nombre. No hay nadie aquí que no lo sepa, por supuesto.

Axel soltó una risa musical. A Wynd le hizo gracia el flirteo descarado de Blue. Aunque aquella conversación no consiguió distraerla del todo del agobiante peso que sentía dentro de su pecho. Observó a la multitud buscando a la posible chica misteriosa con la que había hablado Aren, que iba unos metros detrás. Solo.

De los treinta y seis que quedaban, trece eran chicas. Demasiadas candidatas. Solo podía descartar a Cordelia, porque conocía su voz lo suficiente como para reconocerla y porque estaba en la enfermería junto con algunas más. Y quitándose a ella misma, quedaban siete. Siete posibles chicas misteriosas.

No había dejado de darle vueltas a cada palabra de las que había oído, intentando encontrarles sentido. Solo tenía claro que Aren y esa chica se conocían de antes, pero no sabía qué había querido decir él con «Limítate a hacer lo que te toca».

—¿Has ido esta tarde a la biblioteca? —le preguntó Axel, sacándola de sus cavilaciones.

—Sí. Lebhar ha vuelto a silbar. —Se estremeció y soltó una risa.

—Quería ir y llevar el libro, pero no me dejaban salir.

Los ojos de Wynd brillaron. Sentía verdadera curiosidad por la historia. Tanto que incluso había comenzado a soñar con el rey.

—Si quieres ma...

Herice frenó la marcha y golpeó la puerta, que se abrió con un chasquido. El fuerte sonido de la lluvia inundó el corredor. Wynd levantó la vista al cielo mágico y vio las nubes de tormenta descargando. Había echado de menos la lluvia mientras estaba encerrada allí. Aunque podía ver el cielo, no podía sentirlo.

Los combates de esa noche iban a ser complicados. El cielo estaba totalmente cubierto y solo lo iluminaban los rayos intermitentes. El agua caía implacable y fría. Estaban a unos días de iniciar el undécimo mes del año.

Herice y Thorn ocuparon su lugar de la noche anterior y procedieron a anunciar el primer duelo. El ambiente era extraño: tenso y distendido a la vez. Los que ya habían peleado estaban relajados, y los que no, andaban bastante nerviosos por la espera y la incertidumbre.

La primera pareja subió a la plataforma. Se habían dado prisa en reconstruirla. Las piedras eran más oscuras y estaban más lisas que las viejas, lo que en realidad era una desventaja porque con la lluvia resbalarían muchísimo más.

Blue observaba con detenimiento el combate. Prácticamente ni parpadeaba, grabándose cada paso en

falso que daban los participantes.

Efectivamente, a los pocos minutos Wynd confirmó que sus suposiciones eran ciertas. La pelea se volvió sangrienta y encarnizada. Daban golpes chapuceros pero brutales. La plataforma comenzó a teñirse de rojo. Parecía que ambos contrincantes, ansiosos, tenían prisa por terminar aquello.

Finalizó con uno de ellos rindiéndose después de que el otro lo dejase prácticamente inconsciente tras golpearlo repetidas veces contra el suelo.

Blue se tensó, pero no le tocó a él. Las peleas fueron lentas, cansadas, se convirtieron en un espectáculo grotesco. Una forma de recordarles el mundo hostil en el que habían decidido entrar. No es que Wynd no estuviese acostumbrada a ver cosas semejantes. Aunque en casa de Nana aprendían a pelear de una forma más limpia, allí primaba la rapidez y la certeza, ser efectivo y eficaz. Y en particular, ella era partidaria de cuanto menos sangre mejor.

Ver aquello le estaba revolviendo el estómago.

En la quinta pelea, se enfrentaron dos chicas. Una de ellas con el pelo verde del color del musgo. La otra le recordó a una rata asustada. Las miró detenidamente, pensando si podrían ser la chica misteriosa de aquella tarde. Buscó a Aren para comprobar si mostraba alguna emoción de nerviosismo con la idea de perder a su ¿compañera?, ¿amiga?

Estaba apoyado en una pared del fondo con los brazos cruzados. Parecía tremendamente aburrido y nada más. Sus facciones estaban quizás un poco más serias y duras que de costumbre.

¿En qué momento había pasado a conocerlo tanto como para notar esos cambios tan sutiles?

Él apartó la mirada de la plataforma y la desvió hacia ella, como si hubiese notado sus ojos examinándolo. Nunca nadie había sido capaz de transmitirle sensaciones térmicas sin tocarla, como lo hacía él. Los ojos de Aren, esos ojos del azul más azul, podían quemarle la piel, podían envolverla en un abrazo o podían helarle la sangre.

Pero esa vez no fue nada de eso. Esa vez, lo que le hicieron sentir fue desasosiego, porque él parecía torturado, dolido. La ahogó una sensación de oscuridad, como estar al borde de un abismo.

Un golpe seco y el grito de una de las chicas la hizo volverse hacia el combate. La chica de pelo verde le lanzó un golpe a la que parecía una rata asustada, que trastabilló hacia atrás doblándose por el estómago. Perdió el equilibrio al resbalarse y dio varios pasos tratando de no caerse al suelo. Momento que la otra aprovechó para lanzarle otro golpe.

La multitud contuvo el aliento. Fue como si vieran lo que iba a ocurrir un momento antes de que pasara. La chica rata se vio lanzada hacia atrás y perdió el equilibrio. Hizo un par de aspavientos con los brazos, pero era tarde: el suelo era una pista de patinaje y no tenía espacio para recuperarse. Sus pies se toparon con el borde la plataforma y se cayó al abismo lanzando un grito. Ni siquiera le dio tiempo ni espacio a agarrarse. La oscuridad se la tragó y se hizo el silencio.

Durante unos segundos, nadie se movió, nadie dijo nada, incluidos Herice y Thorn. La chica de pelo verde parecía

consternada. Su pecho subía y bajaba y sus ojos estaban tan abiertos que parecían a punto de salirse de las cuencas. Pánico.

La primera muerte de la prueba.

Y no sería la última.

Después de aquello, las siguientes parejas se mostraron más cautelosas. Peleaban muy cerca y lo más alejados posible del borde. El perdedor de la séptima pareja perdió un ojo y la del octavo combate tuvo que rendirse porque estaba desangrándose por el abdomen. Las túnicas blancas inmaculadas de las sanadoras se tiñeron de sangre al llevársela.

Cuatro personas; dos parejas más y se habría terminado. Blue tenía sangre en los dedos de tanto que se había mordido las uñas. Fue como un presagio: algo le dijo en los huesos que era él, que era su turno, y de ese modo se puso de pie antes incluso de que pronunciaran su nombre.

Wynd le cogió la cara con las dos manos, haciendo caso omiso a esa pequeña incomodidad que le producía tocar a las personas. Aquello era más importante.

—Hagas lo que hagas, sal vivo de ahí —le pidió.

Blue movió los ojos turquesa comidos por sus pupilas dilatadas. Las franjas atenuadas resplandecieron. Le dedicó un guiño juguetón y se volvió hacia Herice.

—El noveno duelo será de... —El papel se prendió mostrando el nombre—. Blue y... —Sacó el siguiente que ardió en un destello de chispas—. Hallrd.

A Wynd le habría gustado sorprenderse, le habría gustado cabrearse; pero lo cierto era que se lo esperaba. Algo le decía que iba a ser él. Habían tenido la peor suerte posible

en los emparejamientos y, por supuesto, no esperaba que la pelea de Blue fuese a ser un paseo. No sabía por qué, pero algo dentro de ella se lo decía.

—Recuerda: ríndete —le susurró Wynd.

Pudo ver un ligero temblor en los hombros de Blue mientras se encaminaba al centro de la abertura. Hallrd se movió despacio y sonriente. Tenía la misma cara de bobo que su hermano.

Wynd les dirigió una mirada de asco a los otros dos integrantes del trío oscuro. Nos le dedicó una mirada fría y despectiva en respuesta, pero Arth esquivó sus ojos de manera huidiza.

Aren dio un par de pasos separándose de la pared en la que estaba apoyado para ir hasta ella, pero se frenó al ver que Axel se acercaba a Wynd. Se inclinó para hablarle al oído y le dijo algo en voz baja que hizo que ella relajara los hombros.

Aren apretó los puños con fuerza y apartó la mirada de ellos, volviendo a donde había estado. Una parte de él sabía que se lo había buscado después de cómo la había tratado la noche anterior. Pero cada vez era más consciente de que estaba cruzando una línea que no debía. Él mismo se estaba enredando en su propia red. Lo que había empezado como una misión en teoría simple, había mutado en algo mucho más peligroso y complejo.

Blue y Hallrd fueron hasta la plataforma y se colocaron a una distancia prudencial. La lluvia era tan fuerte que difuminaba sus figuras. Los rayos los iluminaban intermitentemente.

—Preparaos —los previno Thorn—. ¡Que comience el noveno duelo! —gritó.

Y ambos salieron disparados hacia el otro, envueltos en sus auras. Wynd contuvo el aliento y cerró las manos con fuerza hasta que notó la punzada de sus uñas clavándosele en la piel.

Tuvo la certeza inequívoca de que uno de los dos no saldría vivo de esa plataforma.

Capítulo 35

Hay momentos en los que te paras y piensas: «¿Cómo he llegado hasta aquí?». Y tratas de encontrar el punto de inflexión, el segundo exacto que te hizo llegar hasta allí. Y trazas el camino de todas las decisiones que tomaste e intentas averiguar qué habría ocurrido si hubieses dicho no, en lugar de sí, si hubieses aparecido más tarde o más temprano, si hubieses variado tu respuesta, si te hubieses tragado tus sentimientos o si los hubieses expuesto en vez de callártelos.

Pero lo cierto es que, sea como sea, ahí estás. Y por mucho que lo desees, esa es tu realidad, y no hay forma de escapar, de deshacerla, de salir de ella.

A Blue, el miedo le salía por todos los poros. Miedo de perder, miedo de mostrarse a sí mismo, miedo de no poder llegar hasta el final, de morir en el intento, de no poder cumplir sus promesas. Miedo, en definitiva.

«No es de cobardes tener miedo. Es de valientes enfrentarlo», pensó Blue.

Aquella noche de tormenta de mediados de otoño, mientras el agua caía iluminada por los rayos, y las estrellas y la luna eran invisibles. Aquella noche en la que el cielo no era más que un mar de oscuridad, Blue abrió los ojos y decidió que no dejaría que los fantasmas que habitaban en

su mente lo destrozaran más que Hallrd. No se daría por perdedor antes de serlo.

Su peor enemigo era él mismo. Y a quien tenía que vencer no era a quien tenía enfrente, sino a sí mismo.

Se pasó el dorso de la mano por la nariz y la sangre le manchó la mejilla. Apoyó los codos en el suelo y se levantó.

Hallrd lo observó con los ojos inyectados en sangre. Lleno de rabia homicida. Jamás permitiría que un mestizo como Blue le ganase; es más, se sentiría honrado de librar a los sidh de alguien como él.

Wynd, al borde de la abertura, agarró sus cuchillos con fuerza. Sus ojos buscaron entre la multitud. No sabía qué quería encontrar o a quién. Quizás algo que le diese consuelo. Quizás algo que acallase las voces de su intuición, las que le decían que aquello no iba a salir bien.

Colisionó con los ojos de Aren. Inmediatamente, la presencia de él la envolvió. Sus dedos apretaron las empuñaduras de metal, deseosos de sostenerse a otra cosa, a algo que les devolviese la calidez.

Hallrd cargó contra Blue. Su aura de piedra cayó sobre él como una avalancha que trató de aplastarlo. Golpeaba con una fuerza letal el escudo de agua ondulante de su contrincante.

En la distancia siempre es más fácil observar las cosas. Te consume la impotencia, te consume la idea de que tú sabes qué hacer. O, al menos, encuentras que desde la barrera es más sencillo descubrir la solución, la salida, el modo correcto de enfrentarte a algo. Pero también es más complicado si la persona que está ahí es alguien a quien

quieres, porque es difícil ver a los seres amados sufrir y no poder hacer nada por ellos.

Wynd quería gritarle a Blue qué hacer. Quería decirle dónde golpear a Hallrd, dónde estaban sus puntos débiles. Y en eso también había valentía: en saber que había batallas que no eran suyas, batallas que no podía librar por los demás. Admitirlo. Reconocer que había cosas que escapaban a su control y que, en el momento en el que había dejado que otros entrasen en su vida, cada vez tendría más incertidumbre y menos certezas. Eso también era valentía. Y esa era una lección que Wynd acababa de aprender.

Blue se quitó los guantes de las manos y los tiró al suelo. Sus orejas se hicieron más pequeñas y se pegaron a su cabeza, al igual que lo hizo su nariz. Sus ojos se rasgaron y se alargaron ligeramente hacia los laterales. Y en sus manos aparecieron membranas.

Algunos se encogieron de disgusto al verlo. Incluso Herice arrugó ligeramente la nariz.

—Eres una abominación. No mereces el nombre de sidh —le escupió Hallrd—. No deberían dejaros vivir. Yo os mataría en el momento en el que nacéis para que no ensuciéis nuestra raza.

Blue agarró las gotas de lluvia entre los dedos de sus manos. Cerró los puños y luego los abrió lanzándoselas a Hallrd como pequeñas cuchillas que se le clavaron en el rostro.

Wynd parpadeó confusa. Blue había cogido el agua y la había manejado a su antojo. La había propulsado con tanta fuerza que el agua había cortado la piel del sidh. Eso no

había sido magia, ni un ápice de su aura había hecho nada. Era una habilidad de su mitad ondina, reconoció fascinada.

El rostro de Hallrd, lleno de pequeños cortes sangrantes, se contrajo en una mueca de asco y rabia. Soltó un gruñido enfadado y saltó hacia Blue, que volvió a atrapar el agua en sus manos, tanta como para hacer una burbuja, y se la lanzó como un torrente.

Hallrd cayó hacia atrás cuando el líquido entró en su garganta y su nariz, ahogándolo. La presión era tan fuerte que resultaba difícil luchar contra ella. La necesidad de respirar lo obligaba a intentar coger oxígeno, pero lo único que conseguía era meter aún más agua dentro de sus pulmones.

Blue se quedó sin agua y retrocedió un par de pasos para cargarse de nuevo. Hallrd se puso de lado y tosió. Parecía un insecto boca arriba intentando darse la vuelta.

Clavó los codos en la piedra y se puso de pie tambaleándose. No le importó, no dudó, simplemente echó a correr hacia Blue con todas sus fuerzas. Con el rostro desfigurado por la sed de venganza, por el orgullo herido.

Lo alcanzó lanzándolo hacia atrás. Ni siquiera le dio tiempo a defenderse. Ambos volaron unos metros y rodaron por el suelo. Hallrd apretó una de sus rodillas sobre las costillas de Blue, que gritó de dolor. Le cogió la cabeza con ambas manos y, mientras gruñía enfurecido, desquiciado, loco, se la estampó contra el suelo, una y otra y otra vez.

Wynd se llevó una mano a la boca para evitar gritar. Le temblaron las rodillas.

«Lo va a matar», «lo va a matar», «lo va a matar», chillaba todo su interior.

Blue alcanzó con las manos el cuello de Hallrd y lo apretó hasta hundirle la nuez. El enorme sidh intentó que lo soltara dándole manotazos. Blue estaba mareado, desorientado, probablemente debido a la conmoción. Intentó encontrar la forma de hablar, pero su boca no funcionaba.

—¡Maldito mestizo! —le gritaba Hallrd—. Estás muerto.

El mundo era una nebulosa oscura, púrpura, roja y azul. Una plataforma de piedra fría suspendida a metros de un final que no existía. Una noche perpetua. Una lluvia que era implacable, como una guillotina de acero. Allí estaba, ese momento exacto en el que te preguntas: «¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿En qué momento mi vida dejó de estar centrada en cosas buenas —en amor, en cariño, en luz, en calidez...—, para ser una vorágine de destrucción, muerte, dolor, venganza, sangre y brutalidad? ¿En qué momento me convertí en todo aquello que temo?».

Hallrd agarró la mano izquierda de Blue con sus dos manos y la retorció en un ángulo imposible. El chasquido rompió la noche, las paredes devolvieron el eco tenebroso. Fue un sonido tan crudo que podía palparse, que hizo estremecerse a los participantes, que les erizó el vello.

Y aún más angustioso fue el grito desgarrador de dolor puro, visceral, que salió de Blue. Su mano quedó colgando del brazo, unida por piel y musculo. La espalda de Blue se curvó mientras su cuerpo se retorció en espasmos de dolor que eran como latigazos.

—¡Blue! —chilló Wynd.

Hallrd sonrió. Su rostro, iluminado por un rayo, parecía una máscara, desfigurado por el placer, por la maldad, por el odio. Verdadero odio.

Y Wynd recordó por qué ella misma los odiaba tanto, por qué había jurado acabar con ellos, por qué nunca se había arrepentido de matar a ninguno. Y, por un momento, se olvidó de todo lo que había sentido la noche anterior y lamentó haberle perdonado la vida a Arth. Los sidh eran una especie egoísta, una especie que no perdonaba lo diferente, que solo perseguía una perfección inalcanzable y que se consideraba por encima de todos los demás. Tanto, que creían tener el derecho de decidir sobre quién merecía vivir o morir.

Blue seguía retorciéndose de dolor cuando Hallrd, henchido de placer, de gozo, de gusto, se preparó para partirle el cuello; para desencajárselo al igual que había hecho con su mano.

—¡Blue! —volvió a gritar Wynd, desesperada.

Blue luchó por salir de la confusión de su mente, por respirar fuera de ese fuego que era el dolor en cada célula de su ser. Ese dolor que lo estaba consumiendo por dentro. Nunca había sentido nada igual.

—¡BLUE!

El grito completamente desgarrador de Wynd se coló en la vorágine de su mente, a través del dolor punzante de su cabeza, del pitido de sus oídos, y del fuego de su mano destrozada.

Sintió el aliento de Hallrd en su cara. El putrefacto aroma de la muerte. El final.

—M... —Sus labios no se movían como deseaba—. Mmme... me rin... Me rin...

Hallrd siguió acercándose hacia él hasta que su frente chocó con la de Blue. Deseó que se le grabase su cara, que

fuese la última imagen que se llevase a la muerte: su cara sonriendo mientras lo mataba.

—Me rindo —susurró Blue apenas moviendo los labios, y bajito. Tan bajito que solo su contrincante lo oyó.

Se dejó caer hacia atrás con los brazos abiertos y cerró los ojos, perdiendo la consciencia.

Hallrd lo miró arqueando la boca con disgusto. Se quedó congelado un segundo procesando sus palabras. El mestizo se había rendido en el último momento. Se echó hacia atrás, decepcionado y enfadado consigo mismo. Tendría que haber sido más rápido.

—Cobarde de mierda.

Se puso de pie esperando que Herice abriera los puentes y que Thorn anunciase al ganador. Se colocó en el centro de la plataforma mirando hacia la abertura. Sonrió satisfecho hacia su hermano y Nos. No había podido matar al mestizo, pero le había arrancado una de esas manos asquerosas.

Sin embargo, nadie parecía sonreír ante su victoria. Herice no se había movido y Thorn no había abierto la boca. Ni siquiera lo estaba mirando a él, sino a Blue. De hecho, todos los participantes miraban hacia él.

Hallrd no comprendía nada. No comprendía sus caras de conmoción ni de sorpresa.

Blue sonrió a su espalda, convertido en la sombra de la muerte. En su mano derecha, sus dedos se curvaron sobre el agua que sostenía y se la clavó a Hallrd entre las vértebras del cuello como si de una daga se tratase.

Hallrd abrió la boca y se llevó las manos a la garganta. Intentó gritar, decir algo, preguntar qué había pasado, pero Blue torció el agua, partiéndole el cuello y matándolo al

instante. Su aura se diluyó en una niebla flotante que ascendió hacia el cielo.

Y, de este modo, Blue ganó la pelea tal y como le había prometido a Wynd: rindiéndose.

El cuerpo del enorme sidh cayó desplomado al suelo con los ojos abiertos y con la pregunta escrita todavía en ellos, una pregunta que se había llevado a la tumba y que para él ya nunca tendría respuesta: ¿cómo lo mató un mestizo que pensaba haber derrotado, que se había rendido en su cara y que después había caído desmayado?

—La sangre no te hace ser más inteligente —le susurró Blue cuando cayó al suelo de rodillas a su lado, justo antes de perder la consciencia también.

Capítulo 36

Los sanadores entraron a toda velocidad y levantaron a Blue con cuidado.

—El ganador del noveno duelo es Blue, por derrota total —anunció Thorn.

Arth emitió un sonido estrangulado y estampó el puño en la pared de piedra abriendo un boquete. Wynd no quiso mirar su dolor, no quiso sentir pena o compasión por ellos. Su mente le estaba jugando malas pasadas, y lo último que necesitaba era empatizar con la devastación de aquel sidh brutal que había perdido a su aún más brutal hermano.

Se apoyó en la pared y se dejó caer hasta el suelo. Apoyó la cabeza en las rodillas flexionadas y suspiró. Se había terminado. Ya no quedaba nadie más por quien preocuparse, hasta la siguiente prueba todos estarían bien. El alivio que sintió fue tan fuerte que le temblaron los músculos cuando la abandonó la tensión.

No quiso ver qué hacían con el cuerpo de Hallrd. Simplemente permaneció en esa posición con los ojos cerrados. Todavía quedaba una prueba más. Se estremeció. La tercera había acabado prácticamente con ellos tanto a nivel físico como mental. ¿Qué les tendrían preparado para la siguiente? ¿Qué más iban a hacer con ellos? Al final,

acabarían quebrándolos, dejándolos vacíos, secos. Inmunes a cualquier emoción, locos por sobrevivir. Capaces de todo.

«¿Qué diferencia había entre los rhydra y los nikt?», se preguntó.

Alguien se sentó a su lado. Notó el cambio en el aire. El frufú de la ropa contra la piedra, la calidez repentina en su costado izquierdo.

—¿Podemos hablar? —le preguntó su voz favorita en el mundo con un tono íntimo, tirante y ronco.

Wynd levantó la cabeza solo un poquito y lo miró de reojo. La había ignorado dos veces. Por mucho que su estúpida parte sensible y subconsciente se alegrase de oírlo, no se lo iba a demostrar.

—¿Ahora me hablas?

Aren soltó una risita bajita. Ay, esa risa. El profundo hueco que se había abierto en el corazón de ella se llenó de pronto de un millón de mariposas.

Él apoyó la cabeza en la pared y se apartó el pelo de los ojos. Veinticuatro horas sin ella y la había echado de menos al igual que se echa de menos el hogar cuando se está lejos.

—¿Estás enfadada?

Wynd soltó un bufido. No. No pensaba dejarle ver que le había hecho daño, que le había dolido su silencio, su tono frío, su distancia.

—¿Enfadada? ¿Por qué iba a estarlo?

—Porque lo pareces.

—Estás trastornado.

—Puede —le concedió él.

Wynd apoyó la barbilla en las rodillas y trató de evitar mirarlo. Aren ejercía una fuerza poderosa en ella. Era como un imán que la atraía, la arrastraba hacia él. Y aunque a una parte de sí misma le habría gustado dejarse llevar, no se dejó vencer y luchó con uñas y dientes para evitarlo.

—¿De qué quieres hablar?

—De que estás enfadada conmigo.

—Tú eres el que está...

—¿El que está qué? —preguntó Aren.

Estaba tan cerca que su aliento le hizo cosquillas en la oreja izquierda. Herice dio paso a los dos últimos duelistas, los que habían quedado por descarte, pero Wynd y Aren estaban muy lejos de allí.

Hay personas que tienen la magia de las palabras y pueden transportarte a otras realidades solo con ellas. Eso es lo que le pasaba a Wynd con Aren. Quizás fuese el poder de aquella voz grave, rasgada, profunda, traviesa, sexy..., burlona. Ese sonido que se colaba dentro de ella derritiéndola suavemente, templando hasta su rincón más oscuro y frío.

De pronto, ya no estaba en la abertura de piedra, no estaban al lado de una plataforma llena de sangre, no estaban rodeados de enemigos y aliados. De dolor, de pérdida, de muerte. Tampoco estaba cayendo una lluvia implacable ni sonaban truenos. De pronto, todo aquello desapareció y solo quedaron ellos dos y sus susurros. La intimidad más delicada.

—No lo sé. Dímelo tú. Yo no soy la que... No entiendo qué te pasa.

Aren cerró los ojos un segundo. Su pecho se hinchó cuando inspiró profundamente. Tenía unos enormes círculos oscuros bajo los ojos; parecía agotado.

—Yo tampoco —dijo frunciendo el ceño.

Wynd esperó a que añadiese algo más. A que le diese por fin una explicación a su comportamiento. A por qué ese ir y venir. Pero él permaneció en silencio.

—Cuando lo averigües me lo cuentas —espetó enfadada.

—Tampoco es que importe demasiado, ¿no?

—¿Qué?

—Dejémoslo en que tuve un mal día, en que estaba cabreado y no me apetecía hablar —contestó Aren encogiéndose de hombros.

Tenía una mueca burlona en los labios y usó un tono sarcástico que la sacó de quicio. Ella sabía que detrás de aquello había algo más, algo que él estaba tratando de ocultar con esa actitud despreocupada.

—¿Estabas de mal humor? ¿Por qué? Ganaste la pelea y, aunque fuese por eso, ¿por qué seguías enfadado esta mañana?

Aren sonrió, pero no había ni alegría ni diversión en el gesto. Fue algo vacío. Y Wynd deseó borrarle de un puñetazo.

—Dime, Pecas. ¿Por qué tengo que hablarte de mis sentimientos cuando tú jamás lo haces? De hecho, lo odias.

Wynd parpadeó al ver que la había pillado con la guardia totalmente baja. ¿Qué podía decir? Era totalmente cierto, y él había sido tan rápido e inteligente que había desmontado cualquier argumento que ella pudiese utilizar.

—He tenido que arrancarte cada pieza de información que sé sobre ti, así que no me pidas que te hable de mí y de lo que me pasa.

Se sintió como si la hubiese abofeteado. Herida en lo más profundo de su orgullo porque él había visto a través de ella, porque la había leído como nadie y porque había conseguido colarse tan dentro de ella y sus defensas, que las había roto.

Tragó con fuerza para deshacer el nudo que obstruía su garganta.

—Muy bien. Al menos yo he sido siempre clara con lo que siento.

—¿Ah, sí?

—Primero te odié, deseé matarte con cada célula de mi cuerpo, y luego... —Se mordió la lengua, incapaz de continuar.

¿Por qué estaban teniendo esa conversación? ¿Cómo es que habían llegado a hablar de eso? Quiso gemir de frustración y pegarse a sí misma por ser tan estúpida.

—¿Y luego qué? ¿Ya no me odias? —comentó él, y a pesar de que no lo estaba mirando, pudo intuir la sonrisa colándose en su tono.

—Yo no he dicho eso. Pero ya no te odio hasta el punto de querer matarte.

—Oh, bueno; es un gran progreso, Pecas.

—Ahora solo deseo hacerlo una de cada cinco veces.

Aren soltó una risita. El sonido fue estimulante, como un chute de adrenalina pura, pero hubo algo amargo en él.

—¿Sabes lo que me jode? —preguntó él de forma retórica—. ¿Lo que me cabrea de verdad? Que no eres sincera,

Wynd. Que no eres capaz ni de reconocerte a ti misma las cosas.

Ella giró la cabeza y lo miró sintiendo como le ardían las mejillas de la rabia. Fue un error. Él estaba más cerca de lo que había pensado y sus ojos chocaron con esa forma tan única que tenían de hacerlo. Él la devoraba con la mirada, se la tragaba por completo. Estar cerca de él era como sumergirse en mil lagunas de luna a la vez.

—Y lo peor, lo que más me jode, es el modo en que eso me hace sentir.

Ella parpadeó totalmente descolocada. Perdida en la rabia de él, en su frustración, su cabreo y su dolor. Porque Aren parecía herido y ella no entendía por qué. No entendía qué había hecho o dicho para que él reaccionase así.

—Yo... no... no lo entiendo.

Aren soltó una risa amarga. Su pecho subió cuando cogió aire y luego cayó en un suspiro derrotado. Se puso de pie. Su mandíbula tensa, sus ojos entrecerrados, oscuros. La belleza cortante del príncipe oscuro.

—El problema es que yo sí, Pecas. Ese es el verdadero problema.

Se dio la vuelta y se fue perdiéndose entre la gente. Ella se quedó allí sentada con su corazón balanceándose arriba y abajo. Consciente, ahora que él se había ido, del frío que sentía. Embargada por una amarga sensación de soledad. Y aquella frase se repitió en su cabeza una y otra vez, como un mantra. Cada sílaba, cada palabra. Le dio vueltas, confusa, mientras trataba de encontrarle un significado. Porque pensara lo que pensase, siempre encontraba un

toque de angustia escondido en ellas, pero no podía averiguar por qué.

Capítulo 37

Cordelia salió de la enfermería a la mañana siguiente. No le habían dejado ver a Blue, pero por lo que le habían contado los sanadores, estaba grave. No había recuperado la consciencia en toda la noche e iban a tener que esmerarse mucho en conseguir que no perdiese la mano.

Habían llamado a una alta sanadora para ver si ella podía volver a unirle los huesos, los tendones y todo lo que Hallrd le había desgarrado.

Wynd se miró las manos. «Vivir sin una...». Se le encogió el pecho. Se sentiría completamente perdida, inútil. Su especialidad era la pelea con dos cuchillos. Sería como caminar desnuda.

—Me alegro de no haber estado allí.

—No fue agradable.

—¿Estás bien? —le preguntó Cordelia.

Wynd desvió la mirada recorriendo el comedor. Ni rastro de Aren. No había pegado ojo dándole vueltas a la conversación que habían tenido esa noche. No era capaz de descifrar el significado de sus palabras. Habían llegado a un punto ciego en el que no eran capaces de encontrarse. Se sentía incluso más frustrada que antes de hablar con él.

—No entiendo a las personas.

—¿Qué personas? —inquirió Cordelia.

Wynd se mordisqueó el labio, dubitativa. Su cabeza estaba en otra parte. Seguía en aquella conversación, en lo que había sentido al tenerlo cerca de nuevo, en su voz rozándole la piel.

—Primero se enfada, luego me ignora. Después, decide que quiere hablar conmigo, pero no me dice nada y me deja más confusa que antes —comentó más para sí misma que para Cordelia.

Miró a su amiga, que intentó no sonreír. No movió ni un músculo para no romper la magia de que Wynd estuviese hablando de cómo se sentía. Ella se giró y frunció el ceño enojada.

—Y encima me acusa a mí de no hablar de mis sentimientos. Yo al menos no soy tan... —La rabia la dejó sin palabras y aturullada—. Yo soy directa, ¿entiendes? Yo no cambio mil veces en un día, no paso de caliente a frío o de cercano a distante. Ese... —Apretó el tenedor con tanta fuerza que comenzó a doblarlo—. Ese idiota va a volverme loca.

Cordelia pestañeó totalmente obnubilada por su ataque de sinceridad. Nunca la había escuchado decir tantas palabras seguidas. Y no pudo reprimir más la carcajada que estaba conteniendo, porque estaba claro quién era el culpable de aquello: el que había comenzado a derretir a la chica fría. Le dio pena que Blue se hubiese perdido la escena, él la habría disfrutado de lo lindo.

—¿Por qué te ríes? —murmuró Wynd con los dientes apretados.

—Es que... —Cordelia no podía hablar.

—¿Qué tipo de amiga se ríe de los problemas de otra? ¿Es así la amistad? Porque, si es así, no entiendo por qué la gente la valora tanto.

—Eres tan rara —dijo Cordelia con cariño.

En sus labios aquello sonó a cumplido y Wynd se quedó aún más confusa, más perdida. Estaba claro que no se le daba bien socializar o tratar con las emociones de los demás, porque estaba muy descolocada.

—Eso es un insulto —le explicó amablemente a Cordelia, que parecía recuperada, pero a la que claramente la falta de oxígeno le había afectado.

—No, no lo es. Es un calificativo, sin más. Y, seamos sinceras, lo eres; eres muy única, y lo que es único es raro.

—Si tú lo dices... —le concedió poco convencida.

—¿Por qué no hablas con él y eres sincera con lo que sientes? Así siempre es más fácil.

—Soy sincera con lo que siento —dijo Wynd evasiva.

Le dio un par de vueltas a sus huevos revueltos y mordisqueó un trozo de panceta frita. Su estómago era un torbellino de emociones que daban vueltas y vueltas y le robaban el apetito. Malditos sentimientos inútiles.

Cordelia no dijo nada, simplemente la miró fijamente arqueando las cejas. Wynd trató de ignorarla, pero, después de varios minutos sintiendo el aguijón de sus ojos en la frente, se dio por vencida.

—¿Qué?

—¿Sincera?

—Lo soy.

—Mentira.

—Ya estamos...

—Wynd, di lo que quieras. Entiendo que no te guste hablar de ello o reconocerlo, entiendo que te dé miedo, que no creas que sea el momento o el lugar. No sé, cualquier excusa que quieras darme; pero la realidad es la realidad.

Soltó el tenedor, que le había dejado marcas en la mano de apretarlo con tanta fuerza. No entendía por qué se sentía tan angustiada. Se llevó una mano al centro del pecho, al esternón, y se pasó las uñas por la fina tela de la camiseta sintiendo el leve dolor en su piel. Era como si alguien estuviese abriéndole el pecho, metiendo su mano dentro e intentando arrancarle el corazón de dentro.

Hizo una mueca de dolor. Todo lo que nunca decía, todo lo que se callaba, lo que no compartía con nadie jamás... Todo eso le daba vueltas dentro, y era como un veneno, era como un nudo de ácido que la corroía. Porque sí, a veces hasta a ella le apetecía gritar y sacarlo todo. Y eso hizo, sorprendentemente, quizás porque no podía más o quizás porque estaba experimentando por primera vez lo que era confiar en alguien.

—¿Y si no importa cuál es la realidad? ¿Y si da igual lo que tú quieras porque no puede ser? ¿Y si por mucho que desees algo, por mucho que la imagen se repita en tu cabeza una y otra y otra vez; por mucho que cierres los ojos y lo imagines, lo anheles; por mucho que te quite el sueño y te consuma, no puede ser? Porque, sí, hay veces que algo es simplemente imposible. Y, dioses, Cordelia, asumirlo duele. No, no duele. Asumirlo te mata. Es como desear volar y no tener alas: jamás podrás hacerlo, da igual lo que hagas, lo único que conseguirás es matarte saltando de un acantilado porque nunca va a ocurrir. Soy lo suficientemente

inteligente como para no saltar si sé que no tengo alas. Y yo sé que no puedo, porque no depende de mí. Simplemente hay cosas en mi vida que no puedo tener. Hace mucho tiempo que lo aprendí, que lo asumí y que me resigné, y plantearme lo contrario ahora solo sirve para torturarme.

Dicho esto, apoyó las manos en la mesa y se levantó. Le temblaban. Le temblaba el alma. Los ojos le picaban, las lágrimas corroían sus ojos, aunque sabía que no saldrían. Nunca lo hacían; era demasiado inhumana como para poder llorar.

—Para volar no hace falta tener alas, Wynd. Solo necesitas a alguien que las tenga y que vuele contigo —le susurró Cordelia.

Ella la miró un segundo y luego se giró para marcharse. Salió al pasillo con la respiración agitada y se encaminó hacia la biblioteca. Su lugar seguro. Abrió las enormes puertas con las que ya estaba familiarizada y dejó que la belleza del círculo central la impactara. Daba igual las veces que lo viera, siempre le robaba un poco el aliento. Las estrellas, la Luna, los planetas, la luz entrando por la enorme vidriera.

—La inestabilidad es un sentimiento capaz de provocar grandes cambios —sentenció la voz ampulosa de Lebhar.

Apareció entre las sombras de una de las estanterías. Ella pasó a su lado y se encaminó hacia su pequeño rincón secreto.

—En los detalles se encuentra normalmente la llave de la verdad.

—¿Hoy te has levantado sentencioso?

—¿Has pensado alguna vez la cantidad de realidades que encierra una sola?

—Me duele la cabeza. Te agradezco la conversación, pero no estoy para acertijos.

—El día que tengas que diferenciar entre lo que es verdad o no, ese día, acuérdate de mis palabras.

Y se desvaneció sin más.

—Encantador, como siempre —murmuró ella, y habría jurado que la biblioteca vibró con una suave risa.

Siguió su camino hacia su preciado sofá de terciopelo. A lo mejor conseguía recuperar el sueño que había perdido esa noche. Sin embargo, para su sorpresa, se encontró con que había alguien allí. Axel con una camisa blanca, el pelo húmedo y unos pantalones azul oscuro. Estaba tumbado boca arriba sosteniendo el libro de *Historias y leyendas*. Parecía completamente abstraído en la lectura. Sus ojos dorados se movían recorriendo las líneas y sus labios se curvaban ligeramente cuando formaban una palabra silenciosa.

Le gustó la calma que transmitía. Era todo lo contrario al fuego arrasador que era Aren.

—Te estaba esperando —dijo él con ese acento musical suyo.

Wynd se estremeció ligeramente al sentir los ojos de él en ella. Caminó con seguridad hacia el sofá y se sentó en la esquina más alejada haciéndose un ovillo.

Ella lo miró con la expresión de un niño que ha recibido un regalo inesperado. El lado dulce de Wynd no era algo fácil de ver, más escurridizo y mitológico que las pequeñas

hadas que habían existido hacía milenios. Axel se sintió afortunado de tenerlo solo para él.

—¿Está bien tu amigo? —le preguntó.

Wynd negó con la cabeza. Sus trenzas rebotaron suavemente y varios mechones se salieron de ellas cayéndole en la cara. No quiso verbalizarlo. A veces, decir algo en voz alta lo hacía más real, y no quería pensar en que Blue no iba a recuperarse. Lo haría.

—¿Quieres que lea?

—Sí, por favor —pidió ella deseando desvanecerse de esa realidad.

Axel sonrió. Todos sus dientes blancos y perfectos reflejaron la luz de los candelabros. Se aclaró la garganta y buscó el punto exacto en el que se habían quedado.

—El rey inició entonces su conquista del continente. Las criaturas que llevaban en Abscondita desde tiempos inmemoriales jamás se doblegarían a alguien tan joven, a alguien que deseaba ganarse el respeto a través de la muerte y la destrucción.

»Las guerras se sucedían. Asediaban bosques, que ardían durante meses y quemaban todo lo que allí había. Mataban a todo aquel que no le jurase lealtad. Cada vez había más cyxi. Sus propios aliados y su propia gente tenían miedo; no deseaban tener hijos, pues no deseaban que naciesen vacíos y sin magia.

»Las criaturas del caos se multiplicaban y cada vez eran más y más fuertes.

»Nada de eso los detuvo. Finvannah era un rey sin reino, un idealista que quería cumplir con el legado de su madre.

Y sus generales creían en su causa y en él hasta las últimas consecuencias. Deseaban lo que creían merecerse.

»Pero pronto tuvo un nuevo enemigo al que enfrentarse. Unas criaturas, dicen, nacidas de sus propias pesadillas. Creadas de todo lo que temía y añoraba al mismo tiempo. Los devoradores de almas. Con el aspecto exterior de un humano superior, a la imagen y semejanza de los sidh. Fuertes, ágiles, resistentes, con sus mismas cualidades. Pero con el interior podrido de las sombras. Una cáscara que encerraba el mismísimo caos. Se concentraron tras los Páramos, una tierra difícil de cruzar para los sidh y que los mantenía alejados.

»No necesitaban la magia. No necesitaban armas, pues ellos eran una en sí mismos. Robaban el alma de cualquiera en cuestión de segundos. Un alma que se perdía para siempre. Magia que no volvería nunca a los sidh y que alimentaría el caos que devoraba parte de Abscondita.

Wynd había escuchado hablar miles de veces de los devoradores de almas. Eran difíciles de ver y mucho más de matar. Ella nunca había tenido que enfrentarse a ninguno. Normalmente, preferían a los sidh como víctimas, porque sus auras eran mucho más poderosas. Aunque decían que había algunos devoradores de almas tan hambrientos, que eran capaces de tomar una aldea entera de humanos.

Aun así, Nana les había enseñado cómo derrotarlos y no dejarse atrapar por ellos. Supervivencia básica. Sin embargo, al pensar en ellos, no pudo evitar estremecerse. Preferiría luchar contra el fenrir de nuevo a encontrarse con uno de esos devoradores.

Nunca había escuchado la historia detrás de su aparición en el mundo.

—Cuanta más fuerza tenía Finvannah, más fuertes se volvían los devoradores, como si fuesen dos entes unidos, un mismo ser representado en dos partes: la del remolino del orden y la del remolino del caos. ¿Qué es lo uno sin lo otro? El caos no puede existir sin el orden y viceversa. Eran la respuesta, la condición de lo otro.

»Finvannah había encontrado la horma de su zapato. Se recluyó en su palacio de la colina hueca mientras sus generales preparaban a sus ejércitos. Finvannah les pidió que le llevasen a cualquier cyxi que tuviese algún don, pues hasta la más ínfima gota de magia serviría para alimentar su poder y ganar aquella batalla. Fue entonces cuando conoció a la humana que cambiaría su historia y la nuestra.

Capítulo 38

Wynd parpadeó. Las luces de la biblioteca titilaron. ¿En qué momento se había quedado dormida? Se frotó los ojos y se pasó la mano por la comisura del labio; había babeado. Un pequeño ataque de vergüenza la hizo mirar a los lados para comprobar si Axel seguía allí y la había visto.

Estaba sola. De hecho, estaba tumbada ocupando todo el sofá y no recordaba haberse tumbado. Recordaba haber estado sentada en la esquina escuchándolo leer, y después... La debía haber movido él para que estuviese más cómoda.

Había soñado con la historia del rey. Aquellas personas no dejaban de dar vueltas en su cabeza. Su cerebro se empeñaba en desentrañar sus historias, como si pudiese descifrar qué ocurrió con ellos.

Se desperezó y le crujieron los huesos del cuello. No tenía ni idea de qué hora era, ni de cuánto había dormido, pero se sentía realmente descansada.

Salió de la biblioteca y miró el cielo. Noche. Fue hacia el comedor con paso ligero. Quizás se encontraría con Cordelia y a lo mejor tenía novedades de Blue.

Pero no fue con su amiga con la que se topó, sino con Nos. Su pelo de noche púrpura, a juego con sus ojos, era tan brillante y liso que parecía líquido. Su aura estaba dócil, en

calma, agazapada y preparada para saltar al ataque. Wynd todavía no había conseguido desentrañar la invisibilidad con la que envolvía su poder.

Se llevó la mano izquierda de forma discreta al cinturón, poniéndose en guardia. No le gustaba un pelo esa víbora.

—Te escapaste en la anterior —susurró Nos.

—¿Me escapé o le gané a ese medio vrakant amigo tuyo?

Nos arqueó la boca en una sonrisa que claramente no llegó a sus ojos, y fue algo de lo más siniestro.

—De hecho, la única que escapaste fuiste tú. Yo podría haberlo matado, igual que hizo Blue con el otro. Me parece que lo has entendido mal. —Wynd le guiñó un ojo a Nos y vio cómo el aura de ella se prendía con rabia y furia.

—Espero que tu amigo el mestizo recupere su mano —dijo la sidh con su tono sibilino.

—Quizás deberías tener cuidado en la siguiente prueba. Quizás no tengáis tanta suerte.

Nos soltó una risa baja, un sonido lleno de veneno. Malvado.

—Podría matarte ahora mismo sin pestañear. No eres más que una inferior —con un gesto veloz, le cogió la mano derecha con una fuerza sorprendente y rozó los anillos con los dedos— que usa esto para ayudarse. Me pregunto cómo conseguiste colarte en las pruebas.

Wynd sacó a Muerte más rápido que un parpadeo y se la colocó a Nos en el cuello. No se molestó en tener cuidado de no presionar. Deseaba que el metal le besara la piel. Una gota de sangre impregnó la brillante hoja, pero Nos ni siquiera cambió el ritmo de su respiración.

—Suéltame o te mato —dijo Wynd.

Nos sonrió. Esta vez, una sonrisa auténtica.

—Ten cuidado o te descalificarán —respondió.

Wynd apretó la mandíbula, curvó los labios mostrando sus dientes de forma amenazadora y estrechó los ojos. Tenía razón, pero el placer de matar a aquella sidh sería uno de los mayores de su vida.

Nos siguió sonriendo sin inmutarse por el cuchillo que tenía en la garganta. La rabia y la sed de sangre de Wynd solo parecían divertirla más que asustarla.

—Este no es tu sitio. Los que son como tú han nacido para ser inferiores, para servirnos. Sois menos fuertes, menos inteligentes, casi sin magia. Solo estáis un poco por encima de esos humanos inútiles. Quizás al nivel del ganado.

Wynd le dio una patada en la rodilla derecha y le pegó un puñetazo en el estómago. Nos se encogió doblándose por la mitad y Wynd la agarró del pelo y tiró de su cabeza hacia atrás. No podía matarla, pero sí podía dejarle algún recuerdo marcado en su cuerpo.

—El día que te arranque el corazón del pecho, entonces veremos quién ha nacido inferior. Mírame bien y grábate mi cara, porque te juro que algún día pensarás que es la de la muerte.

Una de las enredaderas invisibles de Nos se anudó a su mano izquierda, con la que sostenía el cuchillo, y las espinas venenosas le presionaron la piel a Wynd arrancándole un jadeo. Cerró con fuerza el puño en el pelo de Nos y tiró con más fuerza, tanta que la sidh cerró los ojos momentáneamente de dolor.

—Eres un parásito y, aunque no pueda hacerlo ahora, ya verás. Llegará el día en que destruiré todo tu mundo —le

susurró Nos con la garganta apretada.

Una de las enredaderas tiró de su tobillo y lanzó a Wynd hacia atrás. Movi6 el cuchillo y, antes de caer contra el suelo, le dejó un recuerdo a Nos en el cuello. Un fino corte poco profundo, pero del que brotó un hilo de sangre. De esos que dejaban cicatriz.

Nos se enderezó. Wynd sintió cómo sus enredaderas la soltaban y se iban con ella. Se miró el brazo. Le había roto la manga de la camiseta y tenía unos enormes verdugones que le escocían. La mataría, aunque fuese lo último que hiciera.

Después de cenar, subió a toda prisa a su habitación para ponerse agua fría en la herida del brazo.

Estaba llegando al vestíbulo cuando prácticamente chocó con el pecho cincelado de Aren. Llevaba el pelo más revuelto de lo habitual y sombras bajo los ojos. Vestía una camiseta holgada y llevaba los pantalones bajos por las caderas, tanto que podía ver la franja de su ropa interior. Tenía aspecto de acabar de levantarse de la cama.

Él la agarró del brazo por instinto, cuando vio que se tambaleaba hacia atrás perdiendo ligeramente el equilibrio. En el momento en que sus ojos se encontraron, la gravedad tiró de ellos. Eran como dos planetas lejanos atraídos por una fuerza poderosa capaz de plegar al mismísimo Universo para unirlos.

«Para volar no hace falta tener alas, Wynd. Solo necesitas a alguien que las tenga y que vuele contigo». Las palabras de Cordelia hicieron eco en su mente.

—No te he visto a la hora de comer —dijo él.

La recorrió de arriba abajo con la mirada. Cada curva y cada valle desde su rostro hasta sus pies. Como si tratase de comprobar que estaba allí y que era real. Debía serlo, porque no era capaz de imaginarse ese tipo de emociones.

—¿Me estabas buscando?

—Cordelia estaba sola. Simplemente lo he notado.

—Me quedé dormida en la biblioteca.

Los ojos de Aren se estrecharon hasta convertirse en pequeñas rendijas oscuras. Los músculos de su mandíbula se movieron tensos cuando la apretó.

—¿Ha ido Axel a leerte un cuento?

—De hecho, ya estaba allí cuando llegué.

Él soltó una risita.

—Sois adorables.

—¿Estás siendo sarcástico?

—No lo sé. Puede. Es curioso que nunca bajas la guardia con nadie excepto con él.

—Y contigo —dijo ella en un desliz.

Aren supo que se le había escapado porque se llevó la mano a la boca para tapársela y porque su expresión fue de fastidio momentáneo. El hielo de su pecho se derritió como suave mantequilla al ver cómo las mejillas de ella se teñían de un leve rosa.

—¿Ah, sí? Bueno, nunca te has quedado dormida conmigo. —La voz de él sonaba grave, baja y ronca.

A Wynd se le erizó el vello. Ese, justo ese, era su tono favorito. Esa forma de hablar íntima. Adoraba cuando la voz de Aren se rompía ligeramente. Le provocaba un tipo de placer nuevo e indescriptible.

—Eso es imposible —comentó ella sintiendo el corazón latirle en la garganta.

Imposible porque él le ponía los nervios de punta. Porque él no le transmitía calma, porque él era fuego para ella.

—¿Imposible por qué? —le preguntó él acercándose más a ella, invadiendo su espacio personal como de costumbre.

Era mucho más alto y corpulento. Wynd apenas le rozaba la barbilla, así que tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para poder mirarlo. Por el contrario, Aren tuvo que inclinarse ligeramente para poder mirarla a los ojos. El aliento de él le rozó la piel al hablar. Olía a menta.

Wynd se sintió abrumada por su cercanía. Él tenía una de esas presencias que lo llenan todo. Tanto que ella sintió que no le quedaba espacio para respirar, y eso que estaban en un vestíbulo enorme y vacío.

—Porque nunca he estado más despierta que contigo.

Los ojos de Aren bajaron a su boca. Wynd vio cómo él entreabría sus labios ligeramente, solo unos milímetros, y cómo su pecho subía y bajaba con pesadez. No la estaba tocando, a excepción de su mano izquierda sobre la fina tela de su camiseta, pero lo sintió pegado a ella. Lo sintió en cada centímetro de su piel.

Los músculos de su garganta se movieron cuando tragó, y a ella ese pequeño gesto le robó un poco el aliento. No habría sabido describirlo de otra forma que no fuese calor y fuego ardiendo en su interior, anudándose en su barriga y subiendo por su estómago. Su sangre latía al ritmo de la respiración de él.

—Pecas, no hagas que te malinterprete —susurró Aren con una súplica delicada. Torturado.

Subió la mirada de nuevo a los ojos de ella. Consumidos por una nebulosa de emociones que lo dejó sin respiración. Intentó contar las pequeñas pecas en forma de estrellas de ella para no fijar la vista en esos labios ligeramente abiertos que pedían a gritos que los mordiese.

Wynd trató de pensar en una respuesta, pero alguien había apagado su cerebro, había desconectado cada conexión de sus neuronas y la había dejado desnuda e indefensa frente a él y su apabullante magnetismo. Debía decir que no, pero se le había olvidado cómo pronunciar la palabra.

El cacofónico sonido distorsionado de la megafonía sacudió el espacio a su alrededor y los hizo fruncir el ceño con desagrado y fastidio. Ninguno de los dos recordaba dónde estaba y cómo había llegado allí.

—Que todos los participantes se dirijan al vestíbulo — anunció una voz.

Wynd dio un paso atrás, tratando de salir del hechizo de Aren. El problema fue que aquello no era ningún hechizo, era real.

Los dos se miraron descolocados.

¿La cuarta prueba?

¿Ya?

Capítulo 39

Cordelia corrió al lado de Wynd con la mirada llena de sospechas. No podía ser la cuarta prueba, era un suicidio para los que estaban todavía recuperándose de las heridas de la noche anterior. Blue no tendría ninguna posibilidad, todavía ni sabían si iba a recuperar la mano. Por la Luna, ni siquiera se había despertado todavía de su conmoción.

Wynd recibió a Cordelia como si hubiese visto al mismísimo ángel salvador. Se apartó un par de pasos más de Aren, intentando desprenderse de su aura envolvente.

Aren soltó una risa baja al notarlo, y Wynd le dedicó una mirada asesina.

—¿Qué está pasando? —preguntó Cordelia.

—¿Pasando? —dijo Wynd azorada—. Nada. Nada de nada.

—Podrían haber pasado cosas —sonrió Aren con ganas de fastidiarla.

—O no... —aseguró Wynd.

Aren frunció el ceño como si se lo estuviese pensando.

—Estoy bastante seguro de que sí.

—Yo lo estoy de que no.

—¿De verdad, Pecas?

Se inclinó un poco hacia delante para mirarla, pues Wynd se había escondido detrás de su amiga. Sus labios se curvaron en una sonrisa lenta de depredador. En una

increíble combinación de sensualidad e instinto de caza. Ella apartó la mirada.

Cordelia los observó maravillada moviendo la cabeza de uno a otro sin dar crédito. Apretó los labios intentando no reírse. Aren lo notó y le guiñó un ojo.

Wynd estaba completamente ciega si no se daba cuenta de que el príncipe oscuro se moría por ella.

—Es poco sincera —dijo Aren en voz baja—. Estaban pasando cosas.

—Yo que tú no la presionarías —murmuró Cordelia mirando a Wynd de reojo.

La sonrisa de Aren se volvió más amplia al mirar a la pequeña chica de cabello blanco, por lo que notó Cordelia. Ojalá Wynd pudiese verlo con la claridad que ella lo hacía.

—Hola —saludó una voz con acento dulce y cortés.

La sonrisa de Aren murió en ese instante. Sus ojos se volvieron duros y fríos, y su pecho se sacudió cuando cogió aire y lo retuvo tensando todo el cuerpo.

—Ni me di cuenta de que me había quedado dormida —estaba diciendo Wynd cuando Aren soltó el aire que había retenido.

Axel se metió un mechón de pelo detrás de la oreja, dejando ver todos sus aros plateados. Sus ojos se concentraron única y exclusivamente en Wynd, en el rostro que ella tenía vuelto hacia él y en su mirada emocionada.

—No me los saco de la cabeza, es como si vivieran dentro de mí —prosiguió ella.

—Ahora viene mi parte favorita de la historia —le dijo él.

—Me fascina que ocurriera de verdad.

—Bueno, ese libro no es más que una interpretación, una aproximación de algo que ocurrió hace cientos de años, aunque la última parte es más cercana.

Wynd asintió pensativa. Cordelia no perdió detalle de ninguno de los gestos que hacía su amiga. No la había visto nunca interactuar con Axel y le sorprendió la familiaridad con la que se trataban. Y también que Wynd se mostrase tan relajada con él. Hacía un par de semanas habría tenido las manos en los cuchillos y le habría enseñado los dientes.

Quien no parecía nada feliz con ese encuentro era Aren, que los observó unos segundos con los ojos echando chispas y luego se giró y se largó chocando con Nos en su camino. Ambos compartieron una mirada: la de ella, llena de asesina diversión y malicia, y la de él, de una calma fría y despreciativa. Pasaron de largo, sin embargo, sin decirse nada.

Phern apareció junto a Herice y se colocaron en el centro del vestíbulo atrayendo la atención de todos. Los murmullos se acallaron al instante y la tensión creció y creció, presionando contra las paredes hasta convertir aquello en irrespirable. El miedo, el cansancio, el dolor; todo se reflejaba en las caras de los participantes. Estaban exhaustos después de la tercera prueba, tanto física como mentalmente. Las auras se veían desgastadas, menos brillantes y más opacas. Y eso sin contar con la decena de participantes que estaban abajo en la enfermería recuperándose.

Quedaban treinta y cuatro en total. Wynd no quiso darles vueltas a los números; eran muchos los que iban a quedarse por el camino.

—Dentro de dos días será el primero del undécimo mes. Lo que significa que celebramos Kaebhar —expuso Phern.

Kaebhar era una fiesta sidh. De las más importantes que tenían. Wynd nunca había asistido a ninguna celebración jamás, su naturaleza humana no se lo había permitido. Pero había visto algunos retazos de ella. Se hacía de noche e implicaba derroche de lujo, comida y recursos. Era una forma de honrar a la muerte.

—Como sabéis, no participar en Kaebhar está penado, así que por supuesto tendremos nuestra propia celebración en la Academia. No podréis salir y asistir a las celebraciones de Oed; por eso la haremos aquí dentro.

El estado de ánimo general cambió radicalmente. La tensión se evaporó y un cierto aire de euforia tomó su lugar. Los ojos de los sidh comenzaron a brillar esperanzados, ilusionados incluso. No les esperaba más muerte, sangre y dolor. Un oasis en medio de tanta destrucción. Un rayo de felicidad.

—Mañana os tomaréis el día de descanso para sanar y estar fuertes. Bajaréis a primera hora a la tercera planta, a la sala de vestuario, donde los sastres os tomarán medidas para haceros atuendos adecuados para Kaebhar.

Wynd frunció el ceño. ¿Atuendos adecuados? ¿Qué narices quería decir eso? Jamás había visto nada de lo que hacían los sidh en esa fiesta, pero debía esforzarse en fingir lo contrario. Nadie se creería que era una sidh, aunque fuese una sidh menor, si no conocía una de sus fiestas más sagradas.

Buscó a Aren en la multitud. ¿En qué momento se había largado?

—Los tendréis al día siguiente en vuestras habitaciones. La fiesta comenzará a la puesta de sol. Os llevará alguien desde aquí. El resto del procedimiento ya lo conocéis — terminó de explicar Phern.

Herice y él se retiraron por las escaleras, y los participantes comenzaron a dispersarse entre risas y charlas alborotadas. Todos habían estado esperando el anuncio de una nueva prueba. El nuevo modo en que serían probados y torturados. Pero se habían encontrado con lo opuesto.

—El año pasado fui una mariposa.

—Yo prefiero los felinos.

Comentaban dos sidh con sonrisas en la boca. Wynd los oyó totalmente perdida. Cordelia parecía encantada y a punto de ponerse a bailar o a dar saltos de alegría. Ella resopló y esquivó a los demás participantes, que caminaban tontamente felices, y fue hacia Aren.

—¿Podemos hablar? —le preguntó con cautela en voz baja.

Él parecía aburrido. Entrelazó las manos detrás de la cabeza y la miró con una sonrisa arrogante. La luz traviesa de sus ojos la recorrió de arriba abajo.

—¿Quieres seguir con lo que no estábamos haciendo? — Su tono estaba lleno de condescendencia y sarcasmo.

Era el tono que Wynd más odiaba de todos. Le sonaba falso, carente de toda la vulnerabilidad e intimidación que le había transmitido antes. Aun así, no pudo controlar el ligero rubor que tiñó sus mejillas.

—No, en serio, necesito hablar contigo —murmuró ella.

Aren notó un ligero tirón en el pecho. El dolor que producen las cosas buenas, las cosas que atesoras y quieres proteger. No tenía ningún sentido querer proteger a Wynd; ella le arrancaría la mano por ese pequeño pensamiento. Pero aquella chica era capaz de retorcerle el cerebro hasta tener las ideas más locas, más temerarias e imposibles.

Al mirarla, sintió ese núcleo cálido y luminoso de su pecho crecer y expandirse. Un puntito lleno de delicada ternura, algo que ella parecía haberle extraído de su oscuro interior.

—No me digas que te apetece que te lea un cuento para dormir. No es mi rollo, a mí me van más otras cosas. Cosas que no implican libros... —Hizo una pequeña pausa—. Ni dormir, de hecho.

Wynd puso los ojos en blanco. Él estaba de mal humor: solo era así de estúpido cuando estaba de mal humor. No sabía cómo había llegado a conocer ese detalle de él, pero lo hacía.

—¿Puedes dejar de ser insoportable?

Él le sonrió mostrándole todos los dientes. «Idiota», pensó ella, a lo que una voz dentro de su cuerpo acompañó: «irresistible». Wynd se llevó una mano al centro del pecho y apretó tratando de deshacerse de ese innecesario pellizco que la había sobrecogido.

—Dime, Pecas.

—Necesito que sea en privado —murmuró ella.

Aren cogió aire con fuerza y lo soltó de golpe. Su pecho se sacudió con el movimiento.

—¿Podemos ir a tu habitación? —sugirió Wynd.

—No es buena idea —dijo él con la voz ronca.

—¿Por qué?

Aren le echó una mirada de reojo. Pasó sus ojos con una lentitud y una atención felinas por el cuerpo de ella. Aren había peleado con cosas peores: se había metido en cuevas infestadas de tánganos, había matado a soldados y capitanes sin pestañear antes de los dieciocho. Había arrasado aldeas enteras con solo diez años. Pero estaba seguro de que ella, de una forma u otra, acabaría con él con más facilidad que todo lo anterior. Luchar contra aquello era sin duda lo más difícil que había hecho nunca.

—Confía en mí, Pecas.

—¿Adónde podemos ir entonces?

Él lo pensó un segundo, trazando en su mente el mapa que tenía de las dos primeras plantas de la Academia.

—Sígueme.

Cordelia ladeó la cabeza en una pregunta silenciosa al verlos dirigirse hacia las escaleras. Wynd articuló un «luego» con la boca hacia su amiga. Ya se inventaría alguna excusa para aquello, aunque daba igual lo que dijera; por supuesto, Cordelia pensaría que aquello era algo que no era. Pero quizás era mejor eso a que... a que conociera la verdad.

—Tu amiga me cae bien —comentó Aren.

Wynd observó a Cordelia por encima del hombro. Su precioso pelo de fuego, sus ojos del color de las esmeraldas. Tenía una postura y una figura impecables. Su aura otoñal, suave y cálida. Tenía suerte de haberla encontrado aquel primer día en la plaza. Era afortunada de que la vida le estuviese dando la oportunidad de conocer lo que era la amistad, de saber cómo se sentía. Un pequeño regalo,

aunque no creía merecerlo. No después de lo que había ocurrido con su anterior y única amiga. O más bien lo que ella había tenido que hacerle. Sin duda, Cordelia podía aspirar a tener a alguien mucho mejor que ella como amiga.

—A mí también —murmuró Wynd.

Capítulo 40

Aren la condujo por el primer piso con tanta familiaridad como si estuviese caminando por su propia casa. Wynd había memorizado algunos pasillos: el que iba a la biblioteca, el de la sala de entrenamiento y poco más. Sin embargo, él parecía haberle dedicado tiempo a hacerse con el plano de toda la planta.

Dejaron atrás la sala de entrenamiento y giraron por un corredor amplio y bien iluminado. Las gruesas alfombras amortiguaban el sonido de sus pasos y, poco a poco, el silencio se los fue tragando, conforme se alejaban más y más de la parte por la que solían moverse los participantes.

El pasillo llegaba a su fin en un giro brusco a la derecha. Giraron y llegaron a un pequeño rellano en forma de semicírculo. Una vidriera de casi tres metros de alto cubría la pared, sobresaliendo hacia fuera. Un balcón a la torre hueca.

—No se puede abrir —la informó Aren.

Y su voz indicó que lo había comprobado. ¿Buscando posibles vías de huida? Ella ni se lo había planteado. En algún punto, había aceptado que sobreviviría a esas pruebas, pero que no podría escapar de lo que Nana le había marcado. De todas formas, no podría volver a casa de

los nikt y admitir que había desertado de una misión. Le costaría caro.

Aunque la vidriera no pudiese abrirse, el lugar era absolutamente bello. El cielo nocturno replicado en el techo brillaba con unas diminutas estrellas que de vez en cuando las cubrían nubes aquí y allá. Fuera debía de hacer un frío terrible. Estaba bien familiarizada con las gélidas temperaturas que aparecían con la llegada del undécimo mes.

Los cristales de colores se proyectaban sobre el suelo de mármol, transformando el semicírculo en un caleidoscopio. Púrpura, rosa cuarzo, azul medianoche, verde menta...

Aren se tumbó en el suelo colocando los brazos detrás de la cabeza. La luz coloreada se reflejó en su rostro. Aquella imagen, de alguna forma, la sobrecogió. Cuando lo vio pelear contra Axel, le había parecido un dios. Un dios envuelto en oscuridad. Y allí, entre todos esos colores, le pareció casi mitológico, como si formase parte de las historias y leyendas que Axel le leía.

—Ven —le pidió él.

Wynd se tumbó a su lado manteniendo una distancia prudencial. Y entonces lo vio: el cielo, el de verdad, el mundo real allí fuera. Justo en la parte superior de la vidriera, había una pequeña cúpula semicircular de cristal transparente y no reflejaba nada hecho con magia, sino el cielo. Más nítido, más imperfecto y más real. En él, las estrellas casi no se acertaban a ver porque las luces de la ciudad las tapaban. Fue como si un pequeño nudo de ansiedad, que no sabía que sentía, se deshiciera al verlo. Porque no estaba aislada, porque el mundo seguía ahí, al

otro lado de ese cristal, porque la tierra no se la había tragado para siempre en ese edificio invertido.

—Es mi lugar favorito. Vengo aquí a recordarme que saldremos —susurró Aren.

Ella giró la cabeza ligeramente hacia él. Le costó apartar la vista del cielo, de la salida, pero quiso ver su rostro, saber qué expresión tenía. Ella lo entendía. Entendía ese sentimiento, por eso se refugiaba en las profundidades de la biblioteca, porque era como estar lejos. Un oasis, un modo de huir y un lugar acogedor en la hostilidad de las pruebas.

—Vas a salir. Lo sabes —afirmó Wynd.

Él movió los ojos hacia ella y medio sonrió.

—Gracias por la confianza —dijo Aren en tono irónico.

—Te vi pelear —explicó ella. Era obvio que tanto él como Axel estarían entre los diez seleccionados.

—Lo sé. Créeme, te vi —le reveló la voz profunda y áspera del chico.

Wynd contuvo el estremecimiento de placer que le provocó sentir ese tono íntimo y algo torturado acariciándole los oídos. El poder de su voz era... Nada la había hecho sentir así jamás.

—Gracias —susurró tan bajito que el aire apenas rozó sus labios.

Por supuesto, el oído entrenado de él la oyó.

—¿Por qué?

—Por enseñarme este lugar.

Wynd se había llevado una mano al pecho y se lo estaba presionando. Aren notó que probablemente ella no era consciente de que lo hacía. Era un gesto que le había visto

hacer de vez en cuando, como si tratase de entrar en su propio cuerpo y arrancarse lo que estaba sintiendo.

—Tú también vas a salir, Pecas —aseguró él con convencimiento.

Los labios de Wynd se curvaron en una sonrisa asesina, esa en la que sus dientes apenas se veían, pero en la que sus colmillos brillaban letales. También fue una sonrisa complacida. A Wynd le gustaba que la tomaran en serio, que no la subestimarán. Y por supuesto, valoraba que él se lo reconociera.

—Vas a tener que ayudarme en una cosita para ello —comenzó.

El orgullo le quemó en la garganta. No le gustaba pedir ayuda, y menos a un sidh. Las cosas con Aren eran un poco distintas, pero aun así, necesitar de otra persona la hacía sentir débil. Wynd había aprendido desde muy pequeña que solo se tenía a sí misma y que debía ser capaz de arreglárselas sola. El mundo estaba preparado para fallarle.

Esperó a que Aren soltase una frase graciosa, quizás que se burlase un poco de ella; pero no lo hizo.

—Vale, pero, a cambio, quiero que me cuentes algo de ti.

Wynd lo sopesó. Necesitaba saber qué se hacía en Kaebhar o descubrirían que no era una sidh. Y entonces no le serviría de nada haber pasado las tres primeras pruebas. Los rhydra la matarían allí mismo o, peor, la torturarían por haberse colado. Le arrancarían los anillos de los dedos y tratarían de sacarle información sobre quién era y qué hacía allí.

Aun así, la idea de hablar de sí misma no le gustó nada. Debía ser muy cuidadosa con la información que daba.

Puede que Aren supiese que ella era humana, una humana con una pequeña reserva de aura suficiente para hacer funcionar esos anillos. Pero no sabía nada más, y no debía saberlo. Él ni siquiera conocía la existencia de los nikt.

—¿No puedes pedirme otra cosa? ¿Que te mantenga vivo en la siguiente prueba? —sugirió ella.

—¿Cualquier cosa antes que hablarme de ti? —preguntó él con la voz llena de intención. Había un filo peligroso y seductor en su tono.

Ella notó el calor subiéndole a la cara, pero probablemente no era más que él tratando de hacerla sentir incómoda.

—No he dicho «cualquier» cosa. He dicho «otra» cosa.

—No. Quiero que me hables de ti.

Ella bufó molesta.

—Te odio.

—No es cierto.

Wynd rechinó los dientes. No soportaba esa seguridad en sí mismo que tenía Aren.

—Quieres saber en qué consiste Kaebhar, ¿verdad?

Asintió. Si hablaba a lo mejor le gruñía.

—Es una fiesta más antigua que nuestra propia raza, viene de la época de las *faeries*. Se honra a la muerte. Es una especie de ritual en el que se gira en una danza que simula el movimiento de los remolinos de magia. El ritual entrega un poquito de nuestra magia y, a cambio, las auras de los que han muerto nos regalan un poco de su energía. La Luna actúa como canalizadora, ya sabes. —Hizo un gesto hacia los anillos de piedra de luna de ella—. No hay mucho que pueda explicarte. La sobrecarga de magia es algo muy

intenso: muchos no recuerdan nada de lo que hacen o dicen. Dependiendo de tu cuerpo y fortaleza, lo gestionas de una forma u otra. Te guiaré. Los anillos te ayudarán a no desentonar en el círculo.

—¿Le... le robáis energía a vuestros muertos? —dijo ella, asqueada.

—No es exactamente así. Es un modo de conectarse con ellos. Una especie de plegaria, de agradecimiento, a la que ellos responden. Es un tipo de magia muy poderosa y antigua.

—Magia arcana —susurró ella.

—Algo así. Nos vuelve más fuertes de alguna forma.

Un ritual *faerie*... A lo mejor el libro de *Historias y leyendas* tenía razón y Finvannah sí que provenía de esa raza ahora extinta.

—Durante Kaebhar, los sidh esconden sus rostros, se camuflan como animales comunes. No sé exactamente el porqué de esa tradición, lo hacían las antiguas *faeries*. Tendrás que escoger una máscara y llevarla toda la noche. No te la quites en ningún momento. —Aren frunció el ceño, dubitativo—. No es seguro para ti participar. La magia afecta a los humanos de un modo mucho más agresivo que a los sidh. Podría trastornarte, hacer que no seas capaz de controlar tus actos.

Wynd se frotó los ojos con los dedos y respiró profundamente, tratando de calmar la ansiedad que le subía por el pecho.

—No tengo alternativa. —Su voz sonó más segura de lo que se sentía.

—Quizás los anillos te ayuden a canalizarla... —comentó pensativo. Se giró para mirarla apoyándose sobre un codo—. Sé que nos odias, pero trata de que no se te note demasiado. Es un día de fiesta.

La falsa alegría de su tono la hizo reír ligeramente.

—¿No estás emocionado por la fiesta? Todos los demás lo estaban.

Aren se encogió de hombros. Había algo más, algo que no le estaba contando y que parecía desagradarle.

—No nací para dar mi opinión. Nací para obedecer.

Su voz sonó hueca, como si estuviese recitando algo que le habían hecho memorizar a la fuerza. Los ojos de ella se llenaron de una amabilidad suave y delicada que a Aren lo abrasó por dentro.

—No todos los sidh están de acuerdo con cómo se hacen... algunas cosas. Pero no vivimos en un sistema que nos permita... sugerir cambios. —«El eufemismo del milenio», pensó Wynd—. Algunos simplemente no tienen alternativa.

—¿La tienes tú? —preguntó en un susurro.

Aren se encogió ligeramente. Como si sus palabras le hubiesen hecho daño.

—Basta de mí. Un trato es un trato, Pecas —dijo él esquivando la pregunta.

Wynd suspiró y cerró los ojos. Aren sintió la necesidad de recorrer su rostro con la punta de los dedos. De dibujar su perfil recortado contra la luz de las vidrieras. Esa nariz pequeña y respingona. Los labios gruesos y perfectamente redondeados. Las pecas tenues y difusas de sus mejillas. La cicatriz plateada que tenía en la sien izquierda. La suave

curva de sus pómulos. La línea de su mandíbula perfilada. El arco de su garganta, que caía hasta esa pequeña hondonada entre sus clavículas.

La necesidad de sentir su respiración ahí, justo en ese punto.

La necesidad de descubrir si el sabor de su piel era tan atrayente como su olor.

De oír el latido de su corazón...

—No conozco a mis padres biológicos. Era un bebé cuando me abandonaron en una aldea cerca del bosque de espinas a unos cuantos kilómetros de aquí —se sinceró Wynd. Su garganta se movió pesada cuando tragó. Al proseguir, su voz se tiñó de cariño y amor, un tono que Aren no le había escuchado utilizar jamás—. Meridia decidió ocuparse de mí. Otros me habrían dejado morir, era una boca que alimentar y apenas tenían para ellos. Pero ella era bondadosa. No tenía hijos, no sé si era estéril o si había decidido que traer a alguien más al mundo era condenarlo a un sufrimiento inmerecido. A todos los efectos, fue mi madre.

Su pecho se elevó cuando cogió aire con fuerza. Lo retuvo unos segundos y lo dejó escapar.

—Estuve con ella unos siete años. No sé cuándo es mi cumpleaños y era pequeña, pero más o menos tendría esa edad cuando murió. En realidad, toda la aldea lo hizo poco a poco. Los ataques de criaturas del caos cada vez eran más frecuentes. Algunos intentaban entrar en Oed y eran abatidos por los soldados. La comida escaseaba con la llegada del invierno y por supuesto ningún sidh estaba dispuesto a ayudarnos, a dejarnos cruzar sus muros. No

éramos nada. No valíamos ni su misericordia. —Su voz tembló de rabia, de rencor—. Meridia dejó casi de comer para darme a mí algo. Pero, por aquel entonces, casi no teníamos ni agua: los ríos estaban infectados con veneno. Ella murió. Vivió unos cuarenta años; poco para un sidh, pero mucho para una humana. Y yo me quedé sola de nuevo. Hambrienta, débil, desesperada.

A Aren le habría gustado que ella abriera los ojos, ver su expresión, pero entendía por qué los mantenía cerrados. El hecho de que le estuviese contando aquella historia ya era un paso enorme para Wynd. Estaba dejando que él la viese vulnerable, que conociese su pasado, su dolor.

El pecho de él se llenó de llamas frías. Y su aura onduló como noche líquida. Un abismo de sombras, de ira y amargura.

—Me adentré en el bosque de espinas.

Aren arqueó su ceja partida, sorprendido.

—¿Con siete años?

—Sí, más o menos.

—Eras una niña, una niña humana...

—No tenía alternativa.

Los dedos de Aren se movieron por voluntad propia acariciándole la cicatriz de la sien y bordeando su frente. A Wynd se le cortó la respiración cuando lo sintió. El tacto de él quemaba, quemaba de una forma maravillosa, reconfortante y dulce. Y le hacía sentir cosas que tenía prohibidas.

—Entré de día. No era tan estúpida como para hacerlo de noche. Ni siquiera sabía pelear por aquel entonces. Se me ocurrió la inútil e ilusa idea de que quizás encontraría un

modo de colarme por la fortaleza, de que a lo mejor había algo de comer. No lo sé, no me acuerdo muy bien. Estaba volviéndome loca de hambre, de miedo y de desesperación. Siempre fui rápida y ágil, y pensé que podría hacerlo.

—¿Y qué pasó? —dijo mientras seguía recorriendo la piel de su rostro con el dedo índice.

El pulso de Wynd latía acelerado en su garganta. Aren se sentía mareado, embriagado de ella: de la ternura que le provocaba oírla, del dolor de saber que había pasado por todo aquello. De la culpabilidad, del deseo, de la necesidad, del anhelo.

—No me... Lo tengo borroso.

Wynd no lo recordaba bien porque ese día había conocido a Nana y había decidido firmar su trato con ella. También había sido el día en que había visto cómo su alma comenzaba a dejar su cuerpo cuando se moría.

—Caí cerca de un río exhausta. Mareada de hambre.

Lo recordaba vívidamente. Era una sensación, un dolor especial y único, algo que no había vuelto a sentir jamás, pero que nunca la había abandonado. El agujero en su estómago, las náuseas, su cuerpo luchando por algo que ella no podía darle. Se sacudió las sensaciones del cuerpo, no era algo que le gustase recordar.

—Y alguien me encontró. Me salvó justo en el último momento. Ya me estaba yendo cuando oí su voz. Ella me... Estoy aquí por ella. Soy todo lo que soy por ella, no hay nada que no haría por ella.

—¿Quién? —inquirió Aren.

—Se podría decir que es mi segunda madre. Me acogió, me alimentó, me... enseñó a defenderme, a sobrevivir.

Wynd por fin abrió los ojos. Su anillo de ónice estaba más oscuro y brillante que nunca. Se topó con la mirada suave y oscura de Aren. Había demasiados sentimientos anudados en sus ojos, y probablemente algunos no eran más que el reflejo de lo que ella sentía.

—Lo siento. Siento que pasases por eso.

A Wynd le escoció el tono de lástima y la compasión, pero hubo algo... Una nota de... de comprensión, de empatía incluso. Como si él lo entendiese, como si supiese lo que era. No tenía sentido. Él era... él era el príncipe oscuro, el heredero del Deirnas.

—Entiendo que desees matarnos a todos —dijo él—. Aunque no entiendo qué haces aquí.

Wynd se levantó sobre los codos y la mano de él cayó apartándose de su rostro. El corazón le latía desbocado. Se encogió de hombros, tratando de parecer casual.

—Mejorar, supongo.

Si Aren se lo creyó o no, no lo supo, pero no la cuestionó ni la presionó.

La miró como si viese algo más allá, como si pudiese abrirse paso dentro de ella. Y a ella durante un segundo no le importó; no la asustó que la viese. Durante un segundo, se permitió creer que a lo mejor podía volar sin alas, que quizás sí había algún tipo de esperanza.

Aren lo vio: vio cómo las defensas de ella cayeron al suelo desplomadas. Y vio su miedo, su inseguridad. Vio esas heridas, esas cicatrices feas hechas de desconfianza, de errores, de traición. La versión de ella que no era una reluciente chica fuerte capaz de enfrentarse a todos, esa

versión de ella que estaba llena de oscuridad, de temor, que era pequeña. La Wynd que él anhelaba más.

Fue durante un segundo, apenas un chispazo.

Aren apartó la vista y se puso de pie. Wynd parpadeó para borrar todo rastro de su yo vulnerable, para volver a ser la chica fría. La asesina.

Él parecía... incómodo, culpable incluso.

—Nos vemos mañana —se despidió, y se marchó a toda prisa llevándose un trocito del corazón de ella, uno que le había robado y que no le devolvería jamás.

Capítulo 41

Cordelia despertó a Wynd sacudiéndola de los hombros. Le dio tal susto que sacó a Sombra de debajo de la almohada y colocó la hoja en la garganta de su amiga.

—¡Dioses! —gritaron las dos a la vez al reconocerse.

—Nunca jamás me despiertes así —jadeó Wynd.

—Por todas las criaturas ancestrales, Wynd, ¿por qué duermes con tus cuchillos debajo de la almohada?

—Por si alguien me ataca —contestó, como si fuese obvio.

Se incorporó dejando el cuchillo en la mesilla. Miró el cuello de Cordelia. No la había rozado. Se sintió orgullosa de sus instintos y de haber medido también su impulso.

—Casi me muero de un infarto —comentó Cordelia, dramática—. Pobre de quien duerma alguna vez contigo.

Wynd se giró fulminándola con los ojos. La mirada fue más punzante que sus propias dagas. A Cordelia su reacción le hizo tanta gracia que se tiró en la cama en un ataque de risa imparable. De esos en los que te ríes con todo el cuerpo.

Wynd puso los ojos en blanco y fue hacia el cuarto de baño.

—Eres tan graciosa —dijo la sidh.

—No, no lo soy. Soy muchas cosas, pero graciosa no.

—Sí que lo eres. Tendrías que haber visto la cara que has puesto. Echo de menos a Blue, él sabe apreciar estos momentos.

El pecho de Wynd se encogió un poco al pensar en su amigo. No podían bajar a la enfermería a verlo, pues esa planta estaba fuera de los límites y no había sanadores allí a quienes preguntar, por lo que era difícil saber cómo avanzaba. Aunque no habían anunciado ninguna muerte, lo que, de alguna forma, era positivo.

—¿Crees que estará bien?

Cordelia dejó de reírse y su rostro se llenó de preocupación y tristeza.

—Lo espero. Quizás podamos averiguar algo hoy...

Wynd deseó en silencio que no perdiese la mano. Se miró las suyas durante unos segundos y las cerró en puños con fuerza. ¿Qué haría Nana con su «flecha» si perdiese las manos en estas pruebas? Apartó el pensamiento. No quería buscar una respuesta para esa pregunta.

—¿Qué tal fue tu charla con Aren anoche? Llegaste tan tarde que ya me había dormido.

Wynd gruñó en respuesta y metió la cara en agua fría para despertarse. Ella había tardado un par de horas en quedarse dormida porque no había parado de reproducir cada detalle de aquella conversación. Cada vez que cerraba los ojos, sentía los dedos de él recorriéndole la piel de la mejilla y le temblaba hasta el alma.

—No os entiendo —decía Cordelia—. Está claro que hay algo entre vosotros. Cuando os miráis es... Podríais consumir una habitación entera hasta las cenizas.

Wynd sacó la cabeza del lavabo con la velocidad de un rayo y miró a Cordelia como si la estuviese viendo transformarse en un trol morado de dos cabezas.

—Si no supiera que en esta academia no hay nada raro, pensaría que te has tomado una de esas setas de hadas y que ves cosas raras.

—Deja de ser una cascarrabias y vístete, tenemos que bajar a lo de los trajes.

—Jamás, ¿me oyes? Jamás digas ninguna de estas tonterías delante de... él.

Cordelia soltó una risita. Wynd ni siquiera era capaz de decir su nombre. Esta apretó la mandíbula furiosa.

—No quiero soportar su... Se pone insufrible. Es solo eso. Tiene demasiado ego y no quiero que tú se lo subas más.

La pelirroja se llevó una mano al pecho y bajó los ojos en una mirada solemne. Todo aquello no hizo más que irritar a Wynd.

—No prometo nada, pero estaré siempre de tu parte. —Le dedicó una sonrisa preciosa y dulce.

Wynd volvió a gruñir. Aquella mañana había empezado de la peor forma posible. Había demasiadas cosas que Cordelia no sabía, como que ella ya le pertenecía a otra persona. Tampoco había visto cómo Aren había salido huyendo la noche anterior después de que ella bajase sus defensas.

La primera persona a la que le dejaba ver su vulnerabilidad y... Lo entendía, ella también se habría acobardado si él lo hubiese hecho. Era una responsabilidad muy grande conocer las debilidades de alguien.

Fuera, ya había reunidos unos cuantos participantes. Wynd terminó de recogerse el pelo en trenzas mientras bajaban el pequeño tramo de escaleras de su habitación. Quiso evitarlo, pero sus ojos barrieron a la multitud y lo localizaron.

Aren estaba apoyado en la pared con gesto serio. Una pierna flexionada, los brazos cruzados, el pelo revuelto, la camiseta estirada sobre su pecho. Axel estaba a su lado y ambos hablaban en un tono bajo y rápido, en esa forma de hablar que tienen las personas que se conocen desde hace mucho tiempo.

Wynd los observó fascinada. La mitad del tiempo parecían desear matarse el uno al otro, y la otra mitad parecían conocer hasta sus secretos más íntimos.

Apartó la mirada antes de que pudiesen notarla. No sabía con qué cara o actitud enfrentarse a Aren ese día, no después de la noche anterior.

Phern apareció con una mujer pequeña a su lado. Llevaba el pelo en tonos rosas recogido en un complicado moño que parecía una especie de intrincada escultura. Sus ojos eran completamente verdes, y en lugar de iris tenía unas franjas oscuras. La piel de sus mejillas tenía unas manchas en distintos tonos de verde y marrón, y sus orejas terminaban en punta. Su nariz era diminuta y puntiaguda. No mediría más de un metro cuarenta. Parecería una niña si no fuese por su cuerpo esbelto y de mujer. Sus brazos tenían las mismas manchas que su rostro, como si llevase la corteza de un árbol en la piel.

«Una pixie», dedujo Wynd.

Llevaba una túnica sencilla. No pudo evitar asomarse un poco, buscando esas alas casi transparentes que poseían, pero no había ni rastro de ellas. Quizás fuese una leyenda o quizás se las hubiesen cortado.

Phern le hizo un gesto para que comenzara.

—Mi nombre es Elga. —Su voz era como pequeñas campanas repiqueteando—. Soy la jefa del taller de confección. Seguidme, por favor.

La *pixie* se dio la vuelta, su túnica era más larga en la parte de atrás y tenía una especie de capa que arrastraba por el suelo. Quizás escondía las alas ahí.

—¿Por qué una *pixie* es la jefa del taller de confección? —le preguntó a Cordelia.

—Oh, bueno, ya sabes, son rapidísimas y sus manos muy hábiles. Pueden hacer que casi todos los materiales se unan. En Róbulo también hay una *pixie* que trabaja para la corte.

—¿Trabaja? —preguntó Wynd con escepticismo—. Pensaba que quedaban pocas y que viven lejos de las ciudades.

—La mayoría sí. Pero otras han sido, eh..., contratadas, ya sabes. ¿No tenéis en Rasgard?

Wynd se estremeció levemente entendiendo a lo que se refería por «contratadas». Las criaturas ancestrales eran consideradas razas inferiores a los sidh.

«Los sidh, el jodido milagro de la evolución».

—Sí, claro —disimuló—. Pero nunca había visto a ninguna.

El taller de confección estaba en la segunda planta. Era una sala enorme llena de sidh inferiores y alguna que otra *pixie* más. A Wynd no dejaron de fascinarla sus ojos de colores completos, sin nada de blanco, sus aspectos salvajes y refinados. Todas llevaban esas túnicas con capas en la parte trasera. En su interior, deseó que no les hubiesen cortado las alas. No se imaginaba lo doloroso que debía de ser poder volar y luego perder ese don, esa capacidad para siempre.

La sala estaba llena de rollos de tela. Algunos que conocía como la piel, el cuero o ese algodón suave del uniforme sidh. Otros eran gasas, tules, telas hechas de brillo, de luces que se movían por el tejido como si este tuviese vida. Así que por eso usaban *pixies*, para conferirles magia.

—Si las miras así pensarán que quieres matarlas —le susurró Aren al oído.

Wynd tensó los hombros para que no viese cómo se estremecía al sentir su aliento sobre la piel.

—No quiero matarlas —dijo ella en voz baja.

—Lo sé.

—Quiero mataros a vosotros.

—También lo sé.

—¿No lo odias?

—No es tan sencillo.

Ella frunció el ceño. En sus ojos, brilló una chispa de decepción que le arrancó una nota de dolor a Aren. La agonía que sintió fue comparable a aquella vez que le habían roto las costillas una a una.

—Es más sencillo juzgar algo desde fuera.

—Sí, supongo que admitir que todos los tuyos son unos indeseables es duro.

—Estás simplificando las cosas.

—¿Ah, sí?

—¿Crees que Cordelia es una indeseable? ¿Que Blue lo es?

Ella bajó la mirada a sus manos. Entendía lo que él quería decirle.

—Es cierto que los sidh tenemos... privilegios, pero la mayoría de nosotros simplemente hemos nacido en este régimen, con estas normas ya establecidas.

—Podéis cambiarlas —sugirió ella.

—Wynd, tú no sabes cómo funciona el Deirnas. ¿Crees que la gente que habla en contra de lo que tenemos vuelve a su casa simplemente y sigue su vida tan tranquila? Porque no, no es así. Hay veces que prefieres soportar una realidad injusta y que no te gusta si esta te hace sentir a salvo y seguro. Sobre todo si piensas que no hay otras alternativas posibles. Hay gente que estuvo en la caída del antiguo rey, en el ataque de los devoradores... —Bajó la voz aún más al pronunciar ese nombre—. Gente que perdió todo, que vio lo que era el averno.

—Podríais pelear...

—¿Estás sugiriendo una guerra civil? —preguntó Aren en tono irónico.

Los ojos de él centellearon y se oscurecieron llenos de rabia y remordimientos. Tenso como nunca lo había visto.

—¿Crees que los devoradores de almas no lo aprovecharían? No creas que son mejores que nosotros, porque no.

—Bueno, supongo que tú tendrás oportunidad de cambiar las cosas algún día, ¿verdad, heredero? —le dijo con ácido en la voz—. ¿Cuántos años tiene el Deirnas? ¿Cuánto te queda para ser el nuevo dueño del continente?

Aren apretó la mandíbula. Su expresión se congeló, su mirada fue más afilada que la hoja de cualquier acero de luna.

—Más de los que puedas imaginar —respondió. Se inclinó más hacia ella, pero no había nada íntimo, ningún resquicio de lo que habían sentido la noche anterior—. No tienes ni idea de cómo es mi vida, de cómo es mi padre, de cómo funciona la maldita corte sidh. Tú odias que yo haga suposiciones sobre ti, así que no las hagas sobre mí, Wynd, porque no me conoces. No me conoces una mierda.

Ella dio un paso atrás. Herida. Y le dolió sentirse así. Le dolió que las palabras de él hubiesen conseguido cercenarla como las garras del fenrir. Le dolió la hostilidad en sus ojos, la rabia en sus músculos, la frialdad de su tono. Pero lo que más le dolió fue saber que era verdad, que ella no lo conocía, y darse cuenta de aquello la destrozaba, porque deseaba hacerlo.

Pero su orgullo estaba por encima de todos esos sentimientos. No le permitiría a nadie jamás hablarle de esa forma. Sí, puede que ella lo estuviese juzgando sin conocerlo, puede que su visión de las cosas estuviese sesgada, que fuese demasiado ingenua o estúpida para comprender las luchas de poder, los miedos, las necesidades o los anhelos de los sidh. Quizás si ella tuviese una posición acomodada, si fuese fuerte y poderosa, si pudiese refugiarse de las sombras... Sí, puede que quizás

ella tampoco deseara renunciar a todo aquello por un puñado de humanos que morían y por unas criaturas que les eran ajenas y que podían ser un potencial enemigo.

Una pequeña parte de ella sí, sí que renunciaría a todo por dejar de tener miedo, por sentirse segura, amada y protegida. Aunque le gustaba pensar que siempre ganaría la parte de ella que nunca permitiría que su egoísmo se impusiese al bien de los demás.

Se giró y fue hacia una de las mesas donde una *pixie* medía a Cordelia.

Capítulo 42

Las *pixies* les tomaron medidas mientras murmuraban a toda velocidad. Wynd no supo si es que hablaban en otra lengua o si es que su voz aguda y musical no le permitía entenderlas. En realidad, todo aquello no podía importarle menos. Le daban igual la ropa y la fiesta.

Estaba de un humor terrible desde su conversación con Aren. Sobre todo porque dentro de ella sabía que él tenía razón en algunas de las cosas que le había dicho.

En cuanto terminaron de medirla, se sentó en un sillón detrás de un enorme perchero horizontal lleno hasta arriba de vestidos y trajes. Cordelia permaneció junto a las *pixies* charlando animadamente.

—¿Qué animal vas a escoger? —le preguntó.

—¿Qué? —contestó Wynd desconcertada.

—Tu animal para el vestido. Necesitan saberlo.

—Mmm... Cualquier cosa que muerda... —respondió ella encogiéndose de hombros.

Cordelia puso los ojos en blanco y comenzó a darles indicaciones a las *pixies*. Por Wynd como si la vestían con un saco. Todo aquel asunto de que usaran a las *pixies* para hacerles el trabajo la enfurecía. No podía negarse a participar, sin embargo.

¿Se sentirían así los demás sidh?

Miró a su alrededor. Algunos tenían expresión de aburrimiento, otros parecían increíblemente entusiasmados y algunos otros exasperados. Aren le sonreía a una *pixie* preciosa de largo cabello rubio con mechas de colores silvestres que le estaba midiendo el pecho.

La *pixie* con sus ojos completamente celestes estaba claramente devorándolo con la mirada. Tenía expresión decidida y seductora. Estaban coqueteando, era obvio hasta para Wynd, quien no estaba demasiado puesta en el tema.

Apoyó el brazo derecho en el sillón y recostó la cabeza en su mano mientras los miraba fijamente con interés. ¿Era ella así con Aren? ¿Sonreía de esa manera ridícula y se reía de las cosas que decía como si fuese terriblemente gracioso? ¿Se le iluminaban los ojos de esa forma cuando le susurraba algo? ¿Se le calentaba de esa forma el rostro? Porque Blue y Cordelia no paraban de decir que había algo entre ellos, y ella nunca había pensado que... Por la Luna, le pediría a Cordelia que le pegase una torta si alguna vez la veía comportarse de ese modo tan cursi delante de él.

Quizás Aren ya había comprendido que una amistad entre ellos dos era algo imposible y absurdo. Quizás por eso la noche anterior se había ido de forma abrupta, y quizás por eso en ese momento estaba incordiando a otra persona y dejándola en paz de una vez.

Aquel pensamiento le hizo sentir un terrible vacío en su interior. Tan profundo que deseó poder asomarse a su pecho y buscar lo que había perdido. Debería estar contenta, debería sentirse feliz y aliviada, porque ella era quien había tenido claro desde el principio que no podía tener una

relación de ningún tipo con él. Sabía que era más lo que los separaba que lo que los unía.

Pero ni el alivio ni la felicidad aparecieron, más bien una angustiosa sensación de pérdida que le quemó los huesos.

—¿Tú también encuentras todo esto de lo más tedioso? —le preguntó Axel sentándose en el brazo del imponente sillón.

Su acento musical le acarició los oídos.

—Oh, no. Lo encuentro de lo más excitante —dijo ella con tono sombrío.

Axel le dedicó una sonrisa. Tenía una forma muy elegante de sonreír: era medida y suave, como el toque justo de mermelada en una tostada, como la cantidad de leche perfecta en un café.

Por supuesto, no era un relámpago de fuego acariciándole la piel, como la de Aren.

—¿Qué animal has escogido?

Wynd se encogió de hombros.

—Uno que muerda —contestó mostrando sus propios dientes.

—Buena elección.

—¿Y tú?

—Un cuervo. Animales astutos.

Ella lo miró. Probablemente, si tuviese que escoger una palabra para definir lo que veía en los ojos de él, sería exactamente esa. Astucia.

Cordelia se había dado cuenta de que Wynd estaba de un humor terrible, así que la había dejado irse sin hacerle preguntas. De todas formas, no hablaría hasta que ella lo

decidiese. Intentar arrancarle palabras era un gasto de energía absurdo.

Wynd fue hacia la sala de entrenamiento. Debería estar descansando para el día siguiente; eso les habían pedido, pero no podía soportar la rabia que le rugía por las venas.

Dejó a Sombra y Muerte sobre un banco, se remangó las mangas de la camiseta y se quitó las botas. Uno, dos, tres, cuatro golpes hasta llegar hasta quince. El material acolchado absorbió los impactos y, aun así, estaba lo suficientemente duro como para sentir la vibración de los golpes en los huesos.

Volvió a empezar de nuevo otra tanda de puñetazos, esta vez hasta veinte seguidos. La respiración comenzó a acelerársele. El pulso le latía rápido.

Veinticinco. Treinta. Treinta y cinco. Los nudillos se le comenzaron a hinchar. Su respiración marcaba el ritmo de los golpes. Se concentró solo en ella, en su cuerpo, en el movimiento de sus brazos en la rotación, la posición de los hombros, el movimiento de sus pies.

—Te darás cuenta cuando seas mayor. El guerrero invencible solo existe si ha desterrado cualquier emoción. Nadie podrá hacerte daño jamás a través de otros. ¿Quieres darle esa ventaja a tu enemigo? ¿Quieres permitirles llegar tan fácil hasta ti? Un amigo, un familiar, un amante, una mascota incluso. Cualquier cosa. Ni siquiera tus hermanos de armas. Nada debe preocuparte.

—¿Ni tú, Nana?

—Yo sé cuidar de mí misma. No seas compasiva. Le había cogido el rostro con ambas manos.

—¿Ves este mundo? Una vez fue un lugar hermoso, lleno de luz, riqueza, alegría. Había criaturas que ni puedes llegar a imaginar. Abscondita era magia hasta que llegaron ellos y lo destruyeron todo. Hasta que diezmaron a las criaturas ancestrales, hasta acabar casi por completo con algunas razas. Su avaricia no conoce límites. ¿Crees que puedes pelear contra ellos sintiendo compasión, amor, piedad?

Wynd había sacudido la cabeza con fuerza. Sus trenzas sucias de barro, musgo y sangre rebotando contra su cara. Los ojos fijos en la espesa negrura de los de Nana.

Ella le había entregado entonces una daga, una nueva. La empuñadura era de un material transparente surcado de pequeños puntos de luz, y alrededor tenía unas espirales de metal negro. La hoja de dragón, el acero más afilado y mortal que había. Nana le había obligado a curvar los dedos sobre la empuñadura.

—Hoy vas a aprender lo que significa ir a la guerra, Wynd.

Arrancó el saco de entrenamiento y lo tiró al suelo mientras trataba de deshacerse del recuerdo. Gritó mientras golpeaba con todas sus fuerzas. Sin prestar atención a la posición de su cuerpo o a su respiración, sin ser consciente de nada más que de su rabia. Cegada completamente por ella, cerró los ojos.

«Demuéstrame tu lealtad».

«No me hagas obligarte».

Su cuerpo se partió en dos. Eso era lo que ella era, y no podría cambiarlo jamás. Negarlo era mentirse a sí misma. Clavó las uñas en la tela curtida del saco y lo desgarró. Lo hizo, aunque en realidad deseaba hacérselo a sí misma.

Se presionó la mano derecha contra el esternón. Ojalá pudiese meterla dentro de su pecho y arrancarse esos sentimientos. La culpa, los remordimientos, el asco. El odio que sentía por sí misma y por lo que había hecho, por lo que sabía que haría si Nana se lo pedía.

Después de aquello, había estado segura de que su capacidad para sentir amor, empatía o compasión estaba destruida. Habría sido más fácil si así fuera.

Se dejó caer boca arriba sobre el suelo blando. Levantó el brazo izquierdo mientras recuperaba el ritmo normal de su respiración. Lo giró y se miró la muñeca. La marca de los nikt, esas estrellas caóticas, y justo encima la cicatriz en forma de medialuna. Su trato. El símbolo de su lealtad.

Cuántas veces se había preguntado, en la soledad de su habitación de la casa de los Páramos, si habría alguna forma de deshacerse de ella. No es que fuese a hacerlo, no es que no quisiese servir a Nana, solo quería... Solo había una parte de ella que sentía curiosidad.

Miró sus cuchillos durante un largo rato considerando la posibilidad. No, era una idea demasiado estúpida. Se levantó y se colocó el cinturón de armas sobre el hombro. Cogió las botas con una mano y salió de la sala dejando el saco de entrenamiento hecho pedazos.

La claridad del cielo de mediodía la cegó mientras subía las escaleras hacia el vestíbulo. No había conseguido sentirse mejor, pero al menos estaba tan agotada y dolorida que los demás sentimientos subyacían por debajo.

Algunos participantes se giraron a mirarla y comentar algo de ella. Los ignoró indiferente y siguió el camino hacia su habitación. Estaba deseando acabar con esas pruebas de

una vez, deseando salir de ese estúpido edificio subterráneo y ser libre.

Sacó la llave del bolsillo y empujó la puerta con el hombro. Cordelia debía de estar abajo, en el comedor. Lanzó los cuchillos sobre la cama y dejó caer las botas en la alfombra.

Se metió en la ducha, se sentó con la espalda apoyada contra las baldosas y dejó que el agua caliente la abrazase. Las palabras de Aren daban vueltas en su cabeza y también las de Nana. Dos realidades distintas, dos vidas opuestas. Ella no conocía apenas nada del mundo, nunca había estudiado la historia de Abscondita. Hasta que Axel había aparecido con ese libro, ni siquiera había conocido al rey y la historia de los sidh.

Nana les había enseñado a pelear, a cazar, a sobrevivir, pero nunca les había explicado de dónde venían o cómo habían llegado a esa situación. Lo único que sabía eran pequeños pedazos, retazos de historia, pinceladas inconexas. Pero antes no le había preocupado. No había creído que necesitase todos esos conocimientos para hacer lo que hacía. Solo necesitaba una estrategia, un plan, el modo de tender una emboscada, el objetivo y poco más. Antes no le habían preocupado los porqués o las consecuencias. Tenía suficiente odio y rabia para sustituir todo lo demás.

Pero ahora todo eso ya no le parecía suficiente.

Capítulo 43

Wynd se había quedado dormida en el baño envuelta en una toalla. Cordelia entró como un torbellino en la habitación buscándola y gritando su nombre, cuando la encontró allí.

—¿Qué haces ahí? ¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado? —la interrogó despertándola.

Wynd parpadeó. Tenía frío y le dolía el culo de estar sentada contra las baldosas.

—¿Por qué siempre duermes en todas partes menos en la cama? ¿Qué tienes en contra de ella: es cómoda, confortable, blandita...?

Le tendió una mano para ayudarla a levantarse y Wynd la aceptó tras un segundo de duda.

—Me he duchado y luego me estaba peinando y... No sé. ¿Qué hora es?

—Casi la hora de cenar. Tienes que oír esto.

Cordelia tenía las mejillas sonrojadas y unas gotas de sudor en la frente. La respiración agitada. No dejaba de mover las manos en todas direcciones de forma hiperactiva.

—He estado dando vueltas por el primer y el segundo piso, tratando de buscar una sanadora que me pudiese decir algo de Blue. Pero no ha aparecido ninguna. Así que, al

final, me he cruzado con Thorn y me he dicho «qué demonios», y he ido a pedirle que me dejara visitarlo.

Wynd iba hacia el armario mientras la escuchaba. ¿Por qué todo allí era de color crema? Maldita sea. Odiaba ese color.

—¿Y te ha dejado?

—Pues verás. Me he parado frente a él y lo he mirado con mi expresión más decidida. En el sentido de: «Soy una roca y no me voy a mover hasta que me digas que sí». Le he dicho que estaba preocupada por Blue, que no sabía si... si se estaba recuperando o no, si había mejorado. Y que quería verlo, aunque fuese durante cinco minutos.

A Cordelia le gustaba recrearse en los detalles, cosa que a Wynd normalmente la habría exasperado. Pero parecía tan orgullosa y metida en la historia, y Wynd necesitaba tanto alejarse de los oscuros pensamientos que no paraban de crecer y crecer dentro de ella, que simplemente se dejó llevar por la voz ilusionada de su amiga.

—Thorn. Ese hombre es de piedra. En serio. Un demonio de fuego hecho persona. Se ha cruzado de brazos y me ha mirado sin mover ni un músculo de la cara. Hemos estado mirándonos fijamente en silencio unos seis o siete minutos.

Wynd comenzó a vestirse tras la puerta del armario preguntándose si habría alguna forma de teñir aquella ropa para que dejase de tener un color tan odioso.

—Una verdadera batalla —murmuró.

—Cuando se ha dado cuenta de que iba en serio y de que no pensaba ceder, me ha pedido que me apartara y que esperara. Pero no lo he hecho, ¿sabes? Lo he mirado desafiante y le he explicado que mis padres me han

enseñado a ser perseverante, y que los amigos son algo importante; y más si planeas que sean tus futuros compañeros de armas. Y que, por supuesto, como futura rhydra que voy a ser, mis valores eran algo que no podía dejar atrás...

En ese punto, Wynd ya se había perdido en la explicación de Cordelia, que caminaba por la habitación gesticulando y hablando a toda velocidad muy concentrada.

—Y que era justo que me dejaran saber cómo estaba Blue. Que mi preocupación estaba completamente justificada y que terminaríamos con aquello mucho más deprisa si me decía que sí, porque si no, seguiría enumerándole todas las razones por las que me debía dejar ir.

Wynd se imaginó la cara de Thorn al ver la determinación en los ojos de Cordelia y le entraron ganas de reír.

—Me ha dicho que bien podría derribarme con facilidad y largarse. A lo que yo le he respondido que era cierto, pero que dado que yo estaba usando el poder de las palabras, él debería vencerme en igualdad de condiciones.

Wynd resopló. No le encontraba ni le encontraría sentido a la forma que tenía Cordelia de ver las cosas o de entender la vida. Aunque quizás por eso le gustaba, porque no se parecía a ella ni a nadie de su mundo.

—¿Y? —le preguntó intrigada.

—Pues ha puesto expresión de fastidio, aunque yo lo he visto sonreír, pero ha tratado de disimularlo, y me ha dicho que no me podía dejar bajar, pero que iría a preguntar y que vendría ahora con noticias.

Wynd parpadeó impresionada. A Thorn debía de haberle conmovido la determinación y la valentía de Cordelia. Y quizás también su lealtad, lealtad por alguien que era un contrincante y que podría quitarle su sitio al terminar las pruebas.

Dos fuertes golpes sacudieron la puerta y Cordelia fue a abrirla a toda prisa. Wynd se quedó rezagada y los observó desde atrás.

—¿Cómo está? —inquirió Cordelia, ansiosa.

—Ha despertado. Está consciente —dijo Thorn.

Algo en su tono sonó cauteloso, como si temiese decir algo más. El pecho de Wynd se apretó inquieto. Los ojos de Cordelia, iluminados por el alivio, recorrieron las líneas duras del rostro de Thorn y adivinaron que no todo iba bien.

Wynd dudó. Se tambaleó hacia delante sobre las puntas de los pies. Su cuerpo deseaba ir hasta ella, pero su alma era un ancla. A veces se planteaba que, si hubiese sido distinta, si no hubiese pasado por todo lo que había pasado... si fuese más como Cordelia..., quizás habría tenido el derecho de ir hasta su amiga y cogerle la mano, de reconfortarla. Si hubiese sido así, lo habría hecho sin darle más importancia, sin pensarlo, como algo natural.

Pero puede que simplemente el modo en que era no pudiese cambiarse, si ella había nacido así: reticente, desconfiada, temerosa de amar, de que el amor pudiese destrozarla, de que ese dolor pudiese llegar a las partes que no protegía con armadura. Quizás ese miedo no la dejaría ser libre nunca, quizás ese miedo la hacía ser quien era.

—¿Qué pasa? —preguntó Cordelia y, curiosamente, su voz sonó firme, aunque sus manos temblaban.

—La mano... no la ha perdido, pero... —Thorn se aclaró la garganta—. Tenía los tendones y los ligamentos demasiado destrozados, no va a poder cerrarla del todo, no tendrá fuerza en los dedos. Ha perdido mucha movilidad en ella. Es casi milagroso que no hayan tenido que amputársela.

La garganta de Cordelia se movió cuando tragó con fuerza, y sus ojos se llenaron de lágrimas que no derramó.

—Saldrá mañana para la fiesta —la informó Thorn.

Ella asintió.

—Gracias —dijo con sinceridad.

Thorn le dedicó un asentimiento y se dio la vuelta para marcharse.

Wynd se dejó caer sobre la cama. Una mano inservible. Era la izquierda y Blue era diestro, pero aun así... Era una pérdida enorme y una desventaja para las pruebas. Se miró sus propias manos.

Siempre apreciamos más lo que tenemos cuando otro lo pierde, como un pequeño recordatorio de que no hay que dar nada por sentado en la vida.

Cerró los dedos y apretó con fuerza. La pena y la compasión por Blue se mezclaron con el agradecimiento y el alivio de saberse sana y en plenas condiciones.

—Odio las pruebas. Odio lo que nos están haciendo —murmuró Cordelia.

Wynd levantó la vista sorprendida por el rencor en la voz de su amiga.

—Estoy segura de que hay un modo mucho más... humano de llevar a cabo la selección. No entiendo por qué tenemos que pelear unos contra otros, por qué tienen que hacer que nos destrocemos.

—Porque eso es precisamente lo que pretenden estas pruebas.

—¿El qué? —preguntó la pelirroja secándose las lágrimas.

—Arrancar la humanidad que queda en cada uno de nosotros. Los que terminen no tendrán nada de ella. Soldados perfectos —sentenció Wynd con voz lúgubre.

Y hubo algo en aquella afirmación, en aquella idea clara que había aparecido en su mente, que la hizo estremecerse. Esa premisa se parecía demasiado a lo que Nana les había inculcado a los nikt.

—Los rhydra nos protegen, Wynd, son héroes. Cómo puedes decir que no tienen humanidad.

Wynd apretó los dientes. A Aren podía decirle lo que pensaba, él conocía su secreto o al menos parte de él. Pero Cordelia no. Con ella no podía ser completamente sincera sin exponerse demasiado.

—Tú los has visto.

Los ojos de Cordelia mostraron la duda en su interior. Cómo su confianza ciega en el sistema empezaba a resquebrajarse, a tambalearse.

—No todos son así.

Y, sorprendentemente —por primera vez en su vida, contra todo lo que siempre había creído, establecido y jurado...—, Wynd estuvo de acuerdo. Asintió.

—No, no todos lo son.

Aquellas palabras le ardieron en la garganta porque eran la confirmación de algo que le daba pánico sentir. Algo que no le quedó más remedio que reconocerse a sí misma. Confiaba en Aren, confiaba en él lo suficiente como para comenzar a replantearse algunas verdades que había creído

absolutas. Y depositar su confianza en otra persona era como suspenderse sobre un puente entre dos acantilados y esperar a que la madera pudiese soportar cada uno de sus pasos y que no la dejase caer al vacío.

Cordelia se tumbó al lado de Wynd.

—Hace dos años, un chico de Róbulo vino a hacer las pruebas. Se llama Iver, era de esas personas que destacan. Tenía diecinueve años y todo el mundo estaba seguro de su éxito. Era fuerte, apuesto, había entrenado duro y tenía un control increíble sobre su magia. —Los ojos de Cordelia parecían lejanos, como si estuviese de vuelta en su ciudad observando a aquel chico—. Iver era mi mejor amigo... Tenía muy buen corazón. Estuvo a punto de morir con dieciséis años. Ayudó a unos leñadores que habían dado la alarma en los bosques porque estaban siendo atacados por una mantícora. Lo hizo cuando muchos de los adultos no se atrevieron a salir de las murallas para ir a ayudarlos. Los leñadores eran...

Los ojos de Cordelia se desviaron hacia los de Wynd, que asintió con comprensión.

—Sidh menores.

—Casi sin magia —aclaró—. La mantícora los habría matado con facilidad si Iver no hubiese ido. La mató, pero aun así le dejó heridas muy graves. Fue entonces cuando tomó la decisión de unirse a los rhydra. No lo hizo por motivos egoístas como el poder o la riqueza, lo hizo porque pensaba que de ese modo podría ayudar a más personas como aquellos leñadores...

La voz de Cordelia se apagó y su expresión se tornó nostálgica. Soñadora. Perdida en sus recuerdos, en la

añoranza. Quizás estaba recordando esos días, quizás estaba recordando a ese chico.

—¿Y entró? —le preguntó Wynd.

Cordelia parpadeó volviendo al presente.

—Sí —dijo asintiendo—. Lo hizo. El día que partió... fue triste y alegre a la vez. Porque lo íbamos a echar de menos y porque, aunque confiábamos en él, también temíamos por él. Pero, aun así, estábamos felices de que fuese a hacer algo que siempre había deseado.

—¿Y dónde está?

En los ojos de Cordelia estalló una chispa de dolor.

—No lo sé. No lo destinaron a Róbulo. Mandó una carta una vez, una especie de despedida. Un «gracias por todo» y un «quizás algún día volvamos a encontrarnos».

—Cordelia... —comenzó Wynd con suavidad—. ¿Es él la razón por la que decidiste presentarte a las pruebas? ¿Para encontrarlo?

Ella se encogió levemente y apartó la mirada.

—No es lo que piensas. Fue una decisión que tomé hace dos años cuando lo vi marchar, algo que comencé a plantearme cuando por primera vez me dijo que iba a entrenar para presentarse. No fue algo que decidí con la esperanza de encontrarlo algún día. Sus motivos... el porqué Iver quería hacerlo era algo que yo también sentía: quería poder protegerme a mí misma y a los demás. Y luego, cuando no regresó, cuando desapareció de nuestras vidas...

Wynd notó que tras ese plural se escondía otra cosa. Que Cordelia había querido decir «de mi vida», pero no había sido capaz de expresarlo en voz alta. Quizás porque le parecía egoísta sentirse así.

—Sí, entonces sí que pensé que podría encontrarlo, que podría conocer el motivo por el que había decidido despedirse. Y ahora lo comprendo. No sabía hasta qué punto esto era duro; pensaba que nos llevarían al límite y tenía claro que no cruzaría los míos, pero esto va más allá, es más complicado que eso —murmuró con la garganta apretada de dolor—. No va de límites, va de experimentar emociones que jamás había esperado sentir, va de conocer lo crudo que es el mundo en realidad, de ver lo más feo y oscuro de nosotros y de los demás... Es una bofetada. Y a lo mejor eso es lo que le pasó a Iver, que las pruebas lo cambiaron tanto que no deseaba volver a Róbulo y que viésemos la persona en la que se había convertido. Quizás el peso de sus acciones lo avergonzaba tanto que no podía enfrentarse a nosotros. Porque a lo mejor veríamos esa parte oscura y perdida dentro de él, esa falta de humanidad, todo a lo que había tenido que renunciar por convertirse en algo que siempre había admirado tanto.

Los ojos de Cordelia se llenaron de lágrimas que corrieron por sus mejillas. El pecho de Wynd se contrajo dolorido.

—Y yo no deseo que eso me pase a mí, Wynd. Quiero poder volver y mirar a mi padre y a mi madre a la cara. ¿No hay un modo de ser fuerte y valiente sin perderlo todo, sin ser despiadado? ¿De verdad la amabilidad, el amor y la empatía te hacen tan débil? ¿De verdad hay que elegir entre lo uno o lo otro?

Wynd le agarró la mano y se tumbó a su lado en silencio. Prefirió hacer aquello a responderle. No quería destrozarla. No quería tener que decirle lo que Nana le había enseñado desde muy pequeña. No quería romper la esperanza y los

sueños de alguien como Cordelia. Ella se merecía creer que había una posibilidad, se merecía creer que Abscondita era un lugar donde la bondad podía imponerse. Porque, sinceramente, quizás si hubiese más personas como Cordelia y menos como ella misma, quizás entonces sí habría espacio para la esperanza.

Capítulo 44

—¡No! —exclamó Wynd—. Me niego.

—Estás preciosa —insistió Cordelia.

—Estoy desnuda.

—No es cierto. Blue, dile que está preciosa.

—Chica fría, cuando el príncipe oscuro te vea, se van a derretir hasta las montañas Hillias.

Los ojos de Wynd brillaron con furia. Estaba delante del espejo frunciéndole el ceño a su reflejo. Cordelia no le había permitido ver su vestido hasta que Blue apareciera.

Estaba algo más delgado, con las líneas de su rostro más marcadas, los pómulos más afilados y los ojos apagados. Su pelo, que siempre parecía ondular sobre él como corrientes marinas, estaba liso y caído. La piel algo cenicienta y tirante. Y la mano... La llevaba en un guante sin dedos, de cuero con motivos plateados grabados, seguramente protecciones de sanación. De vez en cuando, los dedos de Blue se sacudían de forma involuntaria y él hacía una mueca de dolor.

Cordelia lo había abrazado hasta robarle el aire de los pulmones. Solo había estado dos días y medio fuera, pero su ausencia se había sentido como semanas.

Wynd volvió a mirarse en el espejo. El vestido era de gasa blanca transparente, un tul tan delicado que desprendía

pequeños destellos según le daba la luz. Las mangas estaban fruncidas y caían más allá de sus hombros hasta cerrarse con unos finos cordeles en su muñeca. Parecían pequeñas alas de hada cuando subía los brazos. El escote era recto y pegado a su pecho, que se elevaba al estar comprimido por un *body* con corsé. El material era duro pero flexible y estaba bordado con unos delicados relieves. Eso era lo único que impedía que la suave gasa dejara todo su cuerpo al descubierto.

Se giró un poco para ver la parte trasera. Toda la longitud de sus piernas, sus nalgas, podían verse. No es que no le gustase el vestido; era precioso y delicado. Pero no era para ella, ella no podía llevar algo tan... hermoso y delicado. Ni tan revelador. Las cicatrices de su muñeca estaban tapadas por la tela fruncida de las mangas, pero el resto, las de la espalda, el pecho, las piernas, todos esos recuerdos de batallas, peleas y entrenamientos estaban ahí.

Cordelia había insistido en soltarle las trenzas y dejar que su largo pelo blanquecino cayera en ondas sobre su espalda. Solo dos mechones trenzados y atados hacia atrás para despejarle el rostro.

Los pies descalzos iban decorados con pulseras que se enredaban en su tobillo y que subían hacia su pantorrilla. Herencia de las hadas, sin duda.

Ninguno de sus hermanos nikt la habría reconocido, ninguno habría sabido decir que no era una sidh si no la hubiese mirado a los ojos. Por supuesto, no se había quitado los anillos de piedra de luna de la mano.

—Es perfecto para ti. Eres exactamente una ventisca blanca, como tu nombre —dijo Cordelia mirándola.

Ella estaba impresionante con su vestido de terciopelo en tonos naranjas y marrones. Era ceñido al cuerpo y tenía una larga raja en la parte trasera. Se había recogido el pelo en dos pequeños moños que al colocarse la máscara de zorro parecían las orejas del animal. Aquellos colores hacían resaltar el verde bosque de sus ojos.

—¿Y mi máscara? —preguntó Wynd resignándose a llevar aquello.

—Primero Blue.

Él se levantó con una sonrisa. Sin duda, Wynd se habría puesto más difícil si no hubiese sido porque se había dado cuenta de lo mucho que Blue estaba disfrutando con aquello.

Se metió en el baño y las dejó esperando unos minutos mientras se ponía su traje.

—¿Necesitas ayuda?! —gritó Cordelia.

—No, tengo una mano inservible, pero todavía me las apaño.

A pesar del tono irónico de su voz, había cierto dolor en sus palabras.

Un momento después, Blue salió. Llevaba una chaqueta que acababa en una larga cola, la cual caía hasta sus pies. Flotaba tras él con una serie de ondulaciones que parecían aletas rizadas. Los pantalones de cuero tenían un relieve de escamas azules y naranjas neón. Debajo no llevaba nada, así que podía verse su piel tostada.

Era un pez Dragonet. La máscara, en los mismos tonos, afilaba su mirada y su pelo, ahora sí ondulante y rizado. Parecía mecido por una corriente invisible de agua.

—¡Impresionante! —exclamó Wynd.

—Estás fantástico —estuvo de acuerdo Cordelia.

Él dio una vuelta sobre sí mismo, complacido. No se había quitado el guante de la mano, el único detalle que no concordaba con su vestimenta.

Cordelia le indicó a Wynd que se apartase del espejo, y sacó la máscara de la caja donde la habían traído las *pixies*. Wynd todavía no sabía qué animal había escogido su amiga para ella.

—Cierra los ojos —le pidió Cordelia.

Los párpados de Wynd aletearon. Sintió las manos de Cordelia encajándole la máscara en el rostro. No hacía falta atarlas, simplemente se ajustaban tan perfectamente a la anatomía de cada uno que no se desprendían con facilidad. Magia de *pixies*, por supuesto.

Le colocó dos partes más sobre las orejas, apretadas contra las sienes. Luego se apartó y la cogió de los hombros para moverla frente al espejo de nuevo.

—¡Tachán! —exclamó.

Wynd abrió los ojos con un parpadeo. Dio un paso atrás, sobrecogida. Un lobo. Era un precioso lobo blanco. Níveo. Perfecto. Inmaculado. Sus ojos grises encajaban de maravilla en la mirada afilada de la máscara, con los bordes delineados de negro noche. La parte de la nariz se elevaba sobre la suya propia en un triángulo puntiagudo, confiriéndole un aspecto animal, salvaje. Las orejas estaban echadas hacia atrás, como si estuviese a punto de levantar la cabeza y aullar a la Luna.

Ahora lo entendía. Su traje no era la piel de la loba, sino la nieve. Ella en sí misma era una loba blanca, y la gasa era la ventisca de nieve que la envolvía. Era precioso, simbólico,

sutil y delicado. Era una metáfora de la propia naturaleza de Wynd.

Sintió un enorme nudo de emociones en la garganta, porque Cordelia la conocía tan bien, que les había explicado a las *pixies* exactamente qué hacer para ella.

—¿Te gusta? —le preguntó dubitativa por su silencio.

—Es...

Wynd se llevó una mano al pecho descubierto. Tenía tantas cosas que decir: «gracias», «es precioso», «eres importante para mí», «me da miedo empezar a quererte», «gracias por verme», «gracias por encontrarme», «te valoro», «eres mi amiga», «me da miedo perderte», «eres increíble», «me asusta que me hagas daño», «me asusta hacértelo yo»...

—¿Sí?

—Es... tanto.

—Eres tú, Wynd. Exactamente como yo te veo.

Wynd apartó la mirada del espejo, donde sus ojos se habían encontrado con los de Cordelia, que estaban llenos de bondad y amor. Se preguntó si la querría si supiese quién era ella en realidad y lo que hacía. Si la perdonaría por la vida que llevaba o, si al enterarse, sentiría asco, desprecio. Si esa mirada se transformaría en otra.

Se sacudió el sabor amargo de sus pensamientos y miró el reloj que había en la habitación.

—Deberíamos bajar. Es casi la hora —dijo intentando deshacerse de lo que sentía.

—Sí, por favor. No quiero perderme ni un segundo de la reacción del príncipe oscuro cuando te vea.

—Ni siquiera creo que note mi presencia.

Blue se atragantó con algo invisible; su risa, seguramente.

—¿Estás loca? Creo que eres lo primero que ve cada vez que nos convocan. Su mirada siempre está buscándote.

Wynd quiso contestarle que imaginaba cosas o que quizás la conmoción lo había dejado mal, pero no le dijo nada porque no fue capaz de reunir el sarcasmo suficiente para replicarle. Porque ella también lo hacía: lo buscaba entre la multitud. Sus ojos de forma casi involuntaria siempre le encontraban antes que a nadie.

Se preguntó qué le diría él al verla. Con qué versión de Aren se toparía esa noche: la irónica, la vulnerable, la seductora o la fría... Se estremeció al imaginar sus ojos recorriéndola. Y de pronto, se sintió febril.

Quizás simplemente deberían ignorarse como habían hecho desde la mañana anterior. Quizás era lo mejor para los dos.

Quizás.

Quizás no.

Wynd bajó la escalera con el aliento atascado en los pulmones, con el corazón latiéndole a un ritmo frenético. Dio gracias por ir descalza y poder sentir el suelo sosteniéndola a la tierra.

No, no era lo mejor para los dos.

Y ambos lo sentían, porque ambos levantaron la mirada entre la multitud tratando de encontrar al otro. Ambos apagaron esa voz en su interior que les decía que era mejor estar lejos el uno del otro.

Porque daba igual si era imposible, arriesgado y peligroso. Daba igual si el mundo se partía en dos en aquel momento

y los dejaba a cada uno en el lado opuesto. Aun así, sus miradas habrían conseguido chocar en la distancia. Colisionar con la fuerza de una estrella caída.

Se habrían encontrado del mismo modo. Ojos azules contra grises. Negro contra blanco. Nieve helada en la noche más oscura. Un lobo negro devorando la distancia que lo separa de una loba blanca. Porque, hasta sin saberlo, habían escogido ser el compañero del otro.

Dos criaturas diferentes en el exterior e iguales en el interior.

El aura oscura de Aren onduló como llamas negras cuando la vio. No había nada humano en él, era puramente animal y Wynd no tenía armaduras para él.

No esa noche.

Capítulo 45

Un soldado rhydra vestido de color azul cobalto, con una máscara que se asemejaba a una libélula, les indicó que lo siguieran. La emoción era palpable en el ambiente. Las auras de los sidh brillaban con fuerza y Wynd casi se sentía mareada.

—¿Lo has visto? —le susurró Blue—. Ese pecho... Mmm. —Cerró los ojos—. Y esa máscara... Si me mira esta noche con esos ojos salvajes te juro que me convierto en un charquito de agua. No, de hecho —rectificó—, si esta noche se me acerca y me pide algo con esa voz y esa presencia... Te prometo que haría cualquier cosa.

—Está desvariando —le dijo Wynd a Cordelia.

—Oh..., venga —Blue le dio un codazo—, que hemos visto cómo os mirabais. Yo apoyo al cien por cien que no lleve camisa. Y tú también.

Wynd apretó la mandíbula y cerró los ojos mientras cogía aire. No, no podía sacarse la imagen de Aren de la cabeza. Como tampoco podía desprenderse del estremecimiento y el calor que le recorrían el cuerpo cuando lo recordaba.

—Vais emparejados, además —la pinchó Cordelia.

—¿No lo habrás hecho aposta? —le preguntó.

—No. Lo juro. No tenía ni idea de que él iría de lobo. Esto es solo el destino mandándote una señal.

Wynd se miró las manos. Los anillos resplandecientes. El destino... Sí, el destino era perverso. ¿Por qué no recordarle que anhelaba algo que no podía tener? ¿Por qué no jugar con su mente, con esa retorcida parte de su cerebro donde estaba la esperanza? Cerró los puños con fuerza. Dioses, ella era fuerte. Y lo sabía. Pero nunca había tenido que pelear contra un enemigo invisible, intangible, un enemigo del que no podía esconderse ni huir.

Bajaron varios pisos. El soldado rhydra se paró frente a unas enormes puertas de metal esculpidas. Debían de medir por lo menos cinco metros de alto. Las empujó con facilidad, sin embargo.

Luz. Al principio, solo percibió claridad colándose a raudales desde la puerta. Un pequeño murmullo sobrecoigido recorrió la multitud.

La noche brillaba en el techo abovedado de la sala. Pero cientos de velas y puntos luminosos flotaban aquí y allá. El espacio era tan amplio que no alcanzaba a ver dónde terminaba. Debía de tener una altura de tres pisos por lo menos. Y todo estaba cubierto de... bosque. Parecían haber arrancado un pequeño claro y haberlo metido allí dentro.

El suelo estaba cubierto por césped suave y mullido con pequeñas flores blancas y plateadas aquí y allá. Las paredes no se veían, porque estaban cubiertas de enredaderas y árboles. Hojas de otoño flotaban y caían de las ramas más altas. Era tan hermoso que se le erizó el vello. Y el olor... musgo, madreSelva, pino... Otoño. Olía a otoño.

Había una zona circular totalmente despejada donde la luz de las velas incidía con más intensidad. Al acercarse, se dio cuenta de que los puntos de luz eran luciérnagas que

flotaban en el ambiente. Lo único que indicaba que no estaban fuera era la calidez. Si estuvieran en el bosque de verdad, estaría tiritando de frío.

Más adelante, tras una frondosa pared de árboles, brillaba un lago donde se reflejaba la luna. El líquido era similar al agua, pero parecía más espeso y brillante. Como noche líquida.

—Estás temblando —susurró una voz ronca cerca de su hombro derecho.

A Wynd se le atascó el aire en los pulmones y no pudo evitar estremecerse.

—Es culpa de este vestido, apenas me cubre la piel —se quejó apartándose de Aren y evitando mirarlo.

Tras la máscara, los ojos de él la recorrieron a conciencia. Como si la estuviese memorizando. Levantó la mano casi de forma involuntaria y luego la dejó caer cerrándola en un puño.

—Yo estoy absolutamente a favor de ese vestido, Pecas. —La voz de él sonaba grave, rasposa.

—Lo ha escogido Cordelia —dijo ella sintiendo la absurda necesidad de justificarse.

—Definitivamente, me cae bien Cordelia —contestó Aren con los ojos en llamas.

Wynd se miró los pies descalzos. No se sentía ella misma con esa ropa. No era capaz de mantener sus escudos en alto, y una repentina timidez la abrazó.

—Siento... —Se mordió el labio—. Siento lo que dije en el taller de costura. Es cierto que no te conozco, así que no debería hacer suposiciones sobre ti —dijo sin mirarlo.

A Aren se le encogió el corazón. Había un toque de frialdad en esas palabras. Una distancia que no había esperado encontrar y que le escoció. No lo conocía, no, pero tampoco sonaba como si quisiese hacerlo. Solo había resignación y aceptación. Y aquello le dolió más que sus anteriores palabras. Prefería que Wynd se interesase por él, aunque fuese de manera errónea, a que se apartase.

—Pecas, yo... Mírame —le pidió.

Ella levantó la cabeza. Sus ojos grises chocaron con los de él, y la sensación fue tan sobrecogedora que Aren se tambaleó sobre los talones.

Ella siempre era más de lo que él esperaba.

—Ojalá... —comenzó Aren. Tragó para deshacer el nudo de su garganta—. Ojalá pudieras verme y me dejaras verte, porque yo...

El sonido de un cuerno lo interrumpió y Herice y Phern aparecieron en el centro del pequeño claro. Ella era un tigre y él alguna otra clase de felino que no supo reconocer.

—Preparaos —anunció Herice.

Wynd se sacudió el nerviosismo mientras notaba la mirada preocupada de Aren sobre su piel. Fue hasta Cordelia y Blue, y se situó a su lado.

Los sidh se movieron formando una espiral dentro de otra. Se tomaron las manos los unos a los otros. A Wynd le temblaron ligeramente los brazos. Podía sentir la energía mágica fluyendo de unos a otros, como una corriente eléctrica.

—*Faelti Kaebhar. Urma dortadh.*

El techo se abrió por la mitad en ese momento. La bóveda mágica dejó que el verdadero cielo se abriera paso en la

sala. Una luna enorme, blanca y resplandeciente lo bañó todo.

Cordelia tiró de su mano cuando se movió hacia delante siguiendo la corriente, y Wynd la siguió dejándose llevar. Las dos líneas de espirales comenzaron a girar cada una en una dirección, entrelazándose. Rápido. Más rápido cada vez. Hasta que sus pies casi no tocaban el suelo, solo flotaban por encima de él.

—*Faelti Kaebhar. Urma dortadh.*

Los sidh levantaron la cara hacia la luna...

Y entonces, lo sintió por todo el cuerpo. Un chispazo eléctrico que casi la partió por la mitad. Estiró sus músculos, presionó sus huesos, le quemó la piel. Los ojos se le pusieron en blanco.

Quiso parar de moverse y salir de ese círculo, pero su cuerpo no le respondía. Seguía moviéndose, corriendo, girando.

—*Faelti Kaebhar. Urma dortadh.*

Apretó los dientes, consciente de que iba a gritar de dolor. Los anillos relucían en sus dedos, calientes como acero líquido. Percibió la cuerda dentro de su pecho deshilachándose. Varias hebras se partieron mientras su espalda se arqueaba.

Giraron más y más rápido. El mundo era un borrón de colores estirándose.

—*Faelti Kaebhar. Urma dortadh.*

Su cuerpo de humana no iba a resistir esa cantidad de magia. La consumiría.

Los sidh se soltaron las manos. La magia flotaba en la espiral en la que la habían atrapado. Sus auras brillaban con

tanta fuerza que a Wynd le dolían los ojos. Algunos se retorcieron al sentir la energía llenando sus cuerpos. Otros gimieron, chillaron, se rieron.

Y ella por fin pudo dejar escapar el grito de dolor que estaba reprimiendo y cayó de rodillas al suelo. La espiral se deshizo y una música instrumental y acelerada comenzó a sonar. Música de hadas.

Wynd estaba mareada. Desconcertada. Parpadeó rápido para enfocar. Su mente se movía despacio, luchando contra una fuerza invisible. Todos sus pensamientos parecían pastosos. El cuerpo le pesaba y a la vez era liviano.

Cordelia tiró de ella hacia arriba. Su rostro estaba desfigurado. Tenía una boca enorme y unos ojos animales, salvajes.

Wynd se asustó.

—Vamos, baila —la instó en una voz distorsionada, lenta y veloz al mismo tiempo—. ¿No es la mejor sensación del Universo?

Wynd se sacudió. Sentía mucho calor. Tenía el cuerpo húmedo. Ardía.

¿Dónde estaba? ¿Qué estaba pasando?

Blue se acercó a ella. Las franjas luminosas de sus ojos brillaban más que nunca. Parecía un pez.

—Chica fría —le oyó decir en un tono distorsionado.

Wynd se echó hacia atrás asustada. Mirase donde mirase, solo veía animales. Animales que se sacudían al ritmo de una música frenética, imparable. Su corazón martilleaba a la misma velocidad. Y sentía la necesidad de moverse siguiendo la melodía.

Alguien chocó con ella. Una serpiente de ojos ambarinos. Su lengua bífida salió sinuosa cuando habló, y Wynd trastabilló alejándose.

Aullidos, gemidos, risas, maullidos, el bosque estaba lleno de todo tipo de sonidos desconcertantes.

—¡Que comience el banquete de Kaebhar!

Los animales se arremolinaban entre ellos. Abrían sus bocas enormes y devoraban a otros. El corazón le latía en las sienes. Se llevó una mano al pecho. Tenía la piel húmeda, pegajosa.

No podía respirar. Se quemaba.

—¡Wynd!

Giró la cabeza.

—¡Wynd!

—¡Wynd! ¡Wynd!

Su nombre rebotaba por todas partes. Chocó con la rama de un árbol y se alejó a toda prisa.

¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar?

Apartó la maleza: hojas, ramas, enredaderas que se cruzaban en su camino. El vestido flotaba detrás de ella enganchándose y desgarrándose ligeramente.

¿Dónde estaba la salida?

Frenó al cruzarse con un lago. El cuerpo le ardía febril. La piel le quemaba y la sangre le bullía en las venas. El agua se presentó frente a sus ojos como un oasis. Nieve en el infierno.

Se inclinó ligeramente y vio el reflejo de un lobo blanco en la superficie oscura. Jadeó alarmada y se giró rápidamente. Alerta. No había nada, ni nadie. El corazón le latía tan deprisa que se sentía enferma.

Volvió a mirar el reflejo y se encontró de nuevo con el lobo que la miraba.

Era ella. Ella era el lobo.

Magia.

Se llevó la mano a la cara y tocó la máscara. Soltó un pequeño grito, sorprendida. «Un hechizo», pensó. Se arrancó la máscara de la cara y se metió en el agua deseando apagar el fuego que arrasaba su cuerpo.

Necesitaba enfriarse. Sus pies se hundieron y luego todo su cuerpo. El tul del vestido flotó a su alrededor. El agua la abrazó, fresca, acogedora, suave. Solo que no era agua exactamente. La textura era aceitosa, densa. Y el color era oscuro. Nunca había visto un líquido igual.

Tan opaco que no veía dónde estaba la salida. Movié los brazos y salieron pequeños destellos. Como estrellas en el firmamento. Tan bello. Se miró las manos y sacudió los dedos sintiendo el suave líquido deslizarse entre ellos.

Los ojos comenzaron a cerrársele. A lo mejor era un sueño. A lo mejor nada de aquello estaba pasando de verdad. Los animales, el bosque, el lago de noche líquida. Quizás solo tenía que dormir, cerrar los ojos y esperar a despertarse de aquella extraña pesadilla.

Dejó de mover los pies y simplemente se quedó quieta, inmóvil. Oyó el silencio. La paz.

Ah... recordaba esa sensación de paz. La había sentido antes. Pero esta vez no había dolor. Solo tanto cansancio.

Los párpados se le cerraron con un aleteo involuntario. Y antes de que la negrura se la tragase, atisbó el movimiento del agua escupiendo destellos.

Aren tiró de ella hacia fuera y la dejó sobre el lecho de hierba. Le presionó el pecho obligándola a escupir el agua que había tragado.

—Pecas —la llamó con la voz teñida de urgencia.

Cogió la máscara de lobo y se la puso.

—No puedes quitarte la máscara —susurró comprobando que nadie los había visto.

Ella abrió los ojos y tiritó. Ya no sentía que ardía. El fuego que la estaba quemando se había apagado. Se echó hacia atrás cuando se encontró con un lobo negro de ojos claros y níveos.

—Soy yo —dijo Aren poniéndole una mano en la mejilla—. Es la magia, te hace alucinar.

—Me... me estaba quemando —murmuró Wynd con una voz tan quebradiza que no reconoció como suya.

—Has estado a punto de ahogarte. Llevaba rato buscándote.

Wynd vio como la mano de Aren temblaba al igual que su pecho.

—Casi no llego a tiempo —susurró él, asustado, para sí mismo.

—Animales. Está... está todo lleno de animales. Y yo...

Parpadeó confundida. Levantó la mano. Estaba llena de destellos de varios colores. Todo su cuerpo, su vestido, su pelo.

—¿Qué es...?

—Es agua de noche. Brillaremos durante un rato, pero es inofensiva.

Aren se puso de pie y le tendió la mano. Wynd parpadeó intentando deshacerse de la bruma que le cubría los

sentidos. Sí, era cierto, el pecho de él también brillaba. Su piel dorada destellaba. Se le secó la garganta. Sus hermanos nikt eran fuertes y estaban entrenados, pero nunca había visto un pecho tan bien esculpido.

Se pasó la lengua por los labios para humedecérselos. Recorrió las líneas de sus músculos con la mirada: bajando desde la hondonada de su garganta, al valle entre sus pectorales, pasando por sus abdominales marcados y perdiéndose en la línea de sus caderas, que seguía más allá de sus pantalones de cuero. El calor abrasador de antes volvió con la misma intensidad.

—¿Estás bien? —preguntó él viendo el rubor en sus mejillas.

Wynd apartó la mirada y le tomó la mano para levantarse. Trastabilló con sus propios pies. Asintió y no dijo nada, incapaz de encontrar su propia voz.

—Tenemos que volver. No quiero que Herice o Phern noten que no estás en el banquete.

—Vale —murmuró ella.

Aren le apretó la mano. La miró fascinado. Debería ser indecente, ilegal, prohibido tener ese aspecto tan... La finísima tela se pegaba a su cuerpo a causa de la humedad. Su pelo caía hacia atrás mojado y lleno de destellos. Su piel... Parecía una jodida diosa, parecía de todo menos humana. Irreal. Su belleza era completamente irreal. Jamás había visto nada igual. Jamás se había sentido tan arrastrado por el deseo.

Le soltó la mano e inició la marcha, incapaz de soportar un segundo más el tacto de su piel sin perder la razón por completo.

Capítulo 46

La música de hadas sonaba suave y melódica e invitaba a moverse al compás. Cordelia se acercó a Wynd y entrelazó su brazo con el de ella. Sus franjas brillaban luminosas y Wynd volvió a sentirse mareada al mirarlas.

La cabeza le daba vueltas. Una sensación parecida a cuando bebía alcohol.

—¿Dónde estabas?

—Dándome un baño.

Cordelia le pasó las manos por el pelo, llenándoselas de destellos.

—Tienes que probar la perdiz con higos, está deliciosa. Y el vino rosado.

Le tendió la copa y se la acercó a la boca. Wynd tragó. El sabor era dulce y ácido. Tenía un toque a pimienta y a rosa que hizo que le picara la nariz.

—No bebas ni comas demasiado. Hay magia en ellos —le susurró Aren.

Blue se aproximó girando sobre sí mismo. Su pelo parecía flotar igual que si estuviese debajo del agua.

—Príncipe oscuro, no deberías estar aquí quieto.

—¿Ah, no? —le preguntó Aren con una media sonrisa.

—No. Es un desperdicio. Deberías estar bailando conmigo.

Blue lo cogió del brazo y tiró de él hacia el centro del claro. Las velas se habían apagado y solo la luz de la luna llena y las luciérnagas iluminaban el espacio. Aren siguió a Blue y se perdió en la masa de cuerpos animales.

Wynd parpadeó, tratando de enfocar la vista y no perder a Aren. Se miró las manos. Tenía las palmas llenas de destellos y sentía un suave hormigueo. No dejaba de ver el pecho desnudo de él. La idea de pasar los dedos por su piel la hizo tambalearse.

—¿Estás bien? —le preguntó Cordelia—. No parece que te lo estés pasando muy bien.

—Sí. Sí, estoy bien. Solo estoy un poco mareada.

—A mí también me pasa. Kaebhar es... intenso.

Cordelia no quiso mirar los ojos de Wynd, pero no pudo evitarlo. Y lo entendió. Estaba pensando en lo mucho que le afectaría a ella siendo una sidh menor. Wynd agarró la copa de vino rosado y la tomó de un trago.

—Todo está genial. Ya estoy acostumbrada al efecto de Kaebhar —dijo.

—¿Estás segura de que estás bien? Quieres que nos vaya...

—No. No. Ve a bailar. Estoy bien.

Se giró y fue hacia la mesa de la comida. No quería fastidiarle la diversión a Cordelia y no quería responder sus preguntas. Trató de recomponerse y de actuar normal. Estaba llamando demasiado la atención.

Se sentía rabiosa y enfurecida. Quería probar aquella comida de aspecto delicioso. Los sidh eran tan asquerosamente elitistas que hasta la comida la hacían solo apta para ellos. Solo una mente realmente retorcida podría

hacer algo así. De tal modo que comer aquello afectase a los humanos y los enloqueciese.

Cogió un trozo de perdiz y se lo llevó a la boca. Estaba sabroso, más que nada de lo que había probado jamás. Era dulce y salado. Era jugoso y tierno, y tenía tantos matices que su lengua se embriagó. Se sirvió una copa de aquel líquido rosado y burbujeante y se lo bebió de otro trago. Luego, cogió unos pasteles con aspecto realmente apetecible y los devoró.

Estaba siendo descuidada, pero no podía frenarse. Había algo voraz en su interior que la impulsaba a querer más y más. Estaba harta de sentirse excluida y de que trazasen una línea entre ambos mundos dejándola fuera.

Dioses, había soñado con ese momento. Lo había imaginado de una forma tan nítida y vívida que casi lo había saboreado. Cuando tenía siete años y se estaba muriendo de hambre, había suplicado, rezado, anhelado la posibilidad de conseguir cruzar las puertas de la Ciudad de los Deseos y que la dejaran comer, aunque solo fuese un mendrugo de pan.

Le picaron los ojos y sintió un pequeño nudo de congoja en el pecho. Aquel último día, mientras recorría el bosque desesperada, había pensado que era imposible, que jamás podría formar parte de ellos, que sus ojos nunca verían Oed, que aquel sueño no se haría realidad. Y ahora estaba allí. En el mismísimo Kaebhar.

«Lo conseguiste, pequeña Wynd. Lo hiciste».

—No deberías comer con tanto entusiasmo. Se notará demasiado que eres una muerta de hambre —siseó una voz a su lado.

Wynd se giró más rápido de lo que debería. Su cerebro se sacudió como unas maracas. El mundo se tambaleó y se le desenfocó. Tuvo que agarrarse a la mesa para mantener el equilibrio.

Una serpiente de color carmesí.

—¿Qué pasa, no toleras bien la magia de Kaebhar?

No, no era una serpiente, era una persona. Esas jodidas máscaras... Su pelo era tan oscuro como la noche y caía liso como tinta derramada alrededor de su rostro. No era capaz de reconocer de quién se trataba. La magia hacía que sus sentidos no funcionasen bien. La serpiente se movió a toda velocidad y le habló cerca de su oído derecho.

—No eres más que una impostora. Yo lo sé... Cyxi.

Wynd se dio la vuelta sorprendida. Notó el aguijonazo de algo en la piel de su antebrazo. Gimió de dolor.

¿Qué era? ¿Quién era?

—Eres tan ingenua. Creyendo que vas a salir viva de aquí. No sabes nada de lo que te espera.

Wynd se llevó las manos a los costados buscando a Sombra y Muerte, pero no estaban ahí. Ese jodido vestido que no la dejaba ocultar sus armas.

—Espera y verás. Llegará el día en que te diga: «Te lo advertí». Y ese día celebraré cómo todo tu mundo se viene abajo —siseó la voz a su espalda.

Wynd volvió a girar y trastabilló. El mundo se fundió a negro durante un segundo y se sintió desorientada. Dio varios pasos tratando de recuperar el equilibrio. ¿Quién había inclinado la tierra?

Trató de agarrarse a algo. ¿Por qué su cuerpo no le hacía caso? ¿Por qué parecía que el cerebro le estaba rebotando

dentro de la cabeza? ¿Dónde estaban los demás?

Se movió varios pasos atrás hasta que chocó con un pecho duro. Unas manos fuertes la sostuvieron de los brazos y la estabilizaron.

—¿Estás bien?

—No... El mundo. Todo gira y gira, y esa música... —
Frunció el ceño—. Todo me da vueltas.

—Estás empapada —susurró la voz masculina con acento musical.

La reconocía. Tuvo que esforzarse por aclarar la bruma que envolvía su mente. Era como limpiar un cristal empañado, como quitar una mancha espesa. Axel. Llevaba un traje de líneas limpias, negro brillante y sobrio. Su máscara de cuervo la asustó levemente y se echó hacia atrás.

—¿Qué te ha pasado?

—Me he... caído. —Dijo, tiritando.

El vestido le pesaba sobre el cuerpo y el pelo le goteaba sobre la espalda poniéndole la carne de gallina.

Axel le cogió la mano y la apretó ligeramente.

—Estás helada, Wynd.

—Necesito...

—Ven, deberías ir a secarte al menos. —Levantó la mirada hacia el techo—. Creo que no habrá problema por que salgamos. Lo que sigue es solo fiesta.

Axel tiró de su mano para hacerla caminar. Ella se resistió un momento mientras levantaba la cabeza para mirar por encima de su hombro.

Aren. ¿Dónde estaba?

—¿Buscas a Cordelia? —le preguntó Axel.

—No, yo...

La mano de Axel subió por su brazo en una caricia suave hasta su hombro. No podía ver bien su expresión por culpa de la máscara. Sus ojos eran cálidos, pero le costaba adivinar qué estaba pensando.

—Parece que te cuesta mantener el equilibrio —explicó él como si le hubiese leído la mente.

—Eh, ¿qué haces? —dijo una voz grave a su espalda.

Sintió el tacto de sus dedos en la parte posterior del cuello y se estremeció. Wynd inclinó la cabeza hacia atrás y se encontró con la imponente figura de Aren. La cogió del codo y tiró levemente de ella hasta que la mano de Axel cayó de su brazo.

La boca del rubio se curvó en una sonrisa cortés.

—¿Qué te pasa, Aren?

—Nada... ¿Y a ti? ¿Qué narices quieres?

—Los celos no te sientan nada bien —murmuró Axel.

Aren sonrió mostrando sus dientes y fue más una mueca terrorífica y amenazadora que otra cosa.

—Quizás deberías callarte.

Wynd se esforzó por seguir su conversación, pero le costaba mantenerse concentrada.

Se giró y se puso de puntillas para acercarse al oído de Aren, que se quedó rígido cuando sintió la cercanía de ella. El leve roce de su cuerpo contra el suyo. No se movió ni un milímetro.

—Necesito salir de aquí —le susurró bajito junto a la piel de su oreja.

Él cerró los ojos un momento. Le rodeó la cintura apretándola contra su cuerpo. Fue un movimiento

involuntario. Pero ella no se apartó.

Axel los observó con avidez. Y Aren la soltó.

Y miró el claro. Herice había desaparecido y Phern estaba junto a una de las mesas, bebiendo con gesto distraído y perezoso.

—Vamos.

La cogió de la mano y le hizo un gesto a Axel a modo de despedida.

—Gracias —le susurró ella, y luego le dedicó una sonrisa tímida a Axel.

No quería que nadie la viera así, les sería demasiado sencillo adivinar que la magia le había afectado por su falta de sangre sidh. Podrían ver su punto débil. Y se encontraba demasiado vulnerable para sentirse cómoda con nadie. No se quitaba de la cabeza la serpiente y sus palabras. Cualquiera podría haberle hecho daño en esas condiciones.

Pero confiaba en Aren. Él sabía su secreto, con él no tenía que esconderse ni fingir. Estaba cansada de hacerlo, no tenía energía para más. Se sentía demasiado sola entre todos aquellos desconocidos, incluso con Cordelia y Blue. No era ella misma con nadie y se sentía agotada. Deseaba desprenderse de todas aquellas capas y capas de mentiras.

«Ojalá me dejaras verte», le había dicho él al principio de la noche. Y eso era justo lo que ella quería, quería que alguien la viera tal y como era. Llevaba tanto tiempo sin mostrarse a sí misma para nadie que a veces se sentía invisible, hueca.

Cruzaron el pequeño bosque hacia la puerta de salida. El camino de vuelta estaba iluminado por antorchas.

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos de la sala y fuera de la vista de cualquiera, Aren le puso la mano en la frente.

—Estás ardiendo, Wynd. ¿Has comido algo?

—Sí... claro. Odio... —Le tembló la voz—. Odio la forma que tienen de apartarnos. Los he visto tantas veces. Los carros llenos de comida yendo hacia la ciudad, preparados para la fiesta. Y nosotros no teníamos nada. Y yo soñaba con ello. —Cerró los ojos—. Con cruzar esas puertas, con unirme. Lo imaginaba una y otra vez. ¿Cómo sería mi vida si hubiese nacido al otro lado del muro, si mi sangre fuese distinta, si mis ojos fueran distintos? Y ahora... ¿No es lo más retorcido que has visto nunca? Incluso aunque haya conseguido entrar, no puedo ser como vosotros.

Su voz sonó estrangulada. Los ojos se le empañaron, pero las lágrimas no salieron. Tembló.

Los ojos de Aren llamearon.

—Ven conmigo.

—¿Adónde?

—A tu habitación o a la mía, a cualquier lugar donde no te vean así. —Miró a los lados—. Llamas demasiado la atención.

Wynd recordó las palabras de la serpiente.

—Alguien... alguien se ha dado cuenta. Me... dijo algo. Alguien lo sospecha.

Se le doblaron ligeramente las rodillas al dar el siguiente paso, y Aren la sujetó.

—Vamos a tu habitación. No quiero que Blue y Cordelia me hagan preguntas —murmuró Wynd.

—Vale. No creo que Axel aparezca... A no ser que quiera fastidiar. Pero puedo encargarme de él.

Wynd soltó una risita tonta.

—¿De verdad te acabas de reír de eso? —preguntó Aren con humor mientras subían la escalera.

Wynd se tapó la boca.

—Sí. Has sonado como un matón.

—Es que soy un matón —dijo él en voz baja mientras sonreía ampliamente—. Yo que tú tendrías cuidado, Pecas.

—No me das ni una pizca de miedo —respondió ella con otra risita.

Aren negó.

—Si no supiera que es por la magia, pensaría que estás completamente borracha. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —preguntó ella inclinándose desde uno de los escalones superiores en un equilibrio precario.

Aren le sostuvo el rostro con ambas manos y la miró a los ojos deleitándose en la cercanía de ella. Embebeciéndose en ella.

—Que borracha o no, me encantas, Pecas.

Capítulo 47

Wynd comenzó a quitarse el vestido de tul, que seguía empapado. Deshizo los lazos y desató los cordeles que lo sujetaban. La tela se deslizó hasta sus rodillas, y se tropezó con ella al sacar las piernas.

Tuvo que agarrarse a la cama. La cabeza le daba vueltas, pero se sentía ligera como una pluma.

Aren se quitó la chaqueta que también tenía mojada y la tiró al suelo.

—Mmm... Pecas. No es que tenga nada en contra de que te desnudes, pero...

Wynd se giró hacia él. Solo tenía puesto aquel *body* rígido que la cubría un poco más que la ropa interior.

—Oh, vamos. Como si no hubieses visto a cientos de chicas desnudas ya.

Aren se atragantó con una risa o una tos.

—¿Cientos? Me halagas.

Dio unos pasos torpes hacia ella. Él, que jamás hacía un movimiento equivocado.

—Y no estoy desnuda. Solo necesito que me dejes algo...

Aren estiró la mano, le quitó la máscara de loba y luego se quitó la suya propia. Por fin podían mirarse de verdad.

—A lo mejor no es buena idea que estés aquí —murmuró acariciándole la piel suave de su pómulo, siguiendo con el

pulgar la línea de sus pecas.

Ella inclinó el rostro hacia su mano. Y el movimiento fue tan suave y delicado que el pecho de Aren se apretó lleno de ternura.

—¿Por qué? —susurró ella.

—Porque quiero evitar decepcionarte.

Wynd parpadeó confusa con su respuesta. Estaba demasiado mareada para encontrarle un significado claro a sus palabras.

Aren estaba tan cerca que notaba el calor de su piel. Su olor la envolvía. Tenía todos sus sentidos embriagados de él. Y un miedo nuevo y desconocido la sobrecogió. Estiró la mano y la posó sobre su piel desnuda. Podía sentir el latido de su corazón desbocado.

—Ahora entiendo por qué Blue se refiere a ti como el príncipe oscuro.

Aren enarcó una ceja y su boca se curvó ligeramente. Wynd quiso pasar los dedos por aquella sonrisa ladeada. Se clavó las uñas en la palma al cerrar los puños con fuerza.

—¿Ah, sí? ¿Por qué? —Su voz sonaba ronca.

El sonido le raspó la piel, erizándosela, y tuvo que cerrar los ojos. Ningún sonido en el mundo era capaz de hacerla sentir así. La boca de Wynd se entreabrió y soltó un pequeño suspiro.

—Porque... porque cuando estoy contigo deseo que me consuma la oscuridad.

El cuerpo entero de Aren se congeló. El aire se le atascó en los pulmones.

—Pecas, abre los ojos.

Wynd parpadeó ligeramente y lo miró. Sus pupilas estaban tan dilatadas que casi no le quedaba azul a sus iris. Las franjas de luz brillaban con la intensidad del mismísimo sol. Había algo salvaje en él.

Se inclinó hacia ella hasta pegar su frente con la suya. La habitación estaba en penumbra, iluminada por la luz del cielo mágico que se reflejaba en la ventana. Miles de pequeñas luces titilando como cristales.

—Tienes que dejar de... decir y de hacer cosas que me hagan querer besarte. —Su voz sonó más grave, más cruda, más profunda.

Había algo frenético en sus ojos.

Wynd se mordió el labio inferior. Aquella era una línea que no podía cruzar. No debía, pero... Jamás había deseado algo con tanta fiereza. Era casi tangible.

—Entonces tú... no deberías... —Se inclinó hacia él hasta apoyar la cabeza en el hueco de su hombro.

Sabía que debería apartarse, que debería resistirse a aquel sentimiento. Pero no era capaz. Su cuerpo, su mente, todo estaba lleno de él. Su proximidad la envolvía y no... no podía luchar contra aquello.

—¿No debería qué? —le susurró Aren acariciándole la piel del brazo.

—No deberías hablarme así —murmuró ella contra su piel desnuda.

Aren echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos con fuerza al sentir su aliento acariciándole la piel desnuda. Estaba seguro de que bajaría a los avernos por aquello.

—Pecas, eres la criatura más hermosa que he visto jamás. Y lo que siento por ti me consume como la noche al día.

Pero... y aunque sé que me arrepentiré de esto... —Le puso las manos en los hombros y la apartó ligeramente—. No estás pensando con claridad.

Ella tiritó y se abrazó. Sintió un pequeño pinchazo de soledad cuando Aren se separó de ella. Como si le hubiesen arrancado una parte.

Él fue hacia el armario y sacó un grueso jersey de suave lana *beige* que le tendió. Wynd creía recordar que en su armario también había algunos de esos. *Beige*. Detestaba ese color.

—Póntelo. Creo que tienes fiebre.

Wynd lo cogió con manos temblorosas y se lo puso. Era cálido y confortable, y la hizo sentir mejor.

—Creo que en el cuarto de baño hay uno de esos frasquitos...

Y dicho esto, Aren fue hacia el baño a toda prisa. Ella se dejó caer en la cama sintiendo que el cuerpo le pesaba toneladas. Temblaba y le faltaba el aliento.

Aren cerró la puerta del baño y apoyó la frente contra los azulejos frescos. Había huido como un cobarde, pero si no hubiese puesto distancia entre ellos... Se pasó las manos por el pelo. Había dicho más de lo que quería. Más de lo que debería. En algún momento aquello había comenzado a írsele de las manos. Pero lo que sentía por ella... Jamás había experimentado esa clase de anhelo, de ansia, de deseo.

Abrió el botiquín y cogió un pequeño vial de medicina.

Wynd estaba tumbada en su cama hecha un ovillo. El largo pelo blanco esparcido por el colchón, sus brazos

envolviéndose a sí misma y las piernas encogidas. Tenía los ojos cerrados y su pecho subía pesadamente.

No, no había mentido. Ella era lo más hermoso que había visto jamás.

«Decepcionas a todos los que están a tu alrededor». Las palabras de Axel lo sacudieron ligeramente. Eran las mismas palabras que su padre le había repetido una y otra vez a lo largo de su vida, la misma expresión que había visto en los ojos de Axel acompañada de odio. Y estaba seguro de que pronto la vería en sus ojos.

Se sentó al lado de ella y le pasó la mano por la curva de su mejilla. Subió hasta la frente. Tenía la piel ardiendo. Sus ojos se sacudieron abriéndose ligeramente.

—Tienes que tomarte esto, Pecas —le susurró él, bajito.

Los hombros de Wynd temblaron y la piel expuesta de sus piernas se erizó.

—Tu voz es mi sonido favorito en el mundo —murmuró ella con un hilo de voz—. Me provoca escalofríos.

Aren apretó la mandíbula. Una parte de él deseó que fuese cierto, otra quiso que fuese un efecto de la fiebre y la magia en su cuerpo. ¿Se acordaría Wynd al día siguiente de lo que había ocurrido?, ¿de lo que se habían dicho el uno al otro?

Abrió el vial y se lo colocó en los labios a Wynd. Ella se incorporó ligeramente y se lo tragó.

—Estoy... muy cansada

—Lo sé. Es por la magia, asimilarla ha consumido toda tu energía.

Aren cogió la colcha y la tapó con cuidado. Wynd sintió como la cama, confortable y acogedora, la abrazaba y

tiraba de ella hacia abajo. El sopor la vencía. Y temió por un momento cerrar los ojos y perderse en la inconsciencia. Temió que al despertarse todo aquello no fuese más que un sueño. Estiró la mano izquierda y entrelazó los dedos con los de él.

No quería perderse en el sueño sola. Quería sentir que tenía a alguien a su lado, alguien que la acompañase en la oscuridad. Anhelaba sentir que había alguien ahí para ella y quizás eso hiciese que el mundo fuese menos hostil. Al menos por una noche.

—Te prometo que te besaré pronto, Pecas... O moriré. —
Creyó oír decir a Aren, pero quizás lo había soñado.

Esperó a Axel en la puerta de la habitación, porque sabía que vendría. No iba a desaprovechar su oportunidad para husmear y meter las narices en lo que hacía. No tardó demasiado en aparecer. Y en cuanto lo vio esperándolo fuera, su boca se curvó en una sonrisa petulante.

A veces deseaba matarlo.

—Está ahí, ¿verdad? —susurró Axel mientras se cruzaba de brazos.

—Puedes ir a dormir a la biblioteca. ¿No te pasas la mitad del tiempo allí?

—¿Por qué debería?

Aren apretó la mandíbula.

Axel sonrió.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Quién es?

—¿Quién es qué? —preguntó Aren, evasivo.

—La persona que te está ayudando a comunicarte con tu padre —aclaró el rubio. Aren sacudió la cabeza, exasperado. Cómo no, el jodido Axel y su suspicacia—. Como te dije, no es que estés disimulando muy bien.

—Eso es asunto mío. No veo por qué te importa.

Axel enarcó una ceja y habló en susurros.

—¿No lo ves? Porque yo creo que es obvio. Por supuesto que me interesa saber si tenemos un traidor en los rhydra.

—Oh, por favor, no puedes dejar de ser el niño de mamá ni un segundo, ¿verdad? Piensa lo que quieras, pero no voy a decirte nada. Además, ¿qué te creías, que el Deirnas no iba a encontrar el modo de comunicarse conmigo aquí dentro? No eres tan ingenuo como para pensar eso.

—No, no lo soy.

Aren se pasó las manos por el pelo. Solo deseaba que Wynd no se hubiese despertado.

—Está bien, disfruta de lo que sea que estés haciendo. Pero deberías tener cuidado.

—Hablas como si fuese la primera vez que me enrollo con una chica...

Axel sonrió, y fue una de esas muecas que a Aren le ponían los pelos de punta.

—Los dos sabemos que no es eso. Al menos admitámoslo.

Se estaba girando para marcharse cuando, de pronto, se quedó inmóvil. Sus hombros se tensaron y se giró hacia Aren de nuevo. Los ojos se le llenaron de comprensión, como si en su mente acabase de encajar dos piezas.

—Era por ella... —murmuró.

—¿Qué? —inquirió Aren.

—La ventaja para la siguiente prueba. Era por ella.

Capítulo 48

Wynd abrió los ojos. Gimió. La cabeza le latía. Sentía el cuerpo de goma y entumecido. Buscó a Sombra bajo la almohada, pero no la encontró. Se incorporó como un resorte y el mundo le dio vueltas alrededor.

Por un momento, se desorientó. Aquella no era su habitación y tampoco la biblioteca. Oyó el suave murmullo de una respiración. Aren estaba tumbado en la cama del otro lado. Sus bucles negros cayéndole por la frente y tapándole los ojos. Parecía mucho más joven así.

El corazón le bombeó deprisa mientras pequeños fogonazos de la noche anterior la sacudían. Kaebhar. Las máscaras. Animales por todas partes. Una loba blanca y un lobo negro. Una serpiente. Y un cuervo. Recordaba un lago, un lago que era noche líquida. Se presionó las sienes mientras se esforzaba por desentrañar la maraña de recuerdos y la bruma de su mente.

La magia había entrado en su cuerpo y ella creía que la iba a quemar de dentro hacia fuera, que la partiría por la mitad. ¿En qué momento había salido de la fiesta? ¿Y cómo? Giró la cabeza. Bueno, el cómo lo sabía, o más bien el con quién.

¿Por qué estaban en la habitación de él? Se miró. El vestido de tul había desaparecido y solo tenía el cuerpo

rígido encorsetado y un jersey. Se bajó de la cama a toda prisa. El pánico la presionaba en el pecho.

¿Qué le habría dicho? No lo recordaba. No recordaba nada. Sí, recordaba el sabor de algo maravilloso. ¿Había comido y bebido? Lo había hecho, porque una vez dio el primer bocado no pudo parar.

«No eres más que una impostora. Yo lo sé». Esas palabras siseadas acudieron a su mente. La serpiente, ella se las había dicho. Mierda, se había expuesto demasiado. ¿Por eso la había sacado Aren de allí? ¿Estaba tan mal que no había podido ir a su habitación?

Se pasó las manos por el pelo enredado. ¿Y si... y si le había dicho algo que no debía? ¿Cuántos límites había traspasado la noche anterior? Tenía que salir de allí. Sintió una horrible presión en el pecho. Culpabilidad.

Estaba caminando al filo de algo muy peligroso, ya se lo habían advertido. Conocía las consecuencias demasiado bien para jugársela. O al menos así debería haber sido.

Los ojos de Nana presionaron dentro de su mente.

«Lealtad, Wynd».

«Eres mi flecha».

Estaba fallándole. El pánico y el miedo la ahogaron. Recorrió el espacio hasta la puerta, sigilosa y a toda prisa. Cerró con cuidado, tratando de no despertar a Aren, y huyó como un murciélago de la luz del sol, hacia su habitación.

¿Cómo iba a enfrentarse ahora a él? ¿Con qué cara iba a mirarlo? Prefería enfrentarse a un devorador de almas. Prefería pasar otra noche entera en el bosque de sombras o en los Páramos. No, de hecho, prefería luchar mil batallas a

muerte en la plataforma a tener que enfrentarse a las consecuencias de la noche anterior.

Era por culpa de esos malditos sentimientos, de esas ideas estúpidas que Cordelia y Blue le habían metido en la cabeza. Esas pruebas no solo estaban probándola en lo físico, sino también en lo mental. Ella jamás... jamás se había sentido así. Jamás había perdido la razón de esa forma.

Abrió la puerta de su habitación y entró cerrando a toda velocidad, como si el mismísimo averno la persiguiese para llevársela. Respiró pesadamente y se apoyó contra la puerta. Blue y Cordelia la observaron confusos y divertidos.

—Bueno, bueno. Mira quién aparece —empezó Blue—. No te vamos a preguntar dónde has pasado la noche, porque es obvio.

Los ojos de Cordelia desprendían destellos de emoción. Oleadas de vergüenza y arrepentimiento sacudieron a Wynd. Debía de haberse vuelto loca del todo a causa de la magia. Ella jamás... Ella nunca habría cometido un error así.

—¿Podemos chillar ya o no?! —gritó Blue saltando de la cama.

Wynd cerró los ojos con fuerza. Sí, exactamente esa era su versión del averno.

—¡Has pasado la noche con el príncipe oscuro! OH, DIOSES. Tienes que contárnoslo todo.

—No, no es así —murmuró ella.

—Solo por mencionarlo: vienes sin tu vestido y con un jersey que claramente no es tuyo —comentó Cordelia con una sonrisa divertida en los labios.

Wynd gruñó y gimió al mismo tiempo. Fue hacia el cuarto de baño y cerró la puerta con fuerza. Se quitó el jersey enfadada, pero justo cuando estaba a punto de tirarlo al suelo se frenó. Lo dobló cuidadosamente y lo dejó sobre la pequeña cómoda.

—No es justo. No puedes esconderte. Esto le quita toda la diversión al asunto —comentó Blue desde la puerta.

—Esto no es nada divertido —masculló Wynd, furiosa.

—Pero ¿estás bien? —preguntó Cordelia preocupada—. ¿Ha pasado algo...?

A Wynd el tono de su amiga la pilló desprevenida y con la guardia baja. Casi nadie se asustaba o temía por ella. Era una guerrera, todos daban por hecho que el miedo no formaba parte de su sistema, que no podían hacerle daño o que si ese era el caso ella sabría manejarlo. Así que sí, llevaba mucho tiempo, mucho, sin sentir ese cariño único y reconfortante que hay en que alguien se preocupe de verdad por ti.

Parpadeó. Y cogió aire de forma entrecortada. Abrió la puerta despacio y les dejó entrar.

—Estoy bien. No ha pasado nada... —La cara le brillaba roja.

Se mordió la lengua. Bueno, no estaba segura al cien por cien de que no hubiese pasado nada. No lo recordaba. Su mente era una maraña confusa. Las imágenes estaban borrosas, demasiado brillantes en ocasiones y otras, apagadas, desdibujadas. Se le puso la piel de gallina. Había sensaciones, emociones que la hacían estremecerse, pero no recordaba por qué ni de dónde venían.

—Por favor, por favor, por favor..., dime que os besasteis al menos. Quiero vivir a través de ti, aunque sea un poquito —lloriqueó Blue sentándose en el inodoro.

Cordelia le hizo un gesto en silencio para que se callase, porque Wynd parecía a punto de desmayarse, echarse a llorar o matar a todo el mundo que se cruzase en su camino.

—No... no lo sé. —Se llevó las manos a la cabeza—. No me acuerdo. No me acuerdo de nada. —Su voz se tiñó de frustración.

—Pues eso es una faena. Imagínate besar al príncipe oscuro y no acordarte, vaya desperdicio.

Wynd levantó la cabeza y lo fulminó con la mirada. Blue se encogió un poco al ver la frialdad asesina de sus ojos.

Cordelia se sentó en el borde de la bañera, al lado de Wynd, y le pasó una mano por el pelo con suavidad. La nikt se tensó al principio, pero poco a poco fue relajándose, aceptando el contacto de su amiga.

—No te preocupes. Puedes ir a hablar con él y preguntarle.

—No sé si quiero saber lo que pasó. Quizás sea mejor que me haya olvidado. Quizás mi cerebro lo ha bloqueado por alguna razón.

—No, no es verdad. Siempre es mejor saber la verdad.

—¿En serio? —preguntó Blue repentinamente reflexivo—. La verdad a veces hace mucho daño. Y suele tener muchas caras, no hay siempre una única verdad. Yo hay cosas que preferiría ignorar si eso me va a hacer más feliz.

Wynd giró el rostro hacia él y lo observó. Había un brillo sincero en sus ojos. Un matiz en su voz que le hacía pensar que había algo detrás de aquella declaración. ¿Estaba

hablando de sí mismo o de ella? ¿Sospecharía que les estaba mintiendo?

Blue tenía razón. Las mentiras a veces son preferibles a la verdad. Hay verdades que duelen y destruyen, y mentiras que reconfortan. Ella misma era el ejemplo de ello. No es que no les tuviese... aprecio a Cordelia y a Blue, pero no podía ser sincera con ellos, y cuando conociesen la verdad sobre ella, la odiarían. Y todo lo demás no importaría, porque, aunque les estaba mintiendo, lo que sentía por ellos era verdad; pero no lo creerían, y eso les haría daño. Así que sí: en cierto modo, la mentira era mejor que la verdad.

—¿De verdad prefieres no saber lo que pasó anoche entre vosotros? ¿Y si Aren espera que lo recuerdes?

—Hay límites que no puedo..., que no debo traspasar. Ojalá pudiese explicároslo mejor. Pero vais a tener que confiar en mi palabra cuando digo que ese es un camino que no me puedo permitir tomar. No sé lo que Aren espera, pero... es mejor que sea lo que sea lo que pasó anoche quede en el olvido.

Se hizo el silencio en el cuarto de baño. Los tres se perdieron en todo a lo que habían decidido renunciar por unirse a las pruebas y en la clase de cosas que estarían dispuestos a hacer y a no hacer para conseguir sus objetivos.

Incluso aunque tuviesen que renunciar a algo que amaban.

Wynd evitó encontrarse con Aren y prácticamente con todos. Casi no apareció por el comedor ni por la biblioteca,

por si acaso Axel se había enterado del asunto. Iba a la sala de entrenamiento a practicar con sus dagas mientras la tensión por la siguiente prueba crecía y crecía.

Blue y Cordelia no volvieron a mencionar el tema. Aunque de vez en cuando captaba sus miradas llenas de preguntas no hechas. Puede que se estuviese comportando como una cobarde. Puede que lo más sensato fuese aclarar las cosas y seguir con su entrenamiento, pero... había algo más ahí. Un miedo nuevo: el de la posibilidad y el deseo.

En algunos momentos, se encontraba fantaseando con la idea de lo que podría haber ocurrido. Bajaba la guardia y permitía que su cerebro recorriese esos caminos. Caminos de posibilidades que nunca antes había tenido, que nunca había anhelado tener. Y eso le hacía daño, y era un dolor nuevo. Antes no le importaba, antes ni siquiera lo había considerado una pérdida o una restricción, pero ahora sí. Ahora sabía que aquello era algo que jamás experimentaría, pero que una parte de ella sí deseaba. Y esa verdad la aplastaba.

Al igual que la aplastaba y la enfadaba encontrarse deseando esa clase de cosas. Él la hacía débil, como Nana le había explicado. Y aquello era más peligroso que cualquier otra cosa. Más que la magia incluso. Aren se estaba colando en su sistema. En su cabeza. Y eso podía costarle muy muy caro.

Capítulo 49

La luz del atardecer entraba por el enorme ventanal de la biblioteca mientras Wynd hojeaba unos enormes tomos escritos en una lengua que no conocía. Dos elaboradas figuras de buitres antropomorfos sentados en tronos decoraban las esquinas de la página.

—No te tenía por una persona curiosa —la saludó Lebhar saliendo de la nada.

—Bueno, esto estaba aquí abierto. No es que tenga un cartel de «Prohibido mirar».

Había vagado hacia la biblioteca después de días de no aparecer por allí. La echaba de menos y necesitaba la soledad y la tranquilidad reconfortante del lugar. Aun así, no se había atrevido a ir hacia la zona del sofá, por si Axel estaba por allí.

Pasó los dedos por la página. Las letras parecían escritas a presión, como grabadas en el papel.

—No sabes lo que dice —afirmó Lebhar.

—No. Ni siquiera conozco qué lengua es.

—Es feérico antiguo.

Wynd pasó la página. En la siguiente había un diseño de espirales que se encajaban unas en otras formando un complicado dibujo. La pintura parecía sobresalir de la página

como si estuviese hecha en tres dimensiones. El centro del dibujo caía hacia abajo como un embudo.

—¿Qué es? —preguntó.

—No puedo decírtelo.

—Parece un... laberinto —murmuró ella.

Siguió las líneas con la punta del dedo. Había anotaciones en distintos puntos, como si explicasen su funcionamiento o sus partes. Pasó a la siguiente página sintiendo el peso de la mirada de Lebhar en sus hombros.

La figura femenina de una *faerie* estaba en el centro de lo que parecía un mar de fuego, solo que no era fuego. Era líquido, por lo que mostraba el dibujo. A ambos lados había salientes, pero ella estaba atrapada. En la parte inferior de la hoja, había un largo texto y unas palabras escritas en dorado.

—Deberías aprender a ver más allá. No te guíes por esto.

—Lebhar levantó la mano hacia sus ojos. Sus dedos eran largos, más de lo normal, y delgados. Por suerte, los tenía cubiertos por unos guantes—. Ni te dejes engañar por esto.

—Subió la mano hacia su cabeza. Wynd se estremeció—. Hazle caso solo a esto. —Apuntó a su pecho—. Si consigues oír la voz que hay detrás de todo el ruido de ahí arriba —miró su cabeza de nuevo—, y eres lo suficientemente valiente e inteligente para distinguirla y prestarle atención, solo entonces serás digna.

Wynd frunció el ceño, pero antes de que le diese tiempo a añadir algo, Lebhar se marchó desvaneciéndose en las sombras.

—Gracias por el consejo —musitó sabiendo que la oiría.

Volvió a mirar la página abierta, a la *faerie* atrapada en mitad de aquel mar de fuego líquido, demasiado lejos de los dos salientes para saltar. Pasó los dedos por el relieve del dibujo. Hubo algo en aquella imagen que se le quedó grabado. «Sin escapatoria».

Finalmente, y tras unos segundos de duda, decidió ir a su pequeño escondite. Siempre podía largarse si Axel estaba allí. No es que no pudiese esquivar sus preguntas, es que simplemente no estaba preparada para oírlas. No quería que nadie se las formulase, porque, de ese modo, era como si no hubiese ocurrido.

Llevaba casi cuatro días evitando a Aren. No había sido fácil. No porque él estuviese en todas partes, sino porque una parte dentro de ella tiraba irremediablemente hacia él. Cada vez que su nombre le venía a la mente, sentía un agujero en el pecho, y esa sensación la ahogaba.

Pasó las manos por los tomos del pasillo dejando la marca de sus dedos en los lomos polvorientos. Ojalá pudiese entender lo que había allí escrito. El valor de las palabras. Ojalá tuviese la capacidad de comprender más allá de lo que veían sus ojos. ¿Era a eso a lo que se refería Lebhar? Pero a ella no la habían criado para cuestionarse nada.

Su vida tenía un precio y lo pagaba con gusto. O así había sido hasta...

Aren estaba sentado en el sofá de terciopelo. Los brazos cruzados en el pecho. Las piernas estiradas apoyadas en la mesita de café. Y los ojos clavados en ella.

A Wynd se le quedó el aire atascado en los pulmones. No era más que una pequeña liebre descubierta en su madriguera por el cazador. Se llevó la mano a la mejilla.

Notó el fogonazo de un recuerdo, algo tan intenso que la hizo sentir un hormigueo en la piel. ¿Él la había acariciado ahí? La imagen de estrellas brillando con intensidad le quemó en las retinas.

—Te he estado buscando —dijo Aren con dureza.

Wynd, que se había frenado en seco al verlo, dio un paso atrás. Tardaría menos de un minuto en llegar corriendo a máxima velocidad a la puerta de la biblioteca. Y de ahí tres por el pasillo hasta las escaleras y otros tres hasta su habitación.

Aren leyó en su expresión de pánico que pensaba salir huyendo.

—Pecas... —la llamó, y la voz se le quebró como una rama seca.

Wynd dudó un segundo al ver el ceño fruncido y el dolor en los ojos de él. Pero era mejor así, mejor ahora, antes de que el daño fuese demasiado grande, antes de que las cosas se complicaran aún más.

Se dio la vuelta girando sobre su eje a toda velocidad. Sus largas trenzas se sacudieron en el aire como látigos y sus botas se pegaron al suelo impulsándola hacia delante.

—Si eso es lo que quieres —comentó Aren con rabia.

Wynd no lo vio, pero sintió el cambio en el aire y el sonido de las patas del sofá al moverse. Había salido corriendo tras ella.

El camino más rápido hacia la puerta era en línea recta por donde había venido, pero también el más obvio. Aren no había estado allí tantas veces como ella. Giró veloz hacia la derecha sumergiéndose en los pasillos más estrechos y abarrotados, donde la luz penetraba menos.

Izquierda. Solo oía los latidos de su corazón.

Estaba siendo una jodida cobarde, pero no quería enfrentarse a eso. No estaba preparada para afrontar las consecuencias de lo que hubiese pasado esa noche. Si no lo recordaba... si no hablaba de ello, entonces quizás podría borrarlo. Era lo mejor para los dos.

Nana... Si Nana lo descubriese... Tragó con dificultad. No quería pensar en ello. Lo que había hecho era demasiado peligroso, era... traición. Y Nana no permitía que se la traicionara.

Esquivó una estantería y siguió zigzagueando. El aire olía a polvo, a cuero y al olor único combinado de la tinta y las páginas; a libros.

Un brazo salió de la oscuridad y la agarró del hombro. Wynd reprimió un grito de sorpresa. Dioses, cómo había hecho eso y cómo la había encontrado tan rápido.

Se giró y pasó por debajo de su brazo estirado librándose de su agarre. Se coló por otra calle de estanterías.

—Pecas..., no seas cobarde —gruñó Aren.

Un poco más, un poco más y estaría fuera. Nunca había deseado tanto que sonase la maldita alarma que anunciaba el inicio de una prueba. No estaba preparada para esa conversación. Iba a tener que decir cosas que no quería decir. Iba a... a doler demasiado.

Aren apareció frente a ella. Su pecho subía y bajaba pesado y sus ojos refulgían como fuego helado.

—Vale, por muy divertido que me parezca esto, e incluso puede que algo excitante... ¿Puedes dejar de huir?

Wynd derrapó al frenar de golpe.

—Mierda —masculló mientras se giraba y tomaba un desvío hacia la izquierda.

Aren chasqueó la lengua.

—Wynd —dijo Aren, y ella se estremeció porque hacía mucho que no la llamaba por su nombre—. Los dos sabemos que puedo atraparte, así que para.

Ella apretó los dientes irritada. Oh, cuatro días sin hablar con él y ya se le había olvidado lo mucho que la desquiciaba y lo insoportable que podía llegar a ser.

Quiso gritarle algo no muy agradable, pero se mordió la lengua, porque, en realidad, solo estaba intentando desconcentrarla. Giró a la izquierda de nuevo y chocó con un pecho duro.

Aren la agarró de la muñeca y le giró el brazo tratando de inmovilizarla. Wynd le dio un codazo en el estómago con el brazo libre y él se dobló ligeramente, soltándola. Se enmarañaron en una pelea de brazos y piernas. Aren tratando de retenerla y ella tratando de zafarse.

—No me hagas sacar las dagas —jadeó Wynd.

Aren arqueó la ceja partida. Su boca se curvó en una sonrisa socarrona. Una nube de oscuridad la envolvió por completo.

—Eres un...

—Vamos, bloquéalo —la instó. Su voz sonó estrangulada.

Wynd apretó la mandíbula y trató de concentrarse. Cerró la mano derecha en un puño y notó el calor de los anillos.

Aren le acarició la mejilla. Ella se movió hacia atrás trastabillando. No veía nada. Ni siquiera a sí misma. Nunca había visto una oscuridad igual.

Sacó a Muerte y la empuñó con la izquierda.

—Bloquéame —le susurró Aren en el oído.

Wynd gruñó frustrada y, durante un segundo, la oscuridad titiló desvaneciéndose, pero volvió.

—Me evitas. Te escondes de mí. No entrenas y encima pretendes ganarme. ¿Sabes una cosa, Pecas? Si no combates el miedo, entonces te devora. Se alimenta de ti.

Wynd notó el aliento de él en el cuello, por lo que lanzó una patada hacia atrás y lo golpeó en la espinilla. Oyó la risa de Aren.

—Puedes pasarte la vida huyendo, pero la realidad siempre te alcanzará. Y lo único que habrás conseguido al no enfrentarte a ella es ser más débil.

—¡Basta! —gritó ella—. Tú no lo entiendes. No sabes nada de mí. Tú mismo lo dijiste. No sabemos nada el uno del otro. Así que para.

—Sí que sé algo de ti, Pecas —dijo Aren arrastrando las palabras con cierto tono condescendiente que hizo que a Wynd le hirviera la sangre—. Sé que no tienes la valentía de admitir nunca la verdad, ni siquiera a ti misma.

La oscuridad se desvaneció y se encontró a Aren delante de ella. Tenía el pelo revuelto y un golpe en la barbilla, donde le había alcanzado con su puño. Y no lo soportó. No soportó aquella pose llena de chulería. No soportó el modo en que la miraba, ni aquella sonrisa llena de suficiencia. No soportó que se atreviese a hurgar dentro de sus sentimientos, de sus miedos. No soportó lo mucho que le dolió el pecho al mirarlo, porque... Porque, dioses, lo había echado de menos, y porque no podía permitirse esos sentimientos.

—Cállate —gruñó fuera de sí—. Cállate ya. No eres más que un niño mimado. No sabes nada de mí, no me conoces. Deberías... deberías odiarme. Del mismo modo que yo...

—¿Que tú qué? —preguntó levantando la barbilla.

Wynd apretó la mandíbula con tanta fuerza que podría haberse partido los dientes en pedazos.

—Vamos, dilo. Dímelo, Pecas. ¿Que me odias? ¿Eso ibas a decir? Porque eso no es lo que me dijiste...

Wynd se lanzó a por él con un grito de rabia. Chocó con Aren con todas sus fuerzas, lanzándolo al suelo. Ambos rodaron y las estanterías se sacudieron levemente por el impacto de sus cuerpos. Varios libros cayeron al suelo.

—No. Lo. Digas —jadeó ella colocándose encima de él y tapándole la boca.

Tenía las rodillas apoyadas a ambos lados de las caderas de Aren y la mano izquierda sobre su pecho, que subía y bajaba pesadamente. Notaba el latido acelerado de él a través de la fina tela de su camiseta ajustada. El calor que emanaba de su cuerpo casi la quemaba.

—No quiero saberlo —casi suplicó.

Los ojos de Aren se abrieron llenos de comprensión. Cogió la muñeca de Wynd y apartó la mano de su boca.

—No te acuerdas... ¿No te acuerdas de lo que pasó? —dijo con la voz llena de decepción.

Wynd cerró los ojos. Le temblaba ligeramente el cuerpo.

—No..., y no... no sé si estoy preparada para saber lo que pasó.

Aren se incorporó sobre los codos. El movimiento creó una fricción entre sus cuerpos, los cuales encajaron de tal forma que ambos tuvieron que reprimir un pequeño jadeo.

Las pupilas de Aren se dilataron y sus iris ardieron. Las mejillas de Wynd se tiñeron de rojo mientras su cuerpo se sacudía involuntariamente. Se levantó sobre las rodillas para evitar estar en contacto con el cuerpo de él.

—¿Por qué? ¿Qué crees que pasó?

Las cejas de Aren bajaron confiriéndole un aspecto duro a su mirada.

—No quiero hablar de esto.

Wynd comenzó a echarse hacia atrás, pero él se movió más rápido. Le colocó un cuchillo en la garganta mientras con la otra mano la sostenía de las muñecas.

—Te he inmovilizado. Me debes una respuesta.

—Eso no es...

—¿Por qué me has estado evitando?

Aren se acercó más a ella, y Wynd acabó sentada a horcajadas sobre él. Debería haberlo matado cuando tuvo ocasión en el bosque de espinas. Culpaba a la Wynd del pasado por estar en aquella situación: era culpa de ella y de todas esas malas decisiones que la habían llevado hasta ahí, como la de aceptar el trato sobre las preguntas.

—Porque yo... porque yo nunca... —Le ardía el rostro. Bajó la mirada a sus manos inmovilizadas por él—. Porque yo nunca he... —Cogió aire. «Por favor, por favor, que suene la alarma o que Lebhar haga algo. Cualquier cosa...»—. Nunca he estado con... nadie. —Se removió incómoda y notó la respiración de Aren entrecortarse—. Y... tampoco puedo hacerlo.

—Pecas... —Su voz sonó torturada—. Yo nunca... Jamás me aprovecharía de ti ni de la situación. No pasó nada entre nosotros. No hicimos nada.

Wynd levantó la mirada y se encontró con los ojos claros, sinceros y tristes de él. Ah... había algo en aquella mirada que la conmovió en lo más profundo. Algo que consiguió llegarle hasta el alma.

—¿De verdad no recuerdas nada?

Aren bajó el cuchillo y le soltó las manos, pero ella no se movió. Le colocó un mechón de pelo, que se había escapado de sus trenzas, detrás de la oreja. Wynd inclinó la cabeza en la dirección de su mano. Y ese gesto inconsciente le provocó un ramalazo de reconocimiento robándole el aliento.

—Solo sensaciones.

Aren echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos. Luego soltó una risita llena de frustración.

—Vale. No te voy a preguntar por qué dices que no puedes estar con nadie, porque sé que no me vas a contestar, ¿verdad? —Ella asintió—. Entonces, déjame recordarte algo.

Le puso una mano en la espalda, apretándola contra él, y otra en la nuca, guiando su cabeza hasta dejar su boca a milímetros de la suya. Tan cerca que Wynd pudo sentir el movimiento de sus labios cuando habló.

—Te dije que te bes...

Un libro de los que estaban más altos en la estantería cayó abierto hacia Aren, y Wynd estiró la mano para atraparlo. El peso hizo que le temblaran los huesos del brazo. Y no pudo evitar fijarse en lo que aparecía en la página.

Capítulo 50

El corazón de Wynd patinó en su pecho mientras un sudor frío le caía por la nuca. Una sacudida se apoderó de su cuerpo, como una pequeña descarga de energía. Soltó el libro, que cayó detrás de Aren. Se echó hacia atrás separándose de él y se arrastró por el frío suelo de la biblioteca.

Aren tomó aire para calmarse y se tensó al ver los ojos asustados de ella. Giró la cabeza y vio el libro abierto en el suelo. Las páginas estaban vacías, como si se tratase de un diario que nadie había escrito. Un diario pesado y realmente viejo. Miró a Wynd, que parecía aterrorizada.

—¿Qué...? —comenzó a preguntarle.

—¿Qué es ese libro? —preguntó ella.

Aren lo cogió. Estaba lleno de polvo y seguramente llevaba décadas sin usarse. Lo cerró y miró la portada. No tenía nada escrito. Era de una piel curtida, dura y escamosa. Debía de haber costado caro. Lo abrió buscando algún nombre, pero no había nada.

—No hay nada en él —le dijo.

Wynd frunció el ceño y se acercó con cautela. Las escamas del libro brillaban en distintos tonos de verde como gemas preciosas. Pasó la mano por ellas y sintió un pulso, el latido de algo vivo. Algo que la llamaba.

Abrió el libro por la mitad buscando la página que había visto. Aren se fijó en que le temblaban las manos.

Wynd soltó un grito ahogado y sus ojos se abrieron. Aren sabía que ella no sería capaz de fingir aquella reacción. Se le tensaron todos los músculos del cuerpo.

—¿Qué ves? —preguntó en un susurro apremiante.

Wynd parpadeó y levantó la mirada hacia él. Sus ojos llenos de confusión. Sentía una punzada en la cabeza, como si le estuviesen presionando un dedo contra el cerebro.

—¿Tú no lo ves?

—No. No hay nada ahí para mí. Solo una página vieja vacía.

Wynd volvió a mirar el libro. Era ella, solo que no lo era. En un principio, le había parecido un dibujo increíblemente detallado de sí misma; pero ahora que lo miraba mejor, no era exactamente igual. Tenía el pelo del mismo color rubio plateado y lo llevaba recogido en un conjunto de trenzas que formaban un dibujo sobre su cabeza. Los ojos también eran grises, pero el izquierdo no tenía el anillo oscuro. Tenía pintados los párpados de azul oscuro, y puntas triangulares del mismo color en las mejillas. En su cara brillaba el mismo conjunto de pecas, pero las suyas eran mucho más nítidas. La línea de su mandíbula, la curva de sus pómulos, la nariz, casi cada facción parecía calcada a la de Wynd. Excepto las orejas, que eran puntiagudas.

Llevaba puesta una coraza de pecho de cuero y unos pantalones de piel curtida. Tenía los brazos al descubierto y los llevaba cubiertos de dibujos y cintas. En la espalda, un arco y un carcaj de flechas.

«Princesa Ossian», ponía en la parte de abajo de la página, escrito a mano.

Se parecía tanto a ella... Se estremeció. Pasó la página. La vista se le desenfocó y entrecerró los ojos. Era como si estuviese chocando con algo invisible.

—¿Qué ves? —volvió a preguntarle Aren.

—Es... No sé quién es. Se llama Ossian, la princesa Ossian.

Aren frunció el ceño.

—Se parece a mí. No lo entiendo —murmuró Wynd.

—No tiene sentido... —comentó Aren distraído.

Ella levantó la vista.

—¿Por qué solo yo puedo verlo? Yo no... yo no tengo magia. No lo entiendo.

Aren la miró en silencio. Sus ojos se vaciaron; no había rastro de ninguna emoción en su rostro. Parecía completamente inmóvil, solo lo delataba el acelerado latido de su corazón. Pero ella estaba tan distraída que no lo oyó, no lo sintió.

Aren escrutó la biblioteca. No podía ser casualidad. Un libro familiar no aparecía así como así, y no caía del cielo. Eran objetos demasiado preciados y únicos.

«¿Quién...?».

—¿Quién es la princesa Ossian, Aren? —inquirió ella.

Él trató de concentrarse en ella.

—Es una leyenda, la protagonista de una historia de mitología. No sé siquiera si existió de verdad.

Wynd cerró el libro y se lo colocó debajo del brazo mientras se ponía de pie.

—¿Por qué solo puedo ver esa página?

—No lo sé.

Aren apretó la mandíbula. En realidad, no debería ser capaz de ver ninguna. No lo comprendía.

—¿Tenía algo escrito?

Wynd negó.

—Solo el nombre escrito a mano. El resto...

Se frotó la frente. La presión había disminuido, pero ahora sentía un leve zumbido y cierto mareo. ¿De dónde había salido ese libro y por qué?

Wynd giró sobre sí misma, desconcertada.

—¿Quién es, Aren?

—Una princesa *faerie* de la isla de Ávalon. Se supone que vivió hace miles de años.

Wynd sentía ganas de vomitar. Estiró el brazo y se apoyó en una de las estanterías. Algo tiraba dentro de ella. Algo amenazaba con partirla en dos.

—¿Cómo era? ¿Has visto algún dibujo de ella?

—No. No hay. Es solo un nombre. No sé si habrá descripciones tuyas, nunca las he oído, pero no es más que la protagonista de un cuento. Otra de tantos personajes antiguos que se supone que hicieron algo estúpido o heroico.

—Pero la he visto. Está aquí.

Wynd abrió el libro de nuevo por la mitad y buscó la página. Espirales y espirales. Cerró los ojos cuando una fuerte punzada de dolor la sacudió.

—Pecas —dijo Aren acercándose y sujetándola del brazo.

—Está aquí... —repitió ella.

Pasó las páginas a toda velocidad buscándola. No había nada. Solo esas dichasas espirales nebulosas. Recorrió las

páginas con desesperación. Nada.

—No... no está. No está la página. Ha desaparecido.

Aren observó la biblioteca en silencio y con gesto asesino. Wynd no tenía magia, como ella misma había dicho. Era imposible que pudiese desbloquear un libro familiar. Por lo tanto, alguien había...

Wynd se llevó ambas manos a la cabeza dejando caer el libro, que rebotó pesadamente contra el suelo. Soltó un gemido de dolor mientras se le doblaban las rodillas y caía al suelo.

Fogonazos de luz pasaban intermitentes por su cabeza. Sintió frío. Oscuridad. Soledad. Y algo ardiendo, algo quemándola. Un fuego tan abrasador que le deritió los huesos, que la hizo líquido. Un recipiente demasiado lleno.

El grito desgarrado de Wynd sacudió la biblioteca. Le iba a estallar la cabeza. Su cuerpo se retorció presa del dolor lacerante. Su voz rota clamaba.

Aren la sostuvo de los brazos. El grito le puso los pelos de punta.

—¡Wynd! —la llamó desesperado—. Wynd, ¿qué te pasa?

Aren la cogió de las manos, apartándoselas de la cabeza. Ella abrió los ojos. Fue como si un ancla tirase de ella hacia arriba. Entre toda la maraña de imágenes y fuego, una suave y reconfortante calma, una oscuridad conocida tiró llamándola y haciéndola volver.

Aren tenía una de sus manos apretada y otra contra su mejilla. Y el contacto de su piel fue sanador.

El anillo de ónice de su ojo había perdido color, difuminado. Wynd fue a decir algo, pero no tuvo tiempo. Aren tiró de ella y la envolvió en sus brazos. Y él temblaba.

Temblaba como si hubiese sido él el que había perdido la consciencia; temblaba como si estuviese realmente asustado.

—Aren —murmuró ella con la voz apretada. Le costaba respirar de lo fuerte que la sostenía—. Estoy bien. Ya estoy bien. Ha sido... ¿Has hecho algo?

—No puedo con esto. No puedo hacerlo.

—¿Qué?

La soltó y se levantó pasándose una mano por el pelo. Su mirada parecía perdida, desencajada. Miró a los lados como si por un momento no supiese qué hacer. Wynd, todavía en el suelo, lo observó sin comprender nada. Aren avanzó a toda prisa y se fue sin decir nada.

Wynd cerró los ojos y se dejó caer por completo, tumbándose en el suelo. El corazón le pesaba dentro del pecho. Sintió unas ganas horribles de llorar, de frustración y desesperación. Las lágrimas le picaron en los ojos, pero no salieron. Como siempre, fue incapaz de derramar ninguna. Por supuesto que alguien como ella no podía hacer algo tan humano. Era el castigo que había recibido por entregar su alma.

Una parte de ella quería seguir a Aren y preguntarle sobre lo que había pasado, pero no era buena idea. Las cosas entre ellos dos nunca eran buena idea. Y, además, tenía algo más urgente de lo que ocuparse. Averiguar quién era la princesa Ossian, por qué era exactamente igual a ella y qué significaba el hecho de que la hubiese visto.

Capítulo 51

—Lebhar. Necesito que salgas de donde estés y me ayudes con algo —pidió Wynd situándose en el centro de la biblioteca, justo frente al ventanal.

—¿Has terminado tu carrera? —le contestó la voz profunda y vieja.

Por supuesto que lo sabía. Wynd agachó la cabeza, tratando de esconder la rojez de sus mejillas. Se aclaró la garganta y cuadró los hombros.

—¿Sabes dónde puedo encontrar un libro que hable sobre la princesa Ossian?

Lebhar se quedó en silencio. Y su pausa fue tan larga que Wynd se preguntó si no la habría oído, aunque estaba justo delante de ella.

—Ya veo. ¿De qué conoces ese nombre?

—Pues...

¿Debería contarle lo que había visto? Quizás también pudiese darle respuestas sobre ese libro. Pero ¿y si eso revelaba algo sobre ella? ¿Y si le decía algo sobre su verdadera naturaleza? Lebhar, por muy... ¿qué? No es que fuese simpático, ni amable. Era taciturno y extraño. Amigable, quizás.

Por muy amigable que fuese con ella, no dejaba de trabajar para los rhydra. Wynd todavía no sabía qué era él

exactamente. No era un sidh normal, eso estaba claro. Aun así, no podía fiarse de él.

—¿No conocen todos su nombre?

Wynd habría jurado que lo vio sonreír, si es que era posible con aquellas facciones talladas y hieráticas. Reprimió un escalofrío.

Lebhar murmuró algo en un lenguaje desconocido. Sonó fastidiado y a la vez divertido.

—Sígueme —le indicó.

Se deslizó por el suelo sin hacer ruido. Wynd no sabía qué había debajo de aquella túnica larga, pero se preguntó si tendría pies siquiera o si flotaba. Aun así, se guardó la duda para sí misma.

La condujo a lo largo de varias hileras hasta llegar a una zona en la que no había estado antes. Aquella biblioteca era enorme y nunca parecía terminarse. En unas estanterías, que parecían menos polvorientas que las que había recorrido con Aren en su persecución, había una colección de bonitos libros en tonos pastel con remaches dorados.

Lebhar levantó levemente una de sus largas manos y un libro se desprendió flotando apaciblemente hasta posarse en ella. Wynd sintió un chispazo de irritación.

—*Mitología del viejo mundo* —leyó ella en voz alta.

—Deberían haberte enseñado estas historias en el colegio —susurró Lebhar con un ápice de sarcasmo.

—No iba demasiado —contestó ella, evasiva.

Se pegó el libro al pecho como si fuese un tesoro preciado.

—Gracias —murmuró.

—Recuerda lo que te he dicho antes. Espero que seas lista.

Dicho esto, desapareció y la dejó allí con el ceño fruncido y la boca torcida en una mueca.

—Y tú deberías ser menos críptico —dijo bajito, y oyó un pequeño silbido divertido.

Fue hacia su sofá, ahora libre de visitantes inesperados. ¿Habría ido Aren allí todos los días a buscarla? No, no quería pensar en eso. Ni tampoco en por qué se había largado de allí como si... como si ella fuese un maldito devorador de almas.

Primero había deseado perderlo de vista, después él la había perseguido en busca de respuestas, y luego... luego era él quien se había marchado. No. Nada tenía sentido entre ellos dos.

Se frotó las sienes tratando de calmarse y se desplomó en el sofá. Lo había echado tanto de menos: el silencio, la tenue oscuridad, el terciopelo cálido y confortable. Abrió el libro y buscó en el índice el nombre de Ossian. Era cierto aquello de que parecía un cuento, una recopilación de viejas historias.

Pasó las páginas con premura mientras la curiosidad la quemaba.

«Ossian, la Ventisca Blanca», se titulaba la historia.

Ossian, la Princesa Blanca o la Ventisca Blanca, vivió hace miles de años en la corte helada de la isla de Ávalon. Era la primogénita del rey Holz y se esperaba de ella que heredase el trono algún día. Hasta que su padre volvió a casarse con su segunda mujer y tuvo un hijo varón, Cressidan.

Ossian fue apartada de la línea de sucesión y se dispuso que debería casarse con el hijo de uno de los reyes del lejano norte en las tierras más allá de las montañas Hillias. Una tierra yerma, inexplorada y salvaje. El rey de Ávalon deseaba tenerlos de su parte, dado que eran guerreros despiadados y su situación les daba ventaja estratégica sobre el continente.

Pero Ossian llevaba años preparándose para reinar y comandar las tropas de su reino, además de para conquistar el territorio del continente. Ella era una guerrera y no estaba dispuesta a relegarse al papel de esposa y princesa consorte. Tal fue su disputa, que su padre decidió encerrarla en un laberinto de espirales para evitar que escapase de su cometido. Una prisión impenetrable que no tenía salida alguna. Nadie había conseguido salir de aquella maquiavélica creación de la que el rey estaba tan orgulloso.

Holz le ofreció la posibilidad de librarse del matrimonio si conseguía descifrar el modo de salir antes de que la comitiva de la corte norteña llegase.

Tres semanas exactas antes de que llegasen las primeras nieves.

Ossian tuvo que enfrentarse a la trampa de su padre, movida por la desesperación y por el ansia de libertad. Cada noche, el rey visitaba a su hija y le llevaba comida y bebida. Y, al amanecer, ella volvía a intentar descifrar el enigmático laberinto. Cada mañana al abrir los ojos, le daba la sensación de que había desandado todo lo que había conseguido avanzar el día anterior.

El último día, no durmió ni dejó de avanzar y moverse. Ossian llegó hasta donde muy pocos lo habían hecho, pero nadie jamás había conseguido pasar de aquel lugar, y pronto descubrió por qué. Quedó atrapada en medio de un mar de fuego. Todos los salientes estaban demasiado lejos para llegar hasta ellos y no había salida por ninguna parte. La caverna era hueca, a excepción de la abertura por la que había entrado.

Ossian se volvió loca, según cuentan algunos textos. De desesperación y de rabia. Incapaz de perdonar a su padre lo que le había hecho. Incapaz de perdonar al mundo. Ella, que había soñado con ser la primera reina de su dinastía; que había cabalgado a lomos de un lobo huargo; que había comandado las tropas azules de arqueros en las guerras con los dragones y los worlak. Ella, que habría dado la vida por su reino y por su padre, que había tocado el cielo con los dedos y que había sido la guerrera más grande, valiente y fiera que se había visto en siglos... Relegada a ser la esposa de un príncipe norteño que ni siquiera conocía. Apartada de su tierra, de todo lo que conocía y amaba, de todo lo que siempre había luchado por defender.

No lo soportó. Y decidió que prefería morir a rendirse. Nadie le quitaría su capacidad de decidir ni su libertad. Moriría libre antes que entregarse. Así que saltó al mar de fuego, sin miedo y sin arrepentimientos.

Aquella noche, al comenzar el vigesimoprimer día del decimosegundo mes, la luna desapareció del cielo y la nieve cayó como lágrimas, tiñéndolo todo de blanco: su color. Y aquella noche se convirtió en la más larga del año, y así fue y ha sido durante miles de años. Porque durante esa noche, el cielo recuerda su pérdida.

La noche del solsticio.

Wynd tembló, movida por una emoción sobrecogedora. Había una fiereza en aquella historia que le llegó hasta el corazón.

Ávalon era una isla lejana y misteriosa a la que pocos se atrevían a ir. Había muchas leyendas sobre ella, pocas ciertas. Wynd dudaba incluso de que existiese de verdad.

La historia de Ossian la fascinó y entristeció a partes iguales, tanto que se quedó horas en la biblioteca releendo la historia una y otra vez.

Seguía sin saber por qué la había visto en ese extraño libro y por qué se parecía tanto a ella. ¿Habría sido un truco? ¿Una ilusión para engañarla? ¿Y por qué Aren no lo había visto? ¿Qué eran todas esas sensaciones, esos fogonazos que había sentido? Eran... eran casi como recuerdos, vagos y lejanos. Pero ella nunca... nunca había experimentado nada así.

Aquellas preguntas la acompañaron en su descenso hacia la inconsciencia. Soñó con Ossian, con ella cabalgando a lomos de un lobo blanco, con ella comandando una hueste de arqueros vestidos y pintados igual que el dibujo que había visto. Soñó con unos fríos ojos grises mirándola de frente.

«Mira con el corazón, Wynd».

Capítulo 52

Aren entró en su habitación como una exhalación. Por suerte, no había rastro de Axel. Por la hora, estaría cenando en el comedor. O quizás estaría yendo a la biblioteca a encontrarse con Wynd.

—¡Mierda! —gritó.

Se sentó en la cama y se pasó las manos por el pelo. Enredó los dedos en sus rizos rebeldes y tiró de ellos levemente. Aquello no era lo que quería, aquello no era lo que había esperado...

Cerró los ojos con fuerza. Tendría que decírselo a su padre. Ojalá no hubiese estado ahí, ojalá no lo hubiese visto.

—¡Mierda, mierda...! —gruñó.

Sacó papel y una pluma de la cómoda y escribió una nota rápida.

Había practicado tantas veces esa escritura, mezcla de varias lenguas y en clave, que no tenía ni que pensar para trazarla. Ventajas y desventajas de crecer en la corte y de que tu padre fuera el Deirnas: cualquier cosa era susceptible de ser interceptada y leída.

Dobló el papel en cuatro y lo firmó. Tres puntos y las líneas del trazo de una constelación.

«Decepcionas a todos a tu alrededor».

¿Qué era más importante, el deber o la felicidad? ¿La lealtad o la honradez?

No, ¿desde cuándo todo aquello le había importado? ¿Desde cuándo se cuestionaba a sí mismo o lo que hacía? Su padre se había encargado de que no quedase nada humano dentro de él. Lo había despojado de cada pequeña parte de su ser que fuera capaz de sentir empatía, amor o cualquier otra emoción puramente humana.

Y solo así había conseguido sobrevivir, al igual que había hecho su padre. Lo había entrenado para ser el futuro Deirnas, para seguirlo y para ser lo suficientemente fuerte e inteligente para sobrevivir en ese mundo. Porque esa capacidad para amar y sentir compasión eran las que habían acabado con su madre.

Pero aquello... Jamás se había enfrentado a algo igual. Y estaba matándolo despacio, torturándolo lentamente. Nunca se había sentido superado de esa forma. No había marcha atrás: había iniciado ese camino cuando le escribió la primera nota a su padre en la que, en vez de hablarle de sus progresos en las pruebas, le hablaba de una chica con un anillo oscuro en un ojo y de las sospechas que tenía. No podía deshacer todo lo que había hecho desde entonces, movido por esa necesidad de que su padre reconociese su valor. Al fin y al cabo, ¿qué era mentir para él? Nada. Le resultaba tan sencillo como respirar... Y eso había hecho.

«El despiadado lobo que se disfraza con piel de cordero.

»Eres el espejo del que te creó.

»Quemarás el mundo por él.

»No eres más que un recipiente vacío. Un arma. Un soldado. La marioneta perfecta.

»Y llegará un día en que todo eso te pese demasiado. Llegará el día en que destruirás algo que realmente te importará. Tanto que acabará destruyéndote a ti».

Le dio un puñetazo a la pared y abrió un agujero negro y chamuscado. Axel había vuelto a tener razón: él iba a decepcionarla, más que eso incluso. Al principio eso no había significado nada para él, pero ahora... esa certeza lo estaba matando.

«El poder te volverá loco. Te consumirá hasta que no quede ni una gota de humanidad en ti, hasta que no seas más que una bestia igual de terrorífica que la que te creó. Y él lo sabe y lo teme».

Deseó arrancarse esa voz sin rostro que acudía a su cabeza siempre que usaba su poder de oscuridad. Miró la nota que sostenía en la mano. Le temblaba el pulso. Al fin y al cabo, ¿quién era él? Ni siquiera él sabría responderse.

Salió de la habitación dando un portazo. El mundo no podía esperar lo contrario de alguien que no tenía corazón.

Wynd fue tan tarde al comedor que estaba vacío y en penumbra. Agradeció la soledad. Tenía la cabeza demasiado llena para poder mantener una conversación o mostrarse alerta.

Habían retirado las fuentes de las mesas, aunque los platos seguían colocados junto con los cubiertos y las servilletas. Se acercó a una de las mesas auxiliares donde había una enorme olla. De algún modo, el contenido se mantenía caliente. Magia, por supuesto. Se sirvió el estofado humeante y el estómago le gruñó en respuesta al

sabroso olor. Se sentó cerca de uno de los candelabros y comió mirando el estrellado techo falso. Alguien carraspeó, y se giró llevándose una mano a Muerte, aunque si esa persona hubiese decidido atacarla ya la habría herido. La había pillado totalmente distraída.

Axel sonrió, parado a unos metros de ella. El corazón acelerado de Wynd redujo la velocidad. Había temido que fuese Nos o Arth.

—¿Puedo? —preguntó acercándose al asiento frente a ella.

Wynd asintió. Axel llevaba el pelo recogido en la nuca, y los aros de su oreja brillaron al reflejar la luz de las velas.

—No has ido a la biblioteca —comentó.

—Hoy sí.

—Te busqué. Esperaba seguir con la historia del rey.

—He estado... ocupada.

—¿Tiene algo que ver con Aren y con Kaebhar?

Wynd se atragantó. Los ojos de Axel centelleaban, leonados.

—¿Te ha dicho algo?

—No. Últimamente no está muy hablador. Te vi en nuestra habitación.

Wynd enrojeció hasta la raíz del cabello y fijó la vista en su cuenco medio vacío.

—Bebí demasiado —se excusó, esperando que se lo creyese.

—¿Hay algún motivo por el cual lo estés evitando?

Wynd se encogió de hombros, tratando de quitarle importancia o de parecer casual. ¿Motivo? ¿Qué motivo? Ningún motivo aparte de que le daba un miedo terrible

descubrir qué había pasado realmente entre ellos. Por qué sentía el rastro de su piel en la suya. O por qué todas las ideas, la sensatez, el deber y todo lo que había jurado y prometido cumplir durante su vida se iban por la borda cuando él estaba cerca.

—No lo estaba evitando, más bien estaba... No me apetecía encontrarme con nadie.

Axel apoyó un codo en la mesa y recostó la barbilla sobre su mano, inclinándose más cerca de ella.

—No voy a fingir que no me he dado cuenta de que pasa algo entre vosotros. Conozco a Aren, sé lo que le pasa por la cabeza sin que me lo diga. No sé si lo sabes, pero crecimos juntos. Mi madre forma «parte» —matizó la palabra— de la corte.

Wynd frunció el ceño e inclinó la cabeza, sin saber muy bien qué quería decirle Axel y por qué le contaba aquello.

—Pero por algún motivo, tú no paras de intentar resistirte a él. —Soltó una risa suave y ronca—. Sé el efecto que causa, sé lo persuasivo que puede llegar a ser. Nada ni nadie se le resiste demasiado. Así que me causa curiosidad saber por qué lo haces.

Wynd cerró las manos en puños sobre la mesa.

—Quizás porque no me interese.

Axel curvó una ceja rubia perfecta.

—Podemos jugar a mentirnos o podemos hacer algo más útil.

Wynd se tensó. Había algo en su tono que no había estado ahí antes.

—No sé por qué tratas de evitarlo o por qué te resistes a él y a lo que sientes con tanta intensidad. Y, sí, puede que el

motivo no me incumba. Es asunto tuyo. Pero yo sé algo... — Se inclinó más cerca—. Él... Aren te hará daño.

Wynd se estremeció y Axel se apresuró a corregirse.

—Puede que no intencionadamente, puede que ni siquiera quiera hacértelo, que no se lo proponga; pero ocurrirá. Y sé que tú también lo sabes. Dejarte arrastrar hacia él puede acabar contigo, y eres demasiado lista, demasiado... ¿Cómo lo diría? Astuta, escurridiza..., fuerte, como para permitir que eso ocurra.

De algún modo, Wynd también se había inclinado hacia él apoyando los brazos sobre la mesa. Tenía ese acento suave y rasgado, absolutamente hipnótico.

—Y te preguntarás qué me importa a mí. Pero me importa, porque Aren es tan destructivo con los demás como consigo mismo. Y porque no deseo verte caer, Wynd.

—¿Qué... qué es lo que estás tratando de decirme?

—La única salida. El modo de acabar definitivamente con esto. Sé cómo podrías terminar con esto para siempre. El único modo en que Aren se dará por vencido, la única forma de hacer que se rinda.

A Wynd se le quedó el aire atascado en la garganta. Se le erizó la piel, a pesar de que no hacía frío, y el corazón le latió irregular, como si... como si una parte se estuviese desprendiendo de él.

—¿Cuál? —preguntó una voz hueca que debería ser la suya, pero que no le sonó familiar.

Y su pecho se quejó con un pequeño alarido de dolor. Lebhar le había dicho que se dejase guiar por él. Pero el corazón no la sacaría de allí. El corazón no le serviría de nada cuando Nana le pidiese que llevase a cabo su

cometido. Solo se le rompería y los trozos se le clavarían hasta hacerla sangrar. En realidad, se estaba protegiendo a sí misma. En realidad, solo estaba tratando de sobrevivir.

—Yo. Aren jamás irá tras algo que ha sido mío antes.

Wynd frunció el ceño. «Mío». Ella no era una pertenencia.

«Solo que sí lo eres».

—¿Y cómo...?

Axel estiró el brazo para pasarlo por su nuca y la atrajo hasta él. Su boca impactó con la suya con una fuerza que le robó el aliento. Y la besó. Suave, apremiante, inquisitivo. Y ella se quedó demasiado trastocada como para moverse o responder. Moldeable a sus manos, a sus labios, a su boca.

Axel la besó con un tipo de posesión y urgencia que la descolocaron. Nunca había experimentado algo parecido. Para ella, el contacto físico había sido o violento o cariñoso de un modo maternal, pero nunca había sido... algo tan perturbador, potente, tan... Nada había hecho jamás que su cabeza y su cuerpo se separasen tanto, como si existiesen en realidades paralelas. Y de pronto, todas sus ideas, pensamientos y preocupaciones se esfumaron.

—Ya me darás las gracias —murmuró él contra su boca al separarse de ella.

Wynd esperó sentir el latido de su corazón desbocado. Pero no, no había nada. Solo vacío, frío helado, escarcha en las venas y una tristeza profunda. Faltaba algo. Algo más.

No supo si oyó, vio o sintió algo, pero se giró hacia la puerta del comedor y allí, congelado como una estatua imponente, una figura oscura de ojos cristalinos le devolvió la mirada.

Y entonces, todas las piezas del puzle encajaron en su cabeza mientras comprendía por fin cuál había sido la estrategia de Axel. Aren prácticamente se envolvió en oscuridad y desapareció de allí en un pestañeo.

—Ahora ya eres libre —le dijo Axel.

Capítulo 53

Wynd se levantó echando la silla hacia atrás con tanta fuerza que la tiró al suelo. Una parte de ella le rugió que fuese detrás de él, que lo buscase, que le explicase que ella no...

¿Y de qué serviría eso? Fuera como fuese, tampoco podía ir más allá con Aren, tampoco podía permitirse sentir nada por él. Y mucho menos decírselo.

Tarde o temprano, iban a tener que separarse. Y, sí, maldita sea, una parte de ella había esperado que no sucediera. Lo había visualizado tan lejos que no se había imaginado enfrentándose a ello. Quizás porque se negaba a aceptar que sucediese.

Axel tenía razón en una cosa: aquello se lo había puesto más fácil. Ella no había sido capaz de poner distancia con Aren. No había tenido la fuerza de voluntad, las agallas o la valentía... El coraje necesario para hacerlo. Lo único que había hecho era esconderse como una cobarde que retrasa lo inevitable. Axel le había dado el empujón necesario, como quien te arranca una venda o te saca la punta de una flecha rápido para que sufras menos.

Y, aun así, sintió que la herida le seguía sangrando incluso con más fuerza y que no se cerraba.

Axel se levantó calmadamente, le dedicó una inclinación de cabeza y se marchó sin decir nada más.

Wynd fue al rincón que Aren le había mostrado la semana anterior. Al precioso ventanal por el que se podía ver el verdadero cielo. Quizás albergaba cierta esperanza de encontrarlo allí, aunque si así fuera no sabría bien qué decirle.

Pero no estaba. Un poso de decepción se asentó en su pecho. Un peso que no había estado ahí antes. Aquella era una tristeza nueva, una que nunca había experimentado antes.

Un frío repentino la hizo sacudirse. Recordó el enorme jersey de lana suave que había doblado con cuidado y que había guardado pegado a sus pocas pertenencias. No era un frío físico; era algo emocional.

Se tumbó en el suelo de mármol y miró el cielo de Oed. Pronto llegarían las primeras nieves. Las estrellas se veían lejanas y la luna, apagada. Se preguntó cuándo saldría, cuándo podría volver a casa.

No es que los Páramos fueran realmente su casa. En realidad, no tenía ningún lugar al que llamar hogar, al que desear volver, como Cordelia y Blue. ¿Lo había tenido alguna vez? Tampoco tenía a nadie a quien echar de menos. No había nadie esperándola en casa, ninguno de los nikt la abrazaría feliz y esperanzado al verla volver. Quizás Conrad se alegrase y le tomase el pelo de forma cariñosa. De todas formas, todos debían servir a los propósitos de Nana. Puede

que algunos hubiesen muerto cuando volviese, si es que lo hacía... O puede que estuviesen lejos.

Se preguntó cómo se sentiría el amor de una madre y un padre. Casi no podía recordar lo que era sentir los brazos de Meridia envolviéndola. Casi nunca se permitía fantasear con esa idea, solo lo hacía cuando se sentía especialmente destrozada. Cómo sería sentir... amor. Cómo sería no estar sola. Saberse amada, pero de ese modo en el que parecen amar los padres a sus hijos, sin importar lo que sean o cómo sean, sin importar sus logros o sus fracasos. Ser amados, no necesarios.

Ella solo era necesaria.

«Eres mi flecha, Wynd».

El desagradable sonido de la alarma sonó a través de la megafonía, arrancándola de sus recuerdos. Se incorporó como un resorte y se apoyó en los codos. El corazón se le aceleró desbocado.

—A todos los participantes: reuníos en el vestíbulo en diez minutos.

Lo supo en sus huesos. La cuarta prueba.

Se puso de pie a toda prisa. Era casi medianoche, la mayoría estarían dormidos y relajados. Estaban intentando pillarlos con la guardia baja.

Salió volando por el pasillo hasta las escaleras.

Entró en la habitación con tanta fuerza que lanzó la puerta contra la pared. Cordelia estaba en la cama al lado de Blue, y los dos se miraban confusos. Tenían los ojos nublados de sueño.

—Prueba —jadeó Wynd—. Rápido. Rápido —los instó.

Abrió el armario y se puso su equipo de combate al completo. No pudo evitar acariciar con los dedos el suave tejido del jersey de Aren. Cerró los ojos un momento conteniendo un suspiro al rememorar la mirada fría y afilada de sus ojos y su rostro impenetrable en el comedor.

Cordelia se recogió su larga melena pelirroja con dedos temblorosos mientras se deshacía de las telarañas del sueño. Blue se peleaba con el cierre de su chaqueta. Ahora que tenía la mano izquierda casi inutilizada, todo era más complicado. Wynd sintió un ramalazo de compasión, pero antes de que le diese tiempo a reaccionar, Cordelia le quitó con suavidad las correas de la mano a Blue y se las ató ella misma.

—Que te hagan una con presillas, será más sencillo.

—No sé de qué irá la prueba, pero... —dijo Wynd, le ardió la garganta y apartó la mirada—. Vamos a... vamos a intentar ir juntos.

Cordelia y Blue la observaron sonrientes, ambos conscientes de lo difícil que había sido para ella mostrar sus sentimientos.

—Chica fría, a veces me derrites el corazón.

Wynd enrojeció y carraspeó. Fuera lo que fuese lo que les tenían preparado, no sería agradable. La tercera prueba casi había acabado con ellos tres, así que imaginó que la cuarta sería mucho peor.

Tenía un mal presentimiento.

El vestíbulo se fue llenando poco a poco. Quedaban treinta y cuatro participantes; eran demasiados. En la segunda prueba habían descartado casi a veinte, así que

supuso que esta debía de ser del estilo, porque ya llevaban allí unas tres semanas.

El ambiente era rígido, irrespirable, aprisionador. La luz y la felicidad que los habían envuelto la semana anterior durante Kaebhar habían desaparecido.

Wynd se puso tensa cuando cayó en la cuenta de que ahora todos los sidh serían más fuertes. Se habían llenado de energía mágica, lo que multiplicaría sus poderes. Había estado tan distraída con el tema de Aren que se había olvidado de los demás por completo. Les echó un vistazo a sus auras. Refulgían en el oscuro vestíbulo, más brillantes que antes.

Aquello era una mala señal: más fuerza implicaba más brutalidad. Apretó a Sombra y Muerte y sintió el calor de los anillos recorriéndole los músculos del brazo.

Notó el peso de unos ojos sobre ella y levantó la mirada. Los ojos de Aren llamearon en su dirección. Se quedó sin aliento, como si le hubiesen dado un golpe en el pecho.

Sus pies se movieron solos dando un paso hacia delante, en su dirección, pero él apartó la mirada y se movió entre la pequeña multitud, apartándose de ella.

Un silencio denso como el alquitrán inundó el vestíbulo cuando Herice y Phern aparecieron. Ella sonreía, aunque era más una mueca homicida. Wynd se estremeció y volvió a dar un paso atrás para colocarse al lado de Cordelia y Blue.

—Bienvenidos a la cuarta y última prueba —susurró con placer—. Debo admitir que esta es mi favorita.

Se oyeron jadeos y alientos entrecortados.

—As. Tu. Cia —silabeó deleitándose en el sonido.

—Los ganadores de la anterior prueba colocaos a este lado —ordenó Phern.

Blue y Wynd miraron a Cordelia, que tenía el rostro pálido. Algo se apretó dentro de su pecho al mirarla. No quería perderla, y aquella realidad la hizo sentir un miedo crudo que hacía muchos años que no experimentaba.

¿Enfrentarían a los ganadores con los perdedores? Dioses, era tan retorcido...

—No pasa nada —murmuró Cordelia.

Wynd no fue capaz de decir nada. No tuvo la valentía ni el coraje de dar voz a su temor. Pero a Cordelia no le importó, porque los ojos de Wynd contaban más que cualquiera de las palabras que pudiese decir.

Blue la abrazó y le susurró algo al oído que la hizo sonreír brevemente.

Dieciocho vencedores frente a dieciséis perdedores. Nos, Aren y Blue estaban en su lado. Axel, Arth y Cordelia en el otro. Apretó los dientes. No. No podía luchar al lado de esa arpía. No podían obligarla a jurarle lealtad a ese equipo y a tener que cazar a los demás. Sabía, dentro de ella, que no sería capaz de hacer nada en contra de Cordelia.

Herice se posicionó frente a los vencedores y Phern frente a los perdedores.

—Que comience la cuarta prueba —anunciaron y, al instante, dos enormes portales se abrieron bajo sus pies y se tragaron a los grupos.

Blue la agarró de la mano con fuerza, intentando no separarse de ella. La fuerza giratoria del portal tiró de ellos en direcciones opuestas. El estómago se le subió a la

garganta y, durante unos segundos, no supo dónde estaban sus pies o su cabeza.

Aterrizaron con un golpe seco que los separó y los mandó rodando por un suelo firme. Wynd se incorporó a toda prisa y se llevó las manos a los cuchillos. Blue estaba a unos metros de ella. Los separaba una enorme grieta que partía la tierra en dos. En realidad, todos estaban separados por aquellos acantilados escarpados.

Abajo había caminos que discurrían entre los desfiladeros, y arriba... Wynd se cayó de culo al mirar el cielo. El corazón le latió desbocado.

No.

No podía ser cierto.

Dos enormes espirales discurrían por separado girando en el cielo en direcciones opuestas. A veces las líneas se encontraban y cambiaban de color.

Se llevó la mano al pecho. Le faltaba el aire y estaba mareada. Reconocía aquello. Sabía perfectamente qué era, porque había memorizado cada palabra, había visualizado cada imagen dentro de su cabeza. Y era tal y como se lo había imaginado.

El laberinto del rey de Ávalon. El laberinto donde atrapó a la princesa Ossian.

—Para pasar la prueba, tendréis que encontrar la salida —comenzó Herice, que hizo una pausa para sonreír— y conseguir salir entre los diez primeros.

Capítulo 54

Se oyeron unos golpes y, al fondo de los acantilados, aparecieron los demás participantes. Los que habían perdido la tercera prueba.

—Aquí comenzáis y esta es la ventaja para los ganadores. Nos veremos en la salida.

Herice se esfumó en la nada, dejándolos confusos. ¿Cuál era la ventaja? ¿Que estaban arriba? Wynd miró al abismo escarpado y luego lo que tenía enfrente de sí misma. Los dos caminos discurrían paralelos y no se vislumbraba el final. El horizonte estaba cubierto por una niebla que tapaba lo que había más allá.

Los participantes comenzaron a moverse, perdidos y confusos. Y abajo comenzaron a oírse gritos.

—¡Las paredes! —chilló alguien—. ¡Se están cerrando!

Wynd se asomó a la grieta que tenía a su derecha. Había una chica ahí abajo, pero las paredes no se movían.

—¡Parad! —gimió alguien.

Uno de los participantes de arriba había echado a correr hacia delante, y la grieta a su lado comenzó a ondular y a estrecharse al ritmo de sus movimientos.

Todos lo observaron congelados.

—¡Para!, ¡para! ¡Me va a aplastar! —se oía chillar a una voz amortiguada.

Wynd se giró y miró a Blue con pánico. No era la voz de Cordelia, pero estaba ahí abajo en alguna parte.

El chico siguió corriendo sin detenerse, a pesar de las súplicas. Un alarido de dolor, seguido de unos desagradables sonidos de huesos rompiéndose les helaron la sangre. Blue vomitó detrás de Wynd, y ella se quedó horrorizada.

—Lo has... lo has matado —murmuró una voz.

—Es nuestra ventaja —argumentó el chico—. Nosotros peleamos en esa plataforma para estar aquí arriba.

Wynd miró abajo y sintió la mirada asustada y aterrorizada de la chica del abismo.

—¡Muévete! —le gritó.

Ella la observó paralizada por el miedo.

—¡Muévete! Tenemos que comprobar si se cierra si tú corres. Tiene que haber un final.

Tenía que haberlo. No podían haberlos condenado a muerte sin más. Se negaba a aceptarlo. El suelo de varios metros a su izquierda se movió, y varias rocas saltaron por los aires.

Se oyeron varios jadeos de sorpresa y Axel apareció sobre el borde, sacudiéndose las mangas de la chaqueta de cuero. La grieta se cerró al filo de sus botas unos segundos después.

Wynd recordó que él tenía la capacidad de transformar la tierra; ya lo había hecho con la plataforma hasta destruirla. Sintió un ramalazo de envidia. Ellos estaban a años luz de ella, incluso de Cordelia y Blue, en poder. Al menos le sirvió para comprobar que podían salir. Solo hacía falta ingenio o destreza. Y poder.

—Da un par de pasos —volvió a decirle a la chica de abajo.

Ella titubeó, pero finalmente caminó con tiento. Las paredes no parecieron cerrarse a su alrededor, ni moverse.

—¿Ves a Cordelia? —le preguntó a Blue.

Él se fijó en la figura que había en su grieta. Un chico. Negó con la cabeza.

—Si ellos caminan, no se cierran las paredes. Solo tiene que correr, ser más rápida que quien esté arriba —le explicó en susurros.

Wynd giró sobre sí misma sin despegar los pies del suelo. Los participantes parecían seguir sopesando si debían correr y matar a los de abajo o si debían buscar un modo de avanzar sin acabar con ellos.

Nos se asomó a su derecha, se encogió de hombros con indiferencia y comenzó a caminar pausadamente. Wynd rezó para que la persona que estaba abajo no fuese Cordelia.

Un puesto más cerca de ella estaba Aren. Girado en su dirección, la contemplaba con una intensidad ardiente. A Wynd se le secó la boca. El repentino recuerdo de Aren admitiendo querer la ventaja la sacudió como si el suelo se hubiese movido bajo sus pies. Cuando le preguntó por el tema, no le había respondido y se había puesto a la defensiva.

¿Lo sabría? ¿Sabría qué era lo que les tocaría hacer? No, pero aun así habría sido fácil para él subir el desfiladero. Entonces, ¿por qué?

El suelo se sacudió bajo sus pies, pero esta vez de verdad. La fuerza del movimiento la tiró de rodillas contra la

hierba. Giró la cabeza hacia atrás y vio que el suelo se estaba partiendo en grietas y que las piedras caían hacia abajo derrumbándose.

«Pero ¿qué...?».

Se fijó en que la chica de abajo se había alejado bastante de ella. Quiso pegarse un puñetazo a sí misma por haber sido tan estúpida. Por supuesto que no era tan fácil.

—¡Mierda! —exclamó.

Se levantó en el último segundo y echó a correr. La zona en la que estaba cayó hacia abajo desapareciendo en una nube de humo. No tuvo tiempo de mirar a Blue o a Aren. Tuvo que correr con todas sus fuerzas. Iba solo unos centímetros por delante del derrumbamiento.

—¡No te quedes atrás! —gritó con todas sus fuerzas para que Blue la oyese.

A partir de ese momento, reinó el caos. Los participantes de arriba, viendo lo ocurrido, echaron a correr; y los de abajo, algunos desconcertados, otros asustados, huyeron al mismo tiempo tratando de escapar de las paredes que poco a poco se estrechaban.

Los únicos que se quedaron parados en su sitio fueron los dos últimos, a los que no les había tocado nadie abajo, y Aren, que estaba inclinado sobre el borde del desfiladero y hablaba con quien estuviese allí.

Wynd casi perdió el equilibrio cuando el suelo bajo el pie que tenía atrás se quebró hundiéndose. Apretó los dientes con fuerza y aceleró todo lo que pudo. Le crujieron las rodillas del esfuerzo.

Iba a matar a su compañera de abajo por no haber frenado.

Blue tropezó y rodó varios metros hacia delante. Por suerte, el traje amortiguó el impacto. Wynd comenzaba a sentir que le faltaba el aliento. Estaba acostumbrada a correr a mucha velocidad, pero solo durante periodos cortos, y la chica le llevaba mucha ventaja.

Aquellas estúpidas pruebas la habían ablandado. En otro momento, no habría dudado ni un segundo en echar a correr sin mirar atrás y sin importarle los gritos ni las súplicas. De hecho, habría estado satisfecha de eliminar a una sidh.

Los ojos vacíos de Nana se le clavaron decepcionados y reprobatorios.

«Desleal. Traidora».

La niebla los envolvió y vio delante un enorme acantilado: el final. «Ya casi», pensó, justo cuando una enorme raja corrió veloz por toda la superficie hasta el final y partió la tierra en dos, lanzándola a un lado. Se le escapó un grito y se agarró al borde justo en el último momento.

Chocó con tanta fuerza contra la pared de roca que se le escapó el aire de los pulmones y, durante unos segundos, sintió ahogo. Varios participantes cayeron al vacío.

Estaba siendo una masacre y ya no veía a Blue. La ansiedad se apoderó de su pecho cuando pensó en Cordelia. Podría estar muerta ya.

Subió con un gruñido de rabia. Solo tenía un trozo de tierra de unos veinte centímetros de ancho para caminar y debía hacerlo con cuidado, porque estaba inestable y había partes que parecían a punto de desprenderse. Pero Wynd podía caminar sobre un hilo y mantener el equilibrio.

Cerró los ojos y se concentró. Respiró profundamente.

Años. Había pasado años perfeccionando esa habilidad. Primero mientras crecía en la aldea de Meridia, y luego en los Páramos. Nana los hacía caminar por varas de metal de apenas unos centímetros de ancho y, cada vez que lo superaban, las colocaba más altas y las hacía más estrechas. Una vez, se cayó de una altura de diez metros y se rompió la clavícula y el brazo, y aun así, había tenido que volver a levantarse e intentarlo hasta que lo consiguió. Hasta que aprendió a caerse, a recibir el golpe, hasta que no temió el vacío bajo sus pies.

Zigzagueó esquivando las partes peligrosas y se movió apoyándose solo en la punta de los pies, con una suavidad tal, que apenas tocaba el suelo.

Llegó al borde final y miró hacia abajo. Era una caída a la que no sobreviviría nadie. No había nada más que espesa neblina. Vio a la chica recuperando el aliento al final de su camino. Atrás no quedaba nada, la montaña se había cerrado por completo. Wynd tampoco podía volver: incluso el caminito por el que había conseguido venir había desaparecido. Solo podían avanzar.

No alcanzaba a ver a los demás, porque la niebla era espesa y los cubría. Pero podía oír los derrumbamientos, los alaridos... Sintió un escalofrío. No deseaba pensar a quién pertenecían.

Debían cruzar al otro lado, donde se veía el inicio del siguiente tramo, a unos cincuenta metros. Imposible saltar.

—¡No creeríais que esa pequeña ventaja era la única de los ganadores de la tercera prueba, ¿verdad?! —gritó la voz de Herice al otro lado del abismo.

Chasqueó los dedos y unos enormes puentes colgantes se desprendieron en la dirección de los participantes. La chica de abajo miró a Wynd con las facciones contraídas de pánico.

Algunos participantes se lanzaron a toda prisa al puente. Wynd dudó un segundo sin fiarse del todo. Momento que la chica de abajo aprovechó para empezar a escalar hacia Wynd. La desesperación se reflejaba en sus ojos.

—Vas lista si piensas que voy a volver a ser compasiva.

Se lanzó hacia el puente sin mirar atrás y corrió con tiento. El aire era fuerte y el puente se sacudía bajo sus pies. Abajo, la nada, el vacío, una muerte certera.

Y, entonces, cuando iba prácticamente por la mitad del recorrido, se frenó al ver unas enormes figuras aladas aparecer de la oscuridad. Tenían largas piernas antropomórficas acabadas en garras de halcón, afiladas como cuchillas; torsos musculosos cubiertos de plumas negras y grises; cabezas pequeñas y calvas, con ojos maliciosos de un poco saludable color amarillento, y unos larguísimos picos negros acabados en puntas brillantes. Harpías.

Sus chillidos hicieron eco en las paredes del desfiladero mientras subían en busca de sus presas. Wynd se agarró con la mano izquierda a la cuerda del puente y con la derecha sacó a Sombra. Odiaba a esas criaturas carroñeras. Les gustaba dejar morir a sus presas lentamente. Alargaban el sufrimiento durante días y días mientras se alimentaban despacio, picoteando poco a poco.

Oyó el grito familiar de Blue unos metros más atrás en su propio puente. Una harpía se había lanzado en picado a por

él intentando atraparlo con las garras.

—¡No dejes que te enganche, te tirarán al vacío! ¡Córtales las garras! —le gritó.

Levantó a Sombra y trazó un arco cuando una de las harpías se lanzó a por ella con la mirada ávida de sangre y muerte. Las garras le cortaron la mejilla. Si no se hubiese movido rápido, la habría dejado tuerta.

El dolor la hizo guiñar el ojo. Gruñó y se lanzó hacia delante; tenía que salir de esa trampa mortal que era el puente.

Algunas harpías fueron a por los participantes que estaban atrapados en los huecos de abajo, sin puente por el que huir. Volvió a sentir un ramalazo de ansiedad al pensar en Cordelia.

No le importaba cómo ni cuándo, pero haría que esos retorcidos rhydra pagaran por aquello. Especialmente Herice. Disfrutaría arrancándole el corazón.

La harpía trató de atraparla por la espalda. Wynd giró y la esquivó, pero la bestia la enganchó del brazo derecho. La levantó rasgándole ligeramente la chaqueta.

No. No. No. Si la sacaba del puente, estaba perdida. No podría cortarla, y si lo hacía, caería al vacío. Pero si no, se enfrentaría a una muerte agónica. Tenía que hacerlo ya, rápido.

Sacó a Muerte, apretó los dientes y reunió todo el poder que tenía dentro para lanzar un tajo hacia la garra de la harpía que la había levantado ya un metro. El corte hizo vibrar el aire y se proyectó certero cercenando a la asquerosa bestia, que graznó dolorida.

Wynd cayó en el puente, que se tambaleó bajo su peso. La sangre gris azulada de la harpía le salpicó el traje de combate. Olía a podrido, pero al menos se alejó un poco mientras sufría espasmos de dolor.

Wynd respiró aliviada un momento y, entonces, el puente se sacudió con fuerza. La chica del abismo había conseguido escalar hasta la superficie y corría por él. Las tablas detrás de ella comenzaron a ceder y este se sacudió con fuerza, comenzando a descolgarse.

Estaba hecho para que solo una persona lo usase. Apretó los dientes. «Maldita sea, debería haberla dejado morir».

Se levantó y echó a correr mientras el puente se inclinaba hacia abajo peligrosamente.

Capítulo 55

Aren observó como Wynd desaparecía en la niebla mientras el suelo se desmoronaba tras ella. No dudó ni por un segundo que conseguiría llegar al final, pero tenía que darse prisa y alcanzarla.

Sin embargo antes...

—Vamos a hacerlo a la vez. Es una trampa psicológica —explicó a quien estaba en el camino de abajo—. Solo hay que tener el valor de confiar en quien tienes al lado. Cooperar.

Sabían perfectamente que todos iban a elegir salvarse a toda costa y que nadie se fiaría de nadie.

Levantó la mirada observando con cierto nerviosismo el enorme hueco de escombros que había donde estaba Wynd. No quedaba nadie excepto los dos participantes del final que habían comenzado a moverse con cautela.

—Podemos correr a ritmo —dijo la voz de abajo. Lo marcó con unos chasquidos y tarareó una melodía de fondo—. Así no nos descompasaremos.

Axel debía de estar llegando al final. Ese idiota.

Sonrió. ¿De verdad pensaba que ese truco estúpido serviría en esta ocasión? Solo estaba intentando probarlo, ver si aquello con Wynd iba más allá de la atracción, si había algo detrás. Era inteligente. Más de una vez había

retado a Aren quitándole algo que deseaba para ver si luchaba por ello. Sin embargo, él nunca lo había hecho, porque jamás le daría a nadie la capacidad de... de ver qué había más allá, de saber qué era lo que le hacía daño y lo que no, de saber qué le importaba realmente.

Sobre todo, porque nunca querría a alguien que lo hubiese elegido en segundo lugar por detrás de Axel. Ya tenía suficiente con su padre.

Así que, si iba tras Wynd después de... Apretó los puños. Una energía asesina se apoderó de él. Axel le había dicho que quería verlo en el comedor para que se encontrase con aquello. La tierra bajo su mano izquierda se volvió negra cuando la quemó. No debería dolerle tanto, pero lo hacía. Aquella imagen le robaba el aliento de un modo que... Habría preferido mil puñetazos en el pecho a sentir aquella angustia.

Por supuesto, Axel sabría que había algo más, que ella era... especial. Si es que no lo había averiguado ya. Aquello se le estaba yendo de las manos. No debería haberse implicado tanto, aunque ya era tarde para eso.

Se irguió preparándose para correr.

—Hecho, pero marca un ritmo más rápido. Deberíamos darnos prisa. —El corazón le latía acelerado y notaba cierto nerviosismo—. A la de tres. Uno. Dos. Tres.

La persona de abajo aceleró el tempo y cantó a toda voz para que no perdieran el ritmo. Las pisadas de ambos se oían a la vez. Tac. Tac. Tac. Ni las paredes se estrecharon ni la tierra tras él se derrumbó.

«Muy astutos», pensó Aren.

Wynd corría con todas sus fuerzas mientras luchaba con los violentos balanceos del puente colgante que la zarandeaba como a una muñeca de trapo. El peso de la chica de atrás acabaría tirándolas antes de tiempo. Cerró los ojos y respiró profundamente.

«*Hazlo*», le dijo una voz punzante que se parecía demasiado a la de Nana.

Sacó una de las pequeñas cuchillas que llevaba guardadas en el cinturón de armas y se volvió ligeramente hacia atrás. Por el rabillo del ojo, captó cómo la harpía volaba de nuevo hacia ella.

«*Ahora o nunca*».

Apuntó al cuello, ya que llevaba el pecho protegido por el traje de combate y aquella hoja no era lo suficientemente larga. Echó el brazo hacia atrás y la lanzó certera. Cortó el aire veloz y se clavó limpia en la garganta de la chica, que escupió sangre sorprendida.

Ella se lo había buscado. No se tomó ni un segundo para asimilarlo. El cuerpo se precipitó al vacío y Wynd sintió cómo la gravedad tiraba menos del puente. Eso le daría unos segundos extra antes de que se derrumbase del todo.

Esperó sentir una punzada de culpabilidad por lo que había hecho, pero no llegó. Quizás lo haría después, cuando estuviese en tierra y segura de que no correría la misma suerte que ella. Al menos le había ahorrado que la cogiese una harpía. Eso habría sido mucho peor.

«¿Eso es lo que te dices para no creer que eres un monstruo?», se dijo.

Apretó los dientes. Una humana sin sentimientos, sin capacidad para sentir amor, compasión, tristeza. Una humana sin humanidad sin duda era un monstruo.

La harpía se posó coja sobre el extremo colgante del puente y tiró. Wynd perdió el equilibrio y se agarró a una de las tablas para no caerse. Le quedaban cinco metros, solamente cinco para alcanzar tierra.

—¡Corre! —le gritó Blue, que ya había cruzado.

Tenía la marca de unas garras en el antebrazo izquierdo. Le habían atravesado la chaqueta, la piel le sangraba y tenía un picotazo cerca de la oreja. Pero no era nada grave.

La harpía tiró con más fuerza mientras graznaba colérica. Estaba intentando tirarla al vacío para atraparla.

—No me vas a coger viva —le susurró Wynd.

Se levantó y corrió medio inclinada y agarrándose con ambas manos a las cuerdas que hacían de pasamanos. Estaban cayendo en picado y, si no se daba prisa, tendría que escalar el puente.

Tres metros.

La harpía volvió a tirar. Wynd se sujetó con ambas manos y metió la punta de la bota entre las tablas para usarlas de apoyo. Si tenía que subir a pulso lo haría. Se impulsó hacia arriba con fuerza.

Una de las cuerdas que sujetaban el puente se soltó y el lado izquierdo se derrumbó lanzándola a toda velocidad contra la pared de rocas. Se le escapó un grito cuando el puente giró sobre sí mismo. Ella se balanceó hacia atrás para no estrellarse contra el desfiladero y paró el impacto con los pies. Un calambre de dolor le llegó hasta las rodillas.

La harpía se separó del puente y se alzó mirándola. Wynd habría jurado que la vio sonreír con deleite. No podía escalar y defenderse de ella al mismo tiempo. Era una presa demasiado fácil.

Menos mal que había aprendido a pelear igual de bien con ambas manos. Se sujetó con la derecha y sacó a Muerte blandiéndola con la izquierda.

Se cortaría el cuello a sí misma antes que dejar que la harpía la atrapase. Lanzaba a sus víctimas desde una altura que los dejaba impedidos, pero que no los mataba. Se estremeció. Afianzó los pies y se preparó para la embestida del pájaro, que se lanzó a por ella a toda velocidad con el pico abierto.

—¡¿Qué haces?! —gritó una voz arriba.

Ah... Esa voz. Wynd habría sido capaz de seguir el rastro de esa voz incluso en su lecho de muerte. Jamás se había alegrado tanto de oír a alguien. Jamás... Nadie jamás había conseguido hacerla sentir así.

Miró hacia arriba y se encontró con los ojos de fuego azul de Aren. El corazón le dio una sacudida en el pecho. Y al mirarlo, supo que no había forma de que pudiese mentirse más a sí misma.

—¡Sube, Wynd! Ni se te ocurra hacer lo que estás pensando. ¡Sube!

Ella se quedó sin aliento. ¿Cómo lo había sabido? ¿Cómo había adivinado que pensaba matarse antes que entregarse?

Aren destruyó, pulverizó todas y cada una de sus defensas. Había abierto cada puerta y la había desarmado por completo. Así era él. Sin importarle nada, sin medias

tintas. Había arrasado con todo a su paso hasta colarse en su pecho, en su corazón. Y esta vez no se llevó solo un trocito. Esta vez se quedó allí dentro.

Le lanzó uno de sus discos de aire a la harpía, que desvió la atención hacia él.

—¡Sube o te juro que bajaré a por ti!

Wynd comenzó a escalar el puente sin soltar a Muerte.

Dos metros.

La harpía la vio y se movió enfadada hacia ella, pero esta vez no fue solo ella. Otras dos la siguieron.

El alma se le cayó a los pies. Con una mano era imposible que pudiese defenderse de todas.

Dos más se dirigieron hacia Aren. Estaban acudiendo en masa ahora que habían terminado con los demás participantes.

Aren maldijo arriba. Tenía la mano estirada hacia ella, pero no llegaba. Blue les lanzaba agujas de agua a las harpías, pero había consumido casi toda su energía enfrentándose a una de ellas en el puente.

Aren agarró a una del cuello y le quemó la garganta mientras la ahogaba. La bestia le dio un picotazo en la mano tan fuerte que casi le partió el tendón.

Dos harpías más se acercaron volando a Wynd. Aren parecía desesperado; eran demasiadas. No podía acabar con todas sin hacerle daño también a ella. Y no dejaban de aparecer más y más.

Wynd lo miró, y él vio la tristeza en sus ojos grises. Una de las harpías la atacó y ella le clavó el cuchillo en el pecho, pero otra ya la estaba agarrando del brazo con el que se sujetaba.

Otra comenzó a cortar la cuerda del puente con el pico. El miedo paralizó a Aren cuando oyó a Wynd chillar de dolor. Peleaba con una mano y una pierna mientras trataba de aferrarse a la cuerda, pero no era suficiente. No podía llegar hasta ella, casi no la veía entre las alas y los cuerpos de los pájaros que la rodeaban.

El puente dio una sacudida cuando la cuerda comenzó a ceder. Wynd dudó un segundo y se soltó para coger a Sombra. Levantó la mirada hacia él, que seguía intentando llegar hasta ella y defenderse al mismo tiempo.

Había algo en sus ojos. Una humedad vidriosa que le partió el corazón. Una de las harpías le clavó las garras en la espalda y Wynd chilló de dolor mientras su cuerpo se sacudía, y comenzó a caer al vacío.

Despedida. Lo leyó en sus facciones.

—Yo te...

—¡NO!

Aren saltó tras ella.

—¡Huid! —le gritó a Blue.

Estiró su aura, que se arremolinó en látigos de oscuridad y la atrapó de la muñeca. Tiró de ella hasta pegarla a su cuerpo y juntos se precipitaron en una caída libre, con las harpías siguiendo sus estelas hacia la muerte.

Capítulo 56

—¿Qué haces?! ¡Estás loco!

Aren le cogió la cara con ambas manos mientras la mantenía apretada contra él con sus hilos de noche.

—Te lo dije. No vuelvas a mirarme como si fuera la última vez que lo haces, Wynd. —Había una nota de desesperación en su voz.

—¿Cuál es tu plan? ¿Crees que las harpías nos salvarán?

Habían caído al menos cincuenta metros al vacío, quizás les quedasen veinte más para estrellarse contra el suelo. Apenas unos segundos.

Aren apretó los párpados un momento. No quería tener que recurrir a aquello. Al menos nadie aparte de Wynd lo vería. Rezó a los dioses para que ningún rhydra los estuviese vigilando.

—No.

Su aura oscura onduló a su alrededor. Agarró a Wynd de la cintura con un brazo, afianzándola contra él, y deshizo los hilos con los que la sostenía. Todo su poder se reunió a su espalda y dos alas hechas de niebla negra aparecieron abiertas e imponentes. Parecía haber condensado la noche en ellas para crearlas. Al extenderlas, atrapó el aire a su alrededor y frenó la caída en picado con una fuerte sacudida

que los elevó varios metros. Wynd se aferró a sus brazos para sostenerse.

Las harpías tras ellos frenaron por la sorpresa y se apartaron ligeramente.

Ella se quedó sin aliento al sentir la ingravidez. Estaban volando. Recordó la pelea de Axel y Aren, cuando su aura se había extendido a su alrededor como niebla. No las había materializado del todo entonces, pero ahí habían estado esas alas ocultas.

«Para volar no hace falta tener alas, Wynd. Solo necesitas a alguien que las tenga y que vuele contigo».

Las palabras de Cordelia la golpearon con la fuerza de un placaje. Levantó la mirada hasta los ojos de Aren, que todavía tenía una mano en su mandíbula, sosteniéndole el rostro con delicadeza.

Había algo salvaje en sus ojos. Un torbellino de sentimientos que la lanzó en una vorágine de sensaciones familiares.

«Lo que siento por ti me consume como la noche al día».

La voz rasgada y profunda de Aren pronunciando aquellas palabras retumbó por todo su cuerpo. Lo recordaba frente a ella con el pecho desnudo y los ojos nublados. La respiración agitada y... Ella había deseado que fuese más allá, pero él lo había parado todo.

El suelo firme apareció bajo sus pies, pero ni ella se apartó de Aren ni él la soltó. Había fuego en su mirada.

—No quise que me besara. No siento nada por él —se encontró diciendo en un murmullo sin aliento.

Ni siquiera sabía por qué había elegido decirle eso, de todo lo que estaba pensando.

—¿De verdad? —preguntó Aren apoyando la frente contra la suya. Su pecho se movía pesado por el esfuerzo. Parecía agotado.

—No hay forma de que... de que me sienta así por nadie que no seas...

Una de las harpías se lanzó a por ellos y Aren giró, todavía sin soltar a Wynd, apartándolos de sus garras.

—Estoy harto de que nos interrumpen —gruñó frustrado.

Sacó uno de sus cuchillos y se lo clavó a la harpía en el pecho matándola en el momento. Wynd ya sujetaba a Sombra y a Muerte.

Se giraron hasta colocarse espalda con espalda. Había al menos diez harpías rodeándolos, con miradas ávidas de sangre.

—Ve a por... —comenzó Aren.

—... las garras —terminó ella por él.

Aren giró la cabeza para mirarla por encima de su hombro y vio el brillo asesino en sus ojos, el modo en que su boca se curvaba, deseosa de ponerse en marcha. Y tuvo que tirar de todo su autocontrol para no besarla. Para no estrellar su boca con la de ella. La versión guerrera de Wynd era lo más *sexy* que había visto en su vida.

Aren envolvió con sus hilos de oscuridad las patas de dos harpías y apretó tirando de ellas hacia abajo. Mientras tanto, Wynd se lanzó de rodillas por el suelo de piedra, deslizándose. Incluyó la espalda y el cuello hacia atrás mientras esquivaba el ataque de tres harpías. Se apoyó sobre una mano y se levantó haciendo una pirueta en el aire.

—Presumida —le comentó Aren con una media sonrisa.

Ella le guiñó el ojo y se volvió veloz para lanzarle un tajo a una. Aren gruñó por el esfuerzo de tirar de ellas hacia abajo; sus alas eran fuertes y poderosas y él estaba agotado. Transformar el aura en alas consumía gran parte de su energía.

—Wynd —la llamó.

Había conseguido acercárselas lo suficiente para que las alcanzase de un salto. Wynd corrió a toda prisa hacia ellas, se impulsó y se elevó casi dos metros en el aire. Estiró los brazos mientras giraba y amputó las garras izquierda y derecha a cada una de las harpías.

Las criaturas graznaron doloridas y batieron las alas con más fuerza. Aren cerró las manos en puños y los hilos de oscuridad les sesgaron el otro par de garras, que cayeron al suelo en un charco de sangre grisácea.

Las harpías mutiladas huyeron retorciéndose de dolor.

—Eso ha sido impresionante, Pecas.

—Tú tampoco has estado mal.

—Con que no he estado mal, ¿eh? —Tenía el ceño fruncido y una mueca de dolor, pero trató de disimularlo.

La cogió del brazo y tiró de ella hasta que chocó con su pecho. El cuerpo de Aren acogió al de Wynd como si estuviesen acostumbrados a encajarse el uno en el otro. Y ella lo sintió como su hogar, como si... perteneciese a él, a ese lugar más que a ningún otro.

El aura de Aren los envolvió, vibró a su alrededor, al tiempo que se condensaba, y luego estalló en pedacitos afilados que volaron veloces hasta las harpías, clavándose en ellas como pequeñas cuchillas. Algunas atravesaron sus

fuertes alas, que comenzaron a sangrarles y las hicieron volar más bajo.

—¿Qué te ha parecido eso?

Su voz tenía cierto tono de chulería, combinado con un afilado borde de seducción y el toque rasgado y grave del deseo. Y ella estaba tan cerca que su voz le acarició la oreja izquierda. No pudo evitar estremecerse contra su cuerpo.

Aquel pequeño movimiento dejó a Aren sin aliento. Ella era suave y delicada y se moldeaba contra su cuerpo de un modo que le hacía perder la razón.

—Blue debería dejar de llamarte «el príncipe oscuro» y comenzar a llamarte «el príncipe presumido» —casi jadeó ella.

Pretendía imprimirle a su tono algo de sarcasmo, pero más bien sonó ahogada.

—Vamos a terminar con esto rápido —susurró Aren con voz grave y ronca.

Con las harpías heridas y desangrándose lentamente, y ellos en tierra firme, no fue demasiado difícil deshacerse de ellas. Algunas huyeron hacia sus nidos escondidos en los huecos de las laderas escarpadas. Otras, llenas de ira vengativa, trataron de atacarlos lanzándose a la desesperada.

Wynd se llevó un picotazo en un brazo y algunos desgarros en su chaqueta. Aren un corte en el cuello y un picotazo en la mano derecha. Pero no fueron demasiado problema para ellos.

Eso sí, habían consumido tanta energía que era absolutamente imposible que él subiese volando los setenta metros por los que habían caído. Habría sido difícil en

plenas condiciones, pero ahora le costaba incluso conjurar los discos de aire.

Había tenido que recurrir a esas partes de su poder que guardaba más adentro. Sentía la mente nublada y un fuerte dolor de cabeza. Las sombras acariciaban su mente como uñas afiladas.

Se apoyó en la pared tratando de recuperar el aliento.

Wynd miró hacia arriba con el rostro contraído de preocupación.

—Tenemos que buscar una forma de subir. Necesito... necesito encontrar a Cordelia. Tiene que estar bien. —Las manos le temblaron de forma involuntaria mientras imaginaba qué podría haberle pasado—. No la he visto...

—Cordelia está bien. Está con Blue —dijo Aren con calma.

Wynd giró la cabeza hacia él tan rápido que se hizo daño en el cuello.

—¿Qué? ¿Cómo lo...?

—Estaba debajo de mí. Nos sincronizamos para llegar al final y la ayudé a escalar hasta arriba. Tuvimos que cruzar el puente a toda velocidad. Nos estábamos cayendo y nos atacaba una harpía. Casi no llegamos al final. Ella se lanzó hacia delante en el último momento y, al caer, se golpeó la cabeza. No pude ayudarla. Tuve que agarrarme al desfiladero y subir mientras me libraba de la harpía. Iba a...

—Se le cortó la voz—. Iba a comprobar cómo estaba cuando te vi...

Todo su cuerpo se tensó. Su aura casi agotada refulgió como llamas avivándose por la rabia.

—Pero respiraba. Está viva. Le dije a Blue dónde estaba antes de lanzarme a por ti.

Wynd lo miró. Sus labios entreabiertos. El pecho elevándose con respiraciones rápidas y superficiales. Los ojos vidriosos, brillantes de emoción. Un nudo en la garganta. Y otro en el pecho.

«Está viva».

«Está viva».

El alivio casi la tiró al suelo. Hizo que se le aflojaran las rodillas.

—¿Por qué? —murmuró con el ceño fruncido.

—¿Por qué qué?

—¿Por qué la has ayudado? Podrías... Habría sido más fácil cruzar ese puente tú solo.

Las mejillas de Wynd estaban encendidas. Su voz ligeramente rota. Había un punto de fragilidad en ella que no había mostrado antes y que la hizo todavía más bella a ojos de él. Porque Wynd estaba llena de aristas, de luces y sombras, de picos escarpados y de mansos valles. Porque en Wynd brillaba la fuerza de una divinidad a veces, y otras, la humanidad más delicada. Y eso, justo eso, era lo que a Aren le había robado un corazón que no estaba seguro de poseer.

—¿Por qué? —medio rio él—. Por ti, Wynd. Porque tú la quieres y porque te habría dolido perderla.

A ella se le quedó el aire atascado en el pecho. Dio un paso firme hacia él y luego otro. Se paró a centímetros de Aren. Él se quedó muy quieto, esperando.

Wynd se mordió el labio e inspiró con fuerza.

Y allí, en aquella grieta oscura, perdida, herida, cubierta de sangre y tierra. Allí, donde nadie los miraba; donde no existía el mundo; donde ella no era una nikt ni una huérfana

ni humana; donde no era una asesina; donde no le pertenecía a nadie más que a sí misma. Allí, donde solo era Wynd, y quien tenía enfrente... no era un sidh ni el hijo del Deirnas, era solo Aren. Allí se permitió por primera vez ser sincera.

Se lanzó hacia él recortando la escasa distancia que los separaba. Le pasó los brazos alrededor del cuello y se apretó suavemente contra su cuerpo enterrando la cabeza en el hueco de su hombro. Y lo abrazó con fuerza y delicada ternura que escapó de cada poro de su piel al encontrarse con él.

De su boca brotó un jadeo entrecortado que acarició su piel. Aquel pequeño sonido significó demasiadas cosas. Aquel murmullo ininteligible era amor, y de algún modo, los dos lo sabían. Era un idioma único, uno que solo dos personas que se sienten igual pueden entender.

Las manos de Aren estuvieron en sus caderas primero. Los dedos recorriendo la suave curva de su cintura. Atrayéndola hacia él con fiera desesperación. Su cuerpo abrigándola. Embebiéndose en ella. Aprendiéndola. Su aroma a flores silvestres mezclado con el olor metálico de la sangre. El tacto suave de su pelo acariciándole la nariz. El rápido latido de su corazón. El temblor de su pecho. Lo estrecha que era su espalda, lo mucho que sobresalían los huesos de sus omóplatos, lo fuertes que eran sus brazos.

Wynd dejó que las manos de Aren le recorrieran el cuerpo a su antojo. Cerró los ojos y murmuró contra su piel suave y cálida con la voz entrecortada:

—Si tuviera elección... Si pudiera ser alguien... —Luchó contra el dolor de su pecho, contra el hecho de darse

cuenta de que deseaba algo imposible, contra el dolor de reconocerlo en voz alta porque aquello lo hacía más... real —. Serías tú —susurró con un hilo de voz apenas audible.

Aren se tensó bajo su cuerpo. Se puso rígido como la roca y ella sintió un miedo feroz, un miedo que no había sentido jamás y que solo le despertaba él y lo que sentía. No tenía sentido ocultarlo más; él ni siquiera había necesitado que ella le diese permiso para meterse en su cabeza, en su pecho, en su corazón, en su sangre. Aren simplemente había irrumpido sin pedirle permiso.

Wynd se separó levemente, apenas unos centímetros para poder observar su expresión. Y él... apenas respiraba. Sus ojos eran una tormenta, eran fuego y hielo. Eran un abismo oscuro, eran... miles de promesas y advertencias.

Los dedos largos y ásperos de Aren subieron por la nuca de Wynd hasta sostenerle la mandíbula. Incluyó la cabeza hasta apoyar la frente en la de ella y la respiró.

—Pecas... —gimió como si le doliese.

Ella se mordió el labio ligeramente.

Él acercó la boca a la de ella hasta que sus labios se rozaron con la suavidad de una pluma. Pero solo ese pequeño, ínfimo, delicado y efímero roce fue más fuerte que sentir la magia recorriéndole las venas en Kaebhar. Wynd no pudo evitar dejar escapar un pequeño jadeo, sorprendida por la potente sensación.

Y antes incluso de que hubiese empezado, Aren dio un paso atrás y la soltó. Wynd se quedó durante unos segundos flotando en la ingravidez de lo que él le había hecho sentir. Ni siquiera la había besado, no propiamente como había hecho Axel, pero había sido... más.

Había sido todo.

Y había acabado tan deprisa y abruptamente que sintió que le habían arrancado el alma del cuerpo. Y dolió. Dolió tanto que le partió el corazón en pedazos y la dejó temblando.

Capítulo 57

—Deberíamos seguir. Buscar un modo de salir de aquí. No puedo volar hacia arriba —dijo él con la voz dura y sin mirarla.

Wynd sintió un frío helado en las venas, el afilado borde de una espada sobre su pecho. Dio varios pasos hacia atrás. Sentía las rodillas débiles. En cuanto el calor del cuerpo de Aren y la burbuja que los había envuelto se habían roto, deshecho, ido..., comenzó a notar los estragos de la prueba.

Le dolía el corte en la mejilla, los desgarros en el brazo y en la espalda, por los que sangraba. Le dolían los golpes y se sentía agotada.

Se pasó el dorso de la mano por la cara para limpiarse la sangre. Sin las medicinas de los rhydra, tardaría días en curarse, lo que añadiría nuevas cicatrices a su piel.

—¿Por dónde sugieres que vayamos? —preguntó recuperando la firmeza en su tono de voz.

No iba a preguntarle por qué se había apartado de ella como si su contacto lo quemase. Había preguntas que era mejor dejar sin respuesta. Porque había respuestas que dolía demasiado conocer. Y ella no deseaba abrirle la puerta a esa nueva clase de dolor.

Y quizás él, inconscientemente, la estaba salvando de sí misma y de sus errores. ¿De qué servía probar,

experimentar, poseer algo que sabía que le arrebatarían? ¿No la consumiría más? Al menos todavía no estaba segura de cómo se sentía recibir el amor de otra persona o amar de verdad a alguien, así que no lo echaría de menos. No del todo. Pero si él... ¿Qué pasaría si Aren no se apartaba la próxima vez? ¿O si ella no lo hacía? ¿Sería capaz de renunciar a eso?

Aren miró al cielo y frunció el ceño.

—Esas espirales deben significar algo. Se han movido, no están en la misma posición que cuando aparecimos.

—¡Claro! —exclamó ella—. No lo sabes.

—¿No sé el qué?

—Es un laberinto. Estamos en el laberinto de Ávalon.

Aren parpadeó sorprendido. Sus ojos se estrecharon en rendijas.

—¿Cómo lo sabes?

—Le pregunté a Lebhar por la princesa Ossian y me dio un libro sobre cuentos y mitología en el que hablaban de su historia. La encerraron en él.

—¿Y estaba detallado el funcionamiento del laberinto?

Wynd lo pensó.

—No exactamente. Decía que nadie jamás había conseguido salir, ni siquiera ella pudo. Quedó atrapada en un mar de fuego y se tiró. También decía que cada mañana al despertarse perdía todo lo que había conseguido avanzar el día anterior. Y solo llegó hasta el final cuando no durmió.

Aren volvió a mirar al cielo con expresión pensativa. Había oído alguna que otra vez la historia del famoso laberinto de Ávalon, pero nunca se había quedado con los detalles. Holz siempre le había parecido un rey con mucho

tiempo libre y una gran cantidad de venenosa crueldad en el cuerpo.

—Es decir, no podemos dormir. Y si no podemos dormir, somos más vulnerables a lo que haya por ahí. Conforme pasen las horas y puede que los días, será más complicado salir.

—Es una carrera contrarreloj —dijo Wynd completando el hilo de sus pensamientos.

—Sí. Y eso... eso tiene que significar algo —comentó señalando a las espirales del cielo.

Wynd las observó también. Ahora se cruzaban en puntos distintos a los que lo habían hecho cuando las había observado al aparecer. La imagen de las espirales de distintos colores girando y encajando presionó la parte trasera de su cabeza. La solución estaba ahí, en su cerebro, pero no era capaz de encontrarla.

Aren comenzó a caminar por el oscuro desfiladero.

—Vamos. En algún punto habrá una subida.

Wynd apartó la mirada del cielo a regañadientes y lo siguió.

—Tenemos que encontrar agua —comentó él echándole un vistazo rápido a ella.

—Podemos aguantar dos días sin beber.

—Necesitas lavarte las heridas; no te vas a curar deprisa.

A Wynd se le hizo un nudo en la garganta. Aren no debería hablarle con ese tono preocupado e íntimo. Era como una brasa ardiendo contra su pecho.

Levantó la mano derecha y extendió los dedos.

—Quizás me ayuden —dijo refiriéndose a los anillos.

—Ojalá yo pudiera... No soy bueno con la magia curativa.
—Su voz sonó ronca.

Wynd contuvo un suspiro y apretó el paso. El tono ligeramente vulnerable de Aren le erizó el vello y la hizo desear cosas que no podían ser. Todavía sentía la dolorosa punzada del rechazo clavándosele en las entrañas... porque él se había apartado de ella.

Caminaron en un silencio tenso durante varios kilómetros. Wynd lideraba la marcha con paso ligero y decidido. Aren no despegó los ojos de su espalda en ningún momento. Podía ver la chaqueta manchada de sangre donde una de las harpías le había clavado el pico. El movimiento tenso de sus músculos.

Aren sintió dos manos fuertes agarrándole el corazón, clavándole los dedos con fuerza mientras tiraban en direcciones contrarias, desgarrándoselo poco a poco. Lo que quería, lo que deseaba, frente a lo que debía hacer.

Cada vez que el recuerdo de los labios de ella sobrevolaba su mente, sentía un cosquilleo eléctrico en los suyos. Su fuerza de voluntad era como una cuerda demasiado estirada, a punto de partirse.

Wynd se frenó de golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó él con la voz densa, y carraspeó para aclarársela.

—Hay una cueva y nada más. ¿Crees que nos llevará hasta arriba?

Aren se cruzó de brazos y frunció el ceño. Su expresión era absolutamente letal y, aun así, podían verse los signos de su agotamiento. Había usado mucha de su energía.

—Puede ser, pero meternos ahí...

—No nos queda más remedio que arriesgarnos. Es eso o desandar todo el camino y confiar en que haya una salida por el otro lado. Si es que no hay una cueva igual que esta.

Wynd leyó la preocupación en los ojos de él. No temía por él mismo, temía por ella, y percibir ese sentimiento la ahogó.

—No deberías preocuparte por mí. Sé defenderme.

—Jamás lo he dudado.

—No me da miedo morir —dijo sin mirarlo.

Aren estiró la mano para sostener el brazo de ella.

—¿No te da miedo o no te importa? Porque no es lo mismo.

Wynd apretó la mandíbula y tiró de su brazo para liberarlo de él.

—No hay diferencia para mí.

—¿Qué quieres decir?

Ella se apartó y dio un paso hacia delante, alejándose de él.

—Tranquilo. Voy a dar hasta la última gota de energía que tenga para salir de aquí viva, así que vamos.

Durante un segundo, había dudado. Durante un pequeño segundo, había pensado decirle la verdad. Contarle quién era ella y a quién le pertenecía. Las palabras habían rozado la punta de su lengua. Así de peligroso era Aren para ella.

¿Quién era Aren frente a Nana? Ella, que le había salvado la vida cuando no había tenido a nadie. Ella, que la había cuidado, alimentado, que la había entrenado, que le había enseñado a sobrevivir en ese inhóspito mundo. Él no era nadie en comparación; un extraño, prácticamente. Solo

habían pasado un mes juntos. Un sidh. El hijo del maldito Deirnas.

Esas diabólicas pruebas estaban jugando con su cabeza. ¿De qué otra forma si no ella habría sopesado la idea de traicionar a los suyos?

—Pecas... —la llamó Aren.

—No me llames así —contestó con tono duro.

Se lanzó hacia la oscuridad de la cueva movida por una desesperación rabiosa. Solo deseaba salir de allí y volver a casa. Solo deseaba reencontrarse con la antigua Wynd, con esa que no se cuestionaba las cosas, con la que no dudaba si tenía que matar a alguien, con la que no sentía compasión. La que no sufría por lo que no tenía porque ni siquiera era consciente de ello, porque ni siquiera se había dado cuenta de que le faltaba algo.

Aquella rabia no era buena compañera de combate. Nunca se debe pelear llevada por la emoción; hay que hacerlo con la cabeza fría. Pero quizás el dolor de unas garras cortándole la piel fuese más fácil de manejar que ese dolor invisible.

El aire denso de la cueva la abrazó. Apenas era capaz de ver sus propias manos. Oyó los pasos de Aren siguiéndola y avanzó más deprisa. Lo hizo porque una parte de ella deseaba girarse y correr hacia él.

«Deseo que me ames. Es lo único que he querido siempre, que alguien me quiera, pero no me había dado cuenta de ello hasta que os conocí a ti, a Cordelia y a Blue. Especialmente a ti», le dijo en silencio.

Apretó los dientes con todas sus fuerzas. «No». Prefería lanzarse a la muerte que confesarle aquello. Porque no

recibir el amor de alguien a quien amas... Eso la haría derrumbarse. Una herida de la que no se recuperaría jamás.

«¿QUIÉN HUYE DE LA VERDAD?», preguntó una voz dentro de su cabeza. Un sonido grave y agudo al mismo tiempo. Nada humano. Se frenó derrapando sobre las rocas y giró sobre sí misma buscando el origen.

—¿Quién está ahí? —gruñó.

«¿QUIÉN HUYE DE SU VERDAD? ESTAS SON LAS PUERTAS DE LA VERDAD. ENFRÉNTATE A ELLAS».

La oscuridad se disipó levemente y dos enormes figuras talladas en piedra aparecieron frente a ella. En medio, una pequeña caverna con una escalera que subía hacia el exterior.

Las esculturas debían medir unos cinco metros. Tenían cuerpos humanos y cabezas de buitre. Estaban sentadas en grandes tronos tallados de la misma pared de roca. Sus ojos estaban cerrados, como si durmieran.

—Centinelas —dijo Aren a su espalda, alcanzándola al fin—. No son de fiar.

«NUNCA HAS SABIDO CONTROLAR TU TEMPERAMENTO, HIJO DE Y NIEDR».

Wynd giró la cabeza para mirar a Aren. Nunca había oído ese nombre antes, pero reconocía el lenguaje vagamente. Era feérico antiguo.

Aren se tensó y apretó los dientes, claramente molesto.

—Muy originales —masculló irónico.

—¿Qué significa ese nombre? —preguntó ella.

«UN TÍTULO QUE LE FUE OTORGADO AL QUE SE LLAMA REY HACE MUCHOS AÑOS. ANTES DE QUE EL PEQUEÑO PRÍNCIPE EXISTIERA. CUANDO EL REY NI SIQUIERA ERA».

Wynd se sobresaltó al darse cuenta de que las dos estatuas hablaban. Sus voces eran idénticas, pero de algún modo podía notar que no era un único ser el que hablaba.

«¿NO DESEAS DECIRLE A TU COMPAÑERA QUÉ SIGNIFICA, Y SJADW? ¿TEMES A LA VERDAD?».

—Entiendo que estar aquí encerrados durante milenios tiene que ser muy aburrido y que os agradaría nuestra compañía, pero tenemos prisa —contestó Aren, ignorando sus preguntas.

Dio un paso hacia delante. Las enormes estatuas se movieron, cerrando el acceso a la escalera y levantando una enorme nube de polvo.

«PRIMERO LA VERDAD».

Exigió una de las voces. Su tono era frío y cruel.

«UNA VERDAD PARA ABRIR EL CAMINO. ESE ES EL PRECIO. Y COMO SOIS DOS, NECESITAREMOS UNA VERDAD DE CADA UNO. PERO NO PENSÉIS EN MENTIR, PORQUE LA MENTIRA OS COSTARÁ LA VIDA. ASÍ QUE BUSCAD DENTRO DE VOSOTROS. UNA VERDAD. NO UNA CUALQUIERA. UNA QUE DUELA. UNA QUE HAYA QUE ARRANCAR. UNA QUE TEMÁIS DECIR. Y DÁDNOSLA. Y DÁOSLA. Y ENTONCES SERÉIS LIBRES. PARA ENFRENTAROS A LAS CONSECUENCIAS».

Wynd miró a Aren de reojo. Tenía la mirada clavada en los centinelas. Estaba, claramente, evitando encontrarse con sus ojos. Su aura, que estaba atenuada por el cansancio, onduló como llamas alimentadas de rabia asesina.

—¿Qué verdad deseáis saber?

«¿CUÁL ES EL PRÓPOSITO QUE OCULTAS, Y SJADW?».

Aren miró a Wynd. Sus ojos estaban rotos en pedazos por la desesperación.

«AH. EL AMOR. QUÉ EMOCIÓN TAN PELIGROSA. UNA ESPADA DE DOBLE FILO. NO DESEAS QUE ELLA LO SEPA».

Afirmó la otra voz.

Wynd seguía mirando a Aren con el rostro lleno de confusión. ¿Por qué parecía estar sufriendo tanto?

«NO NOS ESTÁ OYENDO».

Respondió uno de los centinelas a la duda no pronunciada de Aren.

«ESTA ES UNA VERDAD QUE SOLO NECESITAS DARTE A TI MISMO».

Aren dio un paso hacia delante hasta colocarse justo enfrente de los dos centinelas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Wynd, alarmada por el silencio de todos.

Los centinelas abrieron los ojos. Cuatro abismos oscuros llenos de pura maldad: codicia, envidia, avaricia, soberbia, ira, tristeza, cobardía... Eran receptores de los peores pecados, de las verdades más oscuras, más dolorosas.

Wynd sintió que el mundo se abría bajo sus pies y que caía. Un chillido desgarrador le explotó en los oídos y se llevó las manos a las orejas para taponárselas.

«AHORA, PRÍNCIPE. DINOS TU VERDADERO PROPÓSITO».

«Vine a estas pruebas para servir a mi padre, pero... pero encontré a la profecía».

Capítulo 58

El terrible chillido cesó y Wynd golpeó el suelo con las rodillas. Su vista se aclaró. No había estado cayendo; el suelo seguía ahí, intacto. No había sido más que una alucinación.

Los centinelas se separaron dejando la escalera al descubierto y libre para que Aren pudiese pasar. Él lo hizo sin girarse a mirarla ni una vez. Así que aquello no había sido más que un truco para evitar que ella oyese su verdad.

A Wynd, el amargo sabor de la traición le impregnó la garganta mientras se ponía de pie de nuevo. Los centinelas volvieron a unirse en el centro, cerrándole el paso y la vista de la escalera y de Aren.

«*TU TURNO, Y NIKT*».

Wynd se sobresaltó al oír ese nombre. Una de las pocas palabras cuyo significado sí conocía. *La Nadie*. Así que ese era el título que habían decidido otorgarle. Se preguntó cómo sabrían que ella se hacía llamar así y si conocerían lo que se escondía detrás de ese nombre.

—¿Qué verdad queréis de mí? —preguntó cruzándose de brazos y apretando la mandíbula.

«*QUEREMOS LA VERDAD QUE MÁS TIEMPO LLEVAS OCULTANDO. ESA QUE TE CONSUME POR DENTRO. LA QUE*

JAMÁS TE HAS ATREVIDO A DECIR A NADIE EN VOZ ALTA. LA QUE TE QUITA EL SUEÑO. TU MAYOR VERDAD».

Wynd miró a los centinelas tratando de ver más allá. Como si sus ojos pudiesen encontrar a Aren por los pequeños huecos que había entre ellos. No lo veía, pero estaba ahí, atento.

—No deseo que él lo oiga. Es lo justo.

«¿SEGURA? ANTES DE ENTRAR AQUÍ PARECÍAS A PUNTO DE DECÍRSELA».

Wynd se tensó. No se molestó en preguntarles cómo es que lo sabían. Estaba convencida de que aquellos centinelas tenían una magia poderosa y arcana.

—Sí, segura —contestó con la voz firme.

Aquello le pertenecía solo a ella. Y ella decidiría cuándo revelaría su secreto.

«ASÍ SERÁ».

Los centinelas volvieron a abrir los ojos. Oyó el gruñido molesto de Aren, que seguramente estaría oyendo el horrible chillido en sus oídos. Wynd apartó la mirada, sintiendo un amargo sabor anclado en el estómago, y la fijó en sus manos.

«AHORA, HIJA DE LA VENTISCA. DINOS TU VERDAD», rugieron las dos voces a la vez en su mente: reclamando, demandando, tirando.

«Mi alma... mi alma no es mía. Prometí entregársela a alguien a cambio de que me salvase la vida. Le he pertenecido durante doce años y así será hasta el día en que me reclame lo que es suyo. Ese día le entregaré mi alma y moriré».

Wynd habló con claridad y fuerza, aunque la voz no le salió de la boca, sino de la mente. Se levantó la manga de la chaqueta y la camiseta dejando su muñeca izquierda desnuda. Y allí, bajo la marca de los nikt, estaba la cicatriz plateada en forma de medialuna. La marca que Nana le había puesto, la que la reclamaba como suya. Un contrato inquebrantable.

—Esa es mi verdad —pronunció ya fuera del embrujo de los centinelas.

Decirlo fue como arrancarse una pesada bola del cuerpo, donde quedó un agujero vacío. Una herida tan profunda que alguien podría mirar a través de ella. No es que no estuviese agradecida con Nana por darle una segunda oportunidad de vivir. Lo estaba. Nunca jamás había temido el día en que ella reclamase lo que era suyo. Nunca había temido su fin. No hasta que había llegado a esas pruebas y había empezado a desear más: había comenzado a querer un futuro, a ansiar libertad.

Los ojos de los centinelas la examinaron. No la miraban a ella, la pequeña e insignificante humana; miraban dentro de ese recipiente de carne y huesos. Miraban su alma, sus anhelos, sus pensamientos... juzgando si aquello era verdad.

Entonces, ambos centinelas se separaron mientras cerraban de nuevo sus ojos y despejaron el camino para que pudiese pasar. Aren estaba allí, apoyándose en la pared con una mano. Su pecho subía y bajaba pesadamente.

Wynd cruzó rápido y lo esquivó, pasando por su lado sin mirarlo. Decir aquello... Confesarlo había sido liberador y a la vez increíblemente doloroso. Nunca había sentido una

tristeza semejante. No podía mirarlo en ese mismo instante. Si lo hacía, se vendría abajo.

Aren siguió su estela con la mirada. Su pelo rubio blanquecino flotando tras ella. Había demasiados secretos entre ellos y con demasiado peso en sus vidas como para poder siquiera pensar en... Por mucho que sintiesen algo el uno por el otro, aquello no era posible.

La escalera subía durante casi un kilómetro. Fue un viaje oscuro y silencioso en el que solo se oían sus respiraciones y pasos haciendo eco en la caverna. Fuera, brillaban los primeros rayos del amanecer. Aunque realmente no era un verdadero amanecer: el sol no se veía por ninguna parte. Solo esas espirales que habían vuelto a cambiar de posición ligeramente.

Wynd imaginó que el reflejo de la luz en el cielo solo sería para que los participantes supieran qué hora era y cuánto tiempo había pasado. Pero si quisieran, podrían hacer que fuese de noche eternamente.

Frente a ellos, en una explanada unos metros más abajo, había un enorme bosque de árboles gigantescos. Tan altos que no se alcanzaba a ver dónde terminaban las copas. Discurrían en intrincadas formas geométricas.

—Imagino que aquí es donde comienza el verdadero laberinto —dijo Aren a su espalda.

A la luz del día, el aspecto de ambos era mucho peor. Aren ya había sanado casi por completo, aunque todavía le quedaba el rastro de los moratones. Ella, por otro lado... La sangre se había secado y había parado de fluir, pero los

cortes seguían ahí, y los golpes estaban adquiriendo un feo tono morado.

Le dolían el brazo y la espalda, donde las harpías le habían clavado las garras y el pico. Aun así, no era nada que no pudiese soportar. Estaba acostumbrada a manejar más dolor que ese.

Wynd tomó una profunda bocanada de aire. Le dolía el pecho a rabiar. Le dolía... el alma. Se sentía hueca y, al mismo tiempo, demasiado llena.

—Vamos, quiero salir de aquí de una maldita vez —dijo dando un paso hacia delante.

—Pecas, lo que ha pasado ahí abajo... —empezó Aren, poniéndose a su altura.

—No tienes que explicármelo. Tú tienes tus secretos, yo tengo los míos —atajó ella.

—A veces no es todo o nada, Wynd. —La voz de Aren sonó apretada, constreñida de dolor—. No todo es blanco o negro.

—Pero tú y yo somos así. Tú y yo no podemos elegir, para nosotros siempre será o todo o nada. ¿Verdad? —inquirió girándose ligeramente hacia él.

No podrían quedarse en terreno intermedio, no en la posición en la que estaban. Porque sus mundos no eran tonos de gris: sus mundos eran tan opuestos como el blanco y el negro. No les hacía falta decirse la verdad para saberlo, porque si no fuese así, entonces ninguno de los dos se habría apartado. Ninguno de los dos habría huido en algún momento. Ninguno de los dos estaría luchando con todas sus fuerzas contra lo que sentía.

Y esa era una realidad, una verdad que no hacía falta decir. Porque sonaba a voces.

El bosque estaba en penumbra, y una ligera niebla caía desde las alturas. El aire era frío y afilado. En el momento en que ambos estuvieron dentro, las ramas se movieron bloqueando la entrada y atrapándolos allí. Por supuesto, aquel no era un bosque normal.

Paredes de troncos, del grosor de una casa pequeña, les cortaban el paso aquí y allá.

—¿Qué camino deberíamos seguir?

—Girar siempre en la misma dirección. Aunque no creo que sea tan simple —suspiró Aren.

—¿Crees que deberíamos descansar?

Aren curvó su ceja partida, confuso por la propuesta.

—Pareces agotado.

Él soltó una pequeña risita.

—¿Qué? —contestó Wynd, malhumorada.

—Puede que no podamos encontrar un punto intermedio. Pero, a veces, cuando estoy contigo, se me olvida lo que nos separa, Pecas.

Ella sintió calor en las mejillas y apartó la mirada de los ojos brillantes de él. Caminaron hasta encontrar una parte abierta que se bifurcaba en varios caminos y se sentaron apoyando la espalda en los enormes troncos. Si venía alguien, lo verían llegar con facilidad.

Aren apoyó la cabeza y cerró los ojos. Wynd no pudo evitar perderse en la belleza de su perfil. Desde el suave vaivén de su pecho al respirar, hasta el movimiento de los

músculos de su garganta al tragar. Lo afilada que era su mandíbula, lo pronunciados que eran sus pómulos, lo perfectamente recta que era su nariz... La curva de sus labios esculpidos, la cicatriz de la ceja, sus pestañas imposiblemente largas, las ligeras ondas de su pelo oscuro rozándole la frente, las sombras oscuras bajo sus ojos.

Le dolió el pecho al mirarlo. La piel de sus dedos hormigueó con el deseo de tocarlo. Se mordió el labio con fuerza tratando de contener la cascada de sentimientos que Aren le provocaba.

—No me mires así, Pecas —gruñó él con la voz áspera.

Wynd giró la cabeza y cerró los ojos conteniendo un suspiro.

—Axel me dijo que nunca ibas a por algo... o alguien —carraspeó— que él hubiese tenido.

No sabía por qué había sacado aquel tema. Su boca simplemente se había movido.

Aren abrió los ojos, sorprendido, y la observó. Tenía el aire atascado en los pulmones. El recuerdo de las manos de Axel asiéndola hacia él, de su boca reclamándola, haciéndola suya durante un momento, fue como un puñetazo en el estómago.

—Ese idiota habla demasiado —murmuró con la voz grave y llena de rabia.

—No entiendo vuestra relación. Pensaba que erais amigos.

—Nuestros padres, me refiero a su madre y a mi padre —aclaró—, se conocen desde jóvenes. Y fueron jóvenes hace muchos años. Siglos, de hecho. Tienen una relación...

complicada. Como casi todas las de la corte. Yo soy unos meses menor que Axel, así que crecimos juntos.

Wynd lo miró sin comprender. Si se conocían desde pequeños, entonces ¿por qué actuaban así?

—Axel y yo somos... Estamos destinados a suceder a nuestros padres, y eso nos pone en situaciones complicadas. Tenemos que llevarnos bien, pero también tenemos que servir a sus intereses. Y eso está por encima de todo lo demás. Oed es una ciudad política. Todos se mueven por intereses, nadie se fía de nadie. Y en la lucha por el poder, gana quien tiene menos escrúpulos. Mi padre no consiguió ese puesto por ser el más compasivo.

Wynd tragó con dificultad.

—¿Y a ti te parece bien?

Aren se encogió de hombros con una indiferencia que claramente no sentía.

—¿Cuál es la alternativa? En este mundo, si no muerdes primero, entonces eres la presa. Tú sabes eso.

Wynd agachó la cabeza. Sí, lo sabía. Lo había hecho toda la vida. No podía echárselo en cara, porque ella había sobrevivido haciendo lo mismo.

—Mi madre pensaba que... —se le endureció el tono— que el mundo que estábamos creando era injusto y que había que frenarlo. Quería que volviésemos a... lo que habíamos sido antes del gran rey.

—De Finvannah —murmuró ella.

Aren abrió los ojos, sorprendido por que ella conociese ese nombre.

—¿Cómo conoces...?

—Axel me ha estado leyendo la historia de... él.

Aren entrecerró los ojos en pequeñas rendijas. «Por supuesto... Axel. Qué astuto».

—En fin, mi madre era una persona extremadamente compasiva. Apenas la recuerdo, murió cuando yo tenía tres años.

Wynd se estremeció. Los ojos de Aren reflejaban una rabia fría y asesina.

—La mataron unos devoradores de almas. Un pequeño grupo de humanos a los que llevaba comida la vendieron a cambio de... No lo sé. No importa. El caso es que le tendieron una emboscada. ¿Sabes lo que pasa cuando un devorador de almas se alimenta de un sidh?

—Absorben su energía y la devuelven a los remolinos.

—No. —Aren se giró hacia ella, que lo miró confusa—. No, Wynd, eso no es lo que pasa. Cuando un devorador absorbe el alma de un sidh, se quedan con todo su poder; se vuelven más fuertes.

—Eso no es lo que yo...

—Ellos son el caos en sí mismo, son su creación. No le devuelven nada. Se alimentan, crecen, se imponen.

—Pero...

Aquello no era lo que Nana les había dicho.

—Los devoradores no tienen poder por sí mismos. Roban el de los sidh.

—¿Y por qué no el de otras criaturas?

—Los *faeries* de la isla de Ávalon están lejos y separados por el mar. La corte del norte vive más allá de las montañas Hillias, no muchos se atreven a aventurarse en esa tierra inhóspita e inexplorada. En el continente, los sidh somos los más fuertes y numerosos.

—¿Cuál es la diferencia entre los devoradores y los sidh? Ambos cogéis todo lo que podéis, destruís para haceros más fuertes. Sois las dos caras de una moneda.

Aren tenía la cabeza gacha y se miraba las manos. Una sonrisa irónica tiró de sus labios. Resopló.

—No he dicho nunca lo contrario. No es que seamos mejores. O al menos, muchos no lo somos. Pero... Quién dice que alguno de nosotros tenga corazón como para que le importe siquiera.

Su voz sonó dura, distante y fría. Su cuerpo estaba tenso, como si estuviese cargando un enorme peso sobre los hombros. Se levantó de un salto, tratando de aparentar una ligereza y una indiferencia que no sentía. Pero ella vio a través de su máscara.

Puede que Aren quisiese que el mundo creyera que él era alguien sin corazón, alguien que podía ser despiadado. Puede que incluso las circunstancias lo hubiesen llevado a ser así o a verse así. Pero había más, mucho más debajo del príncipe, del hijo, del guerrero, del asesino... Debajo de todo eso, simplemente estaba él. Y ella lo veía.

Capítulo 59

Tras un día entero sin dormir, y herida, Wynd empezaba a notar los estragos de la prueba.

Cada vez que creían haber encontrado un buen camino, llegaban a un punto sin salida y tenían que deshacer lo andado y volver a empezar. No parecía seguir ninguna lógica, era absolutamente caótico y desesperante.

Habían caminado en silencio. Los dos estaban demasiado perdidos en sus pensamientos. Y Wynd no dejaba de darle vueltas a lo que Aren había dicho sobre que no tenía corazón. Ella siempre había estado segura de que así era, de que los sidh no eran más que unos despiadados, pero ahora... Cordelia era toda bondad y corazón. Algunas veces demostraba ser más humana que la propia Wynd. Y definitivamente, estaba segura de que Aren no era malvado... O puede que solo desease creerlo, porque lo cierto era que, cuanto más poderoso era un sidh, menos emociones tenía.

Aren se frenó de golpe y Wynd lo esquivó por los pelos. Sus reflejos actuaron de forma instintiva, porque iba demasiado distraída.

—Pero ¿qué...?

Él le puso la mano en la boca y tiró de ella hasta esconderla tras uno de los gigantescos árboles. Se llevó un

dedo a los labios para mandarla callar y la soltó. Wynd no supo si le apetecía más darle un puñetazo en la cara o besarla. Tomó una bocanada de aire silenciosa y miró por el borde de la corteza, en la dirección que lo hacían los ojos azul noche de Aren.

En el centro del claro, había una figura pequeña agachada. Tenía el pelo ralo de un color ceniza oscuro. Las puntas de sus orejas sobresalían entre la enredada melena: eran largas y finas, y de un color oscuro. Sus brazos eran delgados y largos, tanto que tenía dos articulaciones y los doblaba en tres secciones. Vestía una túnica raída de color negro que le cubría el resto del cuerpo y que arrastraba.

Una nym. Eran una clase muy especial de hada. De las que trabajaban con hierbas y pócimas. Más cercana a los worlak y a las brujas. Eran un mito, casi inexistentes.

Wynd nunca había visto una. Había oído que algunas vivían en los oscuros bosques del norte, en los valles de las montañas Hillias.

—¿Por qué nos escondemos?

—Hay que seguirla.

—¿Son peligrosas? —susurró.

—No demasiado.

»Nos mostrará dónde hay agua y qué podemos comer o usar para curarnos.

—Pero... es muy valiosa, ¿por qué dejarla aquí? Otros participantes podrían darle muerte.

Aren la miró con cierta tristeza. A ningún sidh le importaría demasiado que la matasen por muy única que fuera su especie o por muchas habilidades que tuviese. No era una sidh; por lo tanto, la consideraban inferior.

Wynd se tragó el sabor amargo de la boca. Puede que algunos sidh todavía tuviesen algo de humanidad, pero no demasiados.

La nym se incorporó. No llegaría a medir ni un metro. Sus movimientos eran rápidos y cortantes, mecánicos. Todo lo contrario a la fluidez de las *pixies*. Llevaba una pequeña bolsa de piel y estaba guardando plantas en ella.

En cuanto se alejó unos metros, Aren y Wynd salieron de su escondite y la siguieron por el laberíntico bosque. La nym parecía saber qué camino seguir.

«¿Cuánto tiempo llevará aquí atrapada?», se preguntó Wynd.

Caminaban con cuidado de dónde pisaban para que no los oyera, y de vez en cuando, tenían que parar y esconderse tras uno de los troncos.

Wynd miró a las alturas y suspiró.

—Sería mucho más fácil seguirla entre las ramas — murmuró con anhelo.

Detestaba moverse por el suelo, pero los árboles eran tan altos y anchos que eran muy difíciles de escalar, sobre todo sin las herramientas adecuadas.

—Te creía mejor en esto, Pecas.

—¿Qué quieres decir?

—Eres ruidosa. No puedes depender siempre de tener la ventaja de la altura.

Ella lo miró estrechando los ojos. La sonrisa de Aren se extendió por su rostro y fue como una explosión sacudiéndola.

—Es taaaan —alargó la palabra— sencillo molestarte, Pecas —le susurró al oído con la suavidad de una caricia—.

Quizás te convendría aprender a controlar tus emociones.

Ella arqueó una ceja. Normalmente lo habría ignorado o se habría vengado dándole un golpe y apartándose. Pero aquel día había sido muy largo, demasiado para que sus neuronas estuviesen funcionando con claridad. Muy frustrante y agotador. Se le había acabado la paciencia o la cordura.

—Oh, ¿te estás burlando de mí? —le preguntó con un delicado tono sarcástico—. Es muy ingenioso por tu parte tratar de... aligerar el ambiente entre nosotros con bromas estúpidas. Por supuesto, eso hace que nos olvidemos de todo lo demás. ¿Te suele funcionar?

Aren contuvo el aliento, cogido por sorpresa por el arranque de sinceridad de Wynd. Ella era la que normalmente evitaba los temas incómodos. Huía de ellos. A toda velocidad.

—¿Qué es todo lo que estás tratando de que olvide? Podría enumerártelo —insistió la chica.

La nuez de Aren se movió pesadamente en su garganta. No necesitaba que ella lo dijese en voz alta, los recuerdos volaron solos por su mente. Ese momento en el que casi la había besado. Los ojos confundidos de Wynd cuando se había apartado. La traición en su mirada cuando él había impedido que oyese su verdad. La dolorosa comprensión, teñida de compasión, que habían irradiado horas atrás, cuando le había contado que creía que no tenía corazón.

—Prefieres que me enfoque en estar irritada contigo que en lo demás —sentenció.

La boca de Aren se torció en una mueca.

—Solo quería que dejásemos la tensión...

Ella se puso de puntillas y se acercó a su oído. Sus labios rozaron levemente la piel de su garganta y él no pudo evitar estremecerse. Notó el latido acelerado de su corazón. Aspiró durante un segundo su aroma a flor de noche y madera quemada.

—No te está funcionando. Deberías aprender a controlar mejor tus emociones, príncipe oscuro. Te late demasiado rápido el corazón.

Se echó hacia atrás a toda velocidad, apartándose de él y dedicándole una amplia sonrisa que le mostró sus brillantes colmillos. La sonrisa se le quedó congelada en los labios cuando vio el fuego vivo en los ojos de Aren. Deseo puro y crudo.

—Si vais a seguirme, deberíais poner más empeño en ello y no dedicaros a coquetear —comentó una voz afilada a su izquierda.

Wynd se llevó la mano a Sombra, y Aren se echó hacia atrás tirando del brazo de ella para apartarla de la criatura.

—Si hubiera querido atacaros, lo habría hecho cuando estabais distraídos.

La nym tenía los ojos rasgados. Sus cuencas eran marrones, con un iris en forma de espiral verde musgo y sin pupila. Su nariz era chata y diminuta. Tenía pecas aún más oscuras sobre su piel oscura. Sus facciones estaban desproporcionadas. Ojos pequeños, pómulos altos y marcados, nariz diminuta y boca grande de labios finos. Dientes pequeñitos y puntiagudos.

Wynd bajó la mirada a la mano de Aren sobre su brazo, justo por encima de su codo. La había colocado unos centímetros por detrás de él. Le ofendió un poco que se

hubiese puesto delante; ella sabía defenderse sola, no necesitaba que la protegiese. Quizás sí necesitaba su ayuda, pero no su protección. No obstante, por otro lado, una parte de ella se enterneció al ver el gesto.

Él dejó caer la mano y metió las dos en los bolsillos del pantalón. Vuelta al Aren despreocupado.

—No queremos hacerte daño. Solo te seguíamos para ver si nos guiabas hasta algún lugar con agua y hierbas curativas.

Los ojos de la nym se dirigieron a Wynd. Se posaron sobre el corte de la mejilla primero, y luego sobre la piel desgarrada de su antebrazo. Por último, sobre sus ojos.

—Humana —musitó—. Nunca había visto a ninguna por aquí.

Wynd cogió aire. No lo había dicho como un insulto ni con tono despectivo. Solo había constatado un hecho.

—Tampoco había visto nunca a un sidh protegiendo a una.

Aren se encogió de hombros quitándole importancia.

—Me gusta que me deba favores —respondió.

—Os guiaré. De todas formas, os he oído siguiéndome hace veinte minutos —comunicó la nym, que se giró y caminó deslizándose por la arena con sus extraños movimientos.

Wynd le dio un codazo a Aren en las costillas al pasar por su lado y le dedicó un gesto despectivo con la mano.

—Mira que eres agresiva, Pecas —se quejó él.

La nym caminaba deprisa para ser tan bajita, y era absolutamente silenciosa. De vez en cuando, se paraba y cogía una hierba aquí y allá.

—¿Sabes qué son esas espirales y por qué se mueven? —le preguntó Aren al cabo de un rato.

La nym lo miró de reojo entre sus mechones de pelo lacio.

—Si me estás preguntando cómo salir, sidh, ¿crees que seguiría aquí si lo supiese?

—No lo sé, quizás le has cogido cariño a este lugar. Pero, en realidad, lo que te he preguntado es si sabes qué son esas espirales.

La nym recogió unas pequeñas flores que crecían junto a las raíces de un enorme árbol cubierto parcialmente de musgo. Y luego le dedicó una sonrisita a Aren. Wynd se dio cuenta de que él no le caía muy bien.

—¿Por qué crees que te ayudaría a salir, sidh?

—¿Porque nos estás ayudando ahora? —contestó Aren en tono mordaz.

—No te ayudo a ti, la ayudo a ella —indicó.

Wynd elevó los hombros orgullosa y se rio por lo bajo al ver el ceño fruncido de Aren. La nym lo estaba poniendo de los nervios.

—Te das cuenta de que somos un equipo y de que al ayudarla a ella me ayudas a mí, ¿verdad?

—¿Eres siempre tan irritante, niño sidh? ¿No sabes lo que es el silencio?

Wynd estalló en una carcajada. Los ojos de Aren se abrieron sorprendidos y ofendidos porque lo hubiese llamado «niño sidh». Ella echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos mientras la risa la sacudía. Hacía días que no se reía así, con todo el cuerpo. Unas pequeñas gotas se le formaron en los laterales de los ojos.

Fue una risa maravillosa. Capaz de romper y sanar un corazón. Él la miró fascinado. Wynd no solía reír, y menos así. Se enamoró por completo del sonido, del brillo de sus ojos, del color rosado de sus mejillas y de la forma en la que su cuerpo pareció flotar.

Mejor que cualquier medicina. La risa de Wynd lo abrazó e hizo que su pecho se sintiese mucho más ligero. Su sonido favorito en el mundo.

—El amor es tan retorcido a veces —murmuró la nym mientras seguía caminando.

Aren la observó sorprendido. Lo había dicho tan bajito que Wynd no había podido oírlo. No le caían bien las criaturas ancestrales; solían comportarse de esa forma altiva. Solo porque habían vivido milenios creían saberlo todo...

Por fin, llegaron a una zona circular de la que salían múltiples caminos. En el centro no había árboles, solo un lago pequeño y una puerta que daba al interior de la tierra, donde vivía la nym. Sacó un vaso de cerámica decorado con algunos motivos vegetales y se lo dio a Wynd. Ella se acercó al lago y olió el agua con precaución. Sabía bien que no había que fiarse de los ríos y los lagos de los bosques que no conocía. Normalmente, las sombras los infectaban para enloquecer al que bebiese.

La nym la observó con curiosidad. Había algo en Wynd, algo de animal asustado y acorralado que la hacía volver al pasado, a otros tiempos. Y ese punto desesperado en sus ojos era lo que la había hecho decidirse a ayudarla.

Wynd metió el vaso en el lago de agua cristalina y se lo llevó a la boca. Tenía la garganta seca. Varias gotas se le

derramaron por la comisura del labio, resbalándole por la barbilla y el cuello hasta su pecho.

El agua hizo que le rugieran las tripas. El sol se estaba poniendo, por lo que llevaba casi veinticuatro horas sin comer. No es que no estuviese acostumbrada a soportarlo mucho más tiempo, pero después de un mes alimentándose en abundancia, su cuerpo pedía más.

La nym encendió una pequeña hoguera y colocó un caldero de metal oscuro encima de la llama. Sus brazos excesivamente largos se movían aquí y allá cogiendo cosas de su bolsa. Sus dedos se movían trazando una danza rítmica al mismo tiempo que su boca balbuceaba sonidos.

Aren contempló el proceso con curiosidad; nunca había visto trabajar a una nym. Sabía que en Oed había algunas y que se encargaban de hacer la mayoría de las medicinas y pócimas que usaban en el Palacio de Cristal.

Un tenue vapor verde y dorado salió del caldero, y ella metió el líquido en un pequeño vial.

—En cuanto se enfríe, estará listo —le dijo a Wynd.

Ella se sentó junto a la hoguera con un asentimiento.

—Gracias.

Le pesaban los párpados: llevaba casi un día sin dormir. Aren se dejó caer a unos metros de ella. Necesitaba recordarse a sí mismo lo que era el autocontrol, porque si la nym no los hubiese interrumpido...

¿En qué momento aquello había dejado de ser un mero medio para un fin y se había convertido en algo... real?

Wynd soltó un jadeo dolorido cuando el líquido le tocó la piel del antebrazo. Aren se incorporó sobre los codos, alarmado.

—Te escocerá. Esto es un acelerador de la curación — explicó la nym.

Wynd apretó los dientes y asintió con rigidez. Sentía como si alguien estuviese estirándole la piel de los cortes. Brotó sangre de ellos y al instante paró.

La nym repitió el proceso con cada herida. El picotazo de la espalda fue el peor, el dolor le arrancó algún que otro quejido. Aren siguió todo el proceso con ojos atentos y postura tensa.

Wynd era humana. Sus huesos, su piel... Su cuerpo en general se quebraba mucho más fácil que el de los sidh, incluso que el de los sidh menores. Su proceso de curación era lento y doloroso, y, aun así, allí estaba. Aren ya sabía que era extremadamente fuerte, ya conocía lo que ella era; pero no dejaba de sorprenderle de todas formas.

Aren hizo la primera guardia sentado junto a la nym, mientras Wynd descansaba.

—Debes de ser muy valiente, sidh.

—Tengo nombre, ¿sabes? Aren. No sidh —suspiró él.

—Yo soy Navi.

—¿Por qué crees que soy valiente? ¿Por estar aquí?

—No. Porque para amar a alguien como ella hay que ser muy valiente. Al fin y al cabo, las heridas de ese tipo son las más complicadas de curar.

Aren sonrió con una mueca amarga.

—No sé si la amo o no. En todo caso, eso solo me convierte en un cobarde.

—¿No lo sabes o no deseas saberlo?

—Detesto esa forma enrevesada que tenéis las criaturas ancestrales de hablar. Os encanta ser crípticos.

La nym sonrió, y su rostro pareció infantil y viejo al mismo tiempo. Había cierta melancolía en su expresión.

—Espero que lo averigües pronto. Amar puede construir cosas maravillosas, pero también puede llevarte a la destrucción, como le ocurrió a vuestro rey. Lo sabes, ¿verdad? Amar a una humana fue su fin.

Wynd, a unos metros, parpadeó. Estaba medio dormida cuando los había oído. Aquella humana sobre la que Axel le había leído; era ella de quien hablaban. ¿Fue ella quien mató al rey? Recordaba que le había dicho que ella cambiaría la historia de Finvannah y la de los sidh. ¿Fingió que lo amaba para acabar con él?

—No temas, ese no es nuestro caso. No voy a intentar destruir todo lo que soy y poseo ni tampoco voy a sacrificarme a mí mismo. Yo soy mi único y verdadero amor.

La garganta de Wynd se cerró estrangulada y soltó un pequeño quejido de dolor. ¿Eso es lo que le había ocurrido al rey? Era difícil de creer que alguien que había nacido con el propósito de conquistar toda Abscondita para los suyos renunciase a todo por el amor de una pequeña e insignificante humana.

Abrió los ojos tratando de huir del dolor de sus pensamientos, donde las palabras de Aren rebotaban de forma dolorosa. Si tenía alguna duda de por qué se había apartado, ahí tenía la respuesta. Quizás la deseara, pero el deseo no era amor. Al menos eso sí que lo sabía.

Fijó la vista en las dos espirales del cielo. Ahora se cruzaban en el borde derecho, y esa zona estaba iluminada

de una mezcla de los otros dos colores.

Una mezcla.

Como si se fundieran.

Como si se volvieran uno solo...

Levantó la mano y trazó la forma con el dedo.

Primero, las espirales se habían encontrado en la punta más al norte. Luego, casi no se habían tocado. Y ahora, se tocaban más de la mitad y las líneas se encajaban volviéndose de un color nuevo.

«Un laberinto de espirales». Eso decía la historia de Ossian.

Se incorporó de golpe y empezó a moverse en círculos. Aren se levantó alertado y Navi los observó con curiosidad.

—¿Qué...?

—¡Ya sé cómo descifrar el laberinto! ¡Ya sé cómo encontrar la salida! —exclamó Wynd en un jadeo.

Capítulo 60

Wynd corrió hacia uno de los caminos, con Aren y Navi siguiéndola de cerca. Llevaba la vista clavada en el cielo y se fijó en cómo las espirales se movían ligeramente según ella se desplazaba.

—Es un laberinto de espirales. Para encontrar el camino, hay que conseguir que encajen las dos ¡y el camino es la línea en la que los colores se funden! —exclamó señalándolo.

Aren elevó la mirada al cielo oscuro y observó las espirales, que habían vuelto a cambiar de posición. Wynd corrió de vuelta al círculo central y cogió otro de los caminos. En cada uno de ellos, las espirales se encajaban de forma distinta.

—Es un mapa. Una guía para encontrar la salida.

—Dioses, Pecas, eres un genio.

—Por supuesto que lo soy, niño sidh —comentó ella con una carcajada feliz.

El pecho de Aren se derritió suave como la mantequilla. Ninguna estrella podía competir con la sonrisa de Wynd en ese momento. Brillante y cálida. Alegría pura y sin diluir.

Navi miraba boquiabierta al cielo. Tenía sus bracitos plegados y se cubría los ojos con las manos.

—Quiero salir de aquí —rogó—. Llevadme con vosotros y os ayudaré a sanar si lo necesitáis. Quiero poder... Quiero ver el mundo de nuevo y ser libre. Quizás buscar a los míos.

Aren hizo una mueca y apartó la mirada de los ojos esperanzados de la nym. Wynd, en cambio, se agachó frente a ella y le tendió la mano con firmeza y una sonrisa confiada.

—Si puedo ayudarte a salir, lo haré. Pero no sé qué nos espera en la salida. Ni cómo podrás escapar si conseguimos descifrarlo.

—Estoy aquí atrapada como muchos otros. Algunos se han rendido, a otros no les importa, pero siempre hemos tenido opción. Esa es la magia del laberinto de Ávalon: si consigues descifrarlo, entonces eres libre. Y hasta los rhydra deben respetar eso, porque bajo ese juramento mágico se construyó esto.

—Entonces puedes venir con nosotros.

—Solo si no vuelves a llamarme niño sidh nunca más —le advirtió Aren con una sonrisa ladeada.

Las mejillas de la nym se sonrojaron levemente y giró la cabeza con rapidez para evitar que la viesen.

—Deberíamos entonces...

Aren miró hacia arriba y estudió el nuevo mapa. Se preguntó cuántos lo habrían averiguado ya y cuántos lo harían en las próximas horas o días. Miró de reojo a Wynd y sintió un agradable y dulce sabor a orgullo en la boca del estómago.

—Una de las espirales debe indicar dónde estamos y se mueve con nuestro recorrido.

—Deberíamos coger caminos hasta conseguir que encajen ambas y seguir la ruta en la que permanezcan unidas. En cuanto comiencen a separarse, sabremos que vamos mal —explicó Wynd.

Ojalá encontrasen a Blue y Cordelia por el camino y así poder guiarlos hasta la salida. ¿Era demasiado desear que todos pudiesen salir y continuar? ¿Era demasiado desear que todos ellos pudiesen estar entre los diez últimos?

Navi cogió algunas cosas de su pequeña madriguera, hierbas y frasquitos con pócimas en su mayoría, y los cargó en una pequeña bolsa de cuero. Llevaba atada una daga de hierro a la cintura. La hoja iba envuelta y solo alcanzaba a verse la empuñadura de madera pulida.

—¿Hierro? —le preguntó Aren mientras se dirigían hacia uno de los caminos que salía del círculo—. Daña a las hadas.

—¿Sabes que los sidh provienen de una estirpe de las hadas? El hierro no os mata con la misma facilidad que la piedra de luna, pero es como veneno en vuestro sistema si os corta. Os debilita, hace que falle vuestra magia.

—No creerás esa leyenda que dice que Finvannah era hijo de una reina *faerie*, ¿verdad?

—¿Por qué no iba a creerlo? Es lo que mi madre me contó —replicó la nym.

—Es una historia, un cuento. Estoy seguro de que se lo inventaron para darle un origen al rey. Hay demasiadas leyendas sobre él.

Wynd lo miró de reojo con el ceño fruncido.

—Bueno, tú deberías saber la verdad, ¿cierto? Tu padre lo sucedió —dijo Wynd.

Navi paró de caminar y se llevó la mano a la pequeña daga.

—Eres el príncipe —jadeó asustada.

Aren fulminó a Wynd con la mirada.

—Sí, ¿y qué? No eres mi prisionera. Mi padre no tiene jurisdicción sobre los rhydra; por lo tanto, yo no tengo nada que decir. Al menos de momento. Cuando acaben estas pruebas será distinto. —Sus labios se estiraron en una sonrisa lenta y asesina.

—Ahora entiendo de dónde viene tu arrogancia —murmuró la nym.

Wynd soltó una risita y miró a Aren con una expresión que decía «yo ya te lo he dicho mil veces».

—No es arrogancia si mis cualidades lo demuestran —comentó con suficiencia—. Y para responder a tu pregunta: no, no lo sé. Mi padre lo conoció cuando ya tenía un par de siglos. No sabe quién fue su madre o cuál fue su origen —eligió decir.

Navi lo miró sin creérselo del todo. Se adelantó unos pasos y se colocó al lado de Wynd, en el extremo más alejado de Aren.

—Has conseguido que nuestra nueva amiga diminuta me tenga miedo —advirtió el chico a la nikt.

—¿A quién llamas diminuta, principito?

—¿A quién llamas principito? Mido un metro noventa.

Wynd, en medio, los observó mordiéndose el labio para no reírse. Por fin alguien que no estaba perdidamente enamorado de Aren, como Blue, o al que le caía superbién, como a Cordelia.

—No seas abusón, principito —lo acusó con los labios apretados para contener una carcajada.

Aren curvó su ceja partida y la miró sin dar crédito.

—Esto ha sido una idea pésima.

—Hemos herido su orgullo —le susurró Wynd a Navi.

—Ego frágil. Es un problema habitual de los sidh.

—Seguid. Me alegro de que os lo paséis bien siendo absolutamente inmaduras. A Pecas ya la conozco, pero imaginaba que una criatura que ha debido de vivir al menos un siglo sería menos infantil.

Wynd lo miró sin poder contener una enorme sonrisa. Su expresión dulce y divertida le apretó a Aren el pecho. Cerró los puños y los metió en los bolsillos para evitar estirar la mano y recorrerle el rostro con los dedos. Sostenerla entre sus brazos hasta fundirse con ella. Respirarla. Atraerla hasta su boca y besarla. Besar esa sonrisa tonta y feliz y embeberse en ese brillo de sus ojos.

Resistirse a lo que sentía por ella siempre era difícil, pero aún más cuando lo miraba así...

Como si...

Como si él fuese todo lo que ella veía.

Captó la mirada de Navi, que inclinó la cabeza hacia un lado y entrecerró sus extraños ojos. Su enorme boca se abrió silabeando en silencio: «A-MOR». Y luego sonrió con placentera maldad.

Aren desvió la mirada hacia el cielo y estiró su aura formando un pequeño hilo oscuro que extendió delante de los pies de Navi, haciéndola tropezar. Lo recogió a toda prisa antes de que ninguna de las dos captase su magia. La nym

dio varios traspiés hasta que frenó la caída con sus largos bracitos.

Aren apretó la mandíbula para evitar reírse.

Caminaron durante toda la noche y el día siguiente. En muchas ocasiones, tenían que deshacer lo andado y volver a tomar otro desvío hasta que conseguían que las espirales fuesen encajando como debían.

Estaban cerca de que ambas se fundieran, cuando la luz del atardecer comenzó a teñir el cielo. Navi les había preparado infusiones calientes que proporcionaban energía con tal de suplir la falta de comida y descanso. Ella tenía una extraña dieta a base de semillas, pero no era algo que ellos pudiesen comer.

Aren y Wynd estaban bostezando cuando oyeron un siseo. Se miraron alarmados y pararon de caminar. Navi se había quedado quieta como una estatua en una postura agazapada. Su oído era más fino que el de ellos y lo había captado segundos antes.

Pegó la oreja y ambas manos al suelo, como si estuviese tratando de localizar de dónde procedía el ruido.

—Reptantes —siseó Navi moviendo los labios, y palideció.

Extendió el brazo y señaló el camino por el que habían venido.

—Os han olido. Nos siguen.

El siseo se oyó más fuerte. Se acercaban deprisa.

—Hay que correr. No hemos visto peligros en todo el laberinto, si están apareciendo ahora es que estamos cerca de encontrar la salida —susurró Aren.

Wynd asintió y miró a Navi con preocupación.

—Rápido. Están muy cerca —murmuró.

—Podemos con unos reptantes —explicó Aren.

—Quizás con media decena, pero vienen más. Ella no tiene magia y yo no soy una guerrera.

Wynd asimiló el golpe a su orgullo. Había matado reptantes antes. Lo más peligroso era su veneno. Podía con varios de ellos a la vez, pero con tantos no, si no quería jugársela a agotarse o a herirse. Quizás Aren... Pero no debía exprimir toda su magia. A saber qué más les esperaba en la recta final. Lo más inteligente era huir.

—Súbete a mi espalda —instó Aren a la nym—. Somos más rápidos corriendo que tú.

Ella asintió con las mejillas enrojecidas y bajó la cabeza en un gesto de agradecimiento.

—Lo recordaré.

—Por supuesto que lo harás, mi espalda no es fácil de olvidar —bromeó él tratando de quitarle peso a la situación.

Wynd se colocó cuchillas redondas en los guantes y las preparó para lanzarlas.

—Id más adelante, yo os cubro las espaldas.

Navi notó como Aren titubeaba. La idea de que ella fuese en la retaguardia no le gustaba, pero, aun así, no dijo nada y echó a correr con la nym en su espalda.

Los reptantes eran rápidos. El suelo vibraba conforme se acercaban. Si los atrapaban en ese punto estarían perdidos. No tenían escapatoria hacia los laterales y, por la cantidad que eran, los rodearían rápido. Una picadura y Wynd estaría muerta. Un humano apenas tardaba unos segundos en sucumbir a su potente veneno.

—¡Los veo! —gritó ella mirando a su espalda.

Tenían forma de gusano gigante y medían aproximadamente dos metros. Su piel tenía escamas de colores verde y marrón y su boca era redonda, con una lengua larga para enrollar a sus presas. Tenían un par de dientes largos y puntiagudos cargados de veneno.

Estaban agrupados y amontonados como una masa uniforme, pisándose unos a otros. Su movimiento reptante era realmente desagradable y asqueroso.

—Deben de estar hambrientos. Aquí no hay mucho para alimentarse —explicó Navi—. Yo nunca me alejo demasiado de mi madriguera por si acaso...

—¡Ahí está la intersección! —exclamó Aren—. ¿Qué dirección cogemos? —preguntó mirando al cielo.

Wynd miró también a las espirales. Les faltaba por encajar el centro y la esquina superior. Dudó. No podían equivocarse. Si los reptantes los seguían, no podrían volver hacia atrás, y si seguían por el camino equivocado, comenzarían a deshacer todo lo que habían conseguido. Tendrían que comenzar de nuevo a buscar el camino adecuado.

—¡Vamos a la derecha! —gritó al fin mientras se giraba y lanzaba sus discos a los reptantes que estaban más cerca.

No es que les hiciese mucho daño, pero al menos comenzarían a perder sangre.

—¿Por qué derecha?

—Porque me lo ha dicho mi instinto. Y un amigo muy sabio me dijo que lo escuchase.

Aren soltó una pequeña carcajada al oír la explicación de Wynd y giró a la derecha a toda velocidad. El camino se

volvía mucho más complicado en esa parte. Había desvíos a cada pocos metros con múltiples ramificaciones.

—Mierda —gruñó él.

—Aren, necesito que crees las cuchillas de aire y que las extiendas sobre el suelo.

Él la miró confuso durante un segundo hasta que comprendió lo que pretendía hacer. Navi se bajó de su espalda y él cubrió la esquina, por la que entrarían todos los reptantes, de agujas muy puntiagudas y duras.

—Tenemos que decidir ahora. O les tendemos una emboscada y nos libramos de ellos o seguimos. Pero hay demasiados caminos que tomar; si nos equivocamos tendremos que volver.

Los tres miraron el cielo. Una de las secciones se había encajado del todo cuando habían girado.

—Tiene que ser por aquí. Por eso se complica más.

—A lo mejor deberíamos dividirnos. Alguien podría hacer de cebo mientras los demás van a la salida... —sugirió Wynd desesperada.

—Eso no tiene sentido. Sería una muerte asegurada —explicó Aren.

Navi estaba mirando el suelo con avidez. Se movía de un lado para otro, buscando algo y murmurando para sí misma.

—Se nos agota el tiempo: o nos preparamos para pelear o corremos.

Aren se pasó las manos por el pelo. Podía con los reptantes, pero no podía evitar que alguno mordiese a Wynd, y no estaba dispuesto a correr el riesgo. Y aquello acabaría con toda su energía: lo dejaría expuesto para los siguientes peligros.

—¡Lo tengo! —exclamó Navi.

Tenía las manos manchadas de tierra y sostenía dos enormes hongos de color azul en ambas manos.

—Los reptantes se guían por el olfato, no tienen buen oído y son prácticamente ciegos —explicó mientras corría hacia ellos—. Solo tenemos que camuflar nuestro olor.

—¿Qué es eso? —inquirió Wynd mientras se llevaba ambas manos a las dagas. Los reptantes estaban a punto de girar.

—Hongos citreos. Su olor es muy fuerte.

Mientras hablaba, los deshizo con los dedos, transformándolos en polvo con su magia.

—Untáoslos mientras huimos.

Wynd recordó el dibujo de Ossian con las marcas de azul en la cara, el dibujo que había parecido su vivo retrato. Y luego, otra imagen acudió a su mente golpeándola con la fuerza de un tornado. El dibujo de la *faerie* sobre un mar de fuego, los buitres sentados sobre los tronos y las espirales encajándose. Las imágenes que había visto en el libro de Lebhar, aquellas que estaban descritas en lengua antigua.

Él había dejado ese libro ahí, abierto justo por aquellas páginas, y luego le había dicho que aprendiese a ver más allá. A mirar con el corazón.

La había ayudado. Había sido él quien le había mandado todas esas pistas. Le había mostrado el laberinto y cómo funcionaba antes de la prueba.

Pero ese día ella había estado tan... absorta en sus pensamientos, en la confusión de lo que había ocurrido en Kaebhar, que no había prestado demasiada atención a

aquello. Ni siquiera lo había recordado hasta ese momento.
Hasta que había visto ese color azul.

Capítulo 61

Wynd se cubrió las mejillas con líneas azules y se tintó el pelo, transformando el rubio blanquecino de sus trenzas en cobalto. Los hongos citreos tenían un fuerte olor metálico y salino. Como si hubiesen comprimido el agua del mar hasta conseguir solidificarla. Aren se manchó las mejillas y se echó el resto en el pelo. Wynd habría bromeado sobre su parecido con Blue si no hubiesen estado huyendo de una horda de reptantes.

—¿Tiene tu instinto algún camino que sugerir? —le preguntó él mientras corría con Navi a su espalda. Estaba manchando los troncos de los árboles con el polvo, para camuflar su olor en el aire.

Wynd trató de concentrarse, pero había demasiadas posibilidades. No sentía más que el latido acelerado de su corazón y un nudo de ansiedad en el estómago. Giró a la izquierda y luego a la derecha. Miró al cielo. Las espirales apenas se habían movido, porque no habían recorrido muchos metros. Tendrían que seguir avanzando para saber si se habían equivocado.

—Si no pueden seguirnos por el olor no nos encontrarán...

El sonido de unos chillidos de dolor la interrumpió.

—Han llegado a las agujas —musitó Aren.

Wynd giró a la derecha de nuevo y se topó con un falso camino sin salida. Retrocedieron a toda prisa y avanzaron hasta el siguiente giro. Otra de las líneas de las espirales se encajó, cambiando de color.

Dejó escapar un suspiro de alivio. Estaban cerca.

El suelo tembló bajo sus pies y las hileras de árboles se movieron, cerrando la intersección por la que habían llegado, impidiéndoles volver.

—¿Qué...?

—Esto no me gusta —susurró Aren, alerta.

Bajó a Navi de su espalda y la colocó entre él y Wynd. Su aura oscura onduló extendiéndose varios metros por delante.

El camino estaba en penumbra y silencioso. Era un silencio antinatural. No se oía el susurro del viento ni el movimiento de las ramas; no se oía absolutamente nada. El aire era tan denso que costaba respirar, y una extraña niebla estaba comenzando a taparles la vista.

Wynd tenía a Sombra y Muerte preparadas para atacar.

—No veo nada —susurró.

La temperatura parecía haber bajado diez grados de golpe, y podía ver su aliento condensándose.

—Pisad con cuidado, puede que haya trampas —dijo Aren.

Wynd caminaba despacio, girando la cabeza para mantener un ojo en cada ángulo. Solo distinguía la figura de Aren un metro por delante de ella y la de Navi abajo, sujetando con fuerza su pequeña daga.

La niebla era tan espesa que parecían estar dándose un baño. Las gotas resbalaban por sus rostros y mojaban sus

trajes. Las figuras de los árboles se distorsionaban, moviéndose y estirándose. Casi parecían tener vida.

A Wynd se le pusieron los vellos de punta. Se oyó un fuerte crujido a su izquierda y dio un respingo, asustada. No había nada. Se llevó una mano al pecho y respiró profundamente, tratando de calmar el latido de su corazón.

—¿Habéis oído eso? —susurró.

Aren se giró hacia ella. No podía ver bien su expresión, pero parecía confuso.

—¿Oído el qué?

—Ese crujido.

—No ha habido ningún crujido.

Wynd parpadeó extrañada.

—¿Cómo que no? Ahora mismo... ¿Navi, tú tampoco?

La nym negó.

Wynd guardó silencio. ¿Se lo habría imaginado? No, imposible. Lo había oído alto y claro.

Giró la cabeza a toda velocidad hacia la derecha, con la punzante sensación de que alguien la estaba observando, pero no había nada ni nadie.

Sin darse cuenta, pisó una rama del suelo, que se partió, y se movió hacia atrás asustada mientras emitía un pequeño jadeo de sorpresa. Al moverse, perdió ligeramente de vista a Navi y a Aren.

Sintió un aliento en la nuca y la sensación de un cuerpo pegado al suyo. Se giró esgrimiendo a Sombra, pero simplemente cortó el aire. No había nada ni nadie otra vez. El corazón le latía a toda velocidad. Lo sentía en la garganta. Quería gritar asustada. Cuando volvió a girarse, ni Aren ni Navi estaban ahí.

Se estremeció. Estaba sola en la oscuridad.

—¿Aren? —llamó.

No hubo respuesta.

—¿Aren? —dijo más fuerte, mientras avanzaba más deprisa.

Algo tocó su pelo. Apretó los dientes para evitar chillar. «No seas cobarde, Wynd. No seas cobarde», se dijo.

—¡Aren! —gritó esta vez con todas sus fuerzas.

Pero nadie le respondió. Solo el silencio.

Estaba sola, los había perdido.

Dio un paso hacia delante, preparándose para correr, cuando una mano se enrolló alrededor de su tobillo y tiró de ella hasta derribarla. El grito de horror que había estado conteniendo rompió el silencio del camino.

Se arrastró unos centímetros hasta levantarse escarbando con las manos en la tierra para avanzar más deprisa, y en cuanto estuvo de pie, se topó de frente con una figura en medio de la niebla.

El corazón se le subió hasta la boca y se le paró unos segundos. Nunca habría creído posible morir de miedo, no hasta ese momento.

La niebla se había espesado y luego disipado ligeramente para dejar que la figura de una mujer de pelo canoso y largo, sin ojos en las cuencas, apareciese ante ella.

Nana.

Un grito de puro terror hizo temblar el camino.

«Wynd».

Aren y Navi se giraron alertados y se dieron cuenta de que no estaba detrás de ellos.

El pecho de Aren se encogió hasta que le faltó el aliento. No estaba.

La habían perdido.

Una capa de sudor frío se le pegó a la nuca. Oyó otro grito y corrió en la dirección del sonido sin dudarlo un segundo.

Se olvidó de correr despacio para que Navi pudiese seguirlo. Se olvidó de absolutamente todo. De quién era, de qué hacía allí, de su entrenamiento, de que no debía dejarse guiar por las emociones en la batalla, de pensar con racionalidad. Todo pensamiento lógico desapareció de su mente y simplemente corrió con todas sus fuerzas.

Lo único que había en su cabeza eran dos palabras: «Wynd» y «peligro».

El camino parecía haberse estirado de forma antinatural. Aquella niebla debía de tener alguna propiedad ilusoria que los estaba confundiendo. Apretó los dientes y solidificó su aura en forma de barrera. Las magias de tipo mental eran las más difíciles de dominar y repeler.

Recordaba a su padre lanzándole ataques a su centro del miedo y del dolor constantemente.

«¡DESHAZTE DE ELLO! ¡SÁCALO DE TU MENTE!».

Recordaba los ojos ambarinos de Axel observándolo atento mientras él se retorció en el suelo con apenas ocho años, pensando que no sería capaz de soportar ese sufrimiento, que lo partiría por la mitad.

Un gemido de dolor seguido de un sonido de lamento angustioso lo paralizó momentáneamente. Jamás la había escuchado proferir aquel tono de súplica. Wynd nunca había demostrado tener miedo a la muerte. Siempre se había

enfrentado a ella con valor. Incluso cuando había estado a punto de caer desde el acantilado y había tenido la determinación de matarse a sí misma.

Aquel gemido de dolor le robó el aliento.

Nunca había experimentado un tipo de miedo tan real, tan palpable y crudo.

—¡Wynd! —gritó con la voz rota mientras corría hacia ella.

Capítulo 62

Wynd se cayó de espaldas al suelo. La parte de sí misma que estaba entrenada tomó el control de sus manos para evitar que se le cayesen Sombra y Muerte a causa de la impresión.

—¿Qué... qué...? —balbuceó.

Nana dio un paso hacia ella, saliendo por completo de la niebla. Le miró la muñeca izquierda y luego curvó la boca en una mueca. Le había visto esa expresión de desconfianza muchas veces.

—¿Cómo has...?

Nana dio otro paso hacia ella. Levantó la pierna y pisó a Wynd clavándole la bota en la tibia con una fuerza que la hizo gemir de dolor. Cerró los ojos al reconocer qué era lo siguiente que llegaría. Apretó los dientes para evitar morderse la lengua.

La mano derecha de Nana impactó contra su cara con tal fuerza que se la echó hacia atrás. Notó la sangre brotándole y resbalándole por la mejilla. Eso le dejaría un verdugón durante una semana.

Parpadeó para disipar la humedad de sus ojos.

«Puedes soportarlo, Wynd. Lo has hecho mil veces».

Nana le pisó el pecho apretándola contra el suelo y robándole el aire.

«Puedo hacerlo. Puedo hacerlo».

—Lo siento. Lo siento —murmuró sin aliento.

En realidad, se merecía ese castigo y muchísimo más. Conocía las consecuencias de acercarse, de permitirse sentir algo por él. No había luchado contra ello con la suficiente vehemencia. No había demostrado tener la fuerza de voluntad necesaria. Había fallado.

El pie de Nana la pisó con más fuerza, y Wynd oyó como una de sus costillas crujía levemente.

Los ojos huecos de Nana la miraron de forma penetrante. Sus largos dedos huesudos atraparon el mango de un fino puñal de hueso, tan pulido y afilado que reflejaba la luz. Wynd no se lo había visto nunca antes. Nana normalmente prefería el acero de dragón para sus armas.

El corazón le martilleó en el pecho dolorido. No podía respirar. Los huesos astillados le mandaban calambres doloridos por el cuerpo y la mejilla izquierda le latía con fuerza.

—¿Qué vas...?

Su pregunta se transformó en un alarido cuando Nana bajó el cuchillo y se lo clavó en el costado. Sus labios se curvaron en una sonrisa horrible y retorcida, y Wynd vio que dentro no había nada más que humo oscuro.

Y en medio de la nube de dolor, se dio cuenta de que aquella no era Nana, sino un hechizo, una ilusión a la que su miedo había alimentado hasta darle cuerpo, forma y poder para hierla. Por supuesto, aquello iba sobre la astucia.

Trató de girar para librarse de ella, pero el pie la apretó con más fuerza mientras volvía a bajar el cuchillo, esta vez directo a su hombro izquierdo. Wynd trató de levantar a

Sombra para impedirlo, pero un fogonazo de dolor se lo impidió. La hoja de hueso había entrado más profunda de lo que había esperado. Un rápido charco de sangre se estaba formando en el suelo bajo ella.

Rezó para que no fuese el pulmón. Nana la alcanzó en el hombro arrancándole un sonido lastimero. Y de su boca brotó sangre. Sus súplicas habían sido en vano. Volvió a levantar el puñal de hueso para asestarle otra puñalada. La iba a matar. Estaba perdiendo sangre muy rápido, le había perforado un órgano vital. Odiaba su cuerpo humano y débil.

Cerró los ojos; necesitaba concentrarse como había practicado tantas veces. Sintió el calor de los anillos en la piel y el conocido tirón de la magia. Era su mente la que la había materializado, la que había caído en la trampa del miedo y de la culpabilidad. Habían tocado esa parte de sí misma que creía que debía ser castigada por lo que estaba haciendo. Se había convertido en una presa fácil. En su peor enemiga.

Gruñó por el esfuerzo de apartar la presencia de Nana de allí. Deshizo la imagen de su cabeza y dibujó el camino: sin la niebla, con los árboles y las espirales en el cielo.

Cuando abrió los ojos, había roto el hechizo.

La niebla se disipó y el camino volvió a aparecer frente a ellos revelándoles el cuerpo de Wynd unos metros más atrás.

Los ojos llenos de pánico de Aren se posaron sobre ella. Le temblaron las manos e incluso las rodillas al verla. Estaba

tendida en el suelo en medio de un charco de sangre. Sus ojos estaban prácticamente cerrados y claramente le costaba respirar.

Y, por un segundo, temió haber llegado demasiado tarde. Por un segundo, el mundo se le vino abajo.

Aren parecía perdido. Desquiciado.

—Haz algo —suplicó con la voz rota—. Haz algo, por favor.

Navi se arrodilló junto a ella sin importarle mancharse la túnica de sangre.

Sus dedos revolotearon sobre la herida del costado y luego sobre la del hombro. Palideció y reprimió un pequeño jadeo.

—¿Qué? —preguntó Aren con urgencia—. No está muerta. No lo está. —Se llevó las manos al pelo. Los dedos le temblaban con fuerza—. ¿Qué necesitas para curarla? —exigió.

—Casi no respira —dijo Navi con la voz llena de tristeza—. Ha perdido mucha... demasiada sangre.

—¡¿QUÉ NECESITAS?! —gritó él—. Haz lo que haga falta.

Lo ojos de Aren estaban rotos por la urgencia y el miedo. A Navi la dejó estupefacta ver a un sidh, y no a uno cualquiera, sino al hijo del Deirnas, sentir esa clase de dolor por una humana.

Al igual que muchas criaturas ancestrales de gran poder, los sidh habían ido perdiendo su humanidad, su capacidad de sentir empatía, amor y cualquier tipo de sentimiento que no estuviese guiado por el egoísmo. Navi los había odiado durante toda su existencia. Los había creído una raza cruel, despiadada y llena de maldad. Llenos de una ambición de poder sin límites. Jamás habría creído posible ver a uno de

ellos amar a un ser con una vida tan insignificante e intrascendente como la de un humano.

—Tapónale la herida —le pidió.

Aren se acercó y presionó el costado de Wynd, que casi no respiraba. Apartó la mirada. No soportaba el tono blanquecino de su rostro. No soportaba su inmovilidad. No soportaba la idea de...

Navi buscó entre las cosas de su bolsa y sacó varios frascos. Y luego algunas hierbas.

—Puedo cerrarle las heridas, pero será muy doloroso. No sé si lo soportará en el estado en el que está. Tardará un rato... Le dolerá muchísimo. Los humanos no están acostumbrados a...

—Hazlo. Es Wynd, es la persona más fuerte que he conocido nunca. Hazlo.

—Sé que la quieres, pero someterla a ese dolor podría... Será una tortura.

—No lo entiendes. No tiene nada que ver con lo que yo siento por ella. Tiene que ver con que Wynd desearía que lo hicieras. Ella... ella te diría que lo hicieras porque es jodidamente cabezota y fuerte. Así que hazlo. No la subestimes. Nunca. —Habló con la voz densa y rota.

Navi asintió y se acercó a la boca de Wynd para verter unas gotitas del líquido regenerador. Le levantó la cabeza para que tragase. Luego se lo aplicó directamente en los cortes. Todo. Hasta vaciar el frasco.

—Solo queda un problema.

—¿Qué?

—Esto la sanará, pero la sangre... Ha perdido demasiada.

Aren ni siquiera era capaz de mirar al suelo. Ella estaba tan pálida y su cuerpo tan frío... Apartó las manos de la herida del costado y extendió la muñeca hacia la nym.

—Dale mi sangre. Sé que puede hacerse.

Navi casi gritó de estupefacción. Era un gesto tan... noble. El poder de los sidh corría por su sangre, y entregársela a otro significaba darle una parte de su aura, de su núcleo. Incluso entre ellos mismos era un gesto poco habitual.

—Pero ella es humana, no tenéis...

—¿Hay alguna otra opción?

—No, pero...

—Entonces dale mi sangre.

Wynd gimió y se retorció levemente de dolor. El rostro de Aren se contrajo en una mueca llena de sufrimiento.

—¿Sabes cómo funciona el hechizo de sangre? —le preguntó Navi—. Es extremadamente complicado llevarlo a cabo bien.

—¿Me estás diciendo que no sabes hacerlo?

—Sí sé hacerlo. Hace muchos muchos años que no lo hago, pero...

—Por favor —le suplicó él.

Navi sintió lágrimas en sus ojos. Tenía casi doscientos años, y en todos ellos, no había visto a un sidh suplicarle así a nadie de su especie, y mucho menos por nadie que no fueran ellos mismos. Aquello la conmovió profundamente. Deseó que su madre lo presenciara también. Ella, que había vivido la Gran Guerra, que había sufrido los horrores del gran rey... Qué pensaría si viese aquel gesto.

Sacó un pequeño caldero del tamaño de un cuenco y se apresuró a encender un fuego con algunas ramitas. Vertió

unas gotas de agua y movió los dedos mientras balbuceaba sonidos susurrantes.

—Córtate la palma de tu mano dominante y deja caer dos gotas. Asegúrate de que, mientras lo haces, desees que la persona que la va a recibir la acepte. Si por un momento dudas, el cuerpo de Wynd la rechazará. Es una pócima de voluntad.

Aren cogió una de sus dagas. El metal negro besó su piel. La sangre brotó y él la dejó caer con los ojos llenos de una certeza inamovible.

Navi siguió moviendo sus dedos, parecía estar tejiendo con ellos. Del caldero salió una pequeña nube de vapor y el contenido onduló aceptando la sangre de Aren. La nym cogió su pequeña daga y la levantó.

—¿Qué haces? —preguntó Aren, alarmado.

—Tengo que dar mi propia esencia para que funcione.

—No uses la daga de hierro... Te... te quitará...

Navi sonrió de medio lado.

—Una daga normal no conseguirá dejar salir mi esencia. No necesitamos mi sangre, necesitamos mi poder.

Aren frunció el ceño con preocupación y duda.

—Tranquilo. No me matará, solo me debilitará un poco.

Cerró los ojos para contener el dolor de perder una parte de ella y se cortó. El hierro le quemó la piel y la abrió. Un líquido verde y dorado brotó de su mano y se derramó en el caldero. Dos lágrimas resbalaron por las mejillas de la nym al sentir como perdía una parte de su magia, de su alma misma.

Apartó la daga y se envolvió la mano con una venda.

Wynd se sacudía de dolor levemente en el suelo. Su cuerpo estaba demasiado débil para gritar o para sentir de verdad.

—Cuando le demos la pócima, si la acepta... se recuperará más deprisa... Pero también le dolerá... más — dijo Navi casi sin aliento.

Apagó el fuego y vertió el contenido anaranjado en un frasco grueso y opaco. El poder era tal que destrozaría un cristal normal.

—Espero que... estés preparado, porque va a sufrir.

Aren tenía tan apretada la mandíbula que le palpitaba uno de los músculos. Todo su cuerpo estaba tenso y rígido.

—Hazlo y te deberé la vida —le prometió.

La sonrisa de Navi fue triste y melancólica.

—No me prometas eso, principito. No quiero tu vida. Prométeme en cambio que harás lo posible por sacarnos de aquí.

—Lo haré. Te lo juro por Luna, madre de todo lo mágico, y por las estrellas de las que somos hijos.

Navi se acercó a la boca de Wynd, le inclinó levemente la cabeza y vertió el líquido entre sus labios.

Capítulo 63

Los ojos de Navi volaron hasta Aren, que parecía a punto de vomitar mientras miraba a Wynd retorcerse de dolor.

—Te advertí de que no... sería agradable. Es humana. Tu sangre tiene magia que ha ido directa... a su sistema.

Aren se giró y pegó la frente a la corteza de un árbol. Sentía un fuerte dolor palpitante en las sienes. Las sombras acariciaban su mente haciéndole temblar de rabia y odio. Apoyó los puños en el tronco del árbol, que se tiñó de negro al contacto con su piel.

—¿Cuánto? —preguntó con la garganta apretada mientras trataba de calmarse.

—No lo sé.

Navi se dejó caer al suelo, agotada.

—Va a funcionar, ¿verdad? —murmuró Aren con la voz cargada de angustia.

—No lo sé... Espero que sí. Tú lo has dicho, confía en su fuerza. Es lo único que puedes hacer.

La espalda de Wynd se curvó hacia arriba y un grito desgarrador de dolor brotó de su garganta. Sus ojos se abrieron de golpe y sus dedos arañaron el suelo. El anillo de su ojo izquierdo titilaba.

«Me muero. Me estoy muriendo».

Su cuerpo ardía en llamas, sus huesos se quebraban, sus músculos se estiraban. Jamás había experimentado un dolor igual. La cuerda dentro de su pecho se deshilachó y vibró dentro de ella. Apenas quedaban unas hebras, las únicas que impedían que su alma escapase de su cuerpo. Las pocas y débiles hebras que la mantenían unida a la vida.

«Me muero».

La cabeza le estallaba de dolor. Fogonazos de imágenes inconexas la sacudían. Unos ojos azules, unas manos blancas acariciándola con ternura. El tacto suave de una melena plateada haciéndole cosquillas contra la mejilla. Oscuridad. Sangre. Y luego nada. Soledad.

«Me muero».

No lo soportaría. Dolía demasiado. No quería experimentar esa clase de dolor nunca más. Quería que todo acabase. Quería descansar. Otra de las hebras de la cuerda se partió.

«Me estoy muriendo. Es el final».

El cuerpo de Wynd se relajó durante un segundo. Su garganta dejó de gemir, ahogada por el dolor.

«Quiero que acabe. Quiero irme. Quiero que termine para siempre».

Había un lugar allí, escondido muy profundo en sus recuerdos. Era cálido y confortable, como un abrazo. Era seguro. Un lugar donde se sentía en paz, acompañada, amada.

En ese lugar sonaba una melodía ligera. Música suave de piano. Una nana que la mecía delicadamente. Wynd quería

quedarse allí. Quería dejarse caer por completo dentro de esa realidad, de ese recuerdo.

Estaba muy cansada de pelear, de levantarse una y otra vez. Estaba cansada de esa vida de barro, sangre, sudor y lágrimas. Del dolor constante. Ella... ella en el fondo solo se sentía sola. Solo deseaba encontrar un hogar.

—No se mueve. ¿Por qué no se mueve? —inquirió Aren alarmado, dejándose caer de rodillas a su lado.

—Quizás... quizás no lo... Te lo dije, es demasiado para un humano. —Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—¡No! No. No.

Aren cogió la mano de Wynd entre las suyas.

—Pecas —susurró muy bajito, como si le estuviese contando una confidencia—. Vamos a salir de aquí. Navi, tú y yo. No solo eso. Vas a estar entre los diez últimos, vas a ganar estas pruebas y vas a demostrarle al mundo lo fuerte que eres. La primera humana que supera las pruebas de los rhydra. La primera que cruza las puertas de Oed, que soporta llevar diez anillos de piedra de luna. Y yo voy a verte hacerlo. Yo voy a estar a tu lado, si me quieres. Voy a estar a tu lado. —Se le quebró la voz—. Y espero que algún día... Que puedas perdo... Por favor, Pecas, por favor, no te vayas.

Aquella voz, su sonido favorito en el mundo, traspasó la barrera del dolor, traspasó el fuego que la consumía, traspasó la densa inconsciencia que se estaba apoderando de su cuerpo mientras se dejaba ir, y llegó hasta ella. Detrás del cansancio, de la tristeza, la soledad, de las heridas, los

cortes, los desgarros... detrás de esa vida tortuosa, injusta, dolorosa y descarnada había algo... algo bueno. Una emoción que le llenaba el alma, que reconstruía su corazón roto. Una emoción que la abrazaba cálida, dulce, reconfortante. Y ella deseaba volver a ese sitio. Deseaba... volver a él.

Merecía la pena pelear por aquello.

Porque lo amaba.

Porque ahora ya no estaba sola. Dejó de caer.

Sus dedos se movieron y su cuerpo sufrió una sacudida.

Aren volvió a respirar al verla moverse. Al ver que su pecho subía y bajaba. No soportaba saber que aquello le estaba haciendo daño, pero... pero no podía perderla. La sola idea lo... lo arrojaba a un abismo de oscuridad.

Navi los observó con los ojos llenos de lágrimas.

Aren le apretó la mano sin apartarse de ella mientras combatía aquella batalla contra su propio cuerpo. Más tarde, cuando el dolor fue remitiendo y atenuándose y ella cayó en un suave estado de letargo, Aren se tumbó a su lado. Algo en aquel gesto le recordó a la noche que miraron las estrellas a través del ventanal de la Academia. Wynd le devolvió el apretón.

Aren sintió un nudo en la garganta al mirarla. Cerró los ojos y se llevó la mano de Wynd a los labios para besarla. Tenía las uñas llenas de tierra y sangre. Se las había roto de arañar el suelo. Una lágrima solitaria resbaló por el lateral del ojo izquierdo de Wynd, cayendo por su sien. Sus labios se movieron en silencio trazando su nombre, llamándolo en su inconsciente nube de dolor.

Él se quedó a su lado durante las horas que tardó ella en sanar. Con los ojos abiertos, consciente de que no debía dormirse o perderían todo lo avanzado. Navi cabecaba junto a un árbol. Su mano herida estirada sobre su regazo.

Poco a poco, la respiración de Wynd fue calmándose y ralentizándose. Poco a poco, fue dejando de retorcerse y padecer. Y entonces, volvió a abrir los ojos confusa y mareada. El anillo de su ojo izquierdo ya no titilaba, pero en vez de su color negro habitual, parecía mucho más claro, menos opaco.

Wynd parpadeó y giró la cabeza hasta encontrarse con la mirada cargada de preocupación de Aren. Sus dedos ásperos le acariciaron el rostro. El verdugón y la sangre habían desaparecido. Solo quedaba una tenue marca de color morado.

Ella se estremeció, abrumada por la delicadeza de su caricia y por el cariño que encerraba el gesto.

—Estás viva —susurró Aren con la voz estrangulada.

—¿Qué... ha...? —Wynd tenía la garganta seca y sonaba como hojas partidas.

Navi apareció a toda prisa con un pequeño frasquito lleno de un líquido transparente.

—Te encontramos malherida.

Wynd se incorporó apoyándose en los codos y cogió el frasquito para beberse.

—¿Qué me ha...?

—Navi te ha curado.

La nym ladeó la cabeza y lo miró con curiosidad.

—Él te ha...

—¿Qué es lo que ocurrió? —preguntó Aren interrumpiendo a Navi.

Wynd se miró. Tenía el traje agujereado donde la habían apuñalado, pero su piel estaba cerrada. Tenía un color rosado y todavía le escocía levemente, pero había sanado. Estaba segura de que moriría. En el momento en el que había visto la cantidad de sangre que había perdido...

—Una aparición... Dejé que el miedo me dominara tanto que le di el poder de herirme. Una parte de mí misma... —«Creía que lo merecía», autocompletó en su mente; pero guardó silencio—. Cuando me di cuenta de que no era real...

—Deshiciste el hechizo, pero casi fue demasiado tarde —dijo él angustiado.

—Lo siento —susurró. Sentía haberle preocupado, sentía el miedo por el que él había pasado. Aquellas palabras fueron su modo de reconfortarlo, porque sabía que, si la situación se hubiese dado al contrario, ella también se habría sentido igual de angustiada.

Navi se agachó al lado de Wynd y le pasó los brazos alrededor del cuello para abrazarla. A Wynd el gesto de cariño la cogió por sorpresa. Echaba mucho de menos a Cordelia en ese momento. Su amor, su cariño, su comfortable simpatía, su alegría cálida.

Le pasó la mano por el enredado pelo a Navi tratando de devolverle el gesto. Aren se rio disimuladamente de la torpeza de Wynd.

—Eres tan cariñosa como un erizo, Pecas —bromeó, y hacerlo le hizo sentir más ligero.

Ella levantó la mano y le mostró el dedo corazón. Aren le tendió una mano y la ayudó a levantarse.

Wynd se tambaleó mareada y él la sujetó de los codos para estabilizarla. Odiaba sentirse tan débil. Tomó aire y dio un paso atrás, separándose de él.

—Estoy bien.

—¿Segura? Estamos muy cerca, puede que lo que haya ahí sea mucho peor.

Wynd giró el tronco, se dobló por la mitad y luego se sostuvo sobre la pierna que la falsa Nana le había pisado. Todavía no estaba al cien por cien, pero podía avanzar y lo haría. Quería salir de ese jodido laberinto de una vez.

—Sí. Estoy lista —anunció iniciando la marcha—. Hemos perdido demasiado tiempo. —Miró el cielo—. Está amaneciendo. Ya llevamos aquí dos días completos, no quiero que sean tres.

Navi se metió un frasquito en uno de los bolsillos de la túnica y comenzó a caminar.

Aren se inclinó para acercar la boca a la oreja de Wynd.

—Estoy orgulloso de ti, Pecas —dijo, y luego siguió hacia delante. Ella sintió algo cálido en el pecho.

El centro del laberinto estaba lleno de caminos. Cada pocos metros, aparecía una bifurcación que no los conducía a ninguna parte o que los alejaba, y tenían que volver a deshacer el camino tratando de recordar todos los giros que habían dado.

Algunas bifurcaciones no medían más de unos pocos metros y estaban todas amontonadas.

—Izquierda primero, derecha, derecha, izquierda —enumeró Wynd.

Estaban cansados, doloridos y frustrados.

—¿Quieres descansar? —le preguntó Aren.

—No. Estoy bien —insistió.

Tomaron otro camino mientras Wynd volvía a enumerar todos los giros para recordarlos.

—¿No os da la sensación de que el suelo se está inclinando? —murmuró Navi, que tenía aspecto febril.

—Ahora que lo dices sí.

Aren giró y, después de caminar unos pasos, volvió hacia atrás.

—Sin salida.

—Izquierda, derecha, derecha, izquierda, derecha y derecha —volvió a enumerar Wynd—. ¿No te parece raro que no nos hayamos encontrado con ningún otro participante?

—Si mis cálculos son correctos, después del inicio de la prueba quedábamos unos veintiuno. La mayoría nos sacaba unas seis horas de ventaja. Sin contar con que no entramos por el mismo lugar que ellos. Algunos deben de haber salido ya, otros no. Quizás ahora mismo no haya más de siete u ocho participantes dentro, quitando los que han conseguido salir y los que... no lo han logrado. Este lugar es enorme, además.

Wynd reprimió un escalofrío. ¿Estarían Blue y Cordelia entre esos siete que podían quedar vivos o que habrían conseguido salir? La posibilidad de que hubiesen muerto la sacudió como un puñetazo en el estómago e hizo que sintiera náuseas.

Saldrían. Blue y Cordelia eran inteligentes, sabrían salir. Debía confiar en ello.

Aren tomó otro desvío y arriba las espirales se movieron encajándose a la perfección la una en la otra,

convirtiéndose en una sola. Un destello trazó el recorrido desde el extremo final hasta el centro. En el momento en que llegó a la punta de la espiral, la tierra bajo sus pies se inclinó como un embudo.

Wynd se tambaleó hacia delante perdiendo el equilibrio y Aren la atrapó del brazo. Navi estiró la mano para agarrarse a Wynd.

—¿Qué...?

La tierra se abrió en dos y terminó de ponerse en vertical arrastrándolos hacia la abertura y tragándose a los tres.

Capítulo 64

Aterrizaron sobre una plataforma de metal. Aren cayó de pie flexionando las rodillas para amortiguar la caída. Wynd rodó sobre su costado hasta quedar apoyada sobre una rodilla. Se había caído tantas veces en su entrenamiento que había aprendido a hacerlo bien. Y Navi lo hizo sobre Aren, que la atrapó al vuelo.

Estaban dentro de una caverna rocosa y poco iluminada. Sus pasos resonaban en el suelo de acero. Estaba dividido en planchas grandes y rejillas de distintos tamaños.

—Es el final —murmuró Wynd asombrada.

—Lo descifraste, Pecas —dijo Aren en tono orgulloso.

Los ojos de Navi brillaban de anticipación, casi como si estuviese visualizando el mundo exterior.

Wynd no paraba de darle vueltas al final de la historia de Ossian. Según el libro, ella no había conseguido salir y había muerto. ¿Habría tomado un camino que no era? ¿Tendrían que elegir ellos de algún modo la puerta correcta? Quizás un camino los condujese a la caverna de fuego y otro a la salida de verdad. Pero si era así, ¿por qué la princesa no había intentado volver? Quizás se le había acabado el tiempo para resolverlo. Tal vez prefirió morir a intentarlo y fracasar, y que la casasen con el príncipe norteño.

Wynd se llevó la mano a la mejilla. La pintura azul del hongo citreo casi había desaparecido. Su pelo, aparte de estar sucio, había perdido el color también, a excepción de algunos mechones sueltos.

Aren inició la marcha con paso firme y cuidadoso. Su aura ondulaba a su alrededor como un escudo en alto.

Al estar tan poco iluminada la caverna, era imposible ver qué había a lo lejos hasta que se acercaban.

—¿Qué vas a hacer cuando salgamos? —le preguntó Wynd a Navi.

—Solía vivir cerca de las montañas Hillias, así que iré allí. Me gustaría volver a vivir el solsticio de invierno en casa. Es un día mágico para los nym. Y luego no sé. Solo pienso en cómo se sentirá volver a respirar el aire cargado de nieve, ver los enormes abetos, el paisaje de tundra... las enormes rocas afiladas donde los nym nos refugiamos. Echo tantas cosas de menos de mi hogar. —Su voz estaba cargada de nostalgia—. Desearía volver a ver a alguno de los míos. Saber si... si todavía siguen vivos.

—¿Tienes familia allí?

—Mi madre murió antes de que me atrapasen. Pero tenía dos hermanas y un hermano pequeño. Quizás no estén allí. —Su voz tembló—. Quizás hayan muerto. Llevo quince años aquí. Aun así, aunque no estén, es mi hogar y el hogar de los nym. Quisiera verlo una última vez, sentirme libre de nuevo.

Wynd sintió algo cálido escuchándola. Ella no echaba de menos los Páramos de esa forma. Tampoco la aldea de Meridia. En realidad, nunca había sentido que ninguno de esos lugares fuese su hogar. El paisaje de los Páramos era

demasiado tenebroso e inhóspito, y allí, aparte de algunos recuerdos dolorosos y un entrenamiento exhaustivo, no tenía demasiado.

¿Cómo sería anhelar el hogar?

Miró de reojo a Aren, que caminaba con el ceño fruncido, perdido en sus pensamientos o demasiado concentrado en la caverna. Quizás el hogar no fuese un lugar, quizás fuese una sensación de pertenencia. Quizás fuesen recuerdos que añoras. O personas. Quizás el hogar lo conformaban quienes te hacen sentir seguro, feliz, amado.

Su hogar había sido Meridia, y su amor maternal. Y ahora su hogar eran...

El suelo tembló bajo sus pies.

Y una enorme bestia aterrizó sobre la plataforma unos metros detrás de ellos. Su peso hizo temblar el suelo. El animal debía de medir unos tres metros, y tenía unas patas del tamaño de un humano. Su pelaje era blanco puro y unos rayos de electricidad lo recorrían. Su boca ancha estaba abierta mostrando dos filas de enormes y afilados dientes. La baba le goteaba en hilos por la barbilla. Tenía un hocico puntiagudo con una nariz rosada que tenía retraída en un gesto amenazador, y sus ojos dorados brillaban llenos de rabia.

Un lobo huargo. O al menos tenía el aspecto de uno, pero Wynd había oído que estaban casi extintos y nunca había oído que...

—Está hechizado. Rayos. Lo han vuelto loco con rayos — contestó Aren a su pregunta no formulada.

El animal volvió a rugir. Se inclinó ligeramente hacia atrás sobre las patas y luego se lanzó hacia delante a toda

velocidad.

Wynd sacó las pequeñas dagas de su cinturón y se giró.

Fijó la vista en el pecho del animal. Echó el brazo derecho hacia atrás y le lanzó una de las dagas, que voló firme y certera. No le hacía falta magia para aquello, su puntería siempre había sido increíble.

La daga chocó con el pelaje del lobo y rebotó cayendo hacia atrás.

—¿Qué...?

—Los rayos. Los rayos deben de funcionar como una especie de campo de fuerza.

Wynd se dio la vuelta y echó a correr junto con Aren y Navi.

—No somos lo suficientemente rápidos.

Aren volteó medio cuerpo hacia el lobo y echó el brazo izquierdo hacia atrás, lanzándole sus cuchillas de aire, que giraron raudas. Solo un par de ellas lograron hacerle cortes superficiales al animal.

—Quienquiera que haya creado la barrera es fuerte —le dijo él.

Wynd pensó en Herice y en su expresión llena de placer al dejarles en el laberinto.

La caverna giraba a la izquierda bruscamente. El camino se inclinaba hacia arriba cada vez de forma más pronunciada, lo que dificultaba aún más la carrera. Y al final, podía divisarse una puerta.

El lobo giró con tanta fuerza que derrapó y chocó con la pared de la caverna. Las garras de sus patas arañaron el metal, dejando surcos. Debía de haber alguna forma de librarse de él sin pelear. «Astucia», se repetía Wynd una y

otra vez; esa prueba iba de astucia. Así se habían librado de los reptantes, usando la astucia...

—¿Puedes abrir el suelo con lo que te queda de energía?
—le preguntó entonces a Aren.

—¿Qué?

—No tenemos que huir ni pelear, tenemos que derrotarlo usando esto. —Se señaló la cabeza—. El suelo es de metal, debe de ser por algo. —Aren la observó asombrado—. ¿Puedes? —repitió ella.

—Eso creo, pero no sé cómo de grande puedo hacer el agujero. —El lobo seguía acercándose a toda velocidad—. Apartaos —les pidió Aren.

Wynd cogió a Navi de la mano y tiró de ella hacia delante. Habría intentado cargarla, pero casi no podía con su propio peso.

El aura de Aren brilló a su alrededor mientras la convocaba y la llevaba hasta su puño izquierdo. Se concentró en extraer cada gota, dejándose solo unas milésimas; las suficientes para no desplomarse después de aquello. Los aros de su oreja se calentaron y vibraron.

«Más. Más. Necesito más», se dijo el muchacho.

El lobo se echó hacia atrás al mismo tiempo que Aren golpeaba el suelo con la palma de su mano.

«Más».

Sintió la oscuridad apoderarse de su cerebro.

Liberó toda su rabia, su dolor. Todo el miedo que había sentido al ver a Wynd tumbada en aquel charco de sangre. Descargó toda la frustración, el amargo sabor de la decepción y el odio que sentía por lo que estaba haciendo, lo que llevaba semanas reprimiendo mientras lo consumía

poco a poco. Cada pensamiento negativo, cada herida. Liberó la ira y la angustia que había ido acumulando desde que habían empezado aquellas pruebas.

Las sombras le nublaron la vista, cegándolo. Gruñó al sentir el poder recorriéndole el cuerpo como una descarga eléctrica, alimentándose de su propia oscuridad.

El lobo se estiró saltando hacia delante, mientras el metal temblaba y Aren rodaba hacia atrás, empujado por la onda expansiva del impacto. No se fundió ni se partió. Voló en pedazos. Trozos de metal saltaron en todas direcciones rebotando en la caverna.

Aren se puso de pie con un movimiento ligero y elegante, y corrió huyendo del acero que estallaba bajo sus pies. La ondulación de la plataforma hizo caer a Wynd y a Navi.

El lobo trató de sostenerse con sus garras y dientes mientras su cuerpo se quedaba colgando. El metal chocaba con la barrera de su piel y salía disparado.

—¡Corred a la siguiente plataforma antes de que estalle todo! —gritó Aren.

Había vuelto a dejarse dominar por su poder. Un punzante dolor de cabeza le hizo fruncir el ceño. Ese era él en realidad.

Los trozos de metal explotaban a su alrededor, cortándolos como cuchillas afiladas. Wynd se lanzó al siguiente tramo y tiró del brazo de Navi mientras Aren aterrizaba a su lado. Al cabo de unos pocos segundos, la explosión se detuvo.

Detrás de ellos, diez metros de suelo habían desaparecido, revelando un abismo oscuro. No había rastro del lobo.

Wynd se dejó caer de espaldas. Le dolían las costillas y los pulmones le pinchaban por la falta de aire. Jamás había sentido esa necesidad de respirar.

Aren se arrancó un trozo de metal del brazo con una mueca.

Navi respiraba pesadamente, de espaldas al camino. Apoyó una mano sobre su muslo y se dobló ligeramente. Tosió agotada, llevándose la mano a la boca. Sintió algo húmedo y cálido y la miró.

Sangre de un tono suave de verde le manchaba la palma.

Su sangre.

Mientras Navi miraba a Wynd totalmente desconcertada, se le doblaron las rodillas y cayó al suelo golpeándose con fuerza.

Capítulo 65

Wynd se incorporó al verla caer. Navi tenía la comisura de la boca llena de sangre, que le goteaba hasta la barbilla. Sus ojos estaban muy abiertos y llenos de pánico. El aire se le quedó atascado en el pecho. El tiempo se paralizó, se estiró.

—¡Navi! —susurró Aren.

Sintió al sidh moverse a su lado, un borrón de negro corriendo hacia la nym y sosteniéndola en sus brazos. Wynd quiso ir hacia ella, quiso correr a ayudarla, pero su cuerpo no funcionaba.

Aren giró su pequeño cuerpo hasta que reveló un pedazo de metal clavado en su espalda. No era muy grande, pero estaba justo... Estaba clavado justo a la altura del corazón.

Los ojos de Aren buscaron los de Wynd. Había una pena profunda en ellos.

—Navi —la llamó—. Navi, tus medicinas: dámelas. Tiene que ser ya.

Ella levantó la cabeza y miró los ojos azules de Aren. Había miedo, había culpa, había tristeza y había cariño en ellos. Sonrió. Jamás un sidh la había mirado con cariño.

—No quedan. Las gasté con... —Su voz afilada se quebró.

Wynd seguía paralizada, mirándola sin poder creerlo. El rostro de Aren se contrajo en una mueca de pánico.

—Te la sacaré y... Puedo hacerte un torniquete. Puedo...

—No servirá.

A Navi le costaba respirar. Sufrió un nuevo ataque de tos y se manchó de sangre la túnica.

—Estoy débil. La pócima de sangre... Ya conocía las consecuencias de hacerlo. Sabía que arrancarme un trozo de poder me debilitaría, pero...

Los ojos de Navi se dirigieron a Wynd, que parpadeaba tratando de disipar las lágrimas. Su respiración eran jadeos entrecortados. Parecía absolutamente horrorizada. Luego miró de nuevo a Aren, a sus ojos torturados por la culpa.

—Lo volvería a hacer. Es la primera vez que veo a... un sidh amar de esa forma —murmuró con un hilo de voz apenas audible—. Sabía que esto podía pasarme. No es culpa tuya, forma parte del viaje.

Aren no encontraba la forma de hacer que su garganta funcionase. No encontraba las palabras que decirle.

—Ese es el regalo que os hago por haberme dado esperanza. Durante un día, he vuelto a soñar con la libertad.

Wynd por fin encontró su voz.

—¡NO! No, no, no. Tú vienes con nosotros. Tienes que aguantar, tienes que ir a tu hogar, tienes que encontrar a tus hermanos y oler la nieve —gimió con la garganta apretada.

Se arrastró hasta ellos y cogió una de las manos de Navi entre las suyas.

—¿Sabéis qué les pasa a los nym cuando mueren? Su esencia, su magia, su alma vuelve a los remolinos. Pero una pequeña parte de ellos, esa que está ligada a la tierra, a las plantas, a la naturaleza misma de la que somos hijos, permanece.

Cada vez hablaba más despacio y con más dificultad, como si cada palabra le requiriese mucho esfuerzo. Metió la mano en uno de los bolsillos de la túnica y sacó un pequeño frasco de cristal.

—Cuando esa pequeña parte de mí salga de mi cuerpo, atrapadla en este frasquito y llevadla a mi hogar. Llevadme de vuelta a casa, por favor. No estaba segura de si mi cuerpo lo conseguiría, pero al menos... al menos quiero asegurarme de que mi alma lo hace. De que volveré y seré libre. De que pasaré el resto de la eternidad en mi hogar.

—¿Por qué...? —La voz de Wynd tembló, rota—. No tenías por qué... ayudarme.

—Porque... —Los ojos de Navi comenzaron a cerrarse—. Porque hacía años que no sentía esperanza, hacía años que había dejado de creer que este mundo pudiese cambiar. He vivido casi dos siglos y he visto... he visto cosas atroces. Pero cuando os vi, cuando vi cómo él... —No pronunció las palabras, solo Aren podía hacerlo cuando estuviese listo—. Quizás sí hay esperanza, quizás sí hay salvación. Quizás tú estés destinada a grandes cosas, y yo... yo quería al menos haber contribuido un poquito a eso. Puede que yo no vaya a verlo, pero si mis hermanos siguen ahí fuera... quizás ellos sí sean testigos de ello. Y ese es el regalo que les hago.

Navi le puso el frasquito a Aren en la mano, y él lo agarró con fuerza.

—Cumple tu promesa, principito.

El pecho se Navi dio una pequeña sacudida y ella cerró los ojos del todo.

—Navi... Navi, no... —susurró Wynd con la voz rota de dolor—. Navi... Navi, por favor —gimoteó.

El alma de la nym comenzó a elevarse en volutas de verde brillante hacia arriba. Excepto una pequeña bolita del tamaño de una gota grande de lluvia. Tenía un color más fuerte y un brillo más intenso. Aren abrió el frasco y capturó la esencia de Navi sintiendo que el corazón se le partía por la mitad.

Había sido por él. Ella había renunciado a parte de su poder para ayudar a Wynd porque él se lo había pedido. Y él... él había destruido esa jodida plataforma volándola por los aires. Había liberado la oscuridad que tenía dentro de él y le había costado la vida a ella.

Dos lágrimas gruesas y solitarias se desbordaron de los ojos de Wynd y cayeron por sus mejillas. Le faltaba el aliento. Le dolía el pecho. Esperó a que el llanto se apoderase de ella, esperó a que la tristeza la devorase. Pero solo sintió un horrible vacío. Una dolorosa y jodida sensación de soledad y de nada.

«Déjame llorar».

«Déjame romperme en trocitos».

«Déjame gritar de pena».

«Déjame destrozarme. Déjame volverme loca de tristeza».

«Déjame romperme el pecho».

«Déjame enterrarme en este dolor», suplicó.

Pero no derramó más lágrimas que esas dos. Su cuerpo no se lo permitió. No se lo merecía. Ella, que había quitado tantas vidas, no se merecía llorar la pérdida de alguien. Ella, que fue capaz de matar a alguien a quien quería para cumplir un castigo de Nana. Su corazón era oscuro al igual

que su alma, y no tenía el derecho de expresar esa clase de emoción.

Aren dejó el cuerpo sin vida de Navi en el suelo. Se quitó la chaqueta y la tiró a la plataforma. Cogió un trozo de la manga de su camiseta y la cortó. Acercó el pedazo de tela al rostro de la nym y le limpió la sangre.

Wynd lo observó con la mirada perdida y el cuerpo encogido de pena. Aren la colocó con cuidado, alisándole la túnica y extendiendo su pelo. Navi parecía una niña que dormía en paz.

Wynd se puso de pie pesadamente y fue hasta Aren. Con mucho cuidado, entrelazó los dedos con los suyos apretándole la mano.

—No es culpa tuya —le susurró ella mientras le acariciaba el dorso de la mano con el pulgar—. No es culpa tuya. Has hecho lo que tenías que hacer para librarnos de ese lobo. Ha sido un accidente.

Aren no estaba tan seguro de que no fuese culpa suya. Pero ya cargaba con el peso de muchas muertes sobre los hombros. ¿Qué era una vida más dentro de una larga lista, verdad?

Desenlazó sus dedos de los de Wynd. No se merecía que lo consolase.

—Te veré, Navi. Cada vez que mire las flores, te veré. Nos encontraremos, mi pequeña amiga —se despidió Wynd con un nudo en la garganta.

Capítulo 66

El mundo pesaba el doble. La dolorosa certeza de que había perdido a alguien para siempre era un sentimiento familiar para Wynd, pero que hacía mucho no sentía. Y esa amarga seguridad era como reabrir una vieja herida.

Aren caminaba unos metros por delante de ella. La rigidez de sus hombros y de los músculos de su espalda revelaba la ira y rabia que sentía. Si le hubiese quedado una gota de energía dentro, habría destruido aquella caverna.

Wynd se obligó a caminar sin mirar hacia atrás al cuerpo de Navi. Detestaba ese dolor, detestaba esa sensación que le atravesaba el pecho y le robaba el aliento. Se llevó la mano al corazón y se clavó las puntas de los dedos. La vida era más fácil antes de ir a esas pruebas. Dolía menos.

La idea de que no volvería a ver el rostro de la nym llenarse de ilusión, de que al final no tendría su final feliz, le provocó un nudo de angustia. La imagen de la pequeña mujer en la nieve que nunca vería dolió tanto como las puñaladas que había sufrido la noche anterior.

Alcanzaron la puerta que estaba a pocos metros. La adrenalina bombeó fuerte por su sangre.

Había algo en los ojos de Aren, una emoción que empañaba el brillo de sus pupilas, que apagaba el azul de sus iris.

¿Miedo?

No tenía sentido. ¿Por qué tendría él miedo? Era el más fuerte de los dos, el más fuerte de todos los participantes de esas malditas pruebas, junto con Axel.

Aren levantó ligeramente su mano izquierda dirigiéndola hacia ella, pero la dejó caer cerrándola en un puño apretado.

—Salgamos de aquí de una vez.

Wynd se volvió hacia la puerta y se acercó hasta quedar a unos pasos de ella. No tenía pomo ni cerradura. Era un simple portón de madera con la parte superior semicircular.

Había algo gravado en la madera:

Es falsa.

Y te traiciona prometiéndote la verdad.

Envenena tus sentidos.

Y ciega tus verdaderos ojos.

Juega con tus sentimientos.

Y es tu peor enemiga.

No debes fiarte de ella...

—Un acertijo.

—Supongo que la respuesta correcta abrirá la puerta.

Ambos leyeron en silencio las palabras una y otra vez mientras le daban vueltas a la solución. «Falsa y traicionera...».

—A esto me refería con que el rey Holz era un tipo muy aburrido sin mucho que hacer en su vida. Solo la gente que ha vivido milenios tiene el tiempo de idear estúpidos acertijos —se quejó Aren claramente de mal humor.

«¿Qué te envenena? ¿Qué te promete la verdad y es tu peor enemiga?», se preguntaba Wynd, absorta. «¿Qué juega con tus sentimientos...?».

«¿La esperanza, tal vez? Nada juega más con tus sentimientos que la esperanza. Y es falsa y no debes fiarte de ella. Pero ¿ciega la esperanza tus verdaderos ojos?».

Algo se encendió en su mente. Unos dedos largos que la señalaban.

«No te fíes de esto», había dicho apuntado su vista; «ni de esto», había dicho casi rozando su cabeza. «Mira con esto», había terminado, señalando su corazón.

«¿De dónde viene la esperanza? ¿Quién la crea? ¿Quién te hace ver cosas que no son verdad y te engaña? ¿Quién es veneno para los sentidos? ¿Quién es tu peor enemigo? ¿Quién te traiciona porque es capaz de destruirte aun perteneciéndote?».

—La mente —dijo Wynd respondiéndose a sí misma—. La respuesta es la mente.

Aren, que seguía mascullando quejas por lo bajo, la miró sorprendido.

Las letras se iluminaron con un brillo que las recorrió de izquierda a derecha y de arriba abajo por las líneas. Cuando llegó al final, el brillo inundó toda la puerta y esta vibró abriéndose con un chasquido.

«Gracias, Lebhar».

—¿Te he dicho alguna vez lo increíble que eres, Pecas? —dijo Aren con la voz ronca.

—No lo suficiente. —Ella sonrió, pero la sonrisa no le llegó a los ojos.

El espacio de dentro estaba oscuro, parecía un pasadizo estrecho y pequeño. Cuando traspasaron la puerta, esta se cerró de golpe y con firmeza.

Aren quiso estirar la mano y agarrar la de Wynd, asegurarse de que iba a su lado y de que no la perdía en la oscuridad. El miedo que había sentido arriba en el laberinto era tan real, palpable y físico que podía incluso saborearlo.

Pero si la tocaba... entonces no se quedaría solamente en su mano. Querría más. Necesitaría más. Nada sería suficiente para calmar ese doloroso fuego que era el pánico en su pecho.

Así que simplemente caminó pegado a Wynd acomodando su paso al de ella. Él veía mejor en la oscuridad, pero ella tenía unos sentidos increíbles, de modo que, aunque no veía nada, era capaz de caminar sin chocar con las paredes y de seguir el trazado a la perfección.

—Aren —susurró Wynd.

—¿Qué?

La caverna se abrió en un espacio grande y circular.

—Yo... Cuando estaba... —Wynd tragó para deshacer el nudo de su garganta—. Cuando estaba herida, me pareció oír tu...

El suelo tembló bajo sus pies y Aren pegó a Wynd a él mientras todo se derrumbaba a su alrededor. La roca cayó agrietándose y resquebrajándose en pedazos que un mar de fuego líquido que lo iluminó todo se tragó. Los dejó atrapados allí en medio sin posibilidad de correr hacia delante o de huir en ninguna dirección. El suelo desapareció por completo, solo quedaron ellos dos suspendidos en un pedazo de piedra a unos cinco metros del fuego.

Ambos se quedaron muy quietos. Paralizados por la sorpresa. Las palabras suspendidas en el aire...

—El mar de Ossian —murmuró Wynd al cabo de unos segundos.

Los ojos de Aren ardían desesperados reflejando las llamas doradas de abajo.

—Tiene que haber algo...

Los dos se miraron confusos, incapaces de procesar cómo habían acabado ahí. Así.

—¿Y si nos hemos equivocado de camino? ¿Y si esa no era la respuesta correcta del acertijo? Quizás si te equivocas la caverna se destruye y quedas atrapado para siempre —se lamentó Wynd.

—No puede ser. Tiene que haber algo, algo que estamos pasando por alto, Pecas.

—Pero Ossian murió. Este es el final de su historia. No esperó a que su padre viniese a por ella para casarla. Llegó hasta aquí y, al ver que no podía seguir, simplemente se lanzó.

Se le cerró la garganta. Quería gritar de rabia o llorar. No... no podía ser verdad. No podían haber llegado hasta allí para quedar atrapados, para morir. No era justo.

—No puedo crear mis alas. No me queda energía —confesó Aren con la voz llena de ira. Su aura oscura no era más que una tenue sombra traslúcida.

El único borde por el que podían salir era el que estaba cerca de la puerta cerrada por la que habían entrado. Y eso estaba al menos a unos treinta metros de distancia de ellos. Además, estaba segura de que esa puerta no se abriría.

—No lo entiendo. No entiendo en qué hemos fallado. Hemos seguido a la perfección el esquema de las espirales

y no recuerdo que hubiese bifurcaciones en el camino hasta aquí —comentó Aren.

—Tiene que ser el acertijo. Debía de ser otra respuesta. Quizás a Ossian le pasó lo mismo, quizás ella también se equivocó y acabó aquí. Pensé que podría ser la esperanza, pero la mente me encajaba más porque...

—¿Por qué?

Wynd frunció el ceño mientras pensaba.

—Lebhar me dijo que no me fiase de mis ojos ni de mi cabeza. Que debía mirar con esto. —Se apuntó al pecho.

—Muy poético —murmuró Aren.

—Ese día yo estaba mirando un libro que había dejado abierto en la biblioteca. Y en ese libro aparecían... —Se mordió el labio.

La imagen de los centinelas.

El dibujo del hada atrapada en el mar de fuego.

Y el esquema de las espirales. Un dibujo que parecía estar en tres dimensiones, como si saliese del libro. Lo recordaba perfectamente porque lo había seguido con el dedo y había pensado...

Había pensado que el centro del dibujo caía hacia abajo como un embudo.

Un embudo... Eso es lo que le había parecido el laberinto cuando se los había tragado hasta llevarlos allí.

¿Y si la salida estaba abajo? ¿Y si había que caer para salir?

—¿Qué pasa, Pecas? —le preguntó Aren.

Wynd miró el mar de fuego. Pero Ossian se lanzó y no salió. El cuento decía que había muerto, que ese día el cielo había teñido la tierra de blanco por ella, que se había

convertido en la noche más larga del año; luto por la muerte de la princesa Ossian.

«Si consigues oír la voz que hay detrás de todo el ruido de ahí arriba, y eres lo suficientemente valiente e inteligente para distinguirla y prestarle atención, solo entonces serás digna», había dicho Lebhar.

¿Quién es falsa y te traiciona? ¿Quién engaña tus sentidos? ¿Quién ciega tus verdaderos ojos? La mente. Su mente era la que la hacía sentir insegura, la que la hacía dudar de sí misma y sus certezas.

—Aren —dijo Wynd levantando la mirada hacia él—. Necesito... que me prometas algo.

—Lo que quieras, Pecas.

Ella asintió levemente.

—Si... si pasa algo, si de alguna forma no soy capaz de... —No podía pronunciar las palabras—. Si yo no salgo con vida y tú sí, por favor, lleva la esencia de Navi a su hogar y diles... diles a Blue y a Cordelia que... ellos han sido mi hogar. Díselo solo si no salgo, ¿vale?

El pecho de Aren subió con una fuerte sacudida y apretó la mandíbula mientras sus ojos ardían con desesperada tristeza. Sus dedos sostuvieron a Wynd con más fuerza.

—No voy a prometerte eso, porque vas a salir, Pecas. No lo digas, no lo plantees siquiera.

Ella apartó los ojos de la expresión de él. Algo en sus palabras lo había herido, y no soportaba la idea de hacerle daño. No... Era demasiado para su corazón imaginar que su muerte podía destruirlo, porque eso... eso implicaba una realidad que no se atrevía a imaginar siquiera.

—¿Confías en mí? —le preguntó.

—Siempre, Pecas.

—Entonces saltemos —dijo tendiéndole la mano.

Aren la observó. Su pecho estaba tan colmado que no le quedaba espacio para llenarlo de aire. Si aquella era la última oportunidad que tenía; si existía un pequeño porcentaje de que aquel fuese el final, ¿qué podía importar entonces? Si existía la posibilidad de que muriesen, entonces le arrancaría a la vida un último recuerdo que llevarse a lo que hubiese después.

—¿Wynd? —susurró con la voz ronca y densa, cargada de una vulnerabilidad dulce que le erizó el vello a ella.

—¿Qué?

—Por si acaso.

Le pasó las manos por la nuca, sosteniéndola con firmeza, y la atrajo hacia su boca para besarla. Y fue todo lo que había imaginado y más. Wynd rompió el mundo de Aren en pedazos aquel día: destrozó cada capa, cada certeza, lo desarmó por completo y se coló tan dentro de él que logró encontrar su corazón. Ese que creía perdido. Ese que había olvidado que poseía.

Y si tenía que morir, había elegido el mejor modo de hacerlo, porque no le quedaría nada de lo que arrepentirse. No mientras ella le devolvía el beso con la misma fuerza, con la misma desesperación, con la misma ternura. No mientras el sabor y el tacto de ella estallaban por todo su cuerpo. No mientras los dedos de Wynd se enredaban en su pelo y le acariciaban la mandíbula. Y no mientras sus dientes tiraban suavemente de sus labios, arrancándole un gruñido bajo, grave, desesperado.

Aren la apretó contra su cuerpo e inclinó la cabeza de Wynd, haciendo más profundo el beso. Perdido en la sensación de tenerla. Perdido totalmente en el frenesí de sentirla. Quizás ya estaba muerto y no se había dado cuenta.

Y mientras ambos se abrazaban con fuerza y se gritaban con sus bocas, pero en silencio, que se amaban, se lanzaron al mar de fuego arrancándole ese último momento feliz a la vida. Porque si morían, al menos durante unos minutos habrían dejado atrás los secretos, las mentiras y todo aquello que los separaba.

Solo Aren y Wynd, sin apellidos ni títulos, solo ellos dos y lo que llevaban demasiado tiempo deseando.

Capítulo 67

La lava los atrapó y trató de separarlos mientras ellos luchaban por mantenerse unidos. Los anillos de Wynd brillaron con fuerza intentando absorber el poder de aquel mar. Ella echó la cabeza hacia atrás y arqueó la espalda. Aren simplemente sentía un dolor suave y soportable, pero ella... Su cuerpo humano no era capaz de procesar aquel fuego mágico.

La inercia giratoria del remolino líquido los separó tirando de ellos hacia abajo. La única parte cuerda que le quedaba a Wynd se sintió orgullosa y agradecida, porque sí, efectivamente era un embudo y Lebhar, de nuevo, se lo había mostrado para darle una pista. Si salía de allí con vida, iría a la biblioteca a darle las gracias.

La mano derecha le tembló con las vibraciones de los anillos. La cuerda de su interior se estiró y estiró; ya no era más que unas pocas hebras. No podía gritar ni llamar a Aren, porque aquel líquido se tragaba los sonidos.

«Solo un poco más».

«Solo un poco más, Wynd», se dijo.

Poco a poco, el remolino fue estrechándose hasta que llegaron a la punta. Primero desapareció Aren y luego ella. El mundo giró sobre sí mismo y todo lo que estaba arriba estuvo abajo. Y, en menos de un parpadeo, se encontraron

sentados en el frío suelo de piedra mientras los últimos signos del tornado de fuego desaparecían en un agujero en la tierra.

—Siete y ocho —dijo alguien.

Wynd estaba demasiado mareada, agotada y dolorida como para levantar la cabeza y buscar al dueño de esa voz. El corazón le latía tan deprisa en el pecho que sentía una punzada dolorosa. Temía que le fuese a fallar de un momento a otro; los corazones humanos eran débiles y no soportaban ese nivel de presión.

Alguien le puso las manos en los hombros, y abrió los ojos. Ni siquiera se había dado cuenta de que los tenía cerrados. Dos sanadoras, con sus túnicas blancas y auras reconfortantes, la colocaron en una camilla que se elevó con ella encima de forma mágica. Wynd levantó la cabeza buscando a Aren.

Estaba poniéndose de pie. Parecía igualmente agotado, aunque mucho mejor en general que ella. Sus ojos azules destellaron reflejando el anhelo que ella misma sentía dentro del pecho.

—Descansa —le dijo una de las sanadoras, y los ojos de Wynd comenzaron a cerrarse hasta que cayó en la inconsciencia.

Unas manos suaves le acariciaron las mejillas. Alguien tarareaba una canción, era una nana dulce. Nieve esponjosa y helada le cayó en el pelo, y los copos se quedaron ahí atrapados. Blanco sobre blanco. Unas manos ásperas la

sostuvieron con fuerza. Lágrimas. Y sangre. Tenía miedo. Quería volver.

Wynd se despertó sobresaltada y se incorporó de golpe. Miró a su alrededor desconcertada sin saber dónde se encontraba.

—¿Wynd? —susurró la voz alegre de Cordelia a su lado.

Los recuerdos de los últimos días inundaron su mente en un torrente descontrolado. La cuarta prueba, Ossian, el laberinto de Ávalon, Navi... Le dolió el pecho. Y, por último, Aren... Aren y sus alas oscuras, sus ojos fríos, sus secretos y luego su calidez, su voz atravesando el dolor; Aren y su boca, y ese beso... Le ardieron las mejillas.

Reconoció el espacio por fin: la enfermería de la Academia.

—¿Estás bien? ¿Te duele algo?

Cordelia estaba radiante. Ni una herida ni un rasguño. El corazón le dio un salto de alegría dentro del pecho. El alivio la sacudió tan fuerte que la dejó temblando. Hasta ese momento, no se había dado cuenta de lo poco que había esperado volver a verla con vida.

—¿Saliste? —jadeó.

La sonrisa de Cordelia se volvió más amplia.

—Soy la clasificada número tres —comentó levantando el dedo pulgar, índice y corazón—. Blue es el dos.

Wynd parpadeó sorprendida. Recordaba vagamente que cuando ellos habían salido les habían dicho un número.

—¿Cómo lo...?

—Nos encontramos con Axel. Yo estaba herida, me atacó una harpía, pero Aren me ayudó. Me ayudó a cruzar. Podría haberse salvado, pero me ayudó, Wynd —dijo con voz dulce.

Wynd asintió. Cada vez que el nombre de Aren cruzaba su mente, también lo hacía el beso que le había dado al salir del laberinto. Sus manos atrapándola, acariciándola, arrastrándola hacia él. Delicadeza y fuerza. Suave desesperación. Una necesidad tan potente que era palpable. Un anhelo tan grande que era casi doloroso. Su boca había sido exigente, cálida, fiera..., dulce.

Aquel beso había materializado un sentimiento, algo que había pensado imposible. ¿Cómo se atrapa el amor? ¿Cómo se hace visible, real, físico? ¿Cómo se saca de dentro, se dibuja, se colorea? ¿Cómo se le da forma? ¿Cómo se le confiere una entidad, un tacto, un olor, un sabor...? ¿Cómo se le da una imagen a una sensación para que perviva en la memoria?

Todo eso que había creído imposible, irrealizable, había volado por los aires en el momento en que sus bocas se habían encontrado. Aquel momento, aquel gesto había atrapado el sentimiento y lo había sacado de dentro de su pecho, de su sangre, de su alma misma. Y lo había hecho real, palpable.

—Lo sé —respondió en medio de una tos.

—Axel conocía dónde nos encontrábamos, el laberinto de Ávalon, y sabía cómo salir. Nos dijo a Blue y a mí que nos ayudaría.

Wynd levantó la vista de sus manos y miró a Cordelia, sorprendida. No lo estaba porque Axel conociese el laberinto y cómo salir de él, al fin y al cabo, Wynd siempre había tenido la sensación de que era extremadamente astuto. Lo que la sorprendía era que se hubiese ofrecido a ayudarlos. Siempre iba por su cuenta y no se había relacionado

demasiado con Cordelia y Blue, más que en un par de ocasiones.

—Vaya, eso ha sido muy generoso por su parte —comentó.

—Lo sé. Él fue el primero. Aren y tú fuisteis el séptimo y el octavo. Un día después salió el noveno y esa misma noche la décima. Ya estamos todos.

—¿Qué quieres decir?

—Que se han terminado las pruebas —anunció.

A Wynd le daba vueltas la cabeza, incapaz de asimilar toda aquella información.

—¿Cuánto tiempo llevo inconsciente?

—Tres días.

—¿Quiénes son los demás?

—La cuarta fue Nos y el quinto, Arth. La chica de pelo verde, sexta.

La felicidad de Wynd se empañó un poco al saber que Nos había salido, aunque tampoco tenía por qué ser algo necesariamente malo. Merecía matarla ella misma, seguramente haría mucho mejor trabajo que el laberinto, y disfrutaría viendo cómo se apagaba la vida de esos ojos púrpuras.

—¿Wynd, en qué estás pensando?

—En nada, ¿por qué?

—Porque tu cara daba miedo.

Wynd sonrió mostrando sus puntiagudos colmillos.

—¿Dónde está...?

Quería preguntar por Aren, saber si había ido a verla o si estaba bien o... Se mordió la lengua. No quería darle a Cordelia material para fantasear y ni siquiera sabía si estaba

preparada para enfrentarse a él. Lo que había pasado entre ellos cambiaba muchas cosas y a la vez nada. Ella seguía siendo quien era y seguía perteneciéndole a Nana.

—¿Dónde está Blue?

—Arriba. Esta noche es nuestra presentación oficial y está preparando cosas.

—¿Cómo?

—Esta noche seremos oficialmente rhydra, Wynd. —Su voz parecía danzar de la emoción—. Esta noche es la ceremonia final. Nos han dicho que será en el Palacio de Cristal. ¿Te lo puedes creer? Vamos a conocer al Deirnas y a los demás generales rhydra.

Wynd se llevó las manos a la cabeza, sentía un dolor punzante en las sienes.

—Te han dejado un vestido y un traje oficial en la habitación. Nos darán unos días de descanso y luego empezaremos el entrenamiento hasta que nos destinen.

Tenía que encontrar a Rendry y hablar con él. Tenía que encontrar el modo de ponerse en contacto con Nana para que le diese instrucciones sobre cuál era su siguiente objetivo.

Una parte de ella había creído que no lo conseguiría, tanto que no se había preparado para ese momento, para el qué pasaría después. ¿Qué tendría Nana preparado para ella ahora? ¿Cuál sería su misión?

—¿Nos van a separar? —preguntó.

—No lo sé. Todo depende del destino que elijamos o del rango que nos otorguen. Nos lo explicarán más adelante, cuando empiece nuestro entrenamiento.

—¿Cómo sabes todo esto?

—Me lo ha contado Thorn. Le di una buena lección al salir la tercera. Incluso me dio una palmadita en el hombro —comentó orgullosa.

Wynd asintió.

—¿No estás contenta? Has pasado, Wynd. Has superado las pruebas. Esta noche seremos rhydra de pleno derecho.

¿Contenta? Sí, debería estarlo. Había sobrevivido, había tenido éxito en su misión, y eso era lo más importante. Y ellos estaban bien, estaban ahí con ella. Pero aun así... No podía sentirse feliz del todo. No después de lo que había cambiado desde que entró. Ella ya no era la misma.

¿Y si su misión era matar al Deirnas? Por mucho que lo detestase, era el padre de Aren. ¿Y si Nana descubría lo que sentía por él?

—Wynd —dijo Cordelia con voz suave—. Solo por una noche, olvídate de todo, no analices cada posibilidad, no pienses en el futuro o en lo que puede pasar. Solo por una noche, disfruta de lo que has conseguido. Celebra que estás viva, que has sobrevivido. Solo por una noche, permítetelo.

Wynd observó los ojos verdes de su amiga, llenos de una sinceridad transparente y de una calidez enternecedora. Todos tenían planes para el después: Cordelia deseaba buscar a su amigo perdido, y estaba segura de que Blue también tendría cosas que hacer. Aquello no acababa ahí, aquello solo estaba empezando. Pero sí, tenía razón.

¿Qué en el Universo, de todo lo posible, podía cambiar si solo se olvidaba de todo por una noche y disfrutaba?

Capítulo 68

Una carroza oscura, aterciopelada, con relieves en negro mate, grandes ruedas ornamentadas y un par de caballos negros como la tinta y de pelaje brillante.

Wynd la estudiaba cruzada de brazos. Aquello era lo más ridículo que había visto nunca y, a la vez, lo más elegante.

Los habían distribuido en parejas para ir hacia el Palacio de Cristal y estaban esperando cada uno frente a un carruaje. Por supuesto, Blue había pasado por completo de ir con la chica de pelo verde —Wynd todavía no había averiguado su nombre—, y se había unido a Cordelia y ella.

—Eso está muy feo. Yo iré con ella entonces.

—¿Qué más da, ojitos? Me mira como si fuese a comérmela. Ella está mejor sin mí y yo estoy mejor con vosotras. Todos ganamos.

Cordelia y Blue discutían a su lado, pero Wynd no les prestaba atención. La verdad es que preferiría pasar del carruaje llamativo, lujoso y extravagante e ir a pie y viendo Oed. La noche brillaba poblada de estrellas que parecían diamantes en el firmamento. Las alargadas y preciosas farolas desprendían una luz tenue y cálida que le daba a todo un aspecto acogedor.

Nunca había estado en un lugar tan bonito, tan lleno de vida, de energía. Era grande, moderno, ruidoso, pero con

ese tipo de alboroto que indica actividad, vitalidad. Los edificios eran altos y elegantes, decorados con elaboradas molduras y balcones. Oed era un lugar en el que perderse, en el que vivía tanta gente que sería fácil esconderse, comenzar una vida nueva.

Limpio, brillante y luminoso, todo lo que no eran los Páramos. La Ciudad de los Deseos.

Habría salido corriendo por las calles para disfrutar del paisaje, la libertad y el aire fresco en sus pulmones, si no fuese porque, vestida de aquella manera, llamaría demasiado la atención.

Cordelia a su izquierda llevaba recogido el pelo con unas horquillas en forma de hojas de un color cobrizo brillante. Llevaba una chaqueta y un pantalón a juego, entallados, de un precioso color rojo atardecer. Iba subida a unos zapatos de tacón de terciopelo, en el mismo tono de rojo, que la hacían unos diez centímetros más alta. «Imponente» era la única palabra que a Wynd se le venía a la cabeza al mirarla.

Blue llevaba una chaqueta bordada con lentejuelas brillantes que parecían imitar el movimiento del mar. La llevaba abierta y mostraba su pecho apenas cubierto por una camisa de tirantes. Unos pantalones de cuero de tiro alto y el pelo peinado hacia arriba en ondas.

Y ella... Se habría puesto la ropa de combate, aunque había acabado prácticamente destrozada después de la cuarta prueba. Pero Cordelia había escogido a la perfección algo que la hiciese sentir bien y que fuese acorde para el momento. Llevaba el pelo liso pegado a la cabeza. Al principio, había creído que lo que le estaba echando haría

que se le cayese y la dejase completamente calva. No estaba acostumbrada a usar esas cremas mágicas.

Tenía el pelo cubierto por una capucha que conectaba con una larga capa. Era de un color hielo brillante y la tela era finísima, casi traslúcida, tan delicada que flotaba envolviéndola. Según le alcanzaba la luz, le arrancaba destellos que le daban un aspecto vivo. Debajo, llevaba un vestido sencillo de seda, ligeramente ajustado y de un tono azul pálido. Los brazos cubiertos por unos guantes de tul de un tono más oscuro de azul que servían perfectamente para esconder las cicatrices de su muñeca izquierda.

Nada de tacones o zapatos complicados. Unas sencillas sandalias de suela plana con campanillas plateadas.

—Te gusta —había afirmado Cordelia con una sonrisa.

Ella había asentido. Le gustaba el detalle de la capa con capucha, le gustaban los guantes y le gustaba que el vestido fuese sencillo, fácil de llevar y cómodo. Pero lo que más le gustaba era el hecho de que ella la conociese tan bien y de que se hubiese acordado de haberla conocido con una capa igual.

—Es bonito. Soy yo, pero a la vez no soy completamente yo.

—Eres una tú arreglada y sin aspecto salvaje. Pareces delicada, chica fría —le había dicho Blue.

«Delicada». Ella nunca hubiese utilizado ese adjetivo para sí misma. Sin embargo, Blue tenía razón: lo parecía. Había algo etéreo en su aspecto.

Su carruaje estaba a dos de distancia del que iban a ocupar Aren y Axel. Los dos estaban serios y callados. Aren incluso parecía tenso, mientras que Axel aburrido.

—Creo que ha mirado tres veces por lo menos — murmuraba Blue refiriéndose a su amiga.

—Yo he contado cinco —dijo Cordelia.

—¿Por qué no vas simplemente hacia él? Te mueres por hacerlo.

Wynd levantó la vista hacia sus amigos con el ceño fruncido y mirada asesina. Como no podía llevar a Sombra y Muerte con aquel atuendo, se había atado una de las dagas pequeñas al muslo, y no dudaría en sacarla si seguían molestándola con el tema.

Aren llevaba el pelo despeinado en salvajes bucles echados hacia atrás y los ojos delineados de negro, a juego con el pantalón y con la chaqueta que llevaba desabrochada. Sin camisa. Tenía el aspecto de alguien que vuelve de una fiesta, más que el de alguien que va a ella.

A Wynd le sacó una sonrisa el hecho de que él se hubiese esforzado tanto en mantener esa actitud de «en realidad todo esto me da igual». A nadie le quedaba tan bien ese toque ligeramente desaliñado. Se preguntó si se habría vestido así solo para molestar a su padre; era algo que perfectamente podía esperarse de él.

Por el contrario, Axel, a su lado, con un impecable conjunto de pantalón y chaqueta azul noche, era la imagen de la corrección y el saber estar. Aunque no le ganaba en elegancia a Aren, que podría haber ido con un saco y habría estado igualmente elegante.

Wynd se recolocó la capucha y apartó la mirada de él mientras les indicaban que subiesen a los carruajes. Estaba de los nervios. No se sentía demasiado cómoda estando

entre tantos sidh poderosos, y la idea de conocer al Deirnas le daba náuseas.

Avanzaron por la ciudad como si fuesen un circo de fenómenos extraños: la gente miraba y señalaba, a pesar de que los cristales oscuros no les permitían ver quiénes iban dentro.

—La corte trata a los ganadores de las pruebas como a auténticos héroes —comentó Blue mirando por la ventanita.

—Estoy segura de que esta noche todos querrán hablar con nosotros, conocer nuestra experiencia.

—¿Podemos hablar de ello? —preguntó Wynd.

—Bueno, las pruebas cambian y, en realidad, los que estarán allí son parte de los rhydra y del gobierno; supongo que estarán más o menos al corriente, ¿no?

—¿Qué ha pasado con los que no han acabado? —preguntó.

Cordelia se encogió de hombros.

Estaban subiendo una colina que llevaba hasta la enorme explanada sobre la que se encontraban el Palacio de Cristal y sus jardines. Su mente viajó a esa pequeña niña desnutrida y solitaria que había observado el jardín trasero del palacio desde lo alto de un árbol de espinas, con el fiero deseo de poder saltar el muro y colarse dentro. Esa niña que había anhelado formar parte de ese lugar y que no era capaz de entender por qué aquellos niños que jugaban felices en el patio tenían el derecho de estar allí y ella no.

Un sabor amargo le inundó la boca y se lo tragó.

El Palacio de Cristal era enorme y majestuoso. Hecho de cristal opaco que reflejaba la luz de la luna y las estrellas.

Sus torres eran tan altas y puntiagudas que parecían arañar el cielo.

Los carruajes se detuvieron frente a la puerta, donde los esperaban Herice y Phern.

—Por aquí —les indicaron, y los hicieron cruzar unas imponentes puertas de madera clara que estaban talladas con relieves de constelaciones pintadas en plata.

El vestíbulo era más grande que toda su casa de los Páramos. Tenía varios pisos de altura y una enorme escalinata doble de cristal transparente. Arriba, en el techo, había constelaciones en movimiento sobre un cielo nocturno. El espacio estaba iluminado por farolillos que flotaban como fuegos fatuos aquí y allá.

Sidh menores vestidos de un suave marrón los saludaron con asentimientos y los siguieron en silencio y con las cabezas gachas.

Unos dedos se cerraron en torno a la muñeca de Wynd y tiraron de ella hacia atrás. Se giró para encontrarse con la brillante sonrisa torcida de Aren, que se llevó un dedo a los labios para indicarle que guardase silencio.

Ralentizaron el paso poco a poco hasta ir quedándose los últimos y, cuando nadie los miraba, él la arrastró hacia un lateral, separándose del camino.

—¿Qué haces?

—Pasar directamente a la parte divertida —susurró con un brillo travieso en los ojos.

—Sabes que se van a dar cuenta de que no estamos.

—Sí, pero para entonces estaremos de vuelta. Me conozco este sitio como la palma de mi mano, sé llegar

rápido. Además, ahora viene la parte aburrida del discurso y blablablá.

Aren entrelazó los dedos con los de ella, dándole un ligero apretón. Wynd nunca había entendido por qué a las personas les gustaba tomarse de la mano. No hasta ese momento. Lo añadió a la reducida lista de cosas que amaba.

Aren la condujo hacia una pequeña puerta que había camuflada en la pared. Dentro había una estrecha escalera de caracol que subía y subía.

—Son unos cuantos pisos, ¿podrás, Pecas?

Ella le dio un empujón con el hombro y pasó delante de él sosteniéndose el vestido para no pisarlo. Le dedicó una sonrisa complacida por el reto y echó a correr hacia arriba con la capa flotando a su espalda.

—Siempre tan competitiva —rio él en voz alta.

Llegaron a un pequeño rellano en el que había una puerta de cristal ovalada. Aren la abrió, dando paso a una terraza semicircular. El suelo era traslúcido y se podía ver parte del palacio y los jardines. Y frente a ellos, las vistas más hermosas que Wynd había contemplado jamás. Una noche infinita que se extendía como un manto brillante sobre los preciosos jardines llenos de campanillas y flores de noche. Y más allá, el bosque de espinas, una masa oscura tras los muros.

El mundo era inmenso, vasto, inabarcable.

El frío viento invernal sacudió la capa de Wynd alzándola y haciéndola ondular. Le echó la capucha hacia atrás y meció su pelo tan liso y suave que parecía plata líquida.

—Pecas, a veces me pareces un sueño. Tú para mí eres... eres el brillo de las primeras estrellas al anochecer. Tenue y

distante, delicado hasta que despierta con toda su fuerza. Eres la promesa de que hay algo más allá, de que incluso en la oscuridad se puede encontrar luz —comenzó a decir en ese tono bajo y ronco que a ella le erizaba la piel—. Me desarmas por completo.

Wynd se giró hacia él apoyando la espalda en la barandilla de piedra.

—Entonces tú eres la oscuridad necesaria para que las estrellas aparezcan. A tu lado, yo... Tú me haces brillar, Aren —susurró sin aliento.

Los ojos de él resplandecieron con una tormenta de emociones. Se acercó a ella dando un pequeño paso. Wynd sentía cada centímetro de distancia que los separaba como una punzada dolorosa.

—Fui a verte todas las noches mientras estabas en la enfermería. Y te miraba dormir, deseando que abrieses los ojos. No te estaba evitando, si es lo que pensabas.

—No lo pensaba —aclaró ella, separándose de la barandilla y acercándose ligeramente a él.

—Pecas, hay algo que... algo que tengo que decirte —dijo él con la voz tensa y apretada, con ese tono grave y profundo suyo.

—Yo también tengo que decirte algo —confesó ella, que dio otro paso hacia él.

Estaban el uno frente al otro, separados por apenas unos centímetros. Sus alientos salían en forma de pequeños jadeos que se condensaban al contacto con el aire frío.

Aren agachó la cabeza hasta apoyar la frente en la de ella y cerró los ojos aspirando su aroma.

—Dioses, yo... Ni siquiera sé cómo decirlo. Tengo miedo, Pecas.

—¿Miedo?

—Miedo de ti, de perderte, de que tú... De decepcionarte. Jamás he estado tan asustado.

Wynd se mordió el labio sintiéndose culpable. Debería contarle quién era ella en realidad y lo que hacía. Por qué estaba allí. Debería contarle la verdad. Eso era lo justo. Si él... Si Aren le decía lo que sentía por ella sin que ella le hubiese contado la verdad... No, necesitaba que amase a la verdadera Wynd, no a aquella simple humana que él pensaba que era.

Se levantó sobre las puntas de los pies y acunó el rostro de Aren con ambas manos mientras se estiraba hacia él para besarlo. Estaba siendo injusta, pero quería, al menos, llevarse el recuerdo de aquel beso, en aquella noche mágica, por si lo perdía después de confesarle la verdad.

Las manos de Aren envolvieron su cintura y la apretaron contra él, arrancándole un pequeño sonido de placer. Wynd enredó los dedos en su pelo oscuro y tiró suavemente. Aren atrapó con su lengua cada pequeño gemido y jadeo de ella. Besar a Wynd era como tomar una bocanada de aire después de haber estado sumergido demasiado tiempo.

Era como ver la luz de las estrellas asomar entre nubes oscuras en la noche.

Era como recibir un abrazo cálido después de un día horrible.

Pero besarla también era fuego ardiente contra su piel. Era deseo puro. Era una sensación insaciable. Un hambre voraz.

El pecho de Aren se sacudió con un gruñido bajo que hizo vibrar su garganta.

Alguien llamó a la puerta de la terraza y ambos se separaron dando un traspiés. Las mejillas encendidas, los labios sonrosados y las respiraciones agitadas los delataban.

—¿Sí? —preguntó Aren con la voz pastosa.

La puerta de cristal se abrió mostrando el uniforme de un sidh menor que hizo una pequeña reverencia.

—Su padre requiere su presencia, señor Aland —indicó el sidh llamándolo por su apellido.

Aren hizo un gesto de fastidio y el criado levantó la cabeza dirigiendo sus ojos directamente a Wynd. Y a ella se le paró el corazón.

La mirada que le dirigió estaba llena de reconocimiento y advertencia. Y algo que gritaba «traidora».

Sintió que se le doblaban las rodillas.

Rendry estaba frente a ella.

Capítulo 69

Aren miró a Wynd con los ojos llenos de conflicto. Ella no lo vio porque tenía la vista clavada en el criado que había entrado.

—Tengo que ir... —le susurró, claramente molesto—. Llévala al salón de la ceremonia —le indicó al sidh menor con un tono autoritario que ella nunca le había oído utilizar. Él allí no era simplemente Aren, él allí era el hijo del Deirnas—. Te veré en la fiesta y seguiremos con esta conversación —le dijo al oído.

Wynd se puso tensa al sentirlo tan cerca, y Aren dio por hecho que la intimidaba el hecho de que los hubiesen pillado. Se giró al salir y le echó un último vistazo. Aquella noche, Wynd parecía irreal, una fantasía demasiado bella para existir. Parecía la protagonista de una de las antiguas historias sobre los *faeries*. Al mirarla aquella noche iluminada por la luz de las estrellas, le dio la impresión de que su imagen se desvanecería y de que ella desaparecería para siempre como si no hubiese existido jamás.

Y, en cierto modo, tenía razón. Porque esa sería la última vez que la vería.

Wynd y Rendry se quedaron solos en la terraza. El viento frío ya no era agradable, era como cuchillas afiladas contra su piel expuesta.

—Hola, hermana nikt —la saludó acercándose un paso.

Wynd se llevó las manos a las caderas por instinto, pero Sombra y Muerte no estaban ahí. En combate, era más hábil y rápida que Rendry, pero él tenía más fuerza y la capacidad de crear algo de magia.

Ni siquiera debería estar pensando en pelear con su hermano. ¿De verdad se estaba planteando traicionar a Nana de esa forma? No había lugar en el mundo en el que pudiese esconderse de ella. Era inútil.

—Porque lo sigues siendo, ¿verdad? —le preguntó entornando los ojos.

—Claro que lo soy —dijo ella echando los hombros hacia atrás y levantando el mentón.

—No lo parecías hace un momento mientras besabas al heredero. Has apuntado alto.

Wynd apretó los dientes y curvó el labio hacia arriba, llena de rabia por ese comentario.

—Nana me pidió que me infiltrara y pasase las pruebas, y eso he hecho.

—¿Qué quieres decir?

—Eso no era más que un engaño. —La boca le supo a bilis al decir aquello.

—¿Me estás diciendo que estás tratando de ganarte su confianza?

La boca de Wynd se curvó en una sonrisa asesina, esa que ellos la habían visto hacer tantas y tantas veces. La máscara de la Wynd leal, obediente, letal.

—Por supuesto.

Rendry entrecerró los ojos con recelo.

—Tendrás que probarlo. Nana quiere verte. Viajó hace dos días hacia el muro, cuando anunciaron que las pruebas habían terminado, y ha estado esperando tu visita.

Wynd sintió un escalofrío, pero tensó el cuerpo para evitar estremecerse frente a Rendry. Nana siempre había sabido si estaba viva o no; sentiría su alma si desapareciese. El corazón le martilleaba fuerte en el pecho. Asintió con firmeza mientras se esforzaba por mantener aquella máscara impasible.

Rendry se desabrochó la chaqueta y sacó un trozo de pergamino doblado.

—Nana me pidió que te buscase y te lo entregase.

Wynd estiró la mano y tomó la carta que desdobló con cuidado.

Tenía un mapa e instrucciones para localizar el lugar donde se ocultaba. Y una única frase: «Ven en cuanto lo recibas, sin demora».

Sería absurdo tratar de huir. Nana sabía cómo localizar a todos los nikt y, además, podía convocar la magia de su contrato desde donde quiera que estuviese. Quizás ella se creyera la excusa que le había dado a Rendry, quizás la dejase volver a los rhydra y continuar con su misión. Al menos eso era lo único que se podía permitir desear en ese momento.

—Si no asisto a la ceremonia, sospecharán de mí.

—Ese no es mi problema. Nana ha dicho que vayas. Pídele al heredero que te cubra, seguro que lo hace encantado.

Wynd apretó la mandíbula con tanta fuerza que le rechinaron los dientes. ¿Cómo iba a explicar su ausencia en la ceremonia? Tenía que regresar lo más rápido posible antes de que comenzasen a sospechar de ella. Necesitaba poder confesarle la verdad a Aren, ser ella quien se lo dijera.

—Yo te acompañaré —dijo Rendry—. No serías tan estúpida de intentar escapar, ¿verdad?

—¿Por qué lo haría? Soy una nikt y he tenido éxito en lo que se me pidió. Deja de hablarme así. Tú no has tenido que sobrevivir a unas pruebas de sidh siendo un humano. Y ahora soy una rhydra, eso me da una posición muy valiosa para Nana. Cuidado con lo que insinúas sobre mí —le dijo con una voz plana y grave que sonaba increíblemente amenazadora.

Dobló la carta y pasó por su lado sin mirarlo. Comenzó a bajar las escaleras con paso seguro. Le demostraría a Nana que había cumplido con lo que le había mandado y que podía seguir haciéndolo, y luego volvería a la Academia.

Quizás Aren, Cordelia o Blue inventasen una excusa creíble para su desaparición, aunque luego tendría que encontrar el modo de explicársela a ellos. Sin embargo, aquel era el menor de sus problemas en ese momento.

—Debería pasar por la Academia y quitarme esto. Llamo demasiado la atención así vestida —arguyó.

—¿Quieres poder alertar a uno de tus nuevos amigos? Te he visto abajo caminando con ellos. No. Nadie que no sea rhydra puede entrar en la Academia y yo no pienso perderte de vista.

No se sentía ella misma vestida así. No quería parecer delicada ni etérea frente a Nana; quería su traje de combate

y sus cuchillos, quería su pelo atado en trenzas y sus ojos sombreados de negro. Quería tener el aspecto con el que se había marchado de los Páramos. Estaba tan cambiada que su argumento perdería fuerza. Sobre todo si su exterior reflejaba lo que había pasado en su interior. Al menos, podía intentar disimular lo que había ocurrido... Volver a ser la misma... en apariencia.

Rendry la condujo por los pasillos que usaban los criados del palacio hasta dar con una puerta estrecha que salía a un lateral. Había carbón, troncos, cajas de madera y barriles apilados bajo un pequeño techo.

Se movieron rápido hacia una de las caballerizas, donde había un carro tirado por caballos.

—Toma —le dijo Rendry lanzándole una manta marrón—, cúbrete con ella y ponte ahí detrás.

Conforme se metía bajo la manta, sintiendo que se la tragaba la oscuridad, se preguntó si volvería a ver a sus amigos y a Aren, si no estaría yendo hacia su final. Quizás Nana no se tomase en serio lo que Rendry había visto, quizás... quizás la creería y todo saldría bien. No paraba de dar vueltas en círculos sobre las dos mismas ideas: que todo podía salir irremediablemente mal o que, por el contrario, podía solucionar aquello y hacerlo funcionar a su favor.

Con cada metro que se alejaba del palacio hacia una de las salidas de la ciudad, la idea de que aquella vida que dejaba atrás no le pertenecía, de que no había sido real y de que..., en cierta medida, todo parecía un sueño, fue instalándose con más fuerza en su pecho.

Tras pasaron sin problema la muralla. Después de haberse alejado unos metros, Rendry paró el coche y Wynd salió de

su escondite. Desdobló el mapa y siguió el dibujo que Nana había trazado para ellos.

Wynd recordaba el camino vagamente, aunque había cambiado mucho con el paso de los años. Por ahí se iba a la antigua aldea de Meridia. Una parte retorcida de su mente se preguntó si Nana lo habría escogido a propósito. Algo así como: «recuerda de dónde vienes y quién eres», por si durante las pruebas se le habían olvidado sus orígenes, lo que había vivido allí y por qué odiaba a los sidh.

Retorcido, sí, pero muy efectivo. Justo el estilo de Nana.

La antigua carretera de tierra estaba cubierta de hierbajos y era mucho más estrecha. No había puntos de luz que la iluminasen y seguramente estaría llena de todo tipo de criaturas.

Se quedó quieta, congelada como una estatua de piedra al ver lo que quedaba de la aldea. Casas caídas, muros vacíos, tejados hundidos. La calzada de piedra tenía agujeros y estaba levantada en zonas en las que las plantas habían crecido.

Se recordó a sí misma corriendo por la pequeña plaza redonda y a Meridia yendo tras ella. La aldea no había sido un lugar brillante o alegre, la gente pasaba hambre y cada poco tiempo había que lamentar la muerte de alguien; pero había sido, con todo aquello, un hogar. Su hogar.

Se recordó a sí misma marchándose de casa de Meridia después de haber llorado toda la noche al lado de su cuerpo sin vida. Había sentido el peso de todo el mundo sobre sus hombros, porque estaba sola, porque había perdido a la mujer que lo era todo para ella. Nadie acudió en su ayuda cuando la escucharon llorar a gritos. Muchos habían muerto

esos días. Apenas quedaba nadie, y los que quedaban estaban cogiendo lo poco que tenían para irse.

Se observó, ahora, vestida con aquellas telas caras llenas de magia. Incluso había ganado músculo durante las pruebas, y parecía más fuerte y saludable. Nadie diría que era aquella niña esquelética y sucia que había huido hacia el bosque de espinas.

Rendry miró hacia atrás y esperó con cara de impaciencia a que Wynd reanudara la marcha.

—Vamos —la apremió.

Wynd cerró los ojos y echó a caminar, como si así pudiese dejar de verse a sí misma con siete años.

Abrió el mapa y buscó el punto exacto en que se escondía Nana. Lo visualizó en las calles de la aldea y sintió una angustiosa punzada en el pecho. Apretó la mandíbula con fuerza hasta que le rechinaron las muelas.

Su casa. Había elegido su antigua casa. Se preguntó cómo lo habría averiguado, estaba segura de que no era casualidad.

Llevaba doce años sin pisar ese sitio, llevaba doce años tratando de huir de esos recuerdos, luchando contra los traumas de ese pasado... Y ahora estaba en ese mismo lugar y era como una bofetada en la cara.

La segunda calle a la derecha. La casa de las tejas grises, la casa del cartel azul. Derecha, todo recto hasta ver la valla verde y la planta de menta. Quería llorar. Ya apenas quedaban tejas grises, no había cartel azul; pero lo peor, lo que más dolía era que la valla verde había desaparecido y solo quedaba aquella plantita de menta que había usado Meridia para darle sabor al agua y preparar infusiones.

Wynd pensó que iba a partírsele el pecho por la mitad. Aquella plantita estaba allí, había sobrevivido a años de soledad, destrucción y desamparo. Era como un precioso brote de esperanza en medio de tanta desolación.

—Wynd —dijo una voz rota y seca como la hojarasca—, mi flecha, bienvenida de vuelta.

Capítulo 70

Wynd inclinó la cabeza ligeramente a modo de saludo y como forma de respeto. Rendry se adelantó y se colocó a la derecha de Nana con los brazos cruzados.

—Te noto algo cambiada —comentó Nana en un falso tono simpático.

—Hoy era la ceremonia de presentación de los seleccionados.

—Hace tres días que terminaron las pruebas y no hemos tenido noticias tuyas.

—Desperté esta mañana. He estado recuperándome.

—Yo te he visto fenomenal mientras besabas al heredero en el Palacio de Cristal —comentó Rendry con el ceño fruncido.

Los dedos de Wynd se crisparon, deseando cerrarse en puños, pero los relajó de prisa. No podía mostrar ningún signo de que aquello la perturbase.

La cabeza de Nana se giró hacia Rendry y luego a ella.

—¿Wynd, algo que decir?

—En el momento en el que me enteré de que era el hijo del Deirnas, supe que tenía que acercarme a él y ganarme su confianza. Me ha ayudado a superar varios momentos complicados en las pruebas, lo que ha sido realmente conveniente para el éxito de la misión que me

encomendaste. Él ahora también es un rhydra, por lo que lo tendré cerca. Y cree en mí, así que me será fácil sacarle información. Todo forma parte de mi estrategia —dijo con una voz fría y calmada como el hielo.

Nana ladeó ligeramente la cabeza, sopesando las palabras de Wynd. Ella la observaba con una estudiada expresión de tediosa calma. Su cerebro estaba entrando en colapso por la cantidad de posibles respuestas que estaba manejando, de excusas creíbles que poder responder.

Nana se acercó a ella y le cogió la muñeca izquierda. Tiró del guante, quitándoselo, y lo dejó caer al suelo. Le dio la vuelta al brazo exponiendo sus cicatrices y presionó el dedo pulgar contra la medialuna. Wynd sintió el familiar tirón, como si un arpón le estuviese atravesando la piel. La conexión de su alma con Nana. Su vida corriendo hacia ella.

—¿Con quién está tu lealtad, Wynd?

—Contigo —respondió ella con toda la firmeza que pudo a través del dolor.

—Yo no te había pedido que te acercaras al heredero.

—Era una buena oportunidad.

—¿Desde cuándo os pido que tengáis iniciativa? Solo debías pasar las pruebas, camuflarte como una rhydra más.

—Lo siento.

—¿Tienes sentimientos por ese sidh?

Nana apretó más el pulgar sobre la muñeca de Wynd, y ella se sacudió atravesada por una punzada de dolor.

—No.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Nana apretó más fuerte, pero Wynd se negó a dejar escapar un grito. Siguió mirándola, tratando de infundirse toda la sinceridad del mundo.

Por fin, Nana sonrió y apartó la mano, dejando caer el brazo dolorido de Wynd, cuyo pecho se agitaba a causa de la tensión.

—Bien. Entonces, para demostrarme que lo que dices es cierto y que te has ganado su confianza en pro de mis intereses... —Hizo una pequeña pausa mientras se pasaba la lengua por su boca de labios casi finos—. Mátao.

A Wynd se le aceleró el corazón y luego se le paró por completo. El mundo giró a toda prisa a su alrededor mientras un sudor frío se le pegaba a la piel. Miedo. Pánico. Y una horrible sensación pegajosa, escalofriante y venenosa enredándose en su tripa. Ese horrible sentimiento de certeza irreparable que se siente cuando sabes que lo has jodido todo y no hay forma de arreglarlo.

—Mátao o muere en su lugar —terminó Nana—. Y sabré si ha muerto. Todo Abscondita lo sabrá, así que no pienses en engañarme. Además, Rendry trabaja en el palacio y no es el único de tus hermanos que hay en Oed.

Wynd bajó la cabeza en señal de aceptación.

—¿Qué eliges, Wynd? Dilo.

—Elijo matarlo, por supuesto —dijo.

—Tienes hasta el amanecer. Nos veremos aquí al alba, y espero que entonces hayas cumplido tu misión.

Wynd volvió a asentir mientras apretaba los dientes. Nana pasó por su lado pisando la plantita de menta y Rendry la siguió echándole un último vistazo a Wynd.

Esta tardó varios minutos en ser capaz de moverse. Se irguió, cogió la falda del vestido y la arrancó quedándose solo con la parte interior, que eran unos pantalones cortos de seda. Se quitó las sandalias y, descalza, echó a correr a toda prisa hacia Oed.

Esa era ella. La niña que había salido corriendo de la aldea, la que había rozado la muerte con los labios y la que le debía todo lo que era a Nana. Esa era ella y ya era hora de que lo asumiera.

La Academia estaba silenciosa y vacía, lo que quería decir que todavía no habían vuelto de la ceremonia. Las puertas se abrieron reconociendo su nuevo estatus y la dejaron pasar.

Entró en la habitación que compartía con Cordelia y comenzó a desvestirse a toda prisa. Sacó su traje de combate viejo, desgastado y remendado mil veces, y, al ponérselo, se sintió ella misma por fin. Se recogió el pelo en trenzas con manos decididas y recuperó a Sombra y Muerte. El peso del cinturón en sus caderas la hizo sentirse segura y completa.

Al mirarse al espejo, se vio tal y como era. Ni delicada ni etérea: salvaje, letal, oscura. Ella era una asesina. Nada más. Pretender lo contrario era engañarse a sí misma y al mundo.

Más o menos media hora después, salió de la habitación obligándose a no mirar atrás. Sacó las ganzúas de su cinturón y forzó la puerta de la habitación de Aren. Fue más

complicado que una puerta normal, pero nada que no hubiese practicado cientos de veces.

Caminó hasta la cama de Aren, donde se había despertado hacía un par de semanas, y se dejó caer en el borde.

Y entonces, por primera vez en siete años, por primera vez desde que había sostenido a Sombra sobre el pecho de su mejor amiga Grether después de haberla matado, volvió a llorar. Nana ya le había enseñado esa lección, ya le había mostrado lo que pasaría si no se limitaba a acatar la misión.

Por aquel entonces, tenía doce años y había oído a Grether gritar mientras el hechizo devorador de un worlak la atrapaba. Wynd había abandonado su misión, que era robarle un valioso libro de hechicería, y corrió a ayudarla.

Salvó a Grether, pero perdió el libro.

Nana le había pegado con tanta fuerza que no pudo abrir el ojo izquierdo en días. Y, después, había aparecido con la daga, Sombra, y le había dicho que su castigo era matar a su amiga. Solo así aprendería que las misiones están por encima de todo.

—Mátala o muere en su lugar —le había dicho.

Y Wynd había cogido la daga. Había entrado en la habitación de Grether mientras dormía y se la había clavado en el pecho mientras se ahogaba en lágrimas. Ese día había desaparecido por completo. Ese día había destruido la poca humanidad que le quedaba dentro. Y, desde entonces, no había vuelto a poder llorar. Era incapaz de mostrar una emoción tan humana, porque ella en realidad era un monstruo.

Pero aquella noche, sabiendo lo que iba a hacer, volvió a llorar. Por Aren: por cada segundo que había pasado a su lado, por lo que le habría gustado tener y no tendría jamás. Por el amor que sentía por él. Por el sonido grave, ligeramente áspero y divertido de la voz que no volvería a oír. Por las palabras que nunca podría decirle y que no serían para nadie más que para él. Por los besos que no podría darle. Por volar sin tener alas. Por sentir la vida de verdad y su corazón latir.

Lloró porque lo amaba y aun así lo perdería.

Porque la vida era injusta, desesperanzadora, cruel y retorcida. Y porque, aun así, ella se merecía aquello.

Así, allí, sentada sobre su cama y aferrando a Sombra, lloró por lo que jamás podría ser.

Capítulo 71

Aren estaba apoyado contra la fría pared de piedra del pasillo. Dentro se oía música de violines y la suave charla cortés de ese tipo de eventos. Su padre todavía no había aparecido, y no lo haría hasta que no acabase la parte de la recepción, justo para el inicio del nombramiento de los nuevos miembros. También entonces sería cuando aparecería la madre de Axel. Como primera general de los rhydra, ellos estaban bajo su jurisdicción.

Aren estaba reuniendo el valor necesario para entrar ahí y enfrentarse a Wynd. No, no solo a ella: para enfrentarse a una realidad que llevaba semanas evitando.

La puerta se entreabrió con un suave chirrido y los ojos verdes de Cordelia resplandecieron en la tenue oscuridad del pasillo.

—Pensaba que estaría contigo —comentó con cierta preocupación.

—¿Quién?

Cordelia arqueó una perfecta ceja rojiza, dejando claro que la respuesta era obvia.

—Wynd, por supuesto.

—No, me separé de ella hace una hora —respondió Aren desconcertado—. ¿No volvió a la fiesta?

—No la hemos visto desde que os largasteis juntos. Blue y yo hemos estado inventando excusas como que estaba en el baño o que se había ido a retocar el maquillaje, pero no sé qué más decirles.

Aren se separó de la pared con rapidez y frunció el ceño, claramente confuso. La había dejado en la terraza con el criado, no debería haberse perdido; y si estuviese perdida alguien ya la habría encontrado y le habría indicado el camino. El corazón le martilleó fuerte en el pecho mientras una mala sensación se extendía por su cuerpo. Algo no iba bien.

—¿Aren? —le preguntó Cordelia preocupada.

—No sé dónde está.

—¿Crees que le ha pasado algo?

—Invéntate lo que sea de cara a Herice y Phern; yo voy a ir a buscarla.

Cordelia se mordió el labio tragándose todas sus preocupaciones. Aren ya parecía estar a punto de sufrir un ataque de pánico. Hay preguntas e ideas a las que es mejor no darles voz, porque las hace más reales, y ella no deseaba escucharse a sí misma planteando la posibilidad de que a Wynd le hubiese ocurrido algo.

—Les diré que ha tenido un problema con su vestido y que ha tenido que ir a la Academia a cambiarse... —dijo mirándolo con los ojos suplicantes.

Había algo más en esa frase, unas palabras escondidas que Aren supo escuchar: «Encuéntrala, por favor». Y Aren desapareció por el pasillo fundiéndose con la oscuridad mientras Cordelia volvía a la fiesta con la esperanza puesta en él.

Se aseguró de estar solo y bien oculto en las sombras. Cerró los ojos y se concentró. Su aura se replegó, pegándose a su cuerpo. Buscó dentro de su mente hasta que dio con el fino pero resistente hilo plateado. Se lo había puesto a Wynd al final de la segunda prueba, después de haberla visto lanzar aquel corte al fenrir que le había amputado un brazo, cuando sus sospechas habían comenzado a confirmarse.

Enrolló el aura alrededor del fino hilo y tiró de él llamándolo, convocándolo.

«Muéstrame».

Sintió una fina punzada de dolor en la cabeza. Aquella era una de las habilidades más extrañas y complejas de utilizar. El hilo plateado se tensó y tiró de su cuerpo, guiándolo. Como una carga negativa llamando a una positiva. No podía ver adónde se dirigía, simplemente siguió el suave tirón y dejó que lo condujese fuera del palacio.

Trató de calmar la ansiedad que le sacudía los huesos. «¿Dónde estás?», la llamó. Wynd no se habría ido por su propia voluntad. No tenía sentido, ella había deseado pasar esas pruebas, se había dejado prácticamente la vida en ello. No se habría ido sin más. Sabía que debía de haberle ocurrido algo, algo grave. Lo sentía.

Una amarga sensación se le enredó en la columna y le subió por la espalda, provocándole escalofríos. Una idea terrible había comenzado a tomar forma y no se atrevía a explorar esa posibilidad, porque el pánico amenazaba con arrasar su cordura. ¿Y si alguien había averiguado la verdadera naturaleza de Wynd? ¿Y si alguien había

descubierto que era humana y había decidido deshacerse de ella antes que otorgarle el título de rhydra?

Salió de los límites del palacio y bajó la avenida del Rey hacia la ciudad. Pero esa no era la única respuesta que manejaba... Había otra opción, una que tenía que ver directamente con él. ¿Y si había huido? ¿Y si... y si de algún modo había averiguado lo que él...? Había estado casi una hora discutiendo con su padre. Wynd podía haberse encontrado con Axel, o peor... con Grianan.

¿La reconocería?

Pero Wynd no se habría ido sin decirles nada a Cordelia y a Blue. Ella no era el tipo de persona que abandonaría algo que deseaba de verdad porque alguien le hubiese hecho daño. Lo que lo llevaba de vuelta a su primera conclusión.

Tras cruzar uno de los puentes que atravesaban el canal principal, Aren supo adónde se dirigía. La Academia. Wynd estaba allí. El miedo fue tan real y crudo que se tambaleó sobre los talones.

«No».

Aren preferiría mil veces ganarse el odio de Wynd de por vida a que le hubiese ocurrido algo. Así que rezó en silencio a los dioses para que sus peores augurios no fuesen verdad.

Corrió el resto del camino, deshaciendo el hechizo de rastreo. Consumía gran parte de su energía mágica y no quería caer agotado. Si la habían descubierto, pelearía por ella, mataría a la Academia entera si hacía falta, pero no la vería morir. Ya se había asomado a ese abismo, al de perderla para siempre, en el laberinto de Ávalon, y sabía con toda claridad que era una caída sin retorno.

Esquivó varios grupos de personas que caminaban alegres por las calles admirando la decoración de invierno: copos de nieve que reflejaban la luz, hojas y agujas de pino hechos de cristal, luces que titilaban... Música alegre salía de los bares nocturnos que derramaban luz y ruido a las tranquilas calles.

Dejó atrás el bullicio y se adentró en la zona de edificios gubernamentales. Allí apenas pasaban unos cuantos sidh que volvían a casa.

Colocó la mano en la ornamentada puerta de la Academia y bajó las escaleras a toda prisa. El pasillo de las habitaciones estaba silencioso y vacío. No había nada fuera de lo normal, salvo que la puerta de su habitación estaba ligeramente abierta.

Una enredadera llena de espinas se enroscó alrededor de su corazón y se le clavó. Hizo una mueca de dolor mientras dirigía sus pasos hacia allí.

Subió la breve escalinata sintiendo que su cuerpo pesaba una tonelada. Solo deseaba verla, no le importaba nada de lo demás; solo que ella estuviese bien. Casi podía sentir el roce de su piel en sus manos, podía oír el tono suavemente agudo y musical de su voz, podía ver el brillo asesino de sus ojos, la curva molesta de sus labios rosados, el tono pálido de su piel. Deseaba tanto verla allí dentro que, por un momento, lo hizo. Pero la ilusión se desvaneció como un reflejo en el agua, en el momento en que traspasó el marco de la puerta.

Wynd no estaba sentada en su cama ni en ningún rincón de su habitación. Había estado allí, eso seguro. Debía de

haberse ido cuando él había dejado de rastrearla y por eso no había notado que se movía.

Sobre el colchón estaban las dos dagas de Wynd y un trozo de pergamino. El corazón de Aren se retorció en su pecho. Aquella imagen abrió una enorme grieta en él.

Wynd no iría a ninguna parte sin sus dagas. Jamás se separaba de ellas. Aquello no era buena señal.

Se lanzó sobre el pergamino. Tenía su nombre escrito con letra temblorosa. Lo desdobló con nerviosismo y precipitación. La tinta estaba corrida en algunas zonas, como si ella hubiese estado llorando mientras lo escribía.

Ojalá hubiese tenido la oportunidad de decirte esto mirándote a los ojos. Ojalá no fuese tan cobarde para las cosas que de verdad importan, a lo mejor ahora no me estaría lamentando por esto. Quería decírtelo esta noche en la terraza. Quería contarte quién soy yo de verdad, que me vieras a mí, a la Wynd real.

La verdad es que me daba miedo, un miedo atroz que ni Cordelia ni Blue ni tú pudieseis perdonarme el habérselo ocultado, que no pudieseis soportar saber lo que soy, lo que hago. Me daba un miedo atroz que no amaseis a la Wynd que escondía dentro de mí, porque esa soy yo.

No soy simplemente humana. Y no vine a las pruebas con el propósito de unirme a los rhydra para mejorar mi vida. Lo hice como parte de una misión. Te conté que mi madre adoptiva murió y que, el día que yo había estado a punto de hacerlo también, alguien me dio una segunda oportunidad. Firmé un contrato con ella ese día. Mi alma a cambio de que me salvara. Y yo se la di. Ella me entrenó, me formó, me dio un techo, me dio seguridad, comida. Me convirtió en lo que soy: una guerrera, una asesina. Y eso es algo de lo que no puedo huir jamás. De lo que nunca había deseado huir hasta que llegué a Oed, la Ciudad de los Deseos, y os conocí a vosotros. Hasta que todo en lo que yo había creído tan fervientemente comenzó a resquebrajarse.

No deseo ser esa Wynd nunca más, Aren, no quiero ser una asesina. No quiero tener que ir en contra de lo que deseo, anhelo, amo o creo. Pero eso no es posible para mí.

Digamos que yo llevaba doce años viendo la vida en blanco y negro y que, durante este mes y medio, vosotros me habéis hecho ver todos los colores de nuevo. Sabía a lo que me arriesgaba porque algún día estas pruebas

terminarían y yo tendría que volver a lo de antes: al blanco, al negro y al gris. Sabía que dejar que la esperanza se colase dentro de mi sistema era algo peligroso. Pero... si todo lo que te queda en la vida es soledad, sangre y muerte... ¿por qué no arrancarle un poco de amor? Eso es todo lo que yo quería, todo lo que he querido siempre: poder sentir amor. A pesar de que sabía que yo no tenía derecho a ello, a pesar de que me he resistido con todas mis fuerzas. Pero no he podido evitarlo.

No he podido evitar querer a Cordelia por su amabilidad, por su aura cálida y reconfortante, por su forma de hablar de cosas sin callarse. Porque ella me quería sin fisuras, y esa clase de amor te cura el alma.

No he podido evitar querer a Blue por ser un incordio, un bocazas, porque hace que la vida sea más divertida y porque me ha querido sobreponiéndose a todas mis barreras.

Y lo más importante... No he podido evitar amarte a ti. Sentir esa clase de amor que te rompe el corazón y te lo recompone al mismo tiempo. Tiene gracia que hayan tenido que darme a elegir entre la vida y la muerte para que finalmente haya sido capaz de decirlo en voz alta. Decirte «te quiero» me parece lo más difícil que he hecho en mi vida, y mira que me he enfrentado a situaciones complicadas, incluida la muerte. No sé por qué me asusta tanto. Quizás porque es todo lo que he deseado siempre y... en el fondo, me daba pánico que me rompieses el corazón.

He anhelado el amor toda mi vida, sabiendo que jamás lo tendría. Me parecía algo tan difícil de conseguir... Pero quererte a ti ha sido tan sencillo, Aren. Yo estoy acostumbrada al odio, y el odio te consume, te apaga, te deja sin energía. Pero el amor... Jamás me he sentido más viva y más real que sabiendo que te amaba.

En otra vida, en otra realidad, te he dicho esto cogiéndote de la mano, he evitado tu mirada porque hablar de sentimientos me hace sentir incómoda y tú te has reído... Lo sé y lo sabes. Pero luego, te he mirado a los ojos solo para comprobar tu reacción y he deseado con todas mis fuerzas haberte conmovido y haberte hecho feliz. En otra vida, he deseado que me digas que tú sientes lo mismo. Y, cuando me lo has susurrado pegado a mis labios (porque no sabes respetar mi espacio personal), con ese tono de voz suave e íntimo que usas a veces, a mí se me ha erizado la piel. Porque tu voz es mi sonido favorito en el mundo, Aren. Tu voz es la única cosa capaz de arrancarme de la muerte y traerme de vuelta a la vida.

En otra vida, tenemos cientos de años por delante para estar juntos, para besarnos con paciencia, para querernos sin secretos, sin prisas, sin obstáculos. En otra vida, tú y yo somos libres.

En otra vida, esta historia tiene un final feliz. Quizás nos veamos en esa vida después de esta.

Wynd

Capítulo 72

Marcharse de la habitación de Aren fue lo más difícil y lo más fácil que había hecho nunca en su vida. Difícil porque no deseaba despedirse de él, porque anhelaba verlo una vez más. Pero fácil porque, en el momento en que Nana le había dado a escoger su destino, había tenido clara la elección. Fingió que lo haría solo para tener la oportunidad de ir a escribir la despedida. Al menos ellos sabrían la verdad y no la buscarían absurdamente.

Había perdido a tantas personas y tantas cosas que temía haberse perdido a sí misma también. Y, si ella estaba perdida, si ni ella misma sabía quién era, ¿cómo podía saberlo nadie más?

Cordelia y Blue, e incluso Aren, no amaban a la verdadera Wynd; amaban una versión que ella había creado para ellos. Pero esa no era la Wynd real, o quizás simplemente fuera ella la que no lo era. Quizás ella no era más que un espejismo de lo que un día había deseado ser. Quizás Wynd no existía.

Así que ¿qué sentido tenía elegir vivir una vida vacía?

¿Qué sentido tenía vivir cuando odiaba lo que era, quién era y cómo era?

¿Qué sentido tenía enfrentarse a la vida cuando no había esperanza?

No lo tenía.

Por eso la elección había sido sencilla. Entre ella o Aren, se elegía a ella. Porque matarlo a él... No... Eso la habría destrozado hasta el punto de volverse loca. No le quitaría la vida a la primera persona que había conseguido devolverle un pedazo de humanidad y esperanza. Y si lo mataba, todo aquello desaparecería de nuevo.

Se tocó el cinturón de armas sintiendo la ausencia de sus dagas. No quería que Nana las tuviese; eran lo único que sentía como realmente suyo, formaban parte de quien era ella. Fue su forma de dejarles una parte de sí misma.

Miró el avance de la luna en el cielo. La ceremonia debía de haber empezado ya. Quedaban cuatro horas para el amanecer, pero retrasar lo inevitable solo le haría sentir más dolor.

Apretó el paso según se adentraba en el viejo camino hacia su aldea. Casi parecía poético que finalmente fuese a morir en el lugar donde precisamente había escapado de la muerte.

Los primeros copos de nieve de la temporada comenzaron a caer tímidos en una danza lenta. «Qué vista tan bonita para morir», pensó.

Sus pasos resonaron en el silencio de la noche. Con cada uno de ellos, iba dejando atrás un trocito de sí misma, de su corazón, de su alma... Como miguitas de pan.

Empujó la puerta de madera y entró en su antigua casa. Nana había encendido el fuego de la vieja chimenea. Su rostro se iluminaba en sombras que bailaban con el movimiento de las llamas.

—¿Lo has hecho? —le preguntó sin mirarla.

Wynd cogió aire. Nunca había temido a la muerte, ni cuando se enfrentó al fenrir y pensó que daría cada gota de su poder para acabar con él, ni cuando Arth la empujó de la plataforma y pensó que no había nada que hacer. Y mucho menos cuando saltó al mar de fuego en los brazos de Aren.

Pero esa noche, por primera vez, tuvo que coger aire y soltarlo de forma temblorosa hasta conseguir encontrar su voz.

No tenía miedo a morir, simplemente añoraba la vida que había deseado tener y que sabía que ahora perdería.

—No. No he podido.

Nana se puso de pie con una agilidad que parecía impensable para su cuerpo. Wynd sabía lo que se escondía detrás de esa apariencia envejecida y frágil.

—Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Wynd asintió.

—Siempre has sido de las valientes. Otros habrían tratado de huir, de esconderse; otros me habrían suplicado, habrían intentado engañarme. Pero tú no. Tú estás aquí con la verdad.

—Sea como sea y parezca lo que parezca, siempre he estado en deuda contigo, Nana. Todo lo que he tenido a partir del día que me encontraste, me lo has dado tú. Incluso la oportunidad de ir con los rhydra. Te debo estos doce años de mi vida y te estoy agradecida por ello. Nada cambiará eso jamás.

—¿Amor? —le preguntó acercándose a ella.

—Sí —dijo Wynd con un hilo de voz mientras el último trocito de su corazón se desgajaba y caía al suelo.

—Podrías haber sido tan grande. Eres inteligente, fuerte, valiente. Mi guerrera perfecta. Por eso intenté enseñarte que los sentimientos eran tu mayor enemigo, los únicos capaces de detenerte.

Nana sacudió la cabeza y echó a andar hacia la puerta, esperando que Wynd la siguiese. Casi parecía triste, pero no por la muerte de Wynd, sino por la pérdida del potencial que veía en ella. Como ver caer una estrella fugaz.

El suelo se había teñido de blanco y sus pisadas dejaron huellas en él. Nana la condujo hasta un pequeño claro en el bosque que rodeaba la aldea.

—Mira las estrellas, Wynd. Algunas criaturas ancestrales creen que sus seres queridos ascienden con la muerte hasta el firmamento y que se transforman en estrellas que los vigilan de noche. Muy poético. —Se giró y la miró con sus ojos huecos—. Igual de poético que decidas morir por el heredero. ¿Crees que él habría hecho lo mismo por ti? ¿Crees que habría dudado un segundo en hundirte la daga en el corazón para salvar su vida?

—Lo que él hubiese hecho no lo cambia. No tomo esta decisión por él. La tomo por mí. Porque me he dado cuenta de que yo misma no amo la persona que soy, y si no me amo yo misma, ¿cómo puedo esperar que alguien lo haga? No lo hago por él, lo hago porque matar a alguien a sangre fría... Puedo hacerlo, soy bien capaz, pero no estoy orgullosa de ello. Una cosa es la guerra, sobrevivir, luchar por tu vida, y otra cosa es matar a alguien sin ningún motivo. Y me odio a mí misma y me odiaría aún más si lo hiciera. Así que hoy, por fin, me redimo, me perdono. Hoy por fin lucho por mí, por quien yo deseo ser. Y deseo ser la persona que hizo lo

que creía mejor para ella misma. Hoy... hoy he decidido que me gustaría amar cada parte de mí, así que por eso no lo hago.

Nana torció el gesto al escuchar las palabras firmes de Wynd.

—Muy bien.

Le cogió la muñeca izquierda, poniendo el pulgar sobre la cicatriz en forma de medialuna.

—Hasta siempre, mi querida flecha.

Presionó con todas sus fuerzas y las rodillas de Wynd se doblaron haciéndola caer al suelo mientras su espalda se arqueaba hacia atrás. La cuerda de su cuerpo se tensó y estiró y estiró. Las hebras se partieron una por una.

Crac.

Crac.

Nana tiró de su alma con todas sus fuerzas, y Wynd sintió como esta la abandonaba. Una lágrima solitaria resbaló por su mejilla cuando la cuerda se partió del todo y su cuerpo se desplomó contra la nieve.

Los copos caían trazando una lenta danza en espiral justo por encima de ella. Y más allá brillaban las estrellas, las mismas que había visto con Aren horas atrás en el palacio.

Se marchó con el recuerdo de él besándola en la terraza. Su voz acariciándole los sentidos.

«Eres el brillo de las primeras estrellas al anochecer», recordó.

Aquel último pensamiento hizo que se fuera con una sonrisa en los labios.

«Qué imagen tan bonita para robarle a la vida», pensó antes de que su mente se apagase por completo.

Y el alma de Wynd voló hacia arriba, arrastrada por un viento de nieve y hielo mientras a ella se le cerraban los ojos y se le paraba el corazón.

La nieve cubrió las huellas que Nana dejó al alejarse de allí, y también abrazó el cuerpo de Wynd como si fuese parte de ella. Pues ese era su nombre: ventisca blanca.

Y sobre esa misma nieve cayó Aren de rodillas quince minutos más tarde, cuando la encontró después de haber gastado cada gota de energía de su cuerpo en rastrearla y llegar a ella.

Demasiado tarde. Su corazón ya no latía, su alma ya no estaba ahí, y lo único que quedaba era su cuerpo helado.

Demasiado tarde porque Wynd había muerto.

La nieve se derritió al sentir el fuego de su aura, de su rabia, de su desesperación, de su ira enloquecida... y la calidez de sus lágrimas, de su tristeza, de su angustia y de su pena, mientras se aferraba a ella. Mientras sentía que una mano entraba en su pecho y le arrancaba el corazón de cuajo.

Y el pecho se le partía por la mitad.

Y se ahogaba ante la idea de una vida donde Wynd no existiese más.

Y se quebraba de dolor.

Demasiado tarde.

—Has escrito que mi voz es capaz de traerte de nuevo a la vida. Así que escúchame bien: te quiero. No me has dejado decírtelo y no quiero hacerlo en otra vida, Pecas; quiero hacerlo en esta. Te quiero a ti y te quiero aquí, conmigo. No puedes simplemente meterte en mi piel, no puedes cogerlo todo de mí y marcharte sin más. No puedes

hacerme eso. No puedes destrozarme de esta forma. —El llanto le cortó la voz—. Me juraste que no me matarías, Pecas. Me lo prometiste, pero no has cumplido tu promesa, porque me estás matando. No he tenido suficiente de ti, jamás lo habría tenido, pero... Al menos nos debíamos esos cientos de años que me has dicho... —dijo completamente desesperado, roto, devastado.

Aren cogió la mano de ella entre las suyas y la apretó con fuerza, pero ella no tenía pulso. Su pecho no se movía, su corazón no latía. Aquella vez, simplemente había llegado demasiado tarde.

Aquella vez, su voz no podía traerla de vuelta. Porque ella ya se había ido.

Agradecimientos

Para esa niña que se pasaba más tiempo en la biblioteca y leyendo que en la calle con amigos. La que con siete años escribió su primera obra sobre seres mágicos. La que siempre ha sido un poco solitaria y ha tenido exceso de imaginación, tanta que llenaba todas sus agendas y cuadernos de cómics e historias. La que encontraba refugio en los libros y en las vidas que podía vivir a través de ellos. La que durante muchos años deseó vivir dentro de esas historias.

Esta historia va para esa niña enamorada de hadas y brujas, para esa adolescente obsesionada con cazadores de sombras y vampiros, la que escribía páginas y páginas que nunca terminaba. ¿Has visto dónde has llegado? En realidad, yo siempre creí en ti.

Querida Nerea, qué difícil eres a veces, qué compleja. Cómo hemos sufrido hasta llegar aquí, quizás porque somos muy intensas, porque lo vivimos todo, mucho, demasiado en ocasiones.

Gracias a Crossbooks por darme la oportunidad. A Irene, mi editora, que soporta mi impaciencia y que ha amado esta historia tanto como yo, gracias por la confianza y el apoyo.

A Fran, que siempre ha creído en mí y que jamás me ha puesto una pega en perseguir mis sueños. Contigo formo el mejor equipo del mundo, te quiero.

A Marilulu, gracias amiga (qué gran palabra ¿eh? Significa mucho para nosotras), por ser, por estar, por aguantarme, por quererme. Mi vida está más completa contigo.

A mis lectoras cero, Aroa, Nora y en especial a Laia y Carmen porque aparte de leerme están ahí día a día.

Y, por último, mami. Te quiero por encima de todo, incluso de nuestras interminables discusiones. ¿Te acuerdas de cuántas veces me dijiste que escribiese un libro de fantasía? ¡Tachán!

A todos lo que lo habéis leído, os lleváis una parte de mi corazón.

Magia de nieve y hielo

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.

Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Nerea Llanes, 2023

© de la ilustración de cubierta: Gonzalo A. Mendiverry @gonzalom.art, 2023

Diseño de mapas: Pablo Medina

© Editorial Planeta, S. A, 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

CROSSBOOKS 2023

crossbooks@planeta.es

www.planetadelibros.com

Editado por Editorial Planeta, S. A.

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2023

ISBN: 978-84-08-27410-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu
próxima lectura!**



**¡Síguenos en redes
sociales!**



Una novela de *HEARTSTOPPER*
Alice Oseman



Esta **NO** es
una historia
de amor



Solitario

CROSS
BOOKS

Solitario

Oseman, Alice

9788408275077

352 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La novela que dio origen a Heartstopper

Me llamo Victoria Spring. Me gusta dormir y escribir en mi blog. El pasado año, antes de que sucediera todo lo de Charlie y las solicitudes de acceso a la universidad entraran a formar parte de mi vida, tenía amigos. Pero las cosas han cambiado. Y mucho.

Ahora solo tengo a Michael Haden y la web de Solitario. Pero no tengo ni idea de lo que intentan desde esa web y Michael no me importa lo más mínimo. Para nada. De verdad.

De la pluma de Alice Oseman nace ***Solitario***, la novela que dio origen al fenómeno de ***Heartstopper***, la serie de Netflix que ha robado el corazón a millones de personas.

«*El guardián entre el centeno* de la era digital.» — ***The Times***

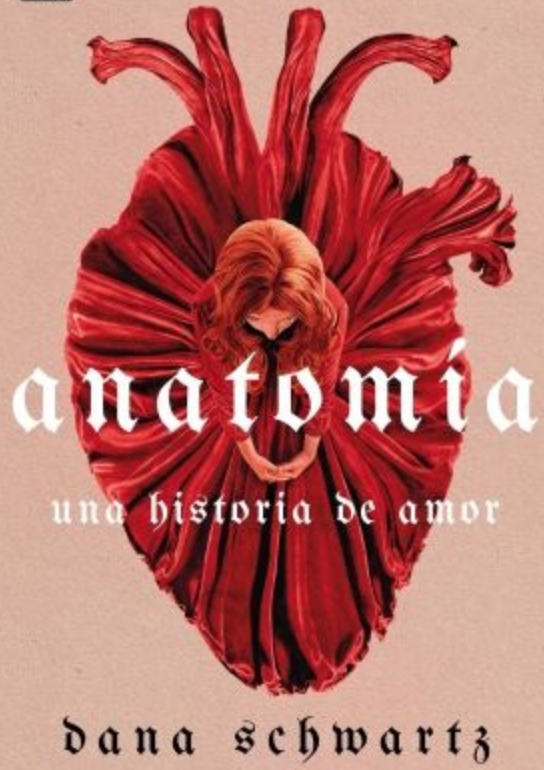
«Una voz auténtica y honesta que te habla de la vida adolescentes. Una ficción contemporánea excepcional que llamará la atención de los fans de John Green.» — ***The Bookseller***

[Cómpralo y empieza a leer](#)

«Irreverente e inteligente, Dana Schwartz es una de las escritoras más brillantes de su generación»,

NEIL GAIMAN

CROSS
BOOKS



Anatomía: Una historia de amor

Schwartz, Dana

9788408275183

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una historia gótica repleta de amor y misterio

Edimburgo, 1817. En una época en la que la mayor meta de las mujeres es casarse, el sueño de Hazel Sinnett es convertirse en cirujana.

Jack Currer sobrevive expoliando tumbas en una ciudad y vendiéndolas, en una ciudad en la que el riesgo de morir en cualquier esquina es muy alto.

Cuando a Hazel se le niega la posibilidad de formarse como médico, hace un trato con un renombrado médico según el cual, si consigue prepararse ella sola para el examen de ingreso, podrá estudiar en la Universidad. Para ello necesita cuerpos con los que practicar y Jack será la solución. Pero él tiene otros problemas: sus amigos están desapareciendo y la **sombra de una plaga mortal** empieza a asolar Edimburgo.

Hazel y Jack trabajaran juntos para descubrir qué está ocurriendo, al tiempo que nace en sus **corazones** un **sentimiento** para el que no estaban preparados.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

ÉL TIENE UN CORAZÓN DE HIELO...
PERO POR ELLA, QUEMARÍA EL MUNDO.

twisted LOVE

TWISTED
LIBRO UNO

ANA HUANG



Twisted 1. Twisted love

Huang, Ana

9788408263142

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Él tiene el corazón de hielo. Pero por ella, quemaría el mundo.

Aunque Ava Chen y Alex Volkov se conocen desde hace años, él siempre se ha mostrado distante y frío. Pero ahora que el hermano de Ava se ha ido y lo ha dejado encargado de la protección de ella, Alex parece algo menos indiferente.... Y su relación, poco a poco, se va haciendo más estrecha, hasta que llegan a confiarse sus secretos y traumas más profundos... A ella, su madre intentó ahogarla en un arrebato de locura; mientras que Alex presenció el brutal asesinato de toda su familia.

Tras compartir sus más íntimos pensamientos, su relación dará un giro. No pueden negar que existe una fuerte atracción entre ellos, pero ninguno de los dos se atreve a dar un paso adelante. Finalmente, Ava admite la pasión que está surgiendo, y, aunque Alex intenta resistirse tanto como puede, las chispas acaban saltando... y prenden un fuego ardiente. Sin embargo, cuando todo empezaba a funcionar entre ellos, unas sorprendentes revelaciones sobre la verdad de su pasado dinamitarán su relación y pondrán en riesgo sus propias vidas.

«Una de mis mejores lecturas del año. La química entre los protagonistas es brutal, muy adictiva y explícita. ¡Tenéis que conocer a Alex Volkov y su corazón de hielo!»

kay_entreletras

«Una historia que nos llena de aprendizaje y nos muestra la oscuridad y la luz de la vida. Para mí un 10/10.» **jud_books**

[Cómpralo y empieza a leer](#)

DANIELLE LORI

El ELLA ES UNA ROMÁNTICA
EN UN MUNDO DESPIADADO
OLVIDO
más dulce



CROSS
BOOKS

El olvido más dulce

Lori, Danielle

9788408275138

512 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

En un mundo frío y sin escrúpulos, ¿tiene cabida el amor?

«Whisky y pasión. Noches sin dormir. Piel tatuada, camiseta blanca y manos ásperas. **Amor, lujuria y felicidad**. Él lo era todo.»

Elena es una **romántica**, conocida por dulce carácter, en un entorno que es muchas cosas, menos sencillo. Ha sido la hija predilecta, la niña bonita en familia de la mafia, hasta ahora. A Nicolas Russo su **fama** le precede. **Tan atractivo como peligroso**, es el futuro cuñado de Elena, pero todo cambiara cuando sus miradas se crucen por primera vez.

Él representa todo lo que Elena odia, pero también aquello que más anhela, siempre cerca, diciéndole lo que ha de hacer, despertando **sentimientos y sensaciones** hasta ahora desconocidos para ella. Pero todo el mundo sabe que, aun en un mundo ideal, nadie se **enamora** de un hombre así, ¿verdad?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

PUNK 57

ERAN PERFECTOS EL UNO PARA EL OTRO.
HASTA QUE SE CONOCIERON



CROSS
BOOKS

PENELOPE DOUGLAS

Punk 57

Douglas, Penelope

9788408262138

384 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Eran perfectos el uno para el otro hasta que se conocieron. La novela que ha arrasado en Tik Tok.

MISHA

Mi profesora creyó que Ryen era un chico, la suya que Misha era nombre de chica y las dos, completamente equivocadas, nos juntaron para ser amigos por correspondencia. A nosotros no nos costó mucho darnos cuenta del error, pero antes ya habíamos discutido sobre cualquier tema posible: ¿la mejor pizza de la ciudad? ¿iPhone o Android? ¿Es Eminem el mejor rapero de todos los tiempos?

Y ese fue el principio de todo. Esos fuimos nosotros los siguientes siete años.

Ella siempre escribía en papel negro con boli plateado. No lo hacía con regularidad: a veces me llegaba una a la semana. Otras, tres en un día. Daba igual. Las necesitaba. Ella es la única que me mantiene centrado, que me habla y que acepta todo aquello que soy. Solo tenemos tres reglas. Sin redes sociales, sin teléfono, sin fotos. Teníamos algo bueno. ¿Por qué arruinarlo?

Hasta que un día, encuentro la foto de una chica llamada Ryen, que ama la pizza de Gallo's y adora su iPhone. ¿Demasiada casualidad? Joder. Necesito conocerla. Solo espero no acabar odiándola.

RYEN

No me ha escrito en tres meses. Algo pasa. ¿Se habrá muerto? ¿Estará en la cárcel? Conociendo a Misha, cualquier opción es posible. Sin él, me estoy volviendo loca. Necesito saber que alguien me escucha. Y es mi culpa, debí pedirle su número de teléfono, o una foto. Algo. Puede que se haya ido para siempre. O puede que esté delante de mis narices y no ni siquiera saberlo.

[Cómpralo y empieza a leer](#)